

EL PASADO SIEMPRE VUELVE

Un tesoro enterrado, un diario por descifrar... ¿Es posible sobrevivir a la herencia de una trama urdida durante siglos?

ALMUZARA

Antonio Bascones

El pasado siempre vuelve

Editorial Almuzara • Novela

Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Editora: Ángeles López
Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

ISBN: 978-84-11310-66-6

Hecho en España - *Made in Spain*

A Consuelo que me acompaña en este caminar de la emoción de escribir, a mis hijos y nietos y aquellos amigos que sienten lo que yo al expresar sentimientos en sus personajes.

A todos los que han muerto por la pandemia del coronavirus, amigos y conocidos que han sufrido, familiares que no han podido despedir a sus deudos ni darles una mano en este trance mortal, enfermos que han estado hospitalizados viendo el sufrimiento a su alrededor.

Su pena traspasa nuestros corazones, su abandono, en esos grandes mortuorios, muestra la delgada línea entre la vida y la muerte.
El virus nos ha hecho a todos iguales.

Prólogo

Este libro se escribió en el malhadado periodo de confinamiento entre el 13 de marzo de 2020 y el 26 de mayo del mismo año. El coronavirus no paraba de matar y el pueblo, asustado y temeroso, se encerró en casa. Durante más de dos meses no pudimos salir, teniendo que cumplir unas reglas rayanas en la pérdida de libertades democráticas. Murieron muchos, más de la cuenta, en especial sanitarios. Cayeron algunos amigos, otros conocidos, pero todos de manera injusta, pues no se quiso prever la extensión de la enfermedad. Se mantuvieron las concentraciones sabiendo la virulencia de la pandemia. Y lo peor de todo es que fue con conocimiento, con voluntad de mantener las concentraciones por motivos ideológicos. Tanto sufrimiento, tantas muertes y tantas penas de allegados que no pudieron estar con los suyos ni despedirse de ellos; y todo por ideología, que es la peor de las razones.

Muchos aprovecharon para ver TV; otros, para perder el tiempo, y algunos lo utilizamos para leer y escribir; así, de esta manera, nació esta novela. Día tras día, hora tras hora, me sentaba ante el ordenador a teclear palabras, a exponer ideas, a salpicar las páginas con personajes que a veces se apoderaban de mí y que no me dejaban ser tampoco libre. Por eso, este periodo fue una bonita prisión en la que cada día contemplaba la salida del sol y el ocaso. Mi jardín floreció. Mis rosas nacieron, efímeras pero bellas. Llegó la primavera y con ella los pájaros se asomaban a mi terraza. Me saludaban y volaban después en busca de aire, de viento, de brisa. Sin embargo, de cuando en cuando, intercambiaba ideas, detalles, emociones con el médico escritor Manuel Díaz Rubio. Esto hizo que mi confinamiento tuviera un aire distinto, una brisa diferente con la que se pudo plasmar esta novela, segunda parte de aquella, titulada Ayer, que vio la luz hace dos años.

Yo, mientras tanto, estaba abstraído en mi novela. Deseaba terminarla en el confinamiento y, de esta manera, siempre podría decir que en esos días asistí a un parto del que fui padre a una edad provecta. Eso siempre imprime carácter y te hace ser algo más envidiado que, al fin y al cabo, siempre lo he deseado.

Cuando esto acabe, si llega a ser realidad, pues no tengo una sólida certidumbre de que algún día lo sea, cogeré mi manuscrito bajo el brazo y lo pasearé por las editoriales para ver si alguna me lo publica. Siempre ha sido un deporte que he realizado, si no con alegría, al

menos con resignación, pues de pequeño me enseñaron que lo más importante no era ganar, sino participar. Por todo ello, pasear con el texto tiene que ser una experiencia interesante, ya que iría acompañada de mascarilla y guantes de látex. Lo importante es que sean guantes. Todo un espectáculo trágico-cultural.

Madrid, junio 2020

— 1 —

Fernando, cuando cerró los ojos a su madre fue como si una losa le cayera encima y le aplastara en su dolor. Nunca había tenido esa sensación de abandono y de distanciamiento con la realidad. En ese preciso instante le invadió las distintas escenas de su vida. Su juventud en aquel barrio de Brooklyn. La llegada, el primer día, al colegio de la mano de sus padres; una circunstancia especial por lo que significaba de cambio trascendente en su manera de vivir. Pasó, en un segundo de la vida, de jugar en el jardín de su casa a convivir con otros niños de su edad, que nada tenían que ver con él y, sin embargo, iban a ser sus compañeros de acción los próximos años. Esta época transcurrió rápidamente y llegó la universidad. Aquí, sí que hubo cambios substanciales en su comportamiento. Se enfrentaba con un nuevo enfoque a su proceso vital: la medicina. Sus padres ya eran mayores, aunque no tanto como para no compartir con él sus vivencias y experiencias nuevas. Asistió a las conferencias que daba su padre sobre la literatura, la novela y los enfoques actuales de la escritura. Era su vida y esto le marcaba cada segundo. Su madre, mientras tanto, asistía a todo con una sonrisa, con un afecto que le hizo derramar unas lágrimas, en ese instante preciso que le cerraba los ojos al tiempo que para él se le acababa una importante etapa en su vida. Había fracasado en su proyecto vital. Su familia estaba lejana en su biografía. Tenía dos hijos, pero no vivían con él. Les visitaba cada dos semanas, cuando venían a su casa o él los llevaba a algún lugar, pero eso no era suficiente, necesitaba algo más, pero no lo tenía. Su vida pasaba deprisa y cada escena iba cargada con un gran sentimiento, pues había dejado una profunda huella en su corazón.

Mientras estas vivencias iban desfilando, unas personas, que no conocía, aunque creía haber visto en alguna de las visitas anteriores, se afanaban en preparar a su madre, vestirla y asearla para el funeral. Él, mientras tanto, miraba por la venta como el viento movía las hojas. Veía cómo la vida de los que estaban en el jardín rezumaba soledad y cómo, a su alrededor, seguía todo igual que la semana anterior cuando, en su última visita, su madre le reprochaba que no la venía a ver tan a menudo como ella quería.

Recordaba cómo miraba el alféizar de la ventana, mientras la entregaba el paquete que había llegado de Boston de un tal Antoine, cuyos padres lo habían encontrado en una librería en París, en la Segunda Guerra Mundial, cuando militaban en la resistencia francesa.

Era un diario del bisabuelo de su madre, pensaba Fernando, con una curiosidad indolente.

Su madre le habló de la encina sagrada, de un lugar lejano y de un tesoro enterrado por un conquistador español, Alonso de Alvarado. Creía recordar que este era el nombre que musitó con palabras entrecortadas. Eran sus frases postreras, algo inconexas, antes de entregar el alma a Dios. Desde que había ingresado en la residencia, su madre no tenía objetivos. Iba de un lado a otro sin ninguna razón. Se levantaba tarde, desayunaba y bajaba al salón a esperar la hora del almuerzo. Para ella no existía el espacio ni el tiempo. Lo mismo se encontraba en su dormitorio que en el pasillo o en el salón con el resto de los internos. En todos los lugares manifestaba un distanciamiento con su entorno. En su cabeza solo revoloteaba una época, la de Madrid y sus calles. En estas reflexiones se abismaba plácidamente y no dejaba que nada ni nadie la desviase de ellas. Se encontraba a gusto, era como si sus paseos con Fernando, sus conversaciones acerca de los diarios y de sus bisabuelos la ocupasen todos los pliegues de su cerebro. No había sitio para más. Cuando alguna enfermera interrumpía sus pensamientos reaccionaba con cierto desaire, tratando de no hacer caso a lo que, según ella, había sido una intromisión en su meditación. Era como la savia que la hacía revivir en ese transcurrir monótono, tedioso y aburrido. Con sus abstracciones trataba de combatir el ostracismo al que su familia la había obligado. Era su nuera la responsable, ya que su hijo no quería *llevarla a ninguna institución*, pero la realidad es que fue sumiso a la decisión de ella.

Después, una hora de siesta y, otra vez, al salón, para ver la televisión y aguardar el momento de la cena. Las conversaciones con los residentes se ceñían a lo imprescindible de la educación, pero no entraban a comunicarse. No tenían interés en nada, como no fuera lo que se le presentaba, en ese instante, ante los ojos. Nada más terminar iba a la habitación a dormir. Y así un día tras otro, una semana tras otra, un mes y el siguiente. Llevaba en esa situación casi dos años, la habían dejado allí como una maleta y solo estaba esperando el día que la recogieran. Un equipaje con su etiqueta por si se perdía en el camino, pero que nunca recogerían. Toda la residencia era como una gran consigna llena de maletas. Algunas veces venían los dueños a retirarlas, era ya su final; otras desvencijadas, combadas por el paso del tiempo, sucumbían. Lo que era cierto es que era un viaje sin retorno. Maleta que entraba tenía dos posibilidades: salir para no volver a entrar o exhalar su postrer aliento poco tiempo después de ingresar. Con su madre esto fue lo último que ocurrió.

El trasiego de la habitación era cada vez más intenso. Había venido un sacerdote a dar los últimos rezos. Fernando miraba todo desde una posición a medias entre el ayer y el hoy. No tenía experiencia de todo

lo que estaba ocurriendo a su alrededor, pero ¿quién la tenía en esas circunstancias? El paso de la vida a la muerte era de un completo desamparo, aun a pesar de estar rodeado de la familia y de los amigos. Este paso que algunos, que no habían recorrido todo el camino, describían como un túnel era de una profunda orfandad, tanto para los que se iban como para los que se quedaban.

Fernando, por primera vez en su vida, sintió esta sensación que solo recordaba igual cuando su padre murió, aunque fue diferente, ya que ocurrió en su casa, rodeado de su ambiente y de todo lo que había significado en su vida. No es lo mismo una habitación desconocida, ausente de cariño, de blancas paredes y suaves colores, que el cuarto donde has pernoctado durante tanto tiempo, con una mesilla de noche abarrotada de libros, con su sillón favorito donde aguardaba la última novela que estaba leyendo. Junto al ordenador, unas cuartillas desordenadas con uno de los capítulos de su última novela que ya no vería la luz. Se quedó en el camino de la vida sin llegar a su objetivo que era reposar en un escaparate hasta que un viandante curioso se acercara a comprar un ejemplar. La primera, la residencia, no aporta calidez al abandono, mientras que el segundo, su casa, añade un cierto sentimiento de ternura. Los mismos muebles de tu entorno, los cuadros que te acompañaron en estos años, los libros que ojeaste y leíste con tanto amor, se despiden de ti de otra manera. Es el último adiós de un escenario que te ha contemplado durante mucho tiempo y que, en cierto modo, siente tu ausencia. Ha ocupado parte de tu vida, te ha acompañado en circunstancias difíciles y forma parte de ti. Ese entorno tiene sentimiento cuando te has ido, pues se queda vacío con un dolor lejano. Cuando te vas, esos elementos inanimados, que durante tanto tiempo cobraron vida mientras tú estabas, ahora, permanecen relegados, olvidados y tristes por tu ausencia. En la residencia no había ningún objeto que pudiera sentir el adiós de su dueña. Fernando pensaba todo esto mientras entraba el director de la residencia a darle el pésame y a ofrecerle su más edulcorado abrazo.

—¿Qué quiere que hagamos? —rompió su silencio con la pregunta de rigor.

—No sé. Lo que sea normal en estas circunstancias —se atrevió a contestar.

—En ese caso, la llevaremos a la capilla para oficiar una misa.

—¿Tengo tiempo de llamar a mis hijos?

—Por supuesto. Esperaremos a que vengan. La abuela es un pilar importante en las familias —sentenció el director mientras hacía gestos aprobatorios.

—Les llamaré para que vengan cuanto antes.

El director se acercó lentamente a la jefa de enfermeras y la dictó, en voz baja, sus disposiciones para celebrar la misa, *corpore insepulto*,

anunció con voz impostada. Con una última mirada a Fernando le dijo: «Cuando todo esté preparado, le avisaremos y usted nos dirá si sus hijos han llegado. No hay prisa».

«Tenemos todo el tiempo del mundo», pensaba Fernando en una triste ensoñación a caballo entre la realidad y la imaginación. «Todo el tiempo de este mundo…», martilleaban estas palabras sobre su cabeza. Mirando por la ventana a ese jardín vacío de personas, lleno de hojas caídas como las ilusiones desprendidas del árbol del corazón. Según recordaba de los versos de Espronceda, se acordó del poema que siempre recitaba su padre. Una voz en el cerebro de Fernando retumbaba: *«Aunque mis ojos ya no puedan ver ese puro destello que en mi juventud me deslumbraba. Aunque ya nada pueda devolver la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no hay que afligirse, porque la belleza siempre subsiste en el recuerdo».* Ese era su recuerdo y, ahora, todo lo tenía yerto en la fría cama de una habitación lejana de una ciudad que no le vio nacer, solo morir.

Los hijos llegaron a las dos horas. La residencia estaba algo apartada de su casa. Les trajo su madre que quiso estar en esos momentos. El encuentro de Fernando y su exmujer fue, cuando menos, angustioso. Se dieron un beso, a horcajadas entre la frialdad y el cariño de muchos años. Fernando nunca supo, cuando años después pensaba en estos momentos, si este beso significaba un encuentro en el corazón o un desencuentro más en la vida de ambos. Los hijos se abrazaron efusivamente a su padre, que en esos instantes derramó unas lágrimas incoercibles, imposibles de detener. Se encontraba a medias entre lo que se iba y lo que venía. El pasado de sus padres y el presente de sus hijos. Se quedó pensativo, en silencio. Nadie intentó decir una palabra, todo quedó en el umbral del pensamiento. Se cruzaron miradas, se entrelazaron las manos y la quietud de la habitación se transformó en un desierto de añoranza. Todo este escenario fue interrumpido por la entrada de la enfermera jefe.

—Ya está todo preparado. Cuando quieran podemos ir a la capilla —dijo de una manera lacónica.

Loise, en un gesto desconocido para ella, dio el brazo a Fernando hasta llegar a la capilla y allí se sentó a su lado. Pareciera que los años que llevaban separados se habían entrelazado en esos exactos instantes en que la vida desaparece y te hace pensar de otra manera diferente, donde tus reproches quedan olvidados y empequeñecidos y las diferencias, reducidas a cenizas. Solo perviven los dulces recuerdos. Sus hijos se sentaron, al otro lado, junto a su padre. La familia volvía a estar unida. Isabel les contemplaba desde el cielo. «Era muy buena persona y allí estaría esperándoles», pensaba Fernando mientras veía la entrada del sacerdote.

La misa duró poco tiempo. Allí se desgranaron las consabidas

palabras del oficiante, los lentos pésames de los asistentes, que uno detrás de otro, en solemne procesión, pasaron por el lugar donde estaba la familia y los comentarios de los residentes, que veían, con tristeza, cómo se había ido una de las últimas en entrar. Posiblemente, solo cruzaron en ese tiempo miradas y no intercambiaron palabras, pero todos se sentían unidos por ese fino cordel que une la vida con la muerte. Una línea divisoria, intangible, siempre desdibujada, que, de pronto y sin saber por qué, se rompe y te hunde en el abismo de la oscuridad de ese maldito túnel que te lleva a la eternidad. Por eso todos se sentían, en esos momentos, identificados unos con otros, pues conocían que tarde o temprano desfilarían de la misma manera. Sin prisa, pero sin pausa, decía uno de los internos cuando se acercó a dar el pésame a Fernando. «Todos caminamos en esta dirección», repetía machaconamente a quien quería oírle al alejarse de la fila.

La salida en comitiva finalizó el acto. Allí quedó en silencio la familia y el féretro. Un ambiente denso, espeso y triste flotaba alrededor de ellos. La figura de Fernando estaba empequeñecida por las circunstancias. Había envejecido de golpe muchos años. Al dolor de la pérdida de su madre se unía el de la separación de su matrimonio. Todos eran conscientes de lo que habían sufrido, con una escisión sin sentido y fuera de toda explicación racional. Unos años perdidos en la soledad de la ruptura. Fernando pensaba si aún tendrían tiempo de comenzar de nuevo. Afortunadamente, nunca rompieron el último eslabón que les mantenía unidos, los hijos y los rescoldos de amor, y eso le daba fuerzas para iniciar una nueva etapa. Mientras los asistentes iban saliendo, Fernando tuvo la delicadeza de dar un beso a Loise y agradecerle que estuviera junto a él en esos momentos. Ella le miró a los ojos, ocultó una leve sonrisa que murió en sus labios antes de florecer, y le apretó la mano. Un lenguaje gestual íntimo y personal.

—Era lo menos que podía hacer por ti y… por ella —había dudado unos instantes, pero al final se atrevió a decirlo—, pues, aunque no me porté muy bien, sin embargo, llegué a apreciarla —acertó, no sin cierto esfuerzo, a pronunciar la frase que tenía punzando en su corazón.

—Deja eso ahora. Lo que tenemos que hacer es desandar el camino que iniciamos hace cinco años y disfrutar del tiempo que tengamos.

A Loise le resbalaba una lágrima por su mejilla. Fernando, que se dio cuenta, la ofreció un pañuelo. Un simple guiño que más que educación denotaba una ternura especial. Era algo que no manifestaba desde hacía mucho tiempo. Los hijos se miraban con una complicidad especial que indicaba que todo podía volver a ser como antes.

Pasada una media hora decidieron ir a recepción para cerrar los trámites del entierro. Sería enterrada en el cementerio de Woodlawn,

en el Bronx. Cuando se comenzó en 1863 estaba en el condado de Westchester, que más tarde se incorporaría a la ciudad de Nueva York. Allí están enterrados celebridades de la música como el pianista Duke Ellington y el trompetista Miles Davis, escritores como Melville, periodistas como Pulitzer o empresarios como Penney Macy, aunque la tumba más visitada es la de la cantante Celia Cruz, muy cerca de donde pudo Fernando comprar la tumba familiar y donde reposa su padre y ahora lo hará su madre.

Una vez firmados los impresos necesarios y solucionados todos los aspectos burocráticos obligatorios, fijaron el entierro para el día siguiente a las nueve de la mañana. Saldrían en comitiva desde la residencia hasta el Bronx. Un viaje no demasiado largo, ya que tanto la residencia como el cementerio se encontraban al norte de la ciudad. Era el mediodía y Fernando dispuso ir a un restaurante cerca de Central Park. Un lugar al que solía acudir alguna vez cuando las circunstancias de trabajo se lo permitían.

Era una comida familiar, los cuatro juntos otra vez. Las miradas se entrecruzaron varias veces a lo largo del tiempo que duró el almuerzo.

—Nos volvemos a casa dando un paseo —dijeron los hijos con la idea de darles una oportunidad para que estuvieran juntos.

—Está bien. Nosotros daremos un paseo… por Central Park. Vamos, si te parece bien —añadió Fernando mirándola a los ojos.

—Hace buen tiempo y parece que el calor invita a ello —contestó sin prisas, remarcando las palabras.

El parque estaba en pleno apogeo. Muchas parejas paseaban a esta hora en la que el calor apretaba ligeramente. Los ciclistas estaban por todas partes y las ardillas saltaban de un lado a otro ante las miradas pasivas de los paseantes. Era como una obra de teatro con diferentes personajes. Unos humanos y otros animales, pero todo en un entorno amable y plácido.

—Este lugar es un oasis de tranquilidad. Si te parece alquilamos una barca en Loeb Boathouse y damos un paseo.

—Me parece bien. Es una buena idea.

Se veía que ambos querían prolongar la velada sin tomar una decisión de cuándo y dónde tendrían que despedirse. Era como una primera cita de jóvenes que acaban de salir de la escuela y pasean por el parque. Iban agarrados de la mano como dos novios en su primer encuentro. En su recorrido, cruzaron varios puentes, entre ellos el Bow Bridge.

—Muchas películas se ruedan en este lugar —señaló Fernando con cierta nostalgia.

—Y también fue en este lugar donde te declaraste —añadió Loise apretándole la mano.

Fernando la tomó de la cintura y selló un beso profundo. Sus labios

permanecieron juntos durante unos segundos, que para ambos parecieron eternos. Si dos chiquillos que se hubieran besado así no habría sido igual, aquí estaba la experiencia y la vuelta al hogar perdido, a los recuerdos olvidados, que, de pronto, venían agolpados al sentimiento yermo de los últimos años.

—¿Por qué hemos llegado a este punto? ¿Qué nos pasó? —preguntaba Fernando insistentemente.

No hubo respuesta… y si la hubo, quedó escondida en los pliegues de sus cerebros.

—Hemos perdido un tiempo que no se puede recuperar —adelantó ella con una mirada perdida en las aguas del lago—, pero hagamos que este sea más intenso que aquel.

—Puede que no se pueda recuperar, pero lo importante es que ambos estamos dispuestos a intentarlo.

—¿Estamos dispuestos a ello? —requirió ella con una dulce sonrisa.

—Así lo deseo y lo voy a intentar. Mi madre ha muerto, no quiero que tú también desaparezcas de mi vida sin que haya intentado la reconciliación. No merece la pena seguir en este camino.

Ella le tomó la mano y depositó un suave beso. Era su respuesta, también quería intentarlo.

Durante tres horas pasearon por el parque. Visitaron el Zoo situado en la entrada de la Quinta Avenida esquina con la calle 63. Llegaron hasta el lago Harlem, el Sheep Meadow y la reserva de Jaqueline Kennedy Onassis.

—Este era el lugar preferido de mi madre —dijo Fernando con un deje de tristeza en sus ojos.

—La vista de los rascacielos de Manhattan sobre los árboles es maravillosa —avanzó Loise que seguía de la mano sin haberla soltado desde que recomenzara el idilio.

Se sentaron en el parque, remaron un rato, vieron las ardillas, los estorninos, el cardenal y el robin. Disfrutaron con las especies de hoja caduca y perenne que se encuentran por todas partes. El roble, el arce, el laurel, los magnolios, el nogal, el castaño y el abedul los acompañaron en su paseo. Una estampa fastuosa para unos momentos tristes, pero al tiempo agridulces.

—Es la magia de cada rincón lo que ha hecho que nosotros volvamos a encontrarnos. Creí que ya no sería posible y veo que Central Park lo ha conseguido. La belleza de las flores y de su entorno hizo su parte —sentenció Fernando mientras apretaba la mano en un signo inequívoco de que todo sería diferente.

El rescoldo que quedaba pudo revivir y, con ello, las esperanzas compartidas en unos momentos decisivos en la vida de Fernando, que pocas horas antes se había despedido de todo lo que significaba sus padres y su cordón umbilical con el pasado. Un hachazo en su historia

vital.

—El misterio de la vida… —repetía Loise sin dejar de mirar a los ojos de quien fue su compañero de camino.

—¿Vamos a casa? —preguntó tímidamente Fernando temiendo una respuesta negativa.

Loise se quedó en silencio. Pensaba su decisión, durante unos segundos pasaron por su cabeza las distintas escenas de su separación. Afortunadamente, no habían roto el último cabo que les mantenía unidos, eran sus hijos y el recuerdo del amor que un día tuvieron.

—Creo que debemos intentarlo de nuevo —contestó mirándole de frente y marcando una amplia sonrisa—, no va a ser fácil, pero para conseguir el objetivo merece la pena hacer un esfuerzo.

—Está bien. Cuando pase el entierro me trasladaré a nuestra… casa —dijo Fernando remarcando sus palabras.

—Mañana por la tarde contrataré una empresa de mudanza. El piso de ahora lo alquilé amueblado por lo que solo es necesario llevar la ropa y mis efectos personales. Vuelvo a la casa de donde nunca debí salir —Fernando subrayó sus palabras con un beso.

Comenzaba una nueva vida, pero en su cabeza no solo estaba el proyecto de su matrimonio, tenía también una deuda con sus padres, con su historia y a ella se debía en los próximos años. Durante mucho tiempo había ahorrado dinero y tenía una economía boyante por lo que estaba pensando seriamente en tomarse un año sabático y dedicarse a los dos propósitos que tenía en mente: Loise y su historia.

Al día siguiente, muy temprano, salieron de casa los cuatro en dirección a la residencia. Reservaron un coche con chófer para tener más posibilidades de movilidad. Al llegar, con los primeros resplandores del día, lo primero que hizo fue dar órdenes en la institución de que mandaran las cosas de su madre a la casa familiar. La luz se reflejaba tenuemente en la fachada de los edificios proyectando unos reflejos rosados que contrastaban con el verde del parque que rodeaba el edificio. Antes de entrar, Fernando se separó de su familia y dio un corto paseo. Necesitaba unos momentos de intimidad y silencio. Tenía aún tiempo, habían llegado con mucha antelación.

Aunque la primavera ya brotaba con fuerza, a esa hora era necesario abrigarse pues el sol aún no había hecho aparición. Miró con tristeza los árboles. Algunos desnudos, se habían desprendido sus hojas. Se sentó en un banco de madera, junto a un roble de fuerte contextura, donde se imaginó a su madre sentada, abismada en sus pensamientos y pensando en aquella España que dejó en plena madurez. Alguna vez le dio una explicación deslavazada, salpicada de pequeñas anécdotas de lo que fue su vida anterior, pero nada que le hiciera ver las cosas de una manera clara. En su cabeza se

entrecruzaban, revoloteaban, informaciones acerca de un diario, un editor, una novela que escribía su padre y una familia con una gran biblioteca. Parte de ella estaba en su casa de Manhattan, pudo traerla cuando su madre decidió vender su vivienda de Madrid. Salieron rápidamente; nunca le aclararon las razones de esta huida tan rápida, dejando sus cosas improvisadamente. Salieron prácticamente con lo puesto. Era un gran misterio. Se prometió que tenía que descifrar su historia, no podía vivir atenazado con esas páginas en blanco. En su vida había muchas lagunas y debía buscar respuestas. A partir de ahora, en su año sabático, se dedicaría a desenredar la madeja de oscurantismo que le había rodeado en su infancia. Cuando preguntaba a sus padres por su vida anterior, parecía como si un tupido telón cayera de pronto y todo permaneciera a oscuras. Se conminó a que nunca volvería a tener ante sus ojos esa cortina que le impedía ver con claridad su historia, su vida anterior y sin esta no podía seguir siendo feliz. A partir de ahora sus dos grandes propósitos eran salvar su matrimonio y escribir la historia de su pasado. Sobre aquel grueso roble se le echó el pasado encima, regresó por sus fueros obligándole a desenredar una madeja enmarañada.

Unas voces le sacaron de sus pensamientos donde se había quedado enredado. El sepelio iba a empezar y le estaban esperando. Todo salió como estaba programado. La procesión detrás del coche fúnebre fue avanzando lentamente por las calles del norte de la ciudad hasta llegar al cementerio de Woodlawn en el Bronx. No fue un trayecto largo, apenas de cuarenta y cinco minutos que, para esa gran urbe, era algo impensable. Las paletadas de tierra sobre el féretro, una detrás de otra, marcaban un sonido especial acompasadas con el responso del sacerdote que se había desplazado con ellos desde la residencia. Fernando tenía puesta la mirada en la distancia observando un gran castaño que a pocos metros les daba cobijo. Su madre estaría siempre a su lado. Así quería recordarla: junto a aquel árbol que daba la vida que acababa de perder. Su retina estaba impresionada con esta imagen y su cerebro, con este pensamiento. Una endecha sonaba en sus oídos, el recuerdo de su niñez jugando en la casa de sus padres. Todo se cortó de golpe. Un mazazo fuerte, sólido y una etapa segada para solo quedar una evocación. Loise no se había despegado de él en todo ese tiempo.

Poco a poco se fueron retirando todos. El director de la residencia se acercó a Fernando para repetirle sus condolencias y ofrecerle su apoyo en caso de que lo necesitase. Se alejó lentamente con pasos cansados. No era la primera vez que asistía a un escenario de este tenor y sabía qué tenía que hacer en cada momento.

—Ya sabe dónde estoy en caso de que le surja alguna duda. Me tiene a su completa disposición; para nosotros, ha sido un honor tener

a una mujer excepcional, española, con una historia extraordinaria. Alguna vez tuve la oportunidad de conversar con ella durante un buen tiempo y me contaba muchas cosas de su país.

—Qué curioso, yo siempre eché en falta muchas historias de su pasado y del de mi padre —mostraba su extrañeza un Fernando apesadumbrado por la realidad que se le venía encima y por el tiempo que había perdido sin estas conversaciones.

—En alguna ocasión llegó a hablarme de un diario del siglo XVIII donde había distintas anotaciones sobre la vida de la Corte de Madrid y de unos delincuentes que perseguían su posesión. También, me hablaba de distintos escritos de sus antepasados y de su marido. Eran comentarios muchas veces inconexos, pero lo que sí me repitió varias veces es que en el siglo XX el rastro de ese diario se perdió. Parece que fue el eslabón que unió al matrimonio y que por ello tuvieron que salir rápidamente del país —terminó su monólogo explicativo ante la incredulidad del interlocutor que continuamente enarcaba las cejas en un rictus nervioso.

Fernando pensaba al oír este relato que se lo entregó en la última visita a su madre. Se lo habían enviado desde Boston. Tenía que estar por fuerza entre las cosas que el día anterior le mandaron a su casa. Tenía los diarios de sus antepasados antes de ir a la residencia, se los había dado y, aunque no los había dedicado demasiada atención, pensaba que allí estaban las respuestas a muchas incógnitas del pasado. Al menos tuvo esta precaución; reposaban en la mesa de su escritorio.

—Yo le quiero agradecer los desvelos que han tenido en estos años finales de su vida. Ha estado muy bien atendida y esto me reconforta —Fernando no tenía ganas de dar más explicaciones sobre los diarios que tenía en su poder, era una cosa que no le interesaba al director.

A esa hora, el sol calentaba intensamente. Loise y los chicos estaban a una prudente distancia observando la conversación, no les pareció oportuno intervenir. «Eran cosas de la familia», pensaba Loise con una discreción rayana en la timidez, «ya me lo contará si lo desea».

—Cuando queráis nos vamos —terció Fernando desde donde estaba, ya que el director se había retirado.

—¿Acabaste ya? —preguntó solícita.

—Ya está todo arreglado. Cancelé la cuenta y como me envió ayer por la tarde todas sus pertenencias no tenemos nada más que hacer aquí. Me trae muy malos recuerdos —finalizó con una mirada de desconsuelo. La residencia permanecía en una nebulosa de sentimientos.

—El chófer nos está esperando —dijo uno de los hijos que hasta este momento no había abierto la boca.

Despacio, en silencio, sin prisas, queriendo seguir junto a la tumba, se acercaron al coche donde el conductor con una mirada circunspecta ya se había apresurado a abrir las puertas. La visión de la residencia quedaba desdibujada, imprecisa, solo perfilada por el recuerdo de su madre. Se había levantado una suave brisa y las ramas de los árboles se mecían acompasadamente bajo el ritmo del triste entorno que les rodeaba. Había pocas personas en otras sepulturas y llevaban en la mano ramos de flores. Era una hora en la que no se acostumbraba a hacer visitas a los seres queridos, generalmente, se realizaban al mediodía, cuando el sol calentaba más. A esa hora, el cementerio se llenaba de gente que, de un lado a otro, iba buscando el sepulcro de su familia.

El coche se movió lentamente rastreando la salida. En pocos minutos, se hundió en el tráfago circulatorio camino de su domicilio. A esa hora había muchos coches en dirección a sus trabajos. Desde el Bronx hasta el domicilio había un trecho que, en condiciones normales, se podía hacer en media hora, y que en esos momentos les llevaría más de una hora. De mutuo acuerdo, sin muchas palabras, habían asentido en comenzar esa misma tarde la nueva etapa. Los inicios no serían fáciles, pero ambos habían convenido hacer todo el esfuerzo necesario para la consecución del objetivo: volver. En el camino hubo pocas palabras. Ambos estaban abismados en sus pensamientos, enredados en sus temores, confundidos en sus ilusiones, pero esperanzados en un futuro que, aunque sombrío, presentaba esbozos de luces. Todos tendrían que realizar un gran esfuerzo en dejar aparte sus diferencias, sus contrasentidos, sus veleidades y poner en el centro su amor y su deseo de permanencia en un proyecto común. Tenían dos hijos a los que había que cuidar, dirigir, aconsejar y merecía la pena intentarlo todo. Ese era el objetivo en el que estaban embarcados.

—¿Quieres que te prepare algo para comer? —la voz de Loise llegó en el momento en que Fernando estaba en el despacho poniendo cierto orden en sus cosas.

—Estoy mirando unos documentos. Ahora voy —contestó con toda la amabilidad que pudo.

En la mesa tenía todas las pertenencias que había recibido de su madre. El director le había enviado todo lo que tenía. Abrió la maleta y allí estaba el famoso diario, el que le trajo, un día no muy lejano, una persona desde Boston. Lo demás eran los ajuares normales de una persona que está en una institución como estaba su madre. No le dio demasiada importancia como no fuera el recuerdo que le traía.

Se levantó de la mesa y se dirigió a un estante de su biblioteca donde guardaba los cuadernos de sus bisabuelos. Los tenía como verdaderas joyas históricas y ahora le ayudarían en sus

investigaciones. Eran notas muy interesantes en las que nunca antes había reparado. Le servirían para reconstruir una etapa importante en sus antepasados. Estaba decidido a recorrer el trayecto vital que le había llevado a nacer en Nueva York. Sus padres, sus abuelos, sus ascendientes eran de España y por fuerza tenía que descubrir todo lo que había ocurrido en esos años. Su historia estaba sin escribir y él iba a hacerlo con plena dedicación. Se tomaría un año sabático y aprovecharía para cerrar heridas de su matrimonio. Habían empezado a cicatrizar, pero no quería que lo hicieran en queloide por lo que a partir de ahora tenía que cuidar cada paso. No sabía por dónde empezar. Lo primero era cicatrizar viejas heridas, poner paz en su vida, arreglar sus negocios para tomarse un año de libertad. No se podía iniciar una etapa sin preparar adecuadamente, tenía que organizar un plan de actuación, un programa, bosquejar su proceder para ser lo más efectivo posible en la consecución de su objetivo.

—Acabé ya. Cuando quieras voy a la cocina —Fernando manejaba con mucho cuidado su nueva relación con Loise. No quería por nada del mundo que este pequeño hilo conductor se rompiera. Había sufrido tanto que no deseaba repetir la historia.

Después de cenar estuvieron hablando largo tiempo. Estaban comenzando una nueva etapa con todo lo que ello conllevaba: un nuevo conocimiento, unas nuevas ilusiones, unos distintos objetivos. Ahora eran más maduros, habían pasado la cuarta década de la vida y, por eso, madurado en la soledad de los últimos años. Esto les sirvió para enfocar la vida con un prisma diferente, con una óptica distinta. Veían los problemas con una perspectiva salpicada por la sabiduría de los años, por la experiencia del tiempo compartido y por la orfandad de la separación. Eran vivencias imposibles de olvidar que, por otro lado, habían servido para encallecer, para cicatrizar muchas heridas de estos años finales. El tiempo de alejamiento les sirvió a ambos para enfocar la vida de forma diferente, por lo que ahora Fernando no quería ni por asomo romper este cordón transmisor. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para mantenerlo.

En un momento en que ella se levantó del sofá para preparar una bebida, los pensamientos de Fernando se remontaron al día en que salió de aquella casa con su maleta y la gabardina. Llovía mucho. Las calles estaban vacías. No sabía dónde ir. De pronto, sus ilusiones, sus objetivos de vida se habían desplomado. Se encontraba en el fondo de un pozo del que no sabía cómo salir. Caminaba despacio mientras las gotas iban empapando su cuerpo. Lo recordaba como si fuera ahora.

Habían pasado cinco años, solo ese tiempo y los recuerdos se agolpaban de pronto como si hubieran estado esperando para brotar este momento de quietud y soledad. Se cruzó con una pareja que caminaba deprisa entre carantoña y lluvia. Los miró con pena.

«Hubieran sido ellos», pensaba con tristeza. Pasó un taxi. Lo paró. «Lléveme a un hotel», le dijo remarcando sus palabras con un tono a caballo entre el rencor y la pena. Una tristeza que le embargaba, que le sumía en el pozo de la incomunicación. «Ese era el problema de estos últimos años», pensaba mientras el conductor le llevaba a toda velocidad por las calles de la ciudad. No había casi circulación. «Era una noche de perros y todo el mundo estaba en casa viendo la televisión, con la familia, menos él que estaba en un taxi olvidado». Repasaba sus noches de felicidad, que también las tuvo. No todo fue este abismo en el que, ahora, se encontraba. Se arrebujó en el asiento del coche enredado en sus temores, reflexiones y meditaciones. Nunca se había parado a pensar en lo que era su vida, en las razones por las que había llegado a este punto, en todo el entramado de los últimos años. Se había enfrascado en el trabajo, no tenía otra mira que amasar patrimonio. Sus inversiones le preocupaban, ocupaban la mayor parte de su tiempo. Llegaba cansado a casa y, sin mirar a Loise ni a los niños, se metía en la cama. Su conversación se había reducido a un «hola» y un «adiós». Eran sus únicas palabras durante toda la semana. El sábado y el domingo iban a algún restaurante y allí su conversación era algo mayor, pero tampoco en exceso. No se comunicaba, ya que en la comida se dedicaba a leer el periódico, sin ningún comentario más allá de lo bueno o malo que estaba el bife que había pedido. Al llegar al domicilio de nuevo iba al dormitorio, que en los últimos años estaba separado del de Loise.

Recorría con pena todos estos desencuentros al tiempo que el taxi marchaba rápido hacia un destino desconocido y ella, ya en la realidad del momento, desde la cocina le invitaba a tomar la bebida que estaba preparando. Esto le rompió todas las especulaciones.

—Por nosotros y por el camino que nos queda por recorrer —chocaron las copas con una media sonrisa que sellaron con un beso.

Había, sin duda, rescoldos que merecían avivarse y a ello estaban dispuestos los dos. Lo único que sentía era el disgusto que le dio a su madre con la noticia. A su edad estas cosas se veían de distinto modo y no fue oportuno habérselo dicho. Le hubiera gustado que muriera sabiendo que habían iniciado la reconciliación. Es más, lo que mejor hubiera estado es que ella no supiera lo de la separación. Esta información debió ocultarla. Aunque Loise no se portó excesivamente bien con su madre, al menos, entre ellas había cierto cariño. La asistencia al funeral fue una buena prueba de ello. Su madre no se enteró. Cuando Fernando la vio entrar una emoción recorrió su cuerpo. A partir de este momento, se dispuso a iniciar un recorrido vivencial para cerrar todas las heridas abiertas en los últimos años. Andaba en esta exploración de reflexiones cuando entraron sus hijos para hablar con su padre.

—Estamos muy contentos de que hayáis hecho las paces —dijeron al unísono.

—Estamos en ello. No se ha terminado el proceso —arguyó Fernando con una sonrisa—. Estas cosas llevan su tiempo y no es bueno precipitarse —terminó su respuesta, que tenía esculpida en su cerebro, al tiempo que les daba un beso.

—¿Por qué no hacemos un viaje de unos días todos juntos? —preguntó Loise mientras se servía una segunda bebida.

—Pensaba coger un año sabático. Mañana hablaré con mi ayudante para que se haga cargo de mis pacientes hasta nueva orden. En el hospital no hay problema. Llevo muchos años sin tomarme unas vacaciones y ahora las tomaré todas juntas.

—Me parece muy bien. Estaba deseando que dijeras esto —contestó Loise.

—Empezaremos por unos días en Long Island. Es un lugar al que fuimos hace muchos años y será bueno repetir. Recuerda que nos gustó mucho, mañana me acercaré a la agencia de viajes a reservar una casa.

—Te acompañaré —dijo Loise sin solución de continuidad y sin dejar ninguna posibilidad a la discusión.

—Está bien. Vamos a descansar, ha sido un día muy duro.

— 2 —

Long Island es un área del estado de Nueva York que va desde el puerto al pequeño pueblo de Montauk. A esta región pertenecen cuatro condados, el de Brooklyn y Queens (pertenecientes a la ciudad de Nueva York) y los de Nassau y Suffolk. Está separada de los estados de Connecticut y Rhode Island por el canal de Long Island Sound. Los condados de Brooklyn y Queens están separados de Manhattan y del Bronx por el East River y de Staten Island y Nueva Jersey por el Upper New York Bay. Goza de la cultura de Nueva Inglaterra y de Nueva York. Es una zona famosa por ser el destino de la clase rica de Estados Unidos, que en verano pasa varias semanas junto a la playa y el campo. En esta zona han recalado personalidades conocidas como París Hilton, Rockefeller, Carnegie. El matrimonio Clinton, Jennifer López, Jackie Kennedy, Alec Baldwin y Gwyneth Paltrow, entre otras personalidades del celuloide y de la política, vivieron en East Hampton. Esta parte es quizás la más sugestiva para pasar unos días o una larga temporada. Se puede llegar en coche, en tren y, también, en aviones pequeños que aterrizan en el aeropuerto de East Hampton o el helipuerto de Southampton. Es un remanso de quietud y los neoyorquinos lo buscan con especial interés para huir de la tensión de la ciudad.

Hace años, Fernando y Loise tenían la costumbre de ir tres o cuatro días cada dos meses a pasarlos en un hotel; incluso llegaron a pensar en comprar algo, pero la separación les vino en el momento en que estaban valorando esta posibilidad. Buscaban una casa en la villa de Southampton, fundada por los colonos ingleses, lo que daba un color y sabor especial que a ellos les gustaba. Además, les atraía la serie de villas y mansiones, rodeadas de bosques y zonas verdes, que les mantenía aislados cuando huían de la gran ciudad.

En esta ocasión alquilaron una casa durante dos semanas, ya que Fernando quería aprovechar para ir a Boston a visitar a Antoine, el hijo de Juliette, que le trajo hace unas semanas un paquete con el diario. El mismo que le entregó a su madre y que ahora descansaba en su maleta junto con la documentación antigua de sus padres. «En cuanto tuviera tiempo lo iba a leer», pensaba mientras planeaba el fin de semana.

—Será un viaje de tres días —le decía a su esposa—. El trayecto no me llevará más de cuatro horas llegar al centro de la ciudad.

—¿Dónde te alojarás?

—Como siempre, en el Hotel Omni Parker House. Ya me conocen y son muy amables. Además, están en la calle 60 School Street, muy cerca del centro.

—Pero ¿qué es lo que vas a hacer? —preguntó Loise con un punto de curiosidad femenina.

—Quiero ver a una persona que me trajo un diario para mi madre y con la que casi no pude hablar. Necesito respuesta para algunas preguntas. Me dejó su dirección, por lo que no tendré problemas en ponerme en contacto con ella.

—¿La conoces de algo más de lo que significa traer un paquete?

—De nada, pero me contó que su madre estuvo en la Segunda Guerra Mundial en Francia y que allí falleció su esposo en una ciudad, Oradour, que me gustaría visitar. Vosotros os quedáis aquí y yo regreso en unos días y ya me uno a las vacaciones de la familia.

—¿Cuándo quieres irte?

—Mañana a primera hora. Quiero estar pronto. No sé si podré visitarle nada más llegar o me dará cita para esa tarde o el día siguiente. Así que mañana a las seis de la mañana salgo para allá.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó Loise con una cara que esperaba la respuesta positiva.

—Estupendo. Los chicos ya conocen la zona y pueden ir a buscar a sus amigos.

El recorrido fue por la playa. Era una tarde avanzada, en la que aún quedaban restos del calor que había durado todo el día. La arena era fina y conservaba cierto grado de calidez derivado de los días calurosos que la acariciaban. Las olas iban y venían en una continua reiteración que semejaban los arpegios que se oían en las tardes musicales. En el cielo, las nubes iban variando en sus dibujos *vorticelares* y las gaviotas emitían sus endechas a manera de lamentos. Por momentos, el cielo estaba entreverado de colores a cada cual más llamativo. Los rojos intensos cambiaban a rojos desvaídos conforme iba presentándose el ocaso. En la línea del horizonte se veía el astro Sol en lontananza, cada vez más pequeño, abismándose al tiempo que se rodeaba de unos colores extraños y llamativos.

—¿Ves el Sol en el ocaso? Cada día es igual. En la mitología griega era el Helios que conducía su carro de Este a Oeste. En el pueblo inca, la adoración al Sol, que ellos denominaban Inti, era su religión y los aztecas arrancaban el corazón de sus víctimas para ofrecerlo al Sol para que este no se detuviera en su caminar. Como ves, cada pueblo le da un diferente significado.

—¿Y nosotros cuál la damos? —preguntó Loise.

—El romanticismo, la belleza de la vida, el paseo contigo. Son tantas cosas… —aprovechó para darla un beso, lento y suave, que fue acompañado por el rumor de las olas.

Después, un silencio mayestático, unas miradas de complicidad, unas medias sonrisas que florecían en los labios a caballo entre la timidez y la vacilación. Estaban aturdidos por donde el destino los llevaba. Habían pasado de no dirigirse la palabra a pasear en el ocaso de una playa virgen, sorteando las olas que, de cuando en cuando, les acariciaba los pies. Eran unos momentos donde se mezclaba la magia del instante y el entorno que les rodeaba. Habían asumido ya que era necesario iniciar una nueva etapa en su vida y que este era el minuto en el que comenzaba. No había razones para volver la vista atrás como no fuera para aprender de las equivocaciones que tenían en su mochila. Un duro aprendizaje que los llevaría, de nuevo, por la senda correcta. Hicieron un camino equivocado y ahora tenían claro cuál era el apropiado. La vida les baqueteó en los últimos años, pero no querían repetir esa experiencia. Era una verdad apodíctica y a ella tenían que ser fieles. El sol enviaba sus últimos reflejos al tiempo que sus miradas se enredaban. Un día intenso que tenía un final feliz. Atrás quedaban sus padres y la historia que les había traído a este país, pero Fernando no estaba dispuesto a que permaneciese en el oscurantismo de lo desconocido. Al día siguiente comenzaría a desenmarañar la madeja de sus pensamientos.

—Vamos a cenar algo, que mañana quiero madrugar. Tengo por delante cuatro horas de coche.

—Cuando llegues, me llamas —dijo Loise con una carantoña.

—No te preocupes. No se me olvidará, aunque llevo varios años sin hacerlo —una media sonrisa cerró el comentario.

—Pues por eso te lo digo.

La noche ya era cerrada. Había desaparecido la luz. Encaminaron sus pasos al hotel que estaba junto a la casa que habían alquilado. En el camino, llamaron a sus hijos por si querían acercarse al restaurante donde tantas veces habían estado. Allí les esperarían.

Con las primeras luces, Fernando puso el coche en marcha. Se despidió de su esposa con un cariñoso beso y la promesa de que la llamaría lo antes posible. Nada más llegar.

La carretera era buena. Al principio, hasta salir a la principal, fue una travesía local, entre casas de verano y playa, bordeando zonas de recreo y vacaciones. A esa hora no había nadie transitando, a excepción de algún deportista que aprovechaba las horas de la mañana para hacer deporte. Al cabo de una media hora ya estaba a toda velocidad en la autopista. Cuando llevaba un par de horas de conducción, aproximadamente a la mitad del trayecto, paró en una gasolinera para rellenar el depósito y tomar un café. Era muy temprano y en el bar no había clientela a excepción de dos camioneros y una pareja que habían pernoctado en el motel contiguo. Se veía a todas luces que eran amigos de última hora y que habían pasado una

buena noche. Después se despedirían como si tal cosa y, seguramente, no volverían a verse. Los camioneros eran asiduos parroquianos del local. No había nada más que verlos con la familiaridad que trataban al dueño del bar. Fernando pensaba: «Seguro que por aquí pasan todas las semanas un par de veces en su camino de ida y de vuelta».

Tomó un café doble, bien cargado, y se despidió. Mientras tanto, el dueño de la gasolinera se había afanado para rellenar el depósito. De nuevo, en el coche, se dirigió a la autopista para enfilar la dirección a la ciudad. Al entrar, se encontró con el tráfago de una ciudad cosmopolita y en plena actividad de trabajo. Conocía algo de las calles ya que, por trabajo y congresos, había estado varias veces allí. Se orientó fácilmente, buscó el aparcamiento en el que siempre solía dejar el coche, muy cercano al hotel Omni Parker House. Había tomado la precaución de hacer la reserva el día anterior por lo que no tuvo problema. En esos días era una medida habitual, ya que Boston era una ciudad de mucho turismo. Los congresos eran frecuentes por lo que los hoteles normalmente estaban llenos. A él, como cliente habitual, le dieron una habitación, pero al registrarse le comentaron que la reserva la hizo con poco tiempo y que como le conocían le mantenían la estancia de otras veces. Una vez colocada su ropa en el armario, había traído un pequeño maletín, pues la idea era no estar más de tres noches, buscó en su agenda la dirección de Antoine que le había dado cuando le entregó el diario. En recepción le dijeron que no estaba lejos, pero que sería conveniente que tomara un taxi, ya que era un lugar algo apartado. Andando sería aproximadamente una hora, pero al no conocer las calles lo más práctico era reservar un Uber o similar. En esa ciudad esta compañía era muy bien acogida. El trayecto duró aproximadamente unos quince minutos. Era un barrio moderno, de clase media, bien conectado con medios de transporte.

El taxi lo dejó a unos cincuenta metros de un edificio de unos sesenta años de antigüedad. Un parque, delante de una serie de casas, daba una amplitud amable para pasear en la primavera. Fernando rebuscó en sus bolsillos donde tenía el papel en el que había anotado el número de la casa y el piso. No tenía el teléfono, por lo que no pudo avisar de su presencia. Era el mediodía y el sol comenzaba a calentar en esta primavera que se anunciaba benévola.

Era un segundo piso. Las escaleras, algo desvencijadas por el paso del tiempo, crujían a su paso. «El desgaste no perdona ni a inmuebles ni a personas», pensó mientras ascendía a paso lento buscando los interruptores de la luz. Al llegar al segundo descansillo, respiró hondo introduciendo lentamente aire en sus pulmones. No es que estuviera agotado, pero estaba acostumbrado a utilizar los ascensores. Esa casa no los tenía. «Ahora que estoy más tranquilo voy a reiniciar el deporte», pensaba, mientras se disponía a llamar a la puerta. Buscó a

tientas la luz que al encenderse dio un triste reflejo en la escalera; merced al mismo, pudo encontrar el timbre. «Espero que esté en casa», especuló con un punto de miedo por el lugar en el que estaba y su lóbrego aspecto. Paredes desconchadas, puertas medio combadas y pasamanos de madera astillada le infundían todo menos tranquilidad. Era el entorno de una película de miedo en la que el asesino asciende por la escalera y entra empujando una puerta semiabierta.

Llamó varias veces durante un par de minutos y nadie respondió. Estaba empezando a impacientarse cuando notó que la puerta estaba abierta. Lo que imaginaba de un filme de miedo era lo que se encontraba frente a él. El celuloide siempre había sido su afición, por lo que lo que le vino a la cabeza en ese instante le hizo sonreír. La empujó con sumo cuidado; la débil luminosidad de la escalera centelleó la entrada con un tibio halo de luz. Tuvo que acostumbrar los ojos a la oscuridad. Fernando no podía ver nada. Su vista no alcanzaba más de un par de metros; solo la distancia que estaba alumbrada por la luz del exterior. Avanzó unos pasos y estuvo a punto de caer al suelo, tropezó con algo que difícilmente imaginaba. Era un cuerpo de hombre. Se dirigió a la entrada y encendió la luz. La visión que se le presentaba le hizo temblar de miedo. Allí estaba Antoine, recordaba su cara, con un puñal clavado en su pecho. «Una puñalada mortal», reflexionaba mientras decidía qué hacer. Le tomó el pulso y confirmó su muerte. Sin pensarlo dos veces, sacó un pañuelo y borró las huellas del picaporte y de la clavija de la luz. Dio un vistazo rápido a la estancia. Estaba todo revuelto, como si buscaran algo que tenía escondido. Los cajones en el suelo, los colchones rotos, pues pensaban que algo escondían, los armarios desordenados. Habían registrado hasta el cuarto de baño, la cocina y las camas. Era un apartamento de clase económica de tipo medio bajo, con dos dormitorios y un saloncito donde se encontraba el cuerpo. Ahora, más tranquilo, pudo ver un pequeño charco de sangre alrededor del cuerpo. Estaba frío, debería llevar varias horas muerto. La persona o personas que le habían matado estaban buscando algo. «Sería el diario que tenía en su poder y que se lo entregó la semana pasada»; en su cabeza iba dando vueltas de lo que tenía que hacer. Llamar a la policía le iba a traer complicaciones y, además, no le iba a aportar nada positivo, así que decidió dejar todo tal cual estaba y salir lo mejor posible. Se alejó lo más rápidamente que pudo, limpiando sus huellas y dejando la puerta como la encontró. Al bajar, limpió la barandilla, pues creía que al subir se había apoyado en ella. Ver tantas películas de asesinatos le enseñaron que debía eliminar las pruebas y cómo hacerlo. Lo importante era no tocar nada y lo que había tocado, borrar las huellas.

En la calle caminó lo más deprisa que pudo. Nadie le vio, a esa hora muy pocas personas paseaban y una pareja, que se encontraba a

mucha distancia, no reparó en su presencia. Anduvo más de una hora en una dirección que no sabía. Llegó a un área en donde había comercios y restaurantes. Allí encontró una parada de taxis y tomó uno para dirigirse lo más rápido posible al hotel. Ya en la habitación, solo, pensó en todo lo que había vivido.

Quería hablar tranquilamente con una persona acerca del diario que le había dado y se encontró que estaba apuñalado en un apartamento desconocido a las afueras de una ciudad. No sabía a ciencia cierta con qué carta quedarse. Con toda seguridad lo que buscaban era algo de mucho valor. Ignoraba si Antoine antes de morir dio alguna información de a quién le había dado el diario o, por el contrario, no dijo nada, ya que le mataron antes de que supiese la razón por la que entraron en su casa. De cualquier manera, estaba en peligro, ya que muy posiblemente supieran en este momento quién era el dueño del diario. Tenía que poner tierra por medio. En ello estaba su vida.

Lo primero que hizo fue llamar a Loise y advertirla que, por una temporada, deberían cambiarse de domicilio. No le dio más explicaciones. Dijo que, cuando regresase, ya le contaría todo. Le dijo que cancelara la reserva de la playa y volviera a Nueva York y que buscara un apartamento en la zona sur de Manhattan, justo en el lado opuesto donde vivían. Debería hacerlo ya y enviarle una carta a su clínica con la dirección exacta. El apartamento debería estar amueblado por lo que solo tenía que llevarse lo imprescindible. Cuando acabara lo que tenía que hacer, volvería a Nueva York.

Antes de nada, quería poner en claro sus ideas. El diario lo llevaba en su poder. Deseaba haberlo comentado con Antoine, pues albergaba serias dudas de cuando lo encontró y el lugar. En la corta explicación que le dio, cuando se lo entregó la semana pasada, solo le dijo que sus padres lo habían encontrado en una librería de libros antiguos, en el centro de París, durante la Segunda Guerra Mundial. Su madre Juliette, cuando mataron a su padre en la ciudad de Oradour, vino a vivir a Boston con una prima y se trajo algunos recuerdos entre los que se encontraba el famoso diario. No era mucha información. Aún no había tenido tiempo de leerlo y ahora que estaba tranquilo decidió que era el momento. Los otros diarios, los de sus antepasados, los había metido en la maleta con la idea de leerlos en la playa y, aún, descansaban en su cama. «Pasaré todo el resto del día leyéndolos», pensó mientras iba colocándose en posición de lectura. Cuando terminó de examinarlos ya era de noche cerrada. No había tomado nada, pero el tiempo se le pasó rápidamente. Eran casi las diez de la noche y había terminado con los diarios de su familia. Le quedaba el que le dio Antoine y al pensar en él, le inundó una sensación de angustia insalvable. «Pobre hombre, no tenía culpa de nada,

simplemente por tener un diario de sus padres que no sabía lo que significaba y había encontrado la muerte en este camino de ignorancia. Estaba en el lugar equivocado».

Decidió bajar a la cafetería del hotel y pedir un sándwich. Después, continuaría con la lectura. Había dejado para el final el diario que le entregó Antoine pocos días antes de ser asesinado. Pensaba que sería el más importante. Los otros eran referencias a impresiones personales de la vida de la Corte, aunque algunos párrafos dejaban traslucir alguna idea sobre este último diario. Había en ambos, continuas referencias a él. Había que entender el asunto estudiando todos los diarios de una manera conjunta.

Sus antepasados eran grandes bibliófilos y disfrutaban con la lectura de libros y con su coleccionismo. Sus bibliotecas eran ricas y abundantes en obras originales de los siglos pasados. Ahora, gran parte de esos libros los tenía Fernando que también había heredado el defecto o la cualidad, según se mire, de coleccionar las obras de los grandes autores. En su gran piso de Manhattan descansaban en una amplia biblioteca cantidad de ejemplares raros que trasladó de Madrid cuando su madre decidió vender el piso. El primo de ella se encargó de todo. Lo que Fernando no sabía en ese momento si aún vivía o no. Había perdido toda señal de contacto. Solo le quedaba como referencia una dirección y un teléfono. Tantos años… Un suspiro cortó de golpe sus pensamientos. El ascensor abría sus puertas. Se dirigió veloz a la cafetería del hotel. A esa hora no había casi nadie en recepción. Un solícito camarero le atendió rápidamente.

—¿Qué desea tomar? —le preguntó con una amable sonrisa.

—Tomaré un sándwich de jamón y queso y una botella de agua mineral —contestó de una manera maquinal enredado en sus pensamientos.

—Enseguida lo traigo.

No habían pasado más de cinco minutos cuando se acercaba con el pedido. Fernando tenía hambre, ya que no había comido nada. Era un día con muchas impresiones y esto le había desviado de otros cometidos.

Nada más subir a la habitación, y ya en la cama, intentó leer el diario, no pudiendo pasar de la primera página. Se quedó dormido. Esa noche soñó que iba a España y se encontraba con personas que conocían el secreto del dietario y le llevaban por caminos inescrutables que nunca antes había conocido, que le abrirían puntos de vista inimaginables. Entrarían en su vida de una manera abrupta, pero ya no saldrían. Su influencia sería patente y le harían ver las cosas de un modo diferente. Su vida, desde entonces, cambiaría. Se despertó sumido en un sudor profundo. Siempre recordaría este sueño tan profético.

— 3 —

Unas semanas antes ocurrió un hecho singular. El hijo de un editor, llamado Damián, encontró unos documentos en el material que le dejó su padre que señalaban que en un lugar del norte de España había enterrado un tesoro en el siglo XVIII. Recordaba que, en un momento de su vida, su padre le comentó que estos papeles le llevaron directamente a un diario y que contactó con una librería de París. Parece ser que un aristócrata importante de la Corte, consumado coleccionista bibliófilo, lo perdió en el tranvía poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Por extrañas circunstancias apareció este diario entre un montón de libros antiguos en el lugar donde se escondían Juliette y Antoine en plena lucha de la resistencia francesa. El dueño de la librería le comentó a Damián que tres personas le visitaron hacía años. Juliette, su hijo Antoine y una prima llamada Amelie. La protagonista de la guerra era bastante mayor, pero a pesar de todo se acordaba con una claridad meridiana. Después, le contaba a Damián, que se fueron a Oradour donde murió su marido. Antes de marcharse le dejaron su dirección, pues deseaba mantener cierta correspondencia. Era como tener el cordón umbilical con su pasado. «Se fueron a Boston y no sé más». Aquí acabó el relato.

—¿Por qué tiene interés en estos detalles? —le preguntaba el librero a Damián—. Ya nadie se acuerda de nada y menos de esa época. Todos tratamos de olvidarla —preguntó el librero con un punto de curiosidad—. Han pasado tantos años que ya nadie rememora nada y muchos han fallecido.

—Estoy tratando de escribir un guion para una película —mintió Damián sin ánimo de dar muchas explicaciones y las pocas que tenía que dar, que fueran verosímiles.

—Ah, en ese caso entiendo que esté siguiendo el hilo de la historia.

—¿Podría ver el lugar donde se escondían? Es para ambientarme.

—Sin ningún problema. Estoy encantado que haya personas que dignifiquen la lucha por la libertad de mi pueblo.

Damián siguió al vendedor al interior de la tienda. Vio cómo apretaba un resorte y una de las estanterías se movía lentamente para dar paso a una habitación contigua. No era muy grande, aunque lo suficiente para dos camas estrechas y una mesa camilla con cuatro sillas.

—En este lugar es donde estaban. Había unos camastros y aquí dormían y se refugiaban. Según me dijeron cuando me visitaron hace años, en este cuarto se reunían para tomar decisiones y decidir qué es

lo que tenían que hacer. Nuevos planes, nuevas actuaciones. Yo casi nunca entro. Me parece que es como violar la intimidad de unas personas que estuvieron escondidas —dijo con un tono triste y distanciado.

—Debió de ser una época desolada —señaló Damián en un intento de mantener el ritmo de la entrevista mientras escudriñaba cada rincón, cada sitio, por ver si encontraba algún testimonio que le sirviera en su investigación.

Estuvo un buen rato en conversación por ver si sonsacaba algún dato, pero pronto se convenció de que estaba perdiendo el tiempo y se despidió amablemente. Tenía en su investigación otros caminos que recorrer.

—Muchas gracias por atenderme. Ha sido una experiencia… interesante —tardó unos segundos en encontrar la palabra exacta.

—Vuelva cuando quiera.

De aquella visita, Damián había sacado varias cosas claras. Una de ellas era que el diario lo tenían ellos y que vivían en Boston. En su bolsillo estaba la dirección. «Todo muy fácil hasta este momento», pensó mientras caminaba por la calle en dirección a un restaurante. La ocasión bien merecía un homenaje. Ya en el hotel, en París, decidió lo que iba a hacer. Viajaría a Boston en unos días con el fin de hacerles una visita y trataría, por todos los medios de hacerse con el diario. Pero las circunstancias mandan y cuando regresó a su casa, en Madrid, le contó a su hijo todo lo relacionado con este tema y a los dos días falleció de un infarto de miocardio. A su hijo, Carlos, le conminó a que en cuanto pudiera fuera a Boston.

Carlos era la primera vez que viajaba a Boston. La ciudad le pareció muy elegante y europea. No tenía nada que ver con una ciudad típicamente americana. Sus edificios, calles y monumentos eran propiamente de un perfil inglés. Era considerada como la capital de Nueva Inglaterra, ya que en 1630 los colonos ingleses fundaron la ciudad que estuvo muy ligada a la historia de los Estados Unidos. Lo primero que hizo, nada más llegar y dejar sus cosas en el hotel, fue hacer el Freedom Trail, una ruta que recorre el centro de la ciudad. De esta manera se hizo una idea general del lugar al que había llegado. Le llamó la atención el Faneuil Hall, el lugar donde Samuel Adams hizo el discurso estimulando a la gente a independizarse del Reino Unido. Un sitio muy querido por los americanos debido a que está ligado a su historia. Le gustó hacer turismo, por lo que decidió dejar la visita para el día siguiente.

Ese día se acostó temprano. Tenía que acomodar su horario. Había una diferencia de cinco horas. El día amaneció con sol, pero algo frío. Era el mes de abril y aún no calentaba mucho, aunque habían desaparecido las nieves, solo en las montañas había vestigios de ellas,

pero la ciudad y las carreteras estaban limpias. La gente paseaba con abrigos. No era temporada apropiada para quitárselos. A través de la ventana de su habitación pudo ver cómo el tráfico iba en aumento. Las personas se afanaban para ir a su trabajo. Después del desayuno pensaba acercarse a la dirección que le dio el librero de París. Encontrar el domicilio de Antoine no le fue difícil.

—¿Qué es lo que desea? —le dijo una voz al otro lado de la puerta.

—¿Es usted Antoine?

—Sí. Ese es mi nombre.

—Quiero hablar unos minutos, si no le importa —avanzó Carlos un tanto nervioso. Tenía que mantener la calma si pretendía sacar una información válida.

—Me interesa conocer la etapa de sus padres en París, cuando estuvieron en la resistencia francesa.

—Y eso… por qué han pasado muchos años y no creo que pueda interesar a nadie.

—Estoy escribiendo un reportaje sobre esta etapa histórica y según tengo entendido sus padres desempeñaron un papel importante en ella.

—¿En qué periódico trabaja? —se interesó Antoine.

—Voy por libre. Escribo el artículo y luego lo vendo al mejor postor —aclaró Carlos que quería suprimir cualquier atisbo de desconfianza.

—Siempre es mejor ser libre de ataduras —apostilló Antoine, que había despejado cualquier sombra de duda en relación con la visita.

—Mi nombre es Luis —mintió.

—El mío Antoine.

—Su nombre, ¿es de origen francés?

—Mis padres lo eran. Mi madre murió hace poco y mi padre, en Francia, en la Segunda Guerra Mundial. No sé si habrá oído hablar de un pueblo, Oradour, que fue bombardeado hasta la destrucción total.

—He leído muy poco sobre la Guerra Mundial —fingió un desconocimiento total sobre el tema.

—Prefiero no hablar de eso ahora —zanjó la conversación de una manera incisiva.

El tono categórico de Antoine le hizo cambiar de rumbo a Carlos que por nada del mundo quería buscar la confrontación. Su objetivo era el diario y la historia le traía al pairo.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó con la voz más amable que pudo.

—Querría hablar… —unos instantes de cavilación y al fin pudo enhebrar la contestación— sobre un diario que tiene usted.

La cara de Antoine no daba crédito. Cómo un tipo que se encontraba en el umbral de la puerta le hacía con todo desparpajo una pregunta sobre un diario que nadie conocía. Se lo había traído su

madre de París y lo guardaba como una joya. Además, no era el dueño. Juliette, antes de morir, le dijo que lo tenía que devolver a sus verdaderos dueños. Los había localizado hacía unos meses, estaban en Nueva York. Recordaba cómo la semana pasada habló con una persona que atendía por el nombre de Fernando y que era hijo de un matrimonio, los verdaderos dueños, que vinieron de España. Después de una amena conversación, se desplazó a su casa en Nueva York para entregarle en propia mano el diario. Con eso acabó la misión que dejó su madre.

—Ya no lo tengo, lo he devuelto —contestó airado—. Y, además, ¿qué tiene usted que ver con ese… con ese diario? —siguió alterado y sin dejarle traspasar la puerta.

Carlos había perdido la batalla del disimulo. No le quedaba otra posibilidad que emplear la fuerza. Con un empujón le introdujo en el interior de la casa, cerró la puerta y le dio un puñetazo que acabó con Antoine en el suelo. Sacó un puñal y se lo clavó en el pecho ante la incredulidad de su contrario que no daba crédito a lo que estaba pasando. Un tipo desconocido que llama a su puerta, le empuja y le clava un puñal. Sus últimos pensamientos antes de morir.

Muy nervioso, sin saber a ciencia cierta lo que tenía que hacer, empezó de una manera desaforada a buscar el diario. Revolvió cajones, abrió armarios, sacó documentos, miró debajo de los colchones. Nada de nada. No había rastro. Lo que estaba buscando se había esfumado. No lo guardaba en la casa. Tenía razón cuando le dijo que no lo tenía. Después de un buen rato dedicado a la búsqueda, decidió que en el apartamento no estaba y que tenía que poner tierra por medio. Un cadáver y un puñal con sus marcas eran más que pruebas para condenarle. Limpió como pudo las huellas en el mango y durante unos minutos trató de limpiar todo aquello que había tocado. Se marchó del edificio sin hacer ruido. Ya en la calle pensaba si había limpiado bien sus huellas, pero no era momento de regresar. Nadie le vio entrar y salir, por lo que sería difícil que le inculparan. Además, quién le iba a relacionar con el muerto. No tenía parentesco ni amistad. No había ninguna conexión. Por este lado, estaba tranquilo. Ahora tenía que poner en orden sus ideas. El diario no estaba en el apartamento. Posiblemente, se lo devolvió a sus dueños. El finado decía la verdad cuando respondió. No podían ser otros que los herederos de la familia. Trató de pensar en el hotel, cuando se encerró en la habitación. Ese era el hilo que debía de seguir.

Su padre le comentó hacía años que los dueños del diario en España huyeron rápidamente a Estados Unidos. Allí les perdió la pista, aunque tuvo memoria para decirle que la novela que estaba preparando para su editorial la publicó en ese país. Por ello no tenía nada más que hacer que ver la editorial que la publicó y hacerse con

el nombre del escritor y su dirección. A través de internet pudo llegar a conocer que esa novela se publicó hace años y que su autor vivía en Brooklyn. «Probablemente haya fallecido», pensó con acierto. «Son muchos años los que han pasado».

Al día siguiente tomó un vuelo a Nueva York. Se alojó en el hotel Row NYC, en el número 700, 8th Ave., muy cerca del Rockefeller y en el corazón de Times Square. Una zona de teatros y restaurantes con mucho movimiento que haría que su presencia fuera desapercibida. Conocía este hotel por haber estado dos años antes. Su cercanía a la Quinta Avenida le daba la posibilidad de pasar como un turista normal. Tomó la habitación y decidió ir a almorzar a uno de los muchos lugares de la zona. Después, tomó un taxi y se dirigió a Brooklyn, a la dirección que tenía. Era una casa de tipo medio, en un barrio tranquilo. Le abrió la puerta una mujer de edad media, ni alta ni baja, ni joven ni vieja, ni guapa ni fea. Una mujer de tipo medio que no llamaría la atención en ningún lugar. Con su mal inglés preguntó si en estas señas vivían las personas que estaba buscando. Le dijo que hacía bastantes años eran los propietarios de esta vivienda y que ella se la compró. No sabía qué había pasado con la viuda. El hombre, que se dedicaba a dar conferencias y a escribir, murió y ella se trasladó a vivir con su hijo.

—No será difícil localizarle. Es un conocido médico de Manhattan y su nombre viene en la guía de teléfonos —le dijo con ánimo de solventarle el problema.

—¿Se llevaron todas sus cosas?

—Sí. Aquí no dejaron nada de valor. Hay una maleta que no hemos abierto. Está en el trastero. Dijeron que vendrían por ella, pero parece que se les olvidó.

—¿Puedo verla? Soy un familiar que ha venido de España y quizás pueda ver algún detalle de dónde está la viuda.

La mujer tuvo unos segundos de duda, pero al ver la cara de tranquilidad que le transmitía su interlocutor no dudó en franquearle el paso.

—Espere unos minutos aquí. Le subo la maleta que está en el sótano. No se ha tocado nada desde entonces, usted será la primera persona que lo haga.

Carlos tenía una cara de satisfacción increíble. Había conseguido engañar a la mujer y, ahora, subía con la maleta.

—Parece que no pesa demasiado —dijo al depositarla en el rellano de la escalera, al tiempo que prudentemente se retiraba para que la inspección fuera tranquila. No tenía intención de inmiscuirse en los problemas de esa familia.

Estaba abierta. Carlos revolvió su interior. En el fondo encontró unos documentos y una novela cuyo título era *Ayer*. Al abrirla, de su

interior cayó una carta. Miró a su en derredor. La dueña de la casa estaba en la cocina preparando un café, tenía el campo abierto para leer rápidamente la carta. Era un documento antiguo del siglo XVIII que hablaba de una persona que había enterrado un tesoro en un lugar del norte de España. Con un movimiento instantáneo, introdujo el mensaje en su bolsillo y siguió revisando la maleta y el resto de las cosas. Tomó nota del título de la novela. «La compraré más tarde», pensó. Sin lugar de dudas le proporcionaría una buena información. No había más cosas de interés, así que cerró la maleta.

La señora en este momento se acercaba con una taza de café.

—Seguro que le apetece una taza de café —dijo con la mejor de sus sonrisas.

—Muchas gracias —dijo con su mejor afecto y continuó diciendo—. No hay nada de interés. Creo que seguiré su consejo de buscar la dirección de su hijo, no creo que me sea muy difícil. La dejo ya.

Con una amabilidad almibarada y una sonrisa amplia, se despidió.

—Muy agradecido por toda su ayuda.

La puerta se cerró tras él. Bajó los escalones de la puerta principal y se incorporó a la calle en dirección de una plaza contigua. Allí se sentó en uno de los bancos y tomó la carta. Su nerviosismo era tal que no tenía paciencia para llegar al hotel y leerla. Era un documento interesante de un personaje, Alonso de Alvarado, un rico hacendado, que había llegado de Perú con un importante patrimonio. En su deseo de perpetuarse se le ocurrió la idea de enterrar parte de su patrimonio, el resto se lo dejaría a las monjas de un monasterio cercano a su casa. El objetivo fundamental era conseguir que a través de los años su figura fuera recordada. Una manera de inmortalizarse a través de su fortuna y de su nombre. «He encontrado la pista de lo que estoy buscando», pensó con una alegría mal disimulada. «Tengo que seguir deshilando el ovillo, pero parece que voy por un camino apropiado».

La tarde iba avanzando. A esa hora, el sol ya no calentaba y la temperatura empezaba a bajar. Era el comienzo de la primavera y a las siete de la tarde era necesario resguardarse del frío. El suelo aún conservaba las hojas de los árboles caídas por el viento de la madrugada. En la plaza no había nadie, excepto una pareja de jóvenes que se daba a las expansiones amorosas sin poner atención en lo que les rodeaba. Carlos estaba abismado en sus reflexiones y tampoco ponía atención en sus vecinos. La carta aún permanecía en sus manos. Era un documento fundamental en su investigación, tenía, por fuerza, que encontrar el dichoso diario del que su padre tantas veces le habló.

Una señora se sentó en el banco junto a él. Iba acompañada de un niño que le miraba con una cara rara y le hacía continuamente muecas. Esto le desagradó mucho y terminó por levantarse e irse. Tampoco es que hiciera nada de particular en ese lugar. Se dirigió

lentamente al metro. Le apetecía conocerlo. No tenía prisa. Buscó su estación de destino: Times Square. Le hubiera dado lo mismo bajarse en otra de esa zona, ya que iría dando un paseo. En el camino entró a tomar un sándwich de jamón y queso y una cerveza. En la habitación del hotel intentó aclarar sus ideas. Había sido un día intenso que comenzó con el asesinato de Antoine y terminó con un sándwich en la calle 45 con la Séptima Avenida. Estaba cansado, pero tenía que poner en orden sus ideas. Se recostó en la cama, era una hora temprana para dormir, pero eso no fue obstáculo para que lo hiciera. Se despertó a las cuatro de la madrugada, bebió un vaso de agua y se volvió a la cama.

El día amaneció con una neblina suave, evanescente, desdibujada. A través de la ventana daba una imagen extraña, fantasmagórica. Se podía definir como sobrecogedora, como un conjunto de estantiguas. Una niebla que penetra en los huesos, gélida, sin luz ni color que te lleva a un estado de ánimo depresivo. Carlos, al verla desde la distancia, sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Había matado a un hombre inocente el día anterior y allí estaba mirando por los cristales. Nunca olvidaría esos ojos extrañados que le miraban cuando le clavaba el puñal. Con ellos le hacía una pregunta: ¿por qué? No entendía nada y así se murió: sin comprender nada. Sin vislumbrar la causa, sin saber la razón de tan insólito comportamiento. Estaba en el lugar inapropiado. Y el caso era que esta muerte no sirvió de nada, pues nada encontró en el apartamento y nada le dijo de información. Algo inútil que no beneficiaba a nadie y ahora su cuerpo yacía en un lejano apartamento de Boston esperando que alguien lo encontrara, después llamara a la policía y se iniciaran las pesquisas correspondientes. Dentro de unos meses lo clasificarían en el tema de asesinatos desconocidos, ya que no había nada que le relacionara. Había tomado la precaución de limpiar las huellas dactilares o al menos eso pensaba. Eso sí que podría incriminarle y ser una prueba nada circunstancial. Mientras estaba sumergido con estos pensamientos sonaron en la puerta unos golpes secos. Era el camarero de planta que le traía el desayuno que había solicitado la noche anterior.

—Buenos días ¿Qué tal ha descansado? —preguntó solícito en un mal español, ya olvidado desde que salió de su país, Nicaragua.

—Muy bien. Gracias —contestó lacónicamente.

—¿Desea alguna otra cosa?

—Nada. Muchas gracias.

Una propina acabó cualquier atisbo de conversación. No quería relacionarse con nadie y que no le pudieran identificar como cliente del hotel ese día. Había entrado en el país hacía cuatro días y quería regresar lo antes posible. Antes se daría una vuelta por Manhattan y

de paso se acercaría para ver si contactaba con el hijo del escritor. Tendría que pergeñar una historia que estuviera a caballo entre su afición a la escritura y el conocimiento que, por su padre, tuvo del escritor. Le contaría un cuento de que en España escribía para la editorial de su familia y que muchas veces le habló de sus cualidades literarias. Parece ser que durante bastantes años le entregaba novelas y escritos y, concretamente, la novela que publicó en Estados Unidos la tenía contratada con la editorial de su padre. Ahora estaba realizando un viaje por Estados Unidos y había comprado su novela y se le antojó la idea de conocer a su hijo. Poco creíble, pero era lo único que tenía a mano. Construía una historia peregrina, pero no se le ocurría otra cosa.

Llegar a la casa de Fernando no le costó gran trabajo, pues vivía en un apartamento en la calle 66 este, entre la Segunda y Tercera Avenida y muy cerca de Central Park. Una zona agradable que daba la oportunidad a sus vecinos de pasear por el parque los fines de semana. En la casa no contestaba nadie, por lo que Carlos decidió dar un paseo. Volvería a intentarlo al día siguiente. Era importante tomar contacto con él y poder sonsacarle la información que le interesaba.

Estaba sentado en un banco del paseo principal adoptado por una pareja que se enamoró y prometió matrimonio en ese lugar muchos años antes. Una placa grabada en el respaldo así lo atestiguaba. Alrededor, las hojas de los árboles cercanos alfombraban el suelo de un color amarillento y daban una imagen de ingravidez y liviandad.

Carlos dejó la mente libre de ataduras y se remontó a su ciudad en España. Vivía en Madrid; tenía la costumbre de ir a la editorial de su padre y aprender del oficio. Había realizado estudios de Literatura e Historia, aunque no acabó ninguna carrera universitaria. Pasaba el día entre los libros y allí tuvo oportunidad de leer algunos capítulos de la novela titulada *Ayer*. Le llamó la atención los mensajes que encerraba, las dudas que el autor exponía, las señales que salpicaban a lo largo de sus páginas con dosis de inteligencia. No pudo acabar la última parte. El autor le prometió a su padre que se la daría en los próximos días y nunca llegó. Parece ser, según le comentaron, que salió urgentemente del país. Tenía miedo. Más tarde se enteró de todas las razones que envolvía el asunto. Su padre había descubierto que el escritor encerraba un secreto que exponía veladamente en su novela, de un tesoro enterrado en algún lugar de España y estaba dispuesto a descubrirlo. Todo parecía cabalístico, misterioso, enigmático. Sus páginas encerraban un arcano difícil de explicar. Antes de que pudiera llegar a la respuesta, el escritor desapareció.

Carlos entró por la puerta que estaba en la calle 72, muy cerca de la casa de Fernando. Allí preguntó en un centro de información detalles sobre el paseo en el parque y, bordeando el Conservatory

Water en un paseo paralelo a East Drive, alcanzó el Reservoir. Paseó siempre por la parte posterior del Museo Metropolitano. Le acompañaba un sendero de olmos centenarios. En el puente que cruza el lago se paró unos instantes y observó su entorno.

«Algún día tendré tiempo de conocerlo», pensaba mientras iba caminando y viendo lo que ocurría a su alrededor. De cuando en cuando, alguna ardilla saltaba delante de él y hacía las delicias de los niños que la observaba.

Ahora, sentado en un banco de Central Park, muchos años después, se enfrentaba al descubrimiento de la respuesta. No podía dejar que se escapase, la tenía en la palma de la mano y solo necesitaba atraparla con el simple movimiento de cerrarla. Mientras se abismaba en estas reflexiones, una pareja de novios almibarada se sentó en el banco cercano. Les observaba de reojo. No quería importunarlos con una mirada fría y directa, pero, también, les amonestaba mentalmente por romper su línea de especulaciones. Al tiempo que Carlos estaba imbuido con estos pensamientos, los jóvenes novios se entregaban a sus devaneos amorosos y la tarde avanzaba para llegar al ocaso donde el reflejo del sol lanzaba sus rayos postrimeros a las aguas del Jacqueline Kennedy Onassis Reservoir. Este lago ocupa toda la anchura del parque de este a oeste y de norte a sur desde la calle 86 a la 96. «Una bella vista, la de este crepúsculo», repasaba en su mente con la mirada triste del que acaba de asesinar a una persona. No estaba acostumbrado a ello. Fue un impulso atávico el que le llevó a tomar esa decisión. Nunca lo había hecho antes, aunque cuando entró en la casa de Boston estaba dispuesto a obtener cualquier tipo de información a cualquier precio. No quería andarse por las ramas. Había iniciado este viaje con la sola idea de hacerse con el tesoro y cualquier obstáculo que se le pusiera por medio sería eliminado. Antoine fue uno de ellos, a pesar de que después comprendió que no tenía el diario, pero ya era tarde. El siguiente impedimento era Fernando, el hijo del escritor tenía que saber muchas cosas. Había que sonsacárselas. En esto estaba su habilidad; trataría por todos los medios de volver al domicilio.

Pasó un ciclista, una pareja de personas mayores y una madre con dos niños. La vida seguía su curso. Nadie reparaba en él. Era como si no existiera. Una ardilla cruzó delante del banco donde estaba sentado. Tampoco advirtió su presencia. Era como un ser fantasmagórico que flotaba en un magma de ideas y elucubraciones donde se mezclaba el pasado y el presente, y todo por un supuesto tesoro impredecible y desconocido.

Las personas se iban retirando del parque. Era ya una hora tardía y, aunque aún había una luz suave, las familias iban camino de sus casas. Carlos salió por la puerta por la que entró; nada más llegar a la

Quinta Avenida caminó hacia el sur por una de las calles más emblemáticas de Nueva York. Estuvo mirando los grandes y atractivos escaparates de Versace, Zara, Prada, Bulgari, Vuitton y Tiffany que le recordó la película de *Desayuno con diamantes*, con su actriz preferida, Audrey Hepburn; lo que más le llamó la atención fue el centro de Apple, de una belleza y diseño exquisito. Allí estuvo un buen rato antes de la hora de cierre. Tuvo ocasión de conectarse con las noticias de España. Entró en el Hotel Plaza y dio una vuelta por su interior. Merecía la pena. Su camino continuó por delante de la iglesia de Santo Tomás, de un puro estilo gótico. Cruzó al otro lado para entrar en la iglesia de San Patricio, la más grande de América del Norte, que con un estilo neogótico destaca sobre los modernos edificios contiguos. Pudo admirar las enormes agujas que con una gran altura se erigían soberbias al cielo. Al llegar a la altura de la calle 45 torció a la derecha en dirección a Times Square. Caminó en el sentido de la circulación durante unos minutos, cruzando la Sexta para desembocar finalmente en su hotel. El ruido de los coches, las sirenas de la policía y las bocinas era ensordecedor. Al pasar por los teatros tuvo la intención de entrar en algún musical, pero desistió de la idea. No quería encontrarse con algún conocido y que en una investigación posterior pudiera identificarle. Solo le faltaba eso.

En el camino tomó un sándwich con una Coca-Cola y se fue al hotel. En la habitación se sentía seguro, salvaguardado de miradas indiscretas. Su conciencia le llevaba a sospechar que en cada mirada había un delator, una persona que conocía lo que había hecho y que estaba dispuesta a ir a la policía.

Curiosas casualidades de la vida. Dos hoteles, dos ciudades de Estados Unidos, dos momentos distintos, dos personas diferentes que no se conocen y ambas, encerradas en su habitación, piensan en lo mismo; la existencia de un diario que encierra muchos secretos. En un lugar alejado de ellos, está enterrada una importante fortuna que les haría invencibles. Sin embargo, el ánimo de ambos es desigual, ya que uno de ellos, Carlos, tiene un asesinato a sus espaldas, mientras que el otro, Fernando, tiene el patrimonio genético de sus antepasados que le obliga a intentar encontrar la luz del final del túnel, y es un mudo testigo de la muerte de un inocente.

*****

Fernando, en Boston, mientras tanto, acariciaba el diario sin atreverse a abrirlo para no romper el enigma que estaba detenido entre sus páginas. La respuesta a ese enigma que durante generaciones le ha traído de cabeza la tenía sobre la cama. Estaba encerrada en las páginas de ese libro y tenía que descubrirla. Él tenía la misión de

ponerlo en marcha, de hacerlo vivir, de transformar la leyenda en realidad. Su madre nunca le habló de ese libro, a pesar de que lo obtuvo unos días antes de su muerte. En el momento de recibirlo podía haberle informado, decirle qué es lo que significaba, pero no lo hizo. Se llevó el secreto a la tumba y, ahora, a él le tocaba descubrirlo sin saber por dónde empezar. Sus primeros pasos le llevaron a Boston, donde descubrió el cadáver de Antoine. A partir de este momento, se cortó el hilo conductor. Tenía confianza en que el encuentro le hubiera aportado datos que le hubieran servido para obtener respuestas. Pero no pudo ser.

*****

Carlos, al día siguiente, tenía que pensar en sus próximos pasos, se encaminó al MoMA. «Estaba cerca del hotel y un paseo le vendría bien», pensaba mientras descendía por el ascensor. El hall del hotel era un tráfago de gentes que iban y venían. Un hervidero de personas sentadas y de pie, charlando y esperando ser atendidas en la recepción. Sorteando, a unos y otros, consiguió llegar a la calle y enfilar la Séptima Avenida hasta la calle 53. Después de pasar el arco de seguridad del museo, se dirigió a la sala de Manet, pues quería ver el *Argenteuil*, un cuadro que siempre le gustó por sus pinceladas cortas, sus vivos colores y su bonita composición. Los turistas japoneses, sin embargo, se agolpaban en la sala donde estaba *Le Moulin de la Galette* de Renoir con sus tonos rojos y amarillos. Más tarde, fue a ver a Monet, sus nenúfares eran de una belleza incomparable con sus aguas cristalinas y su quietud. Era un cuadro para reposar la mirada. Allí se sentó, enfrente del cuadro, especulando sobre sus próximos pasos.

Salió del museo y se encaminó a un restaurante cercano en la calle 57 con la Sexta, muy cerca del New York Hilton Midtown. Había estado en ese lugar la otra vez que visitó esta ciudad y se hospedó en ese hotel. Se llamaba Rue 57; le quedó un buen recuerdo de ese almuerzo. Un restaurante con un trato afable y esmerado, con una comida cuidada. Con un buen bife tendría la posibilidad de pensar en sus próximos movimientos. Era lo que necesitaba en ese momento. Después, ya pensaría en sus próximos pasos.

— 4 —

Nada más despertar, Fernando leyó el diario. Independiente de los aspectos históricos que se relataban pudo entender el galimatías en el que estaba inmerso. Las historias de la Corte, del marqués de Villena y amigos eran interesantes, pero no le afectaban para la consecución de su proyecto. La conclusión era que sus padres llegaron a descubrir el lugar donde estaba enterrado el patrimonio de Alonso de Alvarado y que lo dejaron sin tocar debido a la premura con la que salieron de España amenazados por Damián, el editor frustrado de su novela. Afortunadamente, se dieron cuenta del jeroglífico, el enigma en el que se debatían, y pusieron tierra por medio. Dejaron todo, la casa, la biblioteca, el patrimonio y fue su primo el que se hizo cargo de ello y, ahora, los libros los tenía él en su apartamento de Manhattan en la calle 66.

El lugar señalado no aparecía en el diario; tendría que leer algunos de los documentos que su madre guardaba en esa maleta que le llegó después de su fallecimiento. Ahí estaba la respuesta, por lo que el siguiente paso era ir al apartamento de Manhattan y encontrarlos. Debía hacer este movimiento rápido, pues no sabía las implicaciones que pudiera tener el asesinato de Antoine y si le estaban espiando. Con toda seguridad estaba relacionado con la búsqueda del diario. No sabía, quienquiera que lo hiciera, que unos días antes ese documento se lo entregaron. Por lo tanto, si llegaban a la conclusión de que era el poseedor, sería el próximo en caer. Tenía que actuar con astucia, pues muy probablemente su casa de Manhattan estaría vigilada.

Al mediodía, reservó un billete de tren desde Boston a Nueva York. A las tres de la tarde salía de la estación de Boylston Street y después de pasar por lugares emblemáticos como Hartford, Middletown, New Haven y Stamford llegó en unas tres horas y veinte minutos a la estación de la calle 42, la Grand Central Terminal, en Nueva York. Llevaba con mucho apego su diario en el bolsillo. Ya en la estación, tomó un taxi para su apartamento. No estaba lejos la calle 66, por lo que en unos quince minutos se bajaba en la puerta de su casa. Antes de entrar en el portal tomó la precaución de mirar a ambos lados por ver si había alguien observando. La calle en ese momento estaba vacía, por lo que se introdujo en el vestíbulo de la casa y tomó rápidamente el ascensor. Vivía en un quinto piso. Toda la planta era suya. Lo había adquirido hacía muchos años cuando tuvo los dos hijos y ya el anterior piso se le había quedado pequeño. Su mujer y sus hijos

no estaban. Seguían sus instrucciones de buscar un lugar alquilado que no fuera conocido en el otro lado de la ciudad. Ya se enteraría dónde era. Buscó la maleta con los documentos que tenía de su madre, los metió en una cartera de mano y salió del edificio. Esa noche dormiría en la clínica, que era un lugar que seguramente sería desconocido para quien le siguiera. Llamó a su chófer para que recogiera el coche que había dejado en el aparcamiento de Boston y lo trajera a Nueva York. Por precaución prefirió, regresar por tren, además estaba cansado para conducir.

No era muy lejos de su casa y decidió ir andando. Esto lo hacía todos los días de ida y vuelta. De esta manera tendría la posibilidad de ver si era seguido por alguien. Al cabo de unos quince minutos y, después de recorrer cinco manzanas, se introdujo en un edificio bajo de tres plantas. Todo el inmueble era suyo. La parte dedicada a los despachos y laboratorios en la primera planta. En las otras había camas de día, con la finalidad de que los pacientes pasaran unas horas allí y se pudieran hacer todas las pruebas en una misma sesión. Los análisis que requerían algún tipo de estudio más complicado, como resonancia magnética, los mandaba a un centro especializado que estaba a una manzana. Con lo cual los pacientes en un día tenían realizado todo el conjunto de exámenes. La idea era buena y los pacientes la ponderaban mucho, en especial entre la alta sociedad, por lo que Fernando era el médico de moda de este tipo de enfermos. Algunos solo se hacían chequeos rutinarios anuales, por lo que la clínica siempre estaba llena y era muy demandada. Estos días que él no estaba, seguía funcionando igual dado que tenía en su equipo tres médicos que conocían la estructura y el modelo de desarrollo.

En el ático tenía su parte privada. Un dormitorio, una salita, un despacho particular y un cuarto de baño. No era raro que, si acababa el trabajo muy tarde, se quedara a dormir en el centro. Tenía además una pequeña cocina que le servía de soporte para hacerse algo ligero y rápido. Muchas noches las pasó allí, sobre todo, cuando se divorció. Estuvo unos días hasta que encontró, para alquilar, un apartamento que le gustase. Esa noche no tenía inconveniente en recordar otros tiempos. Subió a su planta privada, cerró la puerta de seguridad y puso los documentos encima de la mesa de trabajo.

Las altas horas de la madrugada le cogieron estudiando aún el material. Allí tenía dos diarios de la familia, uno de la paterna y otro de la materna y un tercero que era en el que aparecían las notas sobre Alonso de Alvarado. Este último es el que inició el marqués de Villena, que fue olvidado en un tranvía por su antepasado y que Juliette trajo de la librería de París. Con toda la lectura pormenorizada llegó a una conclusión clara: sus padres supieron dónde estaba enterrada la fortuna de Alonso. En su cabeza resonaban machaconamente las

palabras de su madre: «Hace tiempo que quería contarte la historia de nuestra vida. Te la hemos relatado a trozos, pero no de una manera completa. Has leído la novela y allí puedes encontrar todas las respuestas menos una». Recordaba que habló de una encina sagrada. Lo repitió varias veces, aunque el juicio de ella iba y venía. Ya tenía todo mucho más claro. Una encina sagrada en un lugar del norte de España que tenía perfectamente identificado por las notas que había leído.

Tenía hambre y decidió acercarse al restaurante de la esquina donde le conocían bien, ya que lo frecuentaba con cierta asiduidad, generalmente al medio día con algún cliente.

—Buenas tardes, don Fernando —le dijo el encargado nada más verle entrar.

—No he reservado mesa. Lo decidí hace justo unos minutos.

—Usted no necesita reservar. Ya lo sabe —le avanzó con una amplia sonrisa—, su mesa está disponible. Como siempre, la del rincón.

Fernando avanzó entre las mesas hasta llegar a la suya. El restaurante estaba medio lleno. Nada más sentarse, el *maître* le sirvió un güisqui. Conocía sus gustos y sabía que antes de las comidas le gustaba tomar esa bebida. Con el almuerzo siempre le servía un vaso de vino tinto. Si era de Rioja, mucho mejor. Eso se lo enseñaron sus padres. Estaba pensando en lo que había leído cuando se le acercó una mujer que él conocía de sus tiempos de soltería. Ni joven ni vieja. En la edad de la sazón, de la madurez. Esa edad en la que, sin decir nada, se despliegan los encantos envolviendo al interlocutor. Su cara denotaba cierta experiencia. Había perdido ya la candidez de la juventud, pero le quedaba la mirada serena de las aguas remansadas. Aquel torbellino se había trastocado en un lago cristalino. Una belleza que aún conserva los destellos y la lozanía de la frescura, de los rescoldos que alguien puede hacer encender de nuevo. Esa era la mujer que se encontraba en este momento enfrente de Fernando y le pedía con la mejor de sus sonrisas sentarse en su mesa.

—No esperaba encontrarte aquí. ¿Quieres que me siente? O esperas a alguien.

—Estoy solo. Siéntate. Puedes cenar conmigo si te apetece.

—Como en los viejos tiempos —sonrió al decirlo. El simple recuerdo los aportaba a ambos cierta placidez. No en vano estuvieron saliendo durante unos meses. Fue al principio de la separación.

—Te conservas cada vez más guapa. No sé qué haces —dijo Fernando devolviéndola la sonrisa que ella le envió.

Eran mensajes subliminales que recordaban otras épocas, pero que evocaban sentimientos encontrados. Ambos se acababan de separar y se reencontraron después de la universidad en un bar de Washington

Square tomando una copa.

—¿Sigues solo? —preguntó ella con un punto de curiosidad femenina o bien con la idea de reiniciar algo que acabó. Algún rescoldo debía haber para hacer la pregunta de una manera tan directa.

—Mi madre murió hace tres días y Loise fue a la residencia y allí… bueno allí reiniciamos nuestra relación. Para mí ya sabes que la familia es todo. Me agarré al clavo ardiendo que ella me ofrecía.

—Lo entiendo, pero eso no será obstáculo para una cena de amigos —sonrió Alice al hacer este comentario, pues se sabía deseada y lo estimulaba.

—Claro. Es un placer. ¿Quieres un aperitivo?

—Ya sabes que no bebo antes de la cena. Con ella sí que tomaré algo.

—Ya se me había olvidado. Ha pasado tanto… tiempo.

—A qué te dedicas últimamente. Me refiero aparte de la medicina, que siempre te ha ido muy bien.

—Acabo de estar con mi familia en Long Island, concretamente en East Hampton. Han sido solo un par de días. Luego, tuve que ir a Boston. Mi madre murió y tenía que resolver algunos asuntos allí.

Fernando no sabía mentir, pero tampoco quería darle la información. Era medio cómplice de un asesinato. «Debería haberlo denunciado y no lo hice», pensaba mientras apuraba su güisqui tratando de encontrar una respuesta válida. Lo mejor era tratar de cambiar el tema de conversación.

—Y tú, ¿qué haces? ¿Lo mismo que antes?

—No he cambiado de trabajo. Sigo en el mismo. La editorial me va bien y publico varios números de éxito al año. No me da mucha faena y sí un buen dinero. Es un negocio que lo tengo muy bien controlado. También me da muchos contactos.

—Siempre has sido muy inteligente —señaló Fernando.

—Difícil superarte —contestó ella con aplomo.

El camarero se acercaba lentamente con la prudencia de no interrumpir la conversación.

—¿Qué desean tomar?

—Nos va a poner ese chuletón de la casa para los dos. Supongo que no has cambiado de gustos —dijo Fernando dirigiéndose a ella— y, como siempre, una botella de vino de Rioja, si es posible.

—Siempre tenemos unas cuantas reservadas para los buenos clientes. Y de aperitivo, ¿les pongo unas alcachofas a la plancha y unas croquetas?

—Por supuesto. Es una buena elección.

—¿Me vas a decir ahora qué es lo que te preocupa? Te conozco muy bien para que me engañes —soltó de sopetón Alice.

—Siempre fuiste no solo inteligente, sino perspicaz. Recuerdo, cuando salíamos, algunas intervenciones tuyas que me dejaban estupefacto.

—Bueno, contéstame a la pregunta.

—¿Sigues viviendo en Greenwich Village?

—Veo que te acuerdas bien, pero no te hagas el remolón y contesta.

—Ya sabes que mi madre murió hace tres días.

—Sí. Eso ya me lo dijiste, pero no es lo único que te preocupa.

—Tienes razón —manifestó Fernando mientras apuraba su güisqui —. Buenos *gin tonics* nos hemos tomado en el Dylan café. Allí debutó Bob Dylan. Al salir del local me gustaba pasear bajo los árboles del Village. Cuántas veces nos sentamos a charlar como dos estudiantes en las escalerillas de tu casa.

—Sigue. No te entretengas —cortó Alice más prosaica y con ganas de llegar a tener la información que precisaba.

Al tiempo que paladeaba el güisqui pensaba en una respuesta no solo convincente, sino que no faltara a la verdad. Ese era el significado de Alice, el nombre de ella. Recordaba que en alguna ocasión le había comentado que su nombre derivaba del griego *alétheia* que significa «verdad», aunque algunos la llamaban Alicia y otros Allison. Él prefería llamarla Alice.

—Déjame unos instantes que piense cómo voy a comenzar.

—¿Pero me lo dices o no? —ella le lanzaba una mirada fija y un punto dura.

La paciencia no era, con mucho, la cualidad más característica de Alice.

Cuando Fernando iba a comenzar con la respuesta, el camarero se acercó con los aperitivos. Fernando se quedó con la contestación a medio aflorar en los labios. Después de unos segundos dubitativos decidió explicar todo el asunto. No en balde Alice fue una verdadera amiga cuando inició su separación y estuvo a su lado todo el tiempo.

—Mi madre, como sabes, era de origen español. Vino a Estados Unidos cuando tenía veinticinco años con mi padre y aquí hizo su vida. Sin embargo, cuando vinieron trajeron con ellos un secreto importante. Parece ser que sus antepasados escribían en unos diarios una serie de vivencias entre las que se encontraba un tesoro. Para no hacerte larga la explicación te diré que en una maleta que guardaba en la residencia existía una serie de documentos que he leído pormenorizadamente, ya que nunca me dieron una explicación completa. Solo algunos vagos comentarios, pero sin matizar.

Durante varios minutos, Fernando desgranó una serie de datos y comentarios que llevaron a Alice a tener un conocimiento amplio de la situación.

—Veo que el tema es complejo —dijo Alice dubitativamente

mientras se servía una copa de vino.

La cena terminó agradablemente. Habían rememorado tiempos antiguos y buenos recuerdos. Habían quedado como amigos y ese tiempo que pasaron en el restaurante avivaron nuevas evocaciones.

—¿Te parece que tomemos una copa en Balthazar? —cortó Fernando los pensamientos en los que estaba enredada Alice.

—Una idea genial. Allí podremos ver lo más granado de la ciudad, ¿no te parece?

—A mí lo que me apetece, ahora, es estar contigo—señaló con una amplia sonrisa llena de coquetería y picardía.

Salieron del local y tomaron un taxi que estaba en la parada de la esquina.

—Al 80 Spring Street, en el Soho —dijo Fernando nada más acomodarse en el asiento.

—Balthazar, ¿verdad? Ya es el tercer cliente de esta noche que llevo a ese lugar. Debe estar toda la ciudad ahí —dijo con sorna el conductor.

—Faltamos nosotros —comentó Alice con una carcajada.

—Pues en muy poco tiempo ya no será así —dijo el conductor, pegando un acelerón para que la profecía se cumpliera lo antes posible.

—Tampoco es necesario correr, no creo que lo cierren esta noche —contestó Fernando inquieto por la velocidad que estaba tomando el coche.

—No se preocupe, he nacido en este taxi —el conductor se había dado cuenta de que sus pasajeros estaban un punto nerviosos.

— 5 —

Carlos, después de la comida, dio un paseo por la 57 en dirección este hasta Park Avenue y luego bajó por esta preciosa avenida hacia el sur. Pudo ver una calle emblemática y elegante. No se imaginaba que fuera así, pues cuando estuvo muchos años antes no le pareció tan distinguida. Su recorrido duró unas tres horas; alrededor de las ocho de la noche decidió ir a tomar una copa.

Al cabo de un rato determinó entrar en Serendipity 3 en la calle 60 esquina con la Tercera Avenida. Le habían hablado muy bien de este local. El recepcionista del hotel se lo comentó. El nombre le llamó la atención. Significa «casualidad». Una entrada pequeñita adornada con cristales de diversas tonalidades. El acceso, muy oscuro, desembocaba en un comedor con varias mesitas y lámparas de colores. Eligió una del rincón y se acomodó esperando conocer el ambiente. Mientras estaba sentado pensó que el nombre de este restaurante le sonaba y, de pronto, cayó en la cuenta, era por la película del mismo nombre de John Cusack y Kate Beckinsale, ya que una de las escenas se desarrolla en este lugar. Desde su juventud era muy aficionado al cine y conocía casi todas las películas, por lo que le fue fácil recordar el nombre.

No había pasado más de quince minutos cuando una joven, ya algo madura, pero de una gran belleza, se acercó a la mesa y le pidió permiso para sentarse.

—Supongo que no le importa que me siente aquí. El local está lleno y no dejan que nos quedemos de pie.

—No hay inconveniente —la contestación de Carlos, escueta, no dejaba lugar a dudas. No tenía ganas de conversación.

Al cabo de un buen raro de silencio se atrevió a iniciar conversación con ella, más que nada preocupado por haber estado tan desconsiderado.

—¿Es la primera vez que viene aquí? —preguntó amablemente.

—He venido con alguna asiduidad, pero hace varios meses que no me paso por este lugar.

—¿Sabe cuál es el significado de *serendipity*? Veo que habla español. Yo lo hablo bastante bien, eso creo —terminó su presentación.

—No tengo ni idea.

—Significa «casualidad». Fue creada gracias al cuento de tres príncipes de Persia que llevaban a cabo descubrimientos muy importantes gracias al azar.

—Curioso —señaló Carlos—. Yo, es la primera vez que vengo. Bueno, me presentaré. Mi nombre es Carlos.

—El mío Alice.

—Habla muy bien español.

—Lo aprendí en la escuela y, después, estuve dos años en España. Concretamente, en Madrid. Allí me matriculé en una escuela de idiomas. Seis horas diarias dan para mucho y luego las amistades hacen el resto.

—Esa es mi ciudad.

—Y ¿qué es lo que hace tan lejos?

—Tenía ganas de volver a Nueva York. Estuve hace muchos años, pero hay lugares que no conocía. Por ejemplo, este… La realidad es que hay mucho ambiente en estos sitios. Cada día se ve un lugar distinto.

Con esta sencilla conversación habían intimado y roto el hielo que les separaba. «La verdad es que el inicio fue poco agradable, estuve muy grosero», pensaba Carlos mientras pedía el segundo *gin tonic*.

—¿Quieres tomar algo? —se acababa de dar cuenta que no le había ofrecido tomar una copa.

—Lo mismo que tú —contestó poniendo la mejor de sus sonrisas.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Carlos de sopetón.

—Tengo una editorial en Greenwich Village, muy cerca de Washington Square Park.

—Qué casualidad. Mi padre tenía otra en Madrid y yo trabajé una temporada en ella. Después, me independicé. Me dediqué a otras cosas.

—Serendipia, como se llama el local.

—No entiendo a ¿qué te refieres?

—Has dicho que era una casualidad que yo tuviera una editorial y que tu padre la tuviera en Madrid. Eso se puede llamar serendipia. Esto es lo que te da leer mucho. Conoces muchas palabras extrañas. Lo que te expliqué de los príncipes persas.

—Extrañas y bonitas —añadió Carlos—. Bueno, ¿me decías?

—Te comentaba qué lo de la editorial es un trabajo muy interesante. Se conocen muchas personas y distintos ambientes, además de mantenerte en activo en todas las tendencias de la cultura, pues no solo contactas con escritores, sino con todo tipo de artistas. Muchos bohemios. Si conocieras el barrio en el que vivo y en el que tengo la editorial lo comprenderías. Es un lugar con encanto, con atracción. Allí viven personas de la farándula y del ambiente cultural de la ciudad —Alice estaba verdaderamente enamorada del sitio en el que vivía y tenía su trabajo.

A esta altura de la noche habían intimado lo suficiente como para mantener la conversación de una manera agradable fuera de todo

convencionalismo artificial.

—¿Llevas mucho tiempo en este oficio?

—La empresa la inicié hace diez años. Aquí es muy fácil organizar un negocio. Desde entonces he publicado bastantes títulos; he aconsejado a escritores noveles y he dirigido sus pasos. Algunos ya están entre las primeras ventas en este país. Colocar un libro entre los más vendidos es un éxito para mi editorial y a eso me dedico. Mi trabajo no consiste solo en la edición, sino que continúa en la distribución y termina en la colocación de la novela entre los éxitos del mes.

—En España es algo más complicado. ¿Conoces un libro que se editó aquí titulado *Ayer*? —preguntó Carlos sin demostrar mucho interés.

—Esa novela se editó en la empresa en la que estaba trabajando antes como becaria. Creo recordar que tuvo bastante éxito. Se hicieron varias ediciones. Poco tiempo después dejé la empresa y me monté por mi cuenta.

A Carlos le invadió una alegría interna, por la que tuvo que hacer esfuerzos para que no se le nota externamente.

—¿El escritor vive? Tengo dudas si falleció hace unos años. Estuvo bastante tiempo dando conferencias. Era profesor de español en un instituto —preguntó Carlos sin dar impresión de curiosidad.

Trataba de disimular su interés haciendo preguntas que cayeran en la conversación como si no vinieran a cuento.

—¿Escribió más novelas?

—No lo sé. Perdí el contacto cuando me fui de esta editorial. ¿Por qué lo preguntas?

—Ya te dije que este escritor trabajó en una época de su vida con la editorial de mi padre y me hubiera gustado conocerle.

No quería insistir más por este camino por lo que desvió el diálogo por otros derroteros.

—¿Te apetece que mañana vayamos a tomar un *brunch*? Conozco el mejor lugar para ello —señaló Alice mientras se tomaba de un trago lo que le quedaba del *gin tonic*.

—No tengo la costumbre de tomar este tipo de desayuno que ni es temprano ni es tardío. Nunca sé lo que es.

—Es el restaurante Pastis en el Meatpacking District. Está lleno de actores que suelen ir a tomar los huevos benedict. Hay una barra enorme donde se ponen los famosos, pero lo que más me gusta es el alicatado de baldosas de tipo antiguo. Merece la pena conocerlo —la explicación de Alice era de alguien enamorado del lugar—, y ver a gente conocida es todo un espectáculo.

—Pues me parece que lo voy a intentar. Te acompañaré. ¿A qué hora nos vemos? Tomo un taxi en el hotel y voy para allá.

Carlos, en su fuero interno, lo que deseaba era profundizar en el tema de la editorial y, de paso, conocer si conocía la dirección del autor de la novela *Ayer*. Estaba seguro de que ella sabía algo más de lo que dijo, pero por confidencialidad calló. En ese país, estos temas se llevaban seriamente y Carlos lo conocía, por lo que prefirió que volviera a salir en una conversación intrascendente.

—Sobre las 10.30. Es una buena hora. Después damos un paseo para bajar el *brunch* y te llevo al River Café, en el embarcadero. Tienes que conocerlo, es uno de los lugares más interesantes para visitar, de noche, el *skyline* es mágico. La cocina tiene una estrella Michelin.

—¿Está en Manhattan?

—No. Está en Brooklyn, justo debajo del Brooklyn Bridge, por lo que será necesario coger un taxi, aunque si quieres podemos ir en metro.

—Prefiero el taxi, qué quieres que te diga. Es un buen plan el que me propones.

—En ese caso me retiro ya que llevo todo el día trabajando. Este oficio, a veces, es muy cansado —concluyó con una sonrisa y un mohín zalamero.

Alice se despidió sin más palabras y salió avanzando entre las mesas del local. Carlos se quedó mirando cómo traspasaba el umbral de la puerta y cómo ella, al hacerlo, le enviaba una sonrisa. Su figura, hasta que desapareció, se recortó entre la penumbra del local.

A la salida del restaurante, tomó un taxi y se dirigió a Greenwich Village donde vivía. Pocos minutos después, Carlos salió y dio un paseo hasta la Quinta Avenida. Allí tomó, también, un taxi al hotel. No era conveniente caminar por las calles a ciertas horas por muy céntricas que fueran.

Amaneció un día ni frío ni caluroso. Un cielo medianamente azul, tamizado por nubes grises, que invitaba a un paseo por las calles abarrotadas de personas a esa hora. Carlos cruzó la calle y entró en el restaurante Subway para tomar un café con leche y un croissant. Estaba enfrente del hotel. Al salir, se dirigió por la misma Octava Avenida en dirección sur. Un largo paseo de un par de horas. Tenía todo el tiempo del mundo pues había quedado a las 10.30 para el *brunch*. Por la Octava llegó a Liberty 8th Ave. y allí tomó Gansevoort St. Llegó justo cuando veía acercarse a Alice por la otra acera. Tomaron un café y unos huevos benedict como habían comentado la noche anterior.

—He venido dando un paseo de casi dos horas. Hay mucho ambiente y me gusta conocerlo mientras camino —dijo Carlos nada más entrar en contacto con Alice.

—Es una ciudad interesante para pasar una temporada. Hay cantidad de cosas para hacer.

—No sé si me gustaría vivir toda la vida, pero pasar una buena temporada sin dudarlo.

—Con buenos dólares en el bolsillo, mucho mejor —dijo ella.

Alice estaba pletórica tratando de enseñar el lugar donde vivía. Era una oportunidad que se le presentaba interesante y que rompía la monotonía de su editorial. Esa mañana había quedado en ver a un escritor al que le iba a publicar un libro, pero canceló la reunión. No pasaría nada por retrasar la entrevista un día.

Fueron caminando un buen rato y al cabo de una media hora se atrevió a preguntarle:

—¿Quieres que vayamos andando? Cruzaremos el puente de Brooklyn. Si te parece vamos un rato caminando y después tomamos un taxi hasta la capilla de San Pablo en la Trinity Church y desde allí iniciamos el paso por el puente de Brooklyn hasta el River. Ir andando todo el tiempo es mucho y no llegaríamos a la hora de la reserva. He tomado la precaución de llamar antes al restaurante, pero cada uno paga lo suyo. Es bastante caro.

—De acuerdo. Tú mandas.

La llegada al restaurante era impactante. Se encontraba en un embarcadero; no dejaban entrar si no tenías reservado el almuerzo. En otro tiempo la gente lo tomaba como un lugar turístico; entraba y salía como si fuera su casa y esto molestaba a los clientes, por lo que el dueño decidió evitar la entrada a aquellas personas que no fueran a almorzar o a cenar. De esta manera se preservaba la intimidad del local.

—La vista es preciosa —comentó Carlos nada más sentarse en la mesa.

—El *skyline* es fantástico. De noche, es otra visión diferente.

—¿Quieren un aperitivo? —la voz del camarero cortó sus pensamientos.

—Tomaremos dos güisquis con agua y hielo —Alice ya estaba al mando de la nave y se disponía a organizar el almuerzo.

Cuando estaban terminando, entró una persona con la que Alice había tenido una relación sentimental. Había estado cenando con él hacía unos días y, ahora, de nuevo, se lo encontraba en un lugar lejano de su casa. Fernando puso una cara de extrañeza similar a la que ella le devolvió, a la que se añadió el rubor característico de quien se encuentra en una situación un tanto azorada. Ninguno de los dos daba crédito a este encuentro. Él iba solo. Trataba de reflexionar lo que tenía que realizar en las próximas semanas. Estaba muy decidido a visitar París. Allí creía que había un eslabón importante de la cadena.

—Mira Fernando —dijo Alice muy turbada por el escenario que tenía ante ella—, este es Carlos. Le conocí en un restaurante ayer y

como es de Madrid y no conoce la ciudad, me ofrecí a enseñarle los lugares más interesantes.

En ese momento, Carlos se levantó y le saludó educadamente.

—¿Quieres sentarte con nosotros? —preguntó Alice al tiempo que le acercaba una silla y le decía al camarero que observaba en silencio la escena del encuentro—. Se quedará a almorzar en esta mesa.

Hasta ahora la única que había pronunciado unas palabras era ella. Los otros dos estaban callados y, en cierto modo, nerviosos por la incómoda coincidencia que les ponía a los tres en un entorno distante.

Los primeros segundos fueron reservados. Cada uno se debatía, hermético, enredado en pensamientos distintos y particulares. Fernando pensaba en sus próximos pasos a seguir; Alice, en la contrariedad de este encuentro en una ciudad tan grande, y Carlos se debatía especulando con el cuerpo que dejó, ensangrentado, en Boston. Era una persona inocente y no tenía nada que ver con el asunto que llevaba entre manos, al menos de una manera directa. Su muerte fue una gran equivocación, pero estaba en el lugar equivocado y en el momento inadecuado.

—Así que usted ¿es de Madrid? —rompió Fernando con esta pregunta.

—Allí es donde vivo —una respuesta escueta y sin compromiso.

—¿Está aquí por turismo?

—En parte, sí. Tenía que resolver un asunto en Boston y de paso vine a Nueva York a recordar la visita que hice hace años.

—¿Boston? Bonita ciudad —al pronunciar el nombre de la ciudad Fernando tuvo un escalofrío que pasó desapercibido—. Yo suelo ir frecuentemente.

Estaban en un escenario prodigioso y ambos se encontraban un punto incómodos con la corta conversación. Alice enseguida se dio cuenta y trató de salir al quite cambiando el tema de conversación. No le costó demasiado, ya que los contertulios estaban deseando salir de ese entorno dialéctico. En su interior, ambos se lo agradecieron.

Después de un almuerzo rápido, Fernando decidió levantarse de la mesa y terminar. Preguntó al camarero el costo del menú que había elegido y dejó su importe encima de la mesa acompañado de la propina correspondiente. Se despidió con cierta premura y salió sin más dilación.

Alice y Carlos se quedaron en un completo mutismo que solo se interrumpió con la llegada del camarero con la nota. Dividieron el importe y dejaron la consabida propina del 15%, casi obligada en los restaurantes americanos y con más fogosidad en los de alto nivel.

—¿Quieres regresar andando por el puente de Brooklyn? —preguntó Alice.

—Me parece buena idea, así bajamos la comida.

—Podemos tomar un café en Little Italy. Es un área a la que llegaron los italianos cuando vinieron a esta ciudad. Hay cantidad de negocios y restaurante de esta cultura. Tiene mucho encanto.

—La conocí hace años, pero no me importa volver. El entorno es muy atractivo e invita a tomarse el consabido café italiano, ya que en este país no se toma café.

—¿Qué se toma entonces? —preguntó Alice con cierta sorna.

—*Coffe*. Es diferente.

—Ya entiendo.

Cruzaron el puente sin mucha conversación. Por la calle Lafayette llegaron a Canal St.

—Cuando tomemos el café, te voy a enseñar un lugar que nunca habrás visto antes. Está dedicado íntegramente a los adornos de la Navidad. Es todo mágico y fantástico.

Tomaron un café en la calle Mulberry y andando unos metros se dieron de bruces con la tienda: Christmas in New York. Desde la calle ya invitaba a visitarla. Alice se extrañó de que Carlos no comprara ningún recuerdo. No se atrevió a preguntarle si tenía familia, pero por las prisas con las que miraba los artículos pensó que debía vivir solo. Era un tipo extraño. Había pasado un día agradable con él, pero algo la frenaba. Era como si tuviera una vida que no quería exteriorizar, algo que ocultar. Estaba recubierto de una pátina secreta que hacía inviable la conversación abierta y sincera con él. De Boston solo le contó que estuvo un día, que resolvió el asunto que le llevaba allí y que regresó a Nueva York sin hacer nada de turismo. No le dijo el propósito, pero ella con su especial intuición decidió que no debía ser un asunto muy legal y que había tenido que salir rápidamente. También pudo observar que Fernando y Carlos no habían congeniado. Algo se interponía entre ellos. Una cortina intangible, imperceptible les separaba. Esa eran las prisas que hicieron que Fernando se levantara rápido de la mesa alegando no se sabe qué excusas. Por su parte, ella decidió terminar el paseo lo antes posible y llamar a su amigo. No se había quedado tranquila con el encuentro. Un sabor amargo la abrumaba y quería quitárselo cuánto antes.

—¿Te parece que terminemos la visita turística aquí? Yo tengo una cita a las seis cerca de Greenwich Village y debo ser puntual. El cliente me interesa. En eso radica el buen nombre de un negocio: en la seriedad —terminó su alegato.

—No te preocupes. Yo me quedo paseando por este barrio y después tomaré un taxi al hotel. Si tienes tiempo me llamas, pues me quedaré aún unos días por aquí. Tengo que resolver unos asuntos —dijo Carlos mientras deslizaba en su mano una tarjeta del hotel.

—Perfecto. Tomaré un taxi en Canal Street. Te llamaré en cuanto vea mi agenda. Estos días estoy muy ocupada. A todo el mundo le da

por publicar un libro y hay que saber cuál es el que interesa a la editorial. De aquí al verano, con el buen tiempo, los escritores quieren publicar.

—Gracias por el día que me has dedicado.

—Ha sido un placer. Hasta la próxima.

Alice salió de la tienda dejando a Carlos mirando unas cajas de música. Parecía que lo hacía con total indiferencia, sin importarle lo que estaba viendo. «Un tipo extraño», pensó mientras se alejaba.

— 6 —

Fernando salió del River Café y tomó un taxi. Fue a la consulta esperando tener noticias de Loise. Pensaba, con buen criterio, tener una carta que le informara de la dirección donde había alquilado el apartamento. No había nada. Subió al despacho a revisar sus notas cuando recibió la llamada de Alice. Eran alrededor de las ocho de la tarde y quería verle sin dilación. Tenía que hablar y transmitirle una serie de preocupaciones que la mantenían en ascuas desde el mediodía.

—Puedes venir cuando quieras. Estoy en la clínica, en la última planta. Cuando llegues al portal, llamas al telefonillo y te abro.

—En una media hora estaré allí —contestó sin dar a Fernando posibilidad de respuesta.

No habían pasado más de veinticinco minutos, cuando sonó el timbre. Fernando constató que era Alice y la abrió desde su despacho. Venía un tanto alterada, un punto nervioso. Nada más llegar pidió un vaso de agua y se sentó en el sofá. Su respiración era jadeante. Se veía que había venido corriendo. Pasados unos minutos y normalizada su respiración, le preguntó de sopetón:

—¿No has pensado en nada después del almuerzo?

—No me gustan nada las personas con las que tienes trato —espetó Fernando nada más verla.

—Lo conocí la otra noche en un restaurante y me pareció, en una primera instancia, agradable, pero conforme lo fui conociendo iba teniendo sensaciones negativas y contradictorias.

—¿Por qué haces esta afirmación? —indagó Fernando mientras la ofrecía el vaso de agua.

—No sé. Es algo intuitivo. Algunos detalles, comentarios sin acabar, contradicciones. Una persona envuelta de un gran secreto —contestó Alice mientras bebía el agua—, estuve varias horas en su compañía y tengo argumentos para confirmar esta afirmación.

—A mí no me agradó desde el principio.

—Ya me di cuenta. No pudiste disimularlo. Se te notaba desde la distancia.

—Es que había algo que me frenaba. No sé cómo explicarte…

—Lo entiendo. A mí ya me pasó desde la mañana cuando estuvimos en Pastis y después cuando fuimos dando un paseo. Tuve tiempo de analizarlo. Fue una sensación totalmente contraria a la que tuve en Serendipity; a lo mejor era por la luz —concluyó con una sonrisa.

—¿En qué te basas? —preguntó Fernando con un punto de curiosidad.

—Detalles como que me dijo que trabajó en una editorial como la mía y luego no tenía idea del oficio.

—¿Te dijo que trabajó en una editorial? —Fernando enarcaba las cejas mostrando su asombro.

—Sí. Me contó que su padre tenía una editorial y que conoció al autor de la novela *Ayer*. Parece que al principio iba a publicarla en su empresa, pero, más tarde, desapareció sin dar cuentas y esta novela se publicó en este país. Después, me hizo varias preguntas sobre el autor y lo que hizo aquí.

Según iba dando estas explicaciones, la cara de Fernando era de preocupación. Cada vez se estaba poniendo más lívido. Estaba viendo a la persona que seguía sus pasos y, quizás, el asesino de Antoine. Había almorzado con él y no se había dado cuenta. El intercambio de palabras fue mínimo y era imposible, pero aun así no le gustó nada. No tuvo empatía.

—¿Y qué le dijiste? —demandó Fernando con visos de cara de preocupación.

—La verdad. Que no lo conocía. Que esa novela se editó en la empresa donde yo trabajaba de becaria, pero que nunca entré en contacto con el autor.

—¿Qué te dijo entonces? —insistía Fernando muy preocupado por el cariz que estaba tomando la conversación.

Trataba de completar su información en el menor tiempo posible. Su impaciencia iba en aumento.

—Se calló. No habló más del tema. Cuando le pregunté la razón por la que mostraba tanto interés en este escritor, es cuando me dijo que había publicado con su padre alguna novela, que tuvo bastante éxito, y quería conocerle.

—¿Eso te dijo?

—No sé si sabía o no que había fallecido, pero trataba de sonsacarme información —afirmó Alice—, eso estaba más claro que el agua.

—¿Te dijo si había visitado alguna ciudad en Estados Unidos?

—Sí. Me contó que estuvo en Boston, pero solo un día para resolver unos asuntos. No hizo nada de turismo según me comentó.

—¿Sabes que asuntos eran? —articuló de manera nerviosa unas palabras.

—¿Los sabes tú? —inquirió Alice asombrada de cómo iba discurriendo la conversación.

—Estoy seguro. Sus asuntos fueron cometer un asesinato.

—¿Un asesinato?

—¿Te acuerdas el otro día que nos vimos en el restaurante de la

esquina donde tengo la clínica?

—Sí. Cómo se me va a olvidar.

—Pues bien. Acababa de llegar de Boston. Te dije que estuve en Long Island y me marché a esta ciudad. Había una razón. Quería visitar a un señor que se llama… llamaba Antoine. Me había entregado una semana antes el diario de un antepasado que se perdió en la Segunda Guerra Mundial y apareció en una librería de París. Creo que me dijo que se llamaba Shakespeare. Antoine y su mujer eran partisanos en la resistencia francesa y este lugar era donde se refugiaban; allí lo encontraron. Parece ser que lo había dejado olvidado mi antepasado en un tranvía.

—¿Qué querías decirle?

—Tenía interés en que me hablara de este periodo de sus padres. Él murió en una refriega en el pueblo de Oradour, en Francia. Volvió años después con su madre y una prima que les recogió en Boston.

—Lo que no acabo de entender es qué pintas tú en esta historia —remarcó Alice con un punto de curiosidad.

—Tiempo al tiempo. Todo llegará.

—Bien. Continúa.

—Llegué a Boston, conocía la dirección de Antoine y no me era difícil acercarme a tener una conversación con él. Sería muy instructiva. Cuando llegué a la casa, la puerta estaba entornada y en el salón el cuerpo de Antoine con un puñal clavado en el pecho. Estaba revuelto como si buscaran algo.

—El diario —saltó Alice con la perspicacia que la caracterizaba.

—Eso pensé cuando me refugié en el hotel.

—¿Qué hiciste? —preguntó indagadora. Quería reconstruir todas las piezas del puzle. Todo tenía que encajar en su mente.

—Salir corriendo y meterme en mi habitación del hotel. No se me ocurrió nada más. La policía encontrará el cuerpo y le será difícil hallar una explicación.

—Ahora cuéntame, ¿qué relación tienes tú con el diario?

—Muy sencillo, el escritor de la novela *Ayer* que tanto éxito tuvo era mi padre. El asesino buscaba una documentación histórica de cierto valor con el fin de venderla en el mercado internacional. Esta documentación la trajeron los padres del asesinado desde París de la Segunda Guerra Mundial.

Ahora era Alice la que se quedó petrificada. Nunca se hubiera imaginado una noticia así. Le venía todo a la cabeza. Estuvo varios meses con Fernando y nunca comentó nada. Era como si una segunda vida le hubiera entrado, de repente, por la ventana.

—O sea, que tus padres vinieron de España huyendo del padre de Carlos, el dueño de la editorial. Ahora me explico el interés que tenía de saber la vida del escritor y, en particular, conocer si tenía hijos en

este país —Alice ya se había hecho una composición de lugar de toda la historia.

—Así es todo, pero te falta lo mejor.

—¿Hay algo que me pueda maravillar más?

—En el diario y en los dos que tenía mi madre en la maleta, están las claves de un tesoro escondido en un lugar de España. La otra noche estuve estudiando toda esta procelosa historia.

—¿Y quién dejó este tesoro escondido? —preguntó Alice sin contenerse.

—Un señor que vino de Perú, donde hizo fortuna. Su esposa e hijo habían fallecido tiempo antes. Se llamaba Alonso de Alvarado y tenía la obsesión de perpetuarse en algo; como la biología no le daría esta oportunidad ideó este proyecto y lo llevó a cabo.

—Qué curioso. Una idea muy original —comentó ella.

—Mi madre antes de fallecer me dijo que podía intentar ahora el rescate. Habría muerto el editor y tendría todo el campo libre.

—Lo que no sabía era que tenía un hijo que andaría por este país haciendo de las suyas —expuso Alice con la clarividencia que la caracterizaba.

—Así de evidente. Una verdad palmaria —señaló Fernando.

—A mí lo que me preocupa es que este tío se vaya de rositas como si tal cosa —dijo Alice mostrando su indignación.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Fernando enarcando las cejas.

—Denunciarle.

—Esto me pone a mí en un brete. Ten en cuenta que estuve ahí y no dije nada a la policía. Ahora es tarde. Han pasado dos días.

—Lo que se me ocurre es hacer algo anónimo —a Alice esto le pareció una gran idea.

—Como por ejemplo…

—Mandar una carta explicando el tema.

—¿Todo?

—Solo en la parte del asesinato.

—Podría ser una idea a valorar —señaló Fernando algo más convencido.

Se quedaron en silencio reflexionando sobre lo que acababan de comentar. Era una determinación arriesgada, pero no podían permitir que este asesinato quedara sin pena. Decidieron que escribirían una carta. El móvil del asesinato era el robo. Un dato importante es que cojeaba ligeramente, con este detalle acababa el tema y no habría más investigaciones sobre el móvil. Carlos además no tenía conexión de ningún tipo con nadie a excepción de la cita con Alice, pero no sabría dar más datos sobre ella y si la policía lo investigaba no podría relacionarla con Boston, el asesinado y Carlos. Fue un encuentro fortuito, en un restaurante, sin mayores conexiones. Ella quedaría

libre de sospechas al momento. Con Fernando habría menos conjeturas, ya que solo se encontró con él por muy poco tiempo en el River Café. Carlos, a su vez, nunca sería capaz de relacionarles con la denuncia. Más bien, pensaría en que alguien le vio salir de la casa del finado. La carta-denuncia se redactaría de la manera que hiciera pensar que le vieron salir del domicilio con sangre en las manos y que se limpiaba con un pañuelo en el portal. El ADN sería suficiente para sentenciarle. La policía podría sospechar de algún familiar del muerto, pero enseguida comprobarían que no tenía ninguno.

—Creo que la carta ha quedado muy bien redactada —señaló Alice, mientras la imprimía.

—Mañana por la mañana la dejaremos en un banco de Central Park. Alguien la leerá y se la entregará a la policía. En el sobre solo pondremos «Para entregar a la policía» —dijo Fernando y añadió—, mañana no hables con Carlos. Con seguridad, la policía intervendrá sus teléfonos y enseguida te vincularán. Tu coartada es perfecta y no hay nada que temer. No has salido de Nueva York en los últimos meses. Un encuentro fortuito es un indicio sin consistencia. Las huellas del puñal y el ADN serán definitivas.

—No tengo miedo. Creo que soy la menos sospechosa.

—De todas maneras, quédate en casa a dormir. Mañana te vas a la tuya y te encierras. No hables nada conmigo por teléfono por si te lo pinchan y si quieres quedamos a almorzar al mediodía. Yo me acerco a Olio e Piu en Greenwich Avenue. ¿Te acuerdas? Hemos estado alguna vez. Yo dejaré la carta en Central Park. Iré dando un paseo —expuso Fernando con su característica cara que infundía serenidad al interlocutor.

—Sí. Me apetece un italiano. Es una buena idea.

—Pues ahora vamos a dormir. Te prepararé el cuarto de invitados. Yo me quedo en el que siempre utilizo cuando estoy de guardia en la clínica.

La noche fue tranquila. Era un barrio mixto, residencial y de oficinas, pero sin ruido. Alice tuvo una sensación extraña. Dormir cerca de Fernando, pero en otra habitación. Habían acabado hacía meses y él estaba reconciliado con su esposa, por lo que no quería interferir en todo este ambiente. Quedaron como muy buenos amigos y se ayudaban en lo que necesitaban, pero nada más. Ahí acababa la relación.

Cuando se despertaron, se encontraron en la cocina tomando una taza de café. Escucharon las noticias por televisión, había aparecido un cadáver en la ciudad de Boston con un puñal en el pecho. No había ningún dato para el esclarecimiento del asesinato. La noticia decía que el asesino, nervioso por lo que había hecho, no se había percatado de limpiar todas las huellas en el mango del puñal y que en estos

momentos estaban estudiándolas. Había algunas sobre las que se podía trabajar.

Fernando y Alice se miraron a los ojos. La carta que iban a dejar en Central Park iba a ser definitiva. Era de un vecino que vio salir deprisa a una persona que se limpiaba las manos. No pudo verle de cerca, ya que estaba en una de las terrazas de un edificio contiguo, pero desde la distancia, tenía la impresión de que tendría una altura de 170 cm y que era de raza caucásica, además, padecía una ligera cojera. De esta manera la raza negra estaba descartada. Pondría a la persona en relación con las huellas y además el estudio del ADN sería la prueba que remataría al sospechoso.

Nada más terminar de oír las noticias, Alice se despidió y salió a la calle para tomar un taxi. Minutos después, Fernando fue dando un paseo hasta el parque. Esto no le llevó más de media hora. Encontró un banco que le pareció ideal para sus fines y ninguna persona en la cercanía, por lo que rápidamente sacó la carta de su bolsillo, la dejó en el lugar apropiado y siguió el paseo como si tal cosa. Desde una distancia prudencial estuvo observando durante unos minutos si alguien se acercaba. Al cabo de diez minutos se sentó en el banco una mujer acompañada por su hijo que se dedicaba a ir de un lado a otro con su patinete. Recogió el sobre. Lo abrió y, según iba leyendo, observaba que se iba poniendo nerviosa. Nada más acabar la lectura, cogió de la mano a su hijo y rápidamente salió de allí. En la mano llevaba la carta. «Seguramente se la dará al primer policía que vea. Cuanto antes deje este parque, mucho mejor», iba pensando mientras se alejaba a paso rápido de allí. En unos minutos esto se llenará de policías.

Ya en su casa se preparó un almuerzo ligero y comenzó a reflexionar. En la carta no informaron del hotel donde estaba ni del nombre del asesino, pero la policía no tendría problemas en cruzar datos de una persona que acababa de llegar de Boston; en la ficha del hotel obligaban a dar esta información. La denuncia se basaba estrictamente en que lo vieron salir de la casa con las manos ensangrentadas, que era de raza blanca y una altura normal. El detalle de la cojera era contundente, aunque no lo comentaron en las noticias. Por eso, cuando leyeron el anónimo en el que sí se comentaba lo de la cojera, dieron pábulo al mismo y centraron su investigación en los detalles que ponía la carta. No dieron ningún dato de nombre ni del hotel, pero este último aspecto lo dejaron entrever al informar que había estado dos días antes en Boston. Era fácil suponer que ahora estaría en otra ciudad como Nueva York o cualquier otra. La policía tenía que cruzar los datos de las personas que estaban en todos los hoteles de la costa este, principalmente y como primera fase de la investigación, y que hubiera llegado de Boston. Por supuesto, no

habría muchas personas que cojearan. Solo tenían que poner a unos cuantos policías llamando a los hoteles preguntando por la ficha de las personas que vinieron de Boston y cojearan. Había también un dato importante y es que los hoteles mandaban la lista de sus inscritos a un programa nacional donde se recogían todas las personas que alquilaban una habitación en un hotel. Para el programa no sería difícil cruzar los datos de los que estuvieron en Boston un día y al día siguiente en otra ciudad de la costa este. Tendrían ya un listado para empezar a trabajar.

Fernando se quedó pensativo. Estaba seguro de que no dirían nada por las noticias, ya que era poner al asesino en guardia. Había que mantener el secreto hasta la detención definitiva. Por lo tanto, en los noticieros no apareció en todo el día nada sobre la carta. Se quedó toda la tarde descansando, había sido un día muy intenso y de mucha carga emocional.

Tenía ganas de que llegara al día siguiente la cita en Pastis con Alice. Quería conversar con ella, pero no podía hacerlo por teléfono. Mientras tanto, Fernando bajó a mirar si en el buzón había alguna información de Loise. No sabía nada de ella, pero regresar de Long Island y encontrar un apartamento de alquiler la tendría que llevar unos días, por lo que era normal esta situación. Tenía que pasar estas horas con preocupación sobre la misiva que habían escrito a la policía. Seguro que ya estarían tratando de cruzar datos de los que se habían hospedado en hoteles y regresado de Boston. Esta idea le martilleaba la cabeza.

«Sin duda, Carlos no estaría preocupado porque se sospechase de él, ya que creía que nadie le había visto salir del edificio de Boston. Estaría descansando a pierna suelta en el hotel», cavilaba Fernando, mientras se preparaba otro sándwich. Tenía hambre.

Aquella noche soñó que la policía entraba en la habitación del hotel donde estaba Carlos y le detenía. En el interrogatorio salió el nombre de Alice, la mujer que conoció en un restaurante y le acompañó, al día siguiente, a una visita turística. También contó que en la comida del River Café se presentó un tipo que era la primera vez que le veía y que era amigo de su acompañante. Poco después se presentaba la policía en su casa para interrogarle. Se despertó cubierto de sudor y temblando. Nunca había tenido un sueño tan terrible. Era una pesadilla de las que no se desea a nadie. Se levantó a tomar un vaso de agua; eran las seis de la mañana y decidió que no volvería a la cama.

El día ya despuntaba y la neblina acariciaba los edificios de alrededor. Las gentes a esta hora ya salpicaban la calle. Puso la televisión mientras se preparaba un café. No había noticias del crimen de Boston, hablaban de otras noticias como la de que un exmilitar

había entrado en una universidad y había matado a cinco estudiantes. La policía lo había acribillado. Nunca se sabría el móvil. ¡Hay tantos casos en que no se llega a dilucidar la respuesta a un crimen! Por eso que no se descubriera el móvil del asesinato de Antoine no parecía importante.

Bajó al portal a recoger el periódico. Desde hacía mucho tiempo estaba suscrito al *New York Times.* Hizo una lectura rápida para ver las noticias, no había ninguna referencia al crimen. Teniendo en cuenta que era en Boston, decidió entrar en internet y leerlos. Buscó el *Boston Sunday Globe* y el *Boston Herald.* En ambos daba la misma noticia redactada de manera similar, la aparición de un cuerpo con un puñal clavado en el pecho en un barrio de la periferia de la ciudad. No había señales del asesino, aunque el apartamento estaba revuelto. Parecía que había huellas que estaban estudiando.

Enredado en estos pensamientos no oyó el teléfono móvil que daba la señal de una llamada. Era de Alice.

—Buenos días. Recuerda que hemos quedado en vernos en Pastis —era una pregunta ineluctable para oír la voz de Fernando y saber cómo se encontraba.

—¿A qué hora? —preguntó con un atisbo de alegría.

—A las doce.

—Está bien. Allí nos vemos —cortó Fernando.

Sonó un clip de que había colgado. «Afortunadamente, no ha dicho más palabras que las necesarias», pensaba Fernando mientras escanciaba el café en la taza. Recibió la llamada de su chófer. Le dejaba el coche en el garaje.

El tiempo que tenía hasta las diez, en que pensaba salir al restaurante ya que quería ir andando, lo utilizó en poner sus documentos en claro y hacerse una composición de lugar lo más nítida posible. Estuvo un buen tiempo leyendo la historia del siglo XVIII en España y los aspectos relativos al cambio de casa real con la llegada de Felipe V, duque de Anjou y nieto de Luis XIV y María Teresa de Austria, nacida infanta de España, y así mismo bisnieto de Felipe IV. Aprendió mucho de la historia del país de sus padres y con cada dato rememoraba su infancia y el cariño y esfuerzo que pusieron en su educación. Tuvo que enjuagarse alguna lágrima que le resbaló con la lectura de la historia del comienzo del diario. Al final de este tiempo aprendió mucho sobre los momentos en que se desarrolló la vida de Alonso de Alvarado. Sus padres alimentaron una gran experiencia, muy rica en historia y plena de sentimientos.

Cuando Fernando salió a la calle, el trasiego de la gente era considerable. Salió en pocos minutos a la Quinta Avenida y bajó hacia el sur en dirección del restaurante. Antes de salir estudió en un mapa el trayecto que debía seguir. Su objetivo era el 52 Gansevoort St., por

lo que decidió bajar por la Quinta hasta la 14 y allí tomar dirección al West para llegar a la Octava y alcanzar Liberty Ave. en un par de minutos y ahí, el restaurante Pastis. Una gran caminata que le llevaría unas dos horas. Se cruzó con gran cantidad de personas ensimismadas en su vida familiar y en su trabajo. Todos llevaban cara de ir con prisa. El tráfago de los coches era inmenso. De cuando en cuando, los coches de la policía y de las ambulancias avanzaban a toda velocidad con sus sirenas, entre taxis y coches particulares.

Había despuntado un día agradable. La primavera ya marcaba su ritmo y las diez de la mañana era una hora en la que apetecía pasear. Las nubes se espaciaban entre los rascacielos, los acariciaban y unos tímidos rayos de sol prometían que el día iba a ser agradable. Por las grandes puertas de los edificios de la Quinta Avenida, entraban y salían personas de las oficinas con carteras de trabajo y de las tiendas, con bolsas. Todo el mundo estaba ofuscado con las compras. Esa semana eran unos días dedicados a rebajas en celebración de la primavera y muchas personas se volvían locas con los anuncios de los ahorros y compras de cualquier tipo. Fernando trataba de caminar deprisa sin hacer caso a lo que le rodeaba. Evitaba tropezar con la marabunta de gente que se le echaba encima. Tiempo tendría de observar el entorno.

Ahora, lo que le interesaba era llegar a la cita con tiempo suficiente y comentar con Alice de manera directa los últimos acontecimientos. Lo único que le preocupaba era su familia y los pasos que la policía estaría dando en estos momentos. Abismado en sus pensamientos no se daba cuenta de las personas con las que se cruzaba. Tardó unas dos horas en llegar. Pasó por las mejores tiendas de la Quinta, por la catedral de San Patricio, por el Rockefeller Center, por la New York Public Library a la altura de la 42, el Empire State Building entre la 34 y la 33. Pero donde se quedó observando unos minutos fue al edificio Flatiron o edificio Fuller, llamado así por su constructor, que está en la Quinta Avenida, Broadway y calle 23 Madison Square.

«Hace años que no hago este paseo. La última vez fue con los niños. Eran pequeños y pasamos un gran día. Les expliqué esta parte de Manhattan», pensaba mientras iba avanzando entre la muchedumbre. Era casi mediodía y el sol ya calentaba. «Tendré que apretar el paso, pues no llego a tiempo».

Cuando llegó al restaurante, Alice ya estaba sentada en una mesa. Tuvo la precaución de reservar, de esta manera pudieron elegir el lugar que les gustaba. Cuando salían juntos siempre escogían una de las mesas del rincón.

—Mucho tiempo que no venían —les saludó el *maître*. Tienen la misma mesa de siempre.

—Gracias Mario —Fernando se acordaba de él. Un nicaragüense

que llevaba veinte años en este país. Muy trabajador, había ascendido desde lavaplatos a camarero y ahora al puesto de jefe—. La verdad es que hemos estado muy ocupados —cortó sin querer dar más explicaciones.

—Tienen la mesa de siempre —dijo mientras avanzaba entre los comensales. El camarero era muy conocido por lo que continuamente le saludaban al pasar.

—¿Cómo te va Mario? —Fernando siempre se interesaba por la vida personal de los que le atendían—. ¿Y tu familia?

—Luchando. Estos tiempos no son fáciles.

—Pero a ti te va bien, ¿verdad?

—Trabajando mucho, pero sí, no puedo quejarme gracias a Dios. Los niños ya son mayores.

Mario era muy católico y cada domingo iba a misa con toda la familia. Su mujer, también de Nicaragua, y sus dos hijos que ya nacieron en este país. Uno de ellos trabajaba como pinche en la cocina. El otro, en una empresa de transportes. Fernando siempre se preocupaba por ellos y cada vez que acudía al restaurante preguntaba por todos. En esta época que llevaba tiempo sin verlo le llamó en alguna ocasión. Mario, esto lo agradecía mucho, y por eso siempre se desvivía por atenderle. Esta era la razón por la que nunca se quedaron sin mesa, aunque ellos siempre que podían hacían la reserva con anterioridad.

—Tomarán el vino de siempre, ¿verdad? —Mario procuraba acordarse de los gustos de sus clientes, pero en este caso era especial, ya que, en alguna ocasión, con motivo de alguna fiesta que Fernando había dado en su casa, él se encargaba de organizar todo y de comprar el vino. Siempre era de Rioja. Él les atendía en estas ocasiones por lo que el contacto era, en cierto modo, estrecho.

El almuerzo transcurrió muy bien. Alice estaba contenta. Había contratado un escritor para publicar su novela. Unos años antes era cliente de la casa, pero había desaparecido y, ahora, venía con otra obra que prometía ser un *best seller*. Habían firmado el contrato y era sustancioso para ambos, pero la editorial, en caso de éxito, siempre ganaba más que el autor, al que solo le correspondía un 10% del precio de tapa. Fernando, sin embargo, estaba sumido en negros presentimientos. Estaba deseando que la policía cerrara el cerco sobre Carlos, lo detuviera y encerrara de por vida según las leyes americanas.

—¿Crees que ya está la policía sobre las respuestas? —preguntó Alice bajando el tono de voz.

—No te preocupes, nadie se fija en nosotros.

—A estas horas ya estarán cruzando datos y si no le han detenido lo harán en las próximas horas —señaló Alice con la ortodoxia que la

caracterizaba.

—Es un poco pronto. No han tenido aún tiempo —señaló Fernando —. Espero que lo hagan mañana.

—Cuánto antes, mucho mejor —terminó Alice las especulaciones—. No tenía ganar de seguir discurriendo por caminos inconcretos.

—De acuerdo. Dejemos este tema y esperemos.

—¿Y cuáles van a ser tus próximos pasos? —Alice expresaba con un punto de curiosidad sus dudas y angustias.

—No tengo ni idea. Posiblemente, me vaya a España y siga la pista del diario. Hay un detalle de todo lo que he leído que me ha preocupado. Es la aparición del diario en la librería Shakespeare de París. Me tendré que dar una vuelta por ahí.

—Creo que debía empezar por esta librería —Alice siempre anteponía el criterio sensato y juicioso en cualquier asunto.

El camarero se afanaba en traer los alimentos. No les preguntó. Sabía sus gustos. Los conocía desde mucho tiempo antes.

—Tienes razón. Viajaré directo hasta París y desde allí iré a España.

El almuerzo terminó; se despidieron con la tranquilidad de que habían actuado correctamente, aunque Fernando tenía, en la profundidad de su pensamiento, la duda de que quizás debió de avisar a la policía en el instante en el que descubrió el cuerpo, pero esto le hubiera incriminado pues no había otros sospechosos. Lo que ignoraba en ese momento es que en el puñal estaba la tarjeta de visita del asesino. Eso no lo podía saber en aquella circunstancia. Si lo hubiera sabido, con seguridad que hubiera llamado a la policía.

Fernando regresó a su clínica. En el correo se encontró una carta de Loise. Le decía que había encontrado un apartamento y que lo alquiló por un mes. Después, lo prorrogaría dependiendo de las circunstancias. En la misiva le daba la dirección. Tomó pluma y papel y la escribió unas sucintas letras. Saldría al día siguiente para Europa. Todo iba bien; la mantendría al corriente de todo. Las últimas palabras fueron para encarecerla de que se cuidara y que cuidara de los hijos. En pocas semanas volverían a estar todos juntos. Cerró el sobre y lo dejó a la secretaria de la clínica que seguía trabajando y atendiendo pacientes. La conminó que no se olvidara de poner la carta en el correo.

— 7 —

El aeropuerto de Charles de Gaulle, nombrado así por el que fuera presidente de Francia, está situado a unos 25 km de la ciudad. El tráfago de viajeros y maletas era enorme cuando Fernando se afanaba en la terminal en recoger la suya. Empujones y codazos eran la tónica del recibimiento. Había tenido la prudencia de llevar en mano los documentos que le afectaban personalmente como los diarios y demás notas escritas. Tenía miedo a que se perdieran. Unos días antes tuvo la precaución de hacer fotocopias y dejárselas a su secretaria para que se las entregara a Loise.

Antes de salir al aeropuerto Kennedy de N.Y. pudo ver dónde estaba su objetivo: la librería Shakespeare & Company, en la 37 Rue de la Bûcherie. En un plano que pudo sacar de internet encontró que, junto a la librería, justo enfrente de la catedral de Notre Dame y de la *gare* de Saint Michel Notre Dame, había un hotel con el estilo típico de los barrios franceses, Le Grenier de Notre Dame.

Al salir del aeropuerto lo primero que hizo fue tomar un taxi y dirigirse al hotel. Entraba por la puerta del hotel cuando eran las diez de la mañana. Tenía todo el día por delante. El hotel le pareció muy seductor. Incluía un restaurante y unas mesas en el exterior para tomar un café o unas cervezas, algo que la primavera, que en estos momentos vestía las calles, le incitaba a hacer. Unas escaleras llevaban directamente a las habitaciones de las plantas superiores. La recepción estaba en el mostrador de la entrada que servía al mismo tiempo tanto para ofrecer bebidas como para asignar una habitación o cobrar un importe. Le dieron la habitación a pesar de no ser la hora de entrada, pero le dijeron que tenían pocas reservas ese día y lo podían hacer. Nada más dejar la maleta en la habitación bajó para tomar un café y los deliciosos croissants típicos de la repostería francesa.

El barrio le pareció de un tipismo francés cautivador. Todo lo contrario que Nueva York que, aunque atractivo, era excesivamente majestuoso en sus edificios. La gente iba de un lado a otro, pero Fernando pudo percatarse que no iban con tanta prisa. Parecía que el tiempo corría de distinta manera. En Nueva York todo era más rápido; se degustaba el tiempo de una forma peor, no existía aquella placidez que le acompañaba en este momento en el que degustaba un buen desayuno. El café que inicialmente pensaba tomar en una media hora se prolongó dos horas. Era un espectáculo estar sentado y ver pasar a muchas personas, unas afanadas en llegar y otras ocupadas en

disfrutar de esa bonita mañana primaveral. Habían dejado atrás los abrigos, la ropa de colores vivos era de un tono más acorde con la estación del año. Muchas personas se atareaban en encontrar una mesa libre para tomar un café. Las parejas volvían a las carantoñas de la primavera, había un nuevo despertar de los sentimientos, de las actitudes, de los deseos. Los sueños eran distintos. Una persona con la que entabló conversación en el avión le dijo que el hechizo de esta ciudad es que nunca se desvanece en la noche. En París los sueños pueden estar rotos o no, pero siempre se arreglan. Siempre alguien encuentra alguna manera de deshacer un roto.

Cuando Fernando se cansó de observar, decidió ir a la librería. Estaba a pocos metros. Era un lugar encantador, un punto donde el tiempo se ha parado. Borges decía: «De existir, el paraíso tendría forma de biblioteca». Quizás se refería a este sitio donde recalaban escritores, amantes de la lectura, curiosos y viajeros. La ubicación enfrente de la catedral era una condición importante para ello.

En el interior repleto de libros tuvo la buena fortuna de encontrarse con un compatriota que llevaba tiempo en la ciudad y visitaba con cierta frecuencia la librería. Esta persona le contó que allí Hemingway, Miller o Fitzgerald recalaban frecuentemente, y que aquí fue donde se publicó por primera vez el *Ulises* de James Joyce. La primera propietaria, Sylvia Beach, no dudó en dedicar parte de su tiempo y dinero a publicarlo; llegó, dado el éxito que tuvo, a varias ediciones. Eran tiempos en los que la librería estaba en la calle L'Odéon. En este lugar surgió uno de los refugios literarios más importantes a los que acudía lo más granado de la intelectualidad del momento. Una de las particularidades originales que le dio mucha fama era el detalle de permitir pasar la noche a los viajeros a cambio de mantener la higiene y dedicar varias horas al trabajo en la librería. Con este pequeño trabajo pagaban su acomodo nocturno. La ocupación alemana, en 1941, trastocó todos los planes culturales. Cuentan que un oficial nazi intentó comprar una copia de *Finnegans Wake*, la obra de ficción cómica de James Joyce, y la propietaria Beach se negó a vendérsela. Poco tiempo después le confiscaron todos sus bienes incluida la librería. La icónica librería cerró sus puertas. Gran parte de los libros desaparecieron, la fuerza bruta, el odio y la venganza cercenaron la cultura, aunque no fue por muchos años. El conocimiento volvió a florecer, y con más fuerza, al poco tiempo ya con la guerra acabada.

Años después apareció George Whitman apodado como el Quijote del Barrio Latino, inició el negocio con un pequeño quiosco y, más tarde, con una librería que se llamó Mistral en homenaje a la poetisa chilena. Beach, que no quiso abrir el negocio, cedió el nombre a Whitman y este inauguró ya en la calle de la Boûcherie, en el número

37, lo que hoy es una de las librerías más famosa del mundo y quizás también más antigua. Con ello se mantuvo el halo de encanto y de magia hasta que el escritor murió a los 98 años. Su hija Sylvia vivía en el piso superior y era la que regentaba el negocio. Desde el 19 de noviembre de 1919, fecha de su inicio por Sylvia Beach, hasta nuestros días, esta librería con sendos aplazamientos por la guerra llevó a cabo la transmisión de la cultura. Hoy día tiene seis pisos y un café donde los lectores pueden recogerse para leer. Un local de la *rive gauche* que ha recibido la visita de escritores anglosajones exiliados en París como Hemingway, Scott Fitzgerald, Lawrence, Gertrude Stein o James Joyce.

—¿De dónde vino Sylvia Beach? —se atrevió a preguntar Fernando a quien tan amable le explicaba la historia de la tienda.

—Vino de Baltimore y fue una sufragista que viajó por España para conocer los movimientos libertarios de principios de siglo. Posteriormente, viajó a esta ciudad y abrió la tienda donde venían muchas mujeres deseosas de emanciparse intelectualmente. Simone de Beauvoir era una asidua visitante que participaba en tertulias y encuentros.

—Y ¿qué papel jugaba George Whitman? —Fernando curioseaba con sus preguntas.

—Cuando inauguró su tienda lo hizo con el nombre de Mistral, poco tiempo después, la bautizó con el nombre original de Shakespeare & Company, regalo que recibió directamente de Beach antes de morir. La realidad es que ella estuvo ligada a los movimientos literarios de la Primera Guerra Mundial y él a los de la Segunda. Por esta nueva librería pasaron Cortázar, Nin, Ginsberg y tantos otros que mantuvieron el espíritu inicial —contestó su interlocutor.

—A mí me interesa conocer lo que pasó en el año 1940, cuando Alemania invadió París.

—La librería estuvo funcionando un cierto tiempo hasta que la cerrazón nazi la clausuró.

—¿Sabe usted si en el tiempo en que la resistencia francesa estuvo actuando esta librería tuvo algún protagonismo?

—Yo la visito desde 1960. Vivo en esta ciudad, pero ignoro lo de esa época. No obstante, tengo amistad con la propietaria y la pegunto y si usted quiere saber algo no tengo ningún inconveniente de actuar de intérprete.

—Se lo agradecería. Tengo especial interés en conocer la relación de dos partisanos, Antoine y Juliette, con la librería —contestó con afecto el americano.

—Pues vamos a preguntárselo, a propósito ¿cuál es su nombre?, el mío es William. Soy de Marquette, un pequeño lugar en el estado de Míchigan, en la orilla del lago superior.

—Mi nombre es Fernando. Soy de Nueva York, aunque mis padres eran españoles.

—A ver qué nos dice Sylvia —se preguntaba William.

Después de las presentaciones, William expuso a la dueña los deseos de Fernando por conocer la etapa de la resistencia francesa y qué papel jugaron en ella dos personas cuyos nombres habían llegado a su conocimiento. Con la educación que le caracterizaba, por su gran nivel cultural, les ofreció un café mientras les mostraba unos sillones rodeados de libros y documentos. Era una situación insólita el tener una tertulia en un entorno de volúmenes de toda clase. Fernando nunca había participado en una reunión de tal calibre, pero París era París y aquí todo estaba envuelto de un halo de misterio y de originalidad.

—Recuerdo que, a principios de 1940, cuando se empezó a organizar la resistencia, aquí se refugiaba una pareja. Bueno, en este lugar no, donde se encontraba en aquellos momentos, más al norte —precisó—. No recuerdo sus nombres ya que no tuve casi contacto con ellos. Solo puedo decir que trabajaron incansablemente en la liberación de los pilotos ingleses que caían en nuestro país. Creo que él murió en una emboscada. No le puedo dar más información —concluyó.

—Me interesa conocer si estas personas encontraron un diario antiguo abandonado. Me contaron que entre estas cuatro paredes había cantidad de manuscritos olvidados —William traducía convenientemente lo que Fernando expresaba en inglés.

—Había allí una habitación donde se acumulaban muchos legajos y documentos —Sylvia daba toda clase de explicaciones.

—¿Entonces no me puede decir si encontraron un diario antiguo, del siglo XVIII?

—El encargado de la librería en esa época me informó de este detalle cuando acabó la Guerra, pero la situación de la postguerra no ayudaba para pensar en este tipo de asuntos. La supervivencia era el instinto más desarrollado en esa época. No le di mayor importancia. Teníamos que subsistir —afirmó Sylvia.

—Lo comprendo —corroboró Fernando, ya convencido de que por ese lado no iba a tener información evidente.

Después de departir un buen tiempo con la dueña, decidió que por lo menos debía invitar a almorzar a William y nada mejor que el restaurante de su hotel.

—¿Le apetece comer conmigo? Es la hora.

—Por supuesto. No me atrevía a proponérselo.

—En mi hotel hay un buen restaurante. Al menos eso es lo que he visto cuando hice esta mañana la entrada.

—Pues vamos allá. No lo dejemos demorar.

Caminaron unos metros en dirección del hotel. La gente se afanaba en sus labores, una de las cuales eran pasear. Al fondo se elevaban las majestuosas torres de Notre Dame.

—Son grandiosas las torres —señaló William dirigiendo la vista hacia la catedral—, sus casi 70 metros dotan al edificio gótico de una belleza sublime con el rosetón central típico de este estilo y las gárgolas que dan al conjunto un equilibrio perfecto.

—Lo que me llama la atención es que está en una isla rodeada por el Sena —comentó Fernando admirando la catedral.

—En efecto es la *isla de la Cité*. Un lugar emblemático donde se puede pasear y contemplar la belleza del entorno —avanzó en sus explicaciones—, fue construida entre 1163 y 1245 por lo que es una de las catedrales góticas más antiguas. Se han hecho cambios como el rosetón, los arbotantes y en el interior se han mejorado las distintas capillas.

—He leído en Nueva York que aquí se celebró la coronación de Napoleón Bonaparte y la de Enrique VI de Inglaterra.

—En efecto y la beatificación de Juana de Arco —añadió—. Un lugar muy simbólico para Francia.

—Y para la historia —concluyó Fernando.

—Quizás le debo explicar que al morir Carlos VI de Francia, Enrique VI de Inglaterra, hijo de Enrique V, fue proclamado, también, rey de Francia por el Tratado de Troyes. Es un caso único en la historia al ser coronado al mismo tiempo en dos diferentes países, aunque no gobernó en paz en ninguno de ellos. La guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia tuvo mucho que ver. La intervención de Juana de Arco fue decisiva para volver las cosas a su lugar.

—Interesante explicación. En mi país no se sabe nada de esto —remarcó Fernando.

—Yo tampoco lo sabía antes de venir a vivir a Francia. Aquí me he empapado de la historia.

—Es una distancia tan pequeña que me temo que no nos va a dar ni para abrir el apetito —señaló Fernando cambiando de tema al tiempo que lanzaba una sonrisa a su interlocutor.

—No es necesario. A mí se me abrió entre tanto libro.

—Aquí tenemos una mesa libre. Hemos tenido suerte de encontrarla. Las que dan al sol están muy demandadas.

—Por cierto, si no es indiscreción, ¿cuál es el interés en saber algo de esa pareja de la resistencia francesa? —preguntó William nada más tomar asiento—.

Fernando se quedó unos segundos sin saber qué contestar, pero su agilidad mental enseguida le derivó por un camino que podía justificar su interés en el asunto.

—Estoy escribiendo una historia sobre la resistencia francesa.

—¿Sobre la resistencia? Un tema muy interesante del que han corrido ríos de tinta, pero creo que seguirán corriendo —señaló William con buen criterio.

El camarero ya se acercaba con sendas copas de cerveza y la carta. Nadie le había preguntado, pero su costumbre era ofrecer cerveza. Era la hora del aperitivo.

—Para comer, yo prefiero el vino tinto —dijo Fernando— y ¿usted?

—Yo también, aunque siempre tomo una cerveza antes.

—Pues le decía que me han encargado escribir sobre este tema; me pareció que debía de empezar por esta librería. Llegué esta mañana por Air France y lo primero que hice, después de dejar las maletas en la habitación, ha sido esta visita.

—Lo que no entendí fue la pregunta sobre un diario del siglo XVIII. ¿Qué tiene que ver eso con la resistencia? —inquirió con un punto de curiosidad sin dar más importancia a la pregunta.

Esta pregunta le descabaló a Fernando, estaba verdaderamente confundido por el cariz que tomaba la conversación. No quería dar la impresión de que sorteaba la respuesta, pero tampoco estaba dispuesto, al primero que conocía en Europa, darle la información que tenía.

—Hace unas semanas leí en Nueva York que en la Segunda Guerra Mundial aparecieron muchos cuadros y documentos históricos que no tenían dueño aparente y que uno de ellos fue un manuscrito y… un diario español antiguo.

—Hubo tanta historia que se perdió entre las ruinas y las balas que no merece la pena preocuparse ahora —William daba una respuesta sin sentido tratando de quitar importancia a su pregunta—. Es más, conozco alguna familia que perdió cuadros de Matisse, Renoir y Monet.

—He leído que algunos de ellos aparecieron y se devolvieron a los herederos de los dueños que ya habían fallecido.

—Sí, pero no todos. Algunos están en paradero desconocido. Este diario por el que pregunta usted podría ser uno de ellos —concluyó William.

—Cuentan que en las calles ardían las bibliotecas completas, lo he podido leer en mi país.

—Mientras los libros se quemaban en una esquina de la calle, hacia el otro lado los nazis se llevaban al campo de concentración a sus dueños.

—Sí. Me han contado que morían gaseados.

—Todo lo que has oído y leído es verdad e incluso se ha contado una parte pequeña de la historia —señaló William, que había vivido los años posteriores y la transmisión oral fue directa.

La conversación se volvió dura como pedernal; solo se oía el lejano

canto de los pájaros en los árboles y el gentío bullanguero, ajeno a otros condicionantes que comentaban de la triste época entre sorbo y sorbo de cerveza. Al albur de un instante sereno de una mañana desmayada, los paseantes iban y venían sin pensar en un tiempo desgraciado que había destruido los parajes por los que ellos paseaban. Nadie reparaba en el pasado; afortunadamente, era el presente el que primaba.

Fernando se fijó en su nuevo amigo. Un hombre alto, elegante, bien curtido por el aire de la montaña o el viento del mar, con las sienes plateadas y una amplia sonrisa que le daba la imagen de una cierta afectación. Sin embargo, este fingimiento no dejaba de ser una postura defensiva ante el interlocutor. Al hablar movía las manos como para apoyar con ellas sus afirmaciones. Buen conocedor de la técnica de la tertulia, combinaba los silencios de una manera atractiva, lo que hacía que la conversación discurriera por un camino suave que se deslizaba por la pendiente del pensamiento de una forma sencilla. El tiempo se detenía en su discurso y dada la vasta cultura de la que presumía era obligado mantener el debate en los términos de la intelectualidad, algo que, para Fernando, médico de profesión, no era fácil admitir. La historia nunca había sido su fuerte.

Pasados breves minutos en los que Fernando se dedicó al bisturí de la prosopografía, llamó al camarero para hacer el pedido. Llegado a este punto, ya tenía una idea más acertada de quién era su interlocutor, al menos en los rasgos externos, pues para hacer una etopeya era necesario dedicar más tiempo a su estudio y descripción.

William rompió el silencio para pedir un bistec con patatas fritas. Al mediodía era normalmente lo que comía, a veces, con una ensalada.

—Yo tomaré lo mismo —avanzó Fernando ante la tímida sonrisa de su interlocutor.

—Fue un tiempo cruel y violento —William volvió a coger el hilo de la conversación.

—Sanguinario —apostilló Fernando—, que no debe volver.

—En esos tiempos no me extraña que se perdieran los manuscritos y los documentos. Ese diario que dijo usted que se perdió en un tranvía debía ser un incunable.

—Yo creo que no tanto. Era del siglo XVIII. Los incunables son antes de 1500 —Fernando respondió ciertamente con un deje de ironía y molesto por haber oído lo del tranvía que no recordaba haberlo dicho antes.

Se quedó pensativo unos instantes ante el hecho del comentario que le descolocó. ¿Qué podía haber pasado? ¿Sería él que no se dio cuenta y lo dijo? Y si no lo dijo, ¿por qué él sabía este detalle tan insignificante? No le gustó en absoluto el derrotero que estaba

tomando la conversación, pero no le quedaba otro remedio que terminar el almuerzo y despedirse.

William no quería terminar la conversación, pero ante la insistencia de Fernando no tuvo otra solución que levantarse de la mesa. La disculpa del cambio de horario que le había dado era lo suficientemente importante como para no insistir más. Lo que sí hizo fue quedar para el día siguiente.

—Mañana me toca la invitación a mí. Si le parece le espero a las doce en el restaurante Loulou, es un italiano al que voy frecuentemente. Está en el número 107 de la Rue de Rivoli, muy cerca del Museo del Louvre. Puede ir andando desde aquí —terminó con una gran sonrisa y un apretón de manos.

—Me parece una idea magnífica —declaró Fernando mientras firmaba la cuenta y le decía al camarero en su mal francés—, «póngala con la habitación» —y dirigiéndose a William se despedía con una frase— «allí estaré».

Fernando subió a la habitación, estaba cansado. El cambio de hora le había afectado por lo que decidió dormir hasta que se despertara. Al día siguiente lo primero que quería hacer era cambiar de hotel. No le había gustado nada el comentario del tranvía. Él nunca lo nombró, estaba seguro de ello.

Miró entre los hoteles de París uno que estuviera al otro lado de la ciudad. Anotó varios y eligió el Hotel Châteaudun Opera en la calle de este nombre, muy cerca del metro Notre Dome de Lorette y de la iglesia que lleva este nombre. El hotel tenía el desayuno incluido. La pareció de un precio asequible y estaba lejos del actual, por lo que William no podría encontrarle. La última parte de la conversación no le dio buenas vibraciones. Antes de dormirse llamó al nuevo hotel para decir que sobre las nueve de la mañana estaría allí. Quería reservar una habitación. Saldría del hotel muy pronto, por si a William se le ocurría venir. No estaba dispuesto a darle más información, con la que le dio en la comida ya se había pasado. A partir de un cierto momento de la conversación a Fernando le tocó ponerse a la defensiva, pues se había dado cuenta de que el camino que estaba siguiendo era el equivocado y que le iba a conducir al precipicio. Con estos pensamientos entró en un sueño profundo que terminaría al amanecer, cuando aún los primeros rayos estaban reacios a entrar por su ventana.

— 8 —

William Faulkner, ese era su verdadero nombre, no era americano ni había nacido en Marquette. Había oído hablar de esa ciudad y fue lo primero que se le ocurrió decir con la seguridad de que Fernando nunca habría estado allí. Había nacido en París, aunque de padres americanos, por lo que ambos idiomas los hablaba a la perfección. Tuvo estudios de historia, aunque nunca acabó la carrera, pero sí que le sirvió para tener una pátina cultural que le era muy útil para embaucar a las personas que le interesaban. Una de ellas fue Fernando, a quien conoció en la librería. Durante una época de su vida, muy joven, casi un niño, vivió en Madrid donde conoció la editorial del padre de Carlos. Con este entabló amistad y fue cómplice de negocios sospechosos. La policía nunca tuvo pruebas de sus correrías, pero figuraba entre los delincuentes buscados y, en particular, vigilados. Debido a esta relación es por lo que llegó a su conocimiento la existencia del diario y de los distintos capítulos que el padre de Fernando iba llevando a la empresa. Nunca llegaron a leer la parte definitiva ya que un buen día desapareció. La editorial se cerró y Carlos huyó pues estaba perseguido por la policía.

William después de esta época viajó a Francia, donde vivía en la actualidad. Creció con el recuerdo de la novela inacabada. El encuentro con Fernando en la librería Shakespeare avivó sus deseos, excitó su memoria y reactivó sus instintos. De pronto, la historia le ponía ante sus recuerdos y vivencias de juventud. Recordaba con sus quince años cómo Carlos y él recorrían los pasillos de la editorial tratando de localizar el manuscrito. Los capítulos que hallaron no eran suficientes para encontrar la respuesta final, aunque sí que eran indicativos de que algo se cocía ante sus narices.

La muerte del dueño de la editorial y la huida posterior de su hijo dio al traste con las ilusiones de William que resignado, aunque no olvidando, decidió ir a París con sus padres. Allí la vida le llevó por otros derroteros, siempre en el filo de la ley a la que se saltó cuantas ocasiones quiso y cuantas veces pudo. Se relacionó con delincuentes, bandas donde el robo y la droga eran las bases de su existencia. De manera esporádica acudió a realizar estudios de historia, pero siempre acabó mal lo que bien empezaba. De esta manera, los bajos fondos, las bandas de facinerosos prestas a realizar cualquier trabajo a cambio de dinero, cosas de poca monta, desde un secuestro hasta una paliza a un empresario. Cualquier actividad de este tipo era bienvenida, pues el

dinero corría para estupefacientes y mujeres. Una vida plena de actividad donde la ley no imperaba, donde el más fuerte crecía y donde el dinero era el amo de la situación. Así creció en ambas orillas del Sena, sin límites ni fronteras para sus acciones.

Conectó con la librería en la calle Boûcherie, en el número 37. Allí conoció a George Whitman que acababa de inaugurar la librería. Antes fue de Sylvia Beach, pero cuando se puso en contacto con ella, ya era muy mayor. Fue en la década de los años 1960 cuando comenzó a frecuentar la tienda. Al principio solo oía generalidades sobre la Segunda Guerra Mundial, pero un día le contaron que allí aparecieron gran cantidad de manuscritos y documentos originales de gran valor y que un diario del siglo XVIII desapareció en plena resistencia francesa.

Un buen día, estando tomando un café con el dueño, apareció Carlos. Al principio no le reconoció. Habían pasado más de quince años que no se veían y había cambiado de imagen. Eran prácticamente unos niños cuando se separaron. Nada más hablar se reconocieron y volvieron a ser los mismos de siempre. Carlos le contó que su padre había fallecido y que antes de morir le contó datos interesantes. Al principio no se quería abrir, pero se dio cuenta de que tener amistad con William sería importante para sus objetivos y la riqueza enterrada debía ser tan grande que bien podría repartirla. Además, él no conocía el idioma y tenerlo de su parte era fundamental. Durante muchas tardes, al terminar el día, se reunían con un café o una cerveza para comentar sus pretensiones o indagar más sobre lo que habían oído de la desaparición del diario. Llegaron a la conclusión de que ya no estaba en Europa y que había salido rumbo a otro continente.

Algún cliente que frecuentaba la librería comentó a William muchos años antes que una de las partisanas, cuando perdió a su compañero, se marchó a Estados Unidos. Supuso que ella fue la que se llevó el documento como recuerdo de la época que transcurrió en la tienda. Esta persona sabía bien lo que decía, pues fue el encargado de abrir la tienda en los años 1940 y siguientes. William no dio más importancia a la información. Sin embargo, se la comentó a Carlos, que acababa de venir de España y que rápidamente mostró su deseo de entrevistarse con él.

—Creo que no estaría de más hacer una visita a esta persona que me comentas —dijo Carlos—. Mi padre me dijo que estuvo hablando con él.

—No sé si habrá fallecido. Fue hace años cuando le conocí. En todo caso tendrá más de noventa años —expuso William, que lo conocía solo superficialmente, pero le habían hablado de su trabajo en aquella época.

—Debemos seguir todas las pistas que tengamos y se nos pongan

por delante —insistió.

—Le preguntaré a George. Él quizás sepa algo, pues eran amigos.

William salió de la habitación y regresó al cabo de cinco minutos con un papel en la mano.

—Me ha dado su dirección. Dice que vive aquí —dijo señalando el papel— y que hace un año le vio y se encontraba bastante bien de cabeza para los años que tenía. Me dijo que recordaba todo.

—Pues si te parece, mañana le hacemos una visita. Creo que nos puede contar muchas cosas —señaló Carlos muy agitado por el rastro que se le presentaba.

La casa del antiguo encargado de la librería era modesta. Se trataba de un pequeño apartamento en el norte de la ciudad, en la Rue de Veron, cerca del metro de Abbesses. Un segundo piso con dos amplias ventanas. Entraron en el café de Deux Moulins para tomar un desayuno y comentar la estrategia que debían seguir. Para empezar, tenían que pasar como periodistas, que estaban haciendo un reportaje sobre esta época, y hacer preguntas que no fueran directas y simplemente expusieran el entorno en el que se desarrolló la situación. Poco a poco irían entrando en materia, preguntando acerca de los libros y qué es lo que pasó con ellos y, finalmente, comentarían que su padre perdió unos documentos y que es posible que estuvieran allí. Todo vestido con mucha naturalidad sin dar la impresión nada más que de un talante histórico y cultural. Unas escaleras de paredes desconchadas y puertas combadas les dieron la bienvenida. Carlos pensó que no se había arreglado la escalera desde la guerra.

Cuando entraron en el domicilio del librero se encontraron con una persona entrada en años. La cabeza plateada, aunque se podían ver zonas escasas de cabellos, propias de la edad. Una cara surcada de arrugas, piel flácida, nariz aquilina, andar cansado, mirada desamparada en el tiempo, movimientos perezosos y voz apenas audible. Se ayudaba de un bastón. Era como una fotografía en color sepia donde se sustituyeron los grises de una foto en blanco y negro por un color marrón claro. La imagen de su aspecto era de una gran calidez. El entorno de su figura era amable, que contrastaba con todos los avatares de la guerra pasada. Su entorno atraía al interlocutor.

Apenas, un hilo de voz les dio la bienvenida; habían tenido la precaución de llamarle previamente para concertar la entrevista.

—¿Qué se les ofrece? —fue su saludo, desde la galbana que le envolvía, acompañando sus palabras con una cariñosa sonrisa.

—Tenemos interés en hablar con usted —fue la respuesta que dieron mientras hacían el gesto de entrar.

—Perdonen. Que falta de tacto tengo. No estoy acostumbrado a las visitas. El mundo me ha olvidado. Entren y tomen un café que los he preparado —dijo con una voz triste y perdida—, aunque yo también

olvidé al mundo.

Se había roto el hielo. Los intrusos vieron el campo expedito. Tenían toda la historia ante ellos y no estaban dispuestos a desperdiciar ni un ápice de ella.

Adrien, este era su nombre, se enfrentaba a sus minutos de gloria, pues alguien se interesaba, por fin, en su vida en el tiempo de la resistencia francesa. Ya en el ocaso de ella, iba a relatar acontecimientos que en su memoria estaban vívidos y que podía recordar de una manera nítida. Los hizo pasar, tomar asiento alrededor de una mesa camilla y unas tazas de café.

—Pueden fumar si lo desean. Yo lo hice hasta hace poco. Ahora el médico no me deja. Dice que mis pulmones no lo aguantarían, ¿ustedes creen que es así?

Un silencio se extendió ante la pregunta. Ninguno se atrevía a decir una palabra sobre el particular y dejaron que la interrogación se perdiera en el espacio y en el tiempo. Pasados unos minutos, rompieron el silencio.

—Tenemos interés en conocer la etapa de cuando usted estaba regentando la librería en los años de la resistencia —señaló William que por llevar más tiempo en París y conocedor del idioma se sabía imprescindible—. Mi amigo no habla francés por lo que si no le importa yo seré su traductor —terminó las presentaciones.

—¿Qué desean conocer en concreto? —Adrien hacía la pregunta arqueando las cejas.

—Pues en particular los documentos que había. Me cuenta Carlos que su padre olvidó un diario antiguo y meses después regresó a recogerlo, pero ya no estaba. Me dice que estuvo hablando con usted.

—Sí, lo recuerdo. Fue una visita corta. En aquella época en un rincón de la librería se almacenaban cantidad de documentos y manuscritos, unos más importantes que otros, pero todos olvidados —contestó de una manera displicente—, podíamos decir que era la librería de los manuscritos olvidados. Allí los autores los dejaban pensando que estarían a cubierto de bombas y se perdieron en el polvo del tiempo.

—¿No recuerda en especial un diario del siglo XVIII? Era de un antepasado de Carlos y tiene mucho interés en encontrarlo —William insistía.

—Era de un tamaño pequeño, escrito con letra antigua y relataba cosas de la historia de España en la época en que vivió mi antepasado —Carlos preguntaba y William traducía.

—No recuerdo nada. Ya le he dicho que había cantidad de documentos y manuscritos. Algunos eran obras de primeras ediciones y otras preparadas para publicar. Era un tiempo de subsistencia, todos los recursos los empleábamos en sobrevivir. La cultura estaba relegada

a un segundo plano —Adrien no daba su brazo a torcer—. Sin embargo, creo recordar… —no terminó la frase.

—El ¿qué? —preguntó, de sopetón Carlos, un punto nervioso por las dudas de su interlocutor.

No hubo necesidad de hacer la traducción. Adrien lo entendió perfectamente.

—Recuerdo que había una pareja que solía vivir en la trastienda, bueno, en una habitación que había al fondo de la librería y que estaba detrás de una biblioteca que giraba con un resorte. No vivían de continuo. Iban y venían, pues tenían que realizar distintas acciones —Adrien sacaba los recuerdos de su baúl— y en esos días en que estaban fuera la librería permanecía casi todo el tiempo cerrada. Entre operación y operación pasaban tres o cuatro días confinados en esa parte del local. Ese tiempo lo dedicaban a la lectura de lo que encontraban por allí.

—¿Piensa que uno de ellos pudiera haberse llevado documentos? —inquirió William mientras apuraba su taza de café.

—No sería uno de ellos, sino solo ella, ya que su pareja murió en una escaramuza que tuvieron en el pueblo de Oradour-sur-Glane.

—¿Qué pasò allí? —preguntó William.

Se veía que Adrien estaba haciendo un gran esfuerzo por recordar esta parte de la historia viva de Francia que tenía almacenada en su cerebro y que nunca quiso aflorarla.

—Era el 10 de junio de 1944, cuatro días después del desembarco en Normandía, cuando un regimiento del Ejército nazi entró en el pueblo y lo arrasó. Mataron a todos los habitantes —Adrien estaba realizando un viaje al pasado—. Muy pocos consiguieron huir. Una gran carnicería. La matanza no tuvo límites ni razones. Era un pueblo… indefenso y sin armas para combatir. Solo mujeres, niños y labradores que no tenían culpa de nada. Incendiaron… todo, hasta la iglesia donde se habían refugiado las mujeres con sus hijos —sufría con el relato.

Adrien estaba haciendo un gran esfuerzo por sacar estos recuerdos del lugar donde estaban enterrados. Era la primera vez que lo hacía desde entonces. Varias veces se pasó un pañuelo por la frente. Sus labios temblaban, su voz apenas perceptible. El sosiego que demostró al recibirles se trocó en agitación. No lo había hecho antes y, ahora, esto le significaba un gran trauma. Sus manos temblaban y su mirada triste dejaba escapar un halo de misterio. Revolver el pasado era lo que menos le convenía, pero aun así lo hizo, tratando de contestar a las preguntas.

—¿Volvió ella a la librería? —preguntó Carlos que solo manejaba la idea de encontrar la pista del diario. Era su único objetivo y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por conseguirlo.

—Sí. Ella regresó aquí. Lo recuerdo perfectamente. Como si fuera hoy —continuó con una voz trémula—, pasó varios días en ese lugar. Recogió sus cosas, hizo varias llamadas a Estados Unidos y un buen día se acercó a mí y me dijo que se iba a Boston. Allí tenía una prima que se había ido antes de la guerra, se había ofrecido para ayudarla; podría estar en su casa. Era su único familiar y a él se agarró como clavo ardiendo.

—¿Sabe si se llevó algún documento? —preguntó Carlos y William traducía.

—Me pidió permiso para llevarse algún manuscrito que no pude ver. No me interesaba conocerlo. Me daba igual. Mi cabeza estaba para otras cosas. Ya les dije que era una época para sobrevivir. Me comentó que su pareja lo estaba leyendo y para ella era un bálsamo en estos días. Me contó cómo murió. Todo era muy triste y ella no tenía consuelo, de eso sí que me acuerdo perfectamente —terminó su explicación.

—¿Le dejó alguna dirección? —siguió Carlos con las preguntas directas. No podía evitarlo. Se les notaba a muchas leguas sus aviesas intenciones.

—Creo recordar que me dejó un papel con el paradero de su prima. Me tienen que dejar que lo busque. Ahora no recuerdo muy bien dónde lo dejé. Tengan en cuenta que han pasado muchos años…

Adrien salió de la habitación. Durante los breves minutos de su ausencia, en la que se oían sus pasos ir de un lado a otro, Carlos y William se miraron nerviosos por cómo habían transcurrido los derroteros de la conversación. Tenían la esperanza de que regresara con la dirección. Era un eslabón en la cadena que estaban construyendo. Tenían la ilusión de que entrara por la puerta con la dirección en la mano, como así fue. Entraba con cara de alegría por haber encontrado en una carpeta olvidada una hoja donde Juliette dejó sus datos por si alguien preguntaba por ella.

—De lo que más me acuerdo, una fotografía que no se me ha ido de la mente, es cuando traspasó llorando el dintel de la puerta. Iba cubierta con un pañuelo en la cabeza que recogía su abundante melena. Era muy joven y bien parecida. No muy alta, pero tampoco baja, de agradable figura, atractiva y que, fuera de los momentos tristes, yo la recordaba con una gran empatía. Cuando regresaba de las incursiones en otras ciudades de Francia, siempre me saludaba muy afectuosa y aunque era parca en palabras me hacía bien. Su acompañante era más reservado, pero también muy agradable. Se metían en su habitación, comían lo que podían y se pasaban el tiempo descansando en espera de nuevas órdenes. Yo nunca intervine nada más que en los simples saludos de entrada y salida —Adrien terminó su explicación y con un gesto que acompañó con las manos dio a

entender que no tenía nada más que decir—. Esta es la nota que me dio cuando se marchó —entregó la hoja macilenta a William.

Carlos y William dijeron con sus ojos «aquí no tenemos nada más que hacer». Salieron por la puerta mostrando su agradecimiento al librero que, con cara entristecida y mirada perdida, les despedía desde el umbral de la puerta de madera, combada y desvencijada, como su cuerpo, como su sonrisa, como sus meditaciones. Allí quedaba el pasado, la historia consumida por el tiempo y abismada en los pliegues de su cerebro.

Al salir de la casa fueron directamente a una cafetería. Sentados en una mesa con una cerveza en la mano comenzaron una conversación importante.

—Está claro que no podremos sacar más información que la que tenemos. Adrien nos dijo todo lo que sabía. Y aquí tenemos una dirección en Boston—William enseñaba el papel a Carlos que leía el texto.

—Creo que haré una visita la semana próxima. Después me pondré en contacto contigo y los dos tomamos una decisión, ¿te parece? —comentó Carlos dubitativo ante la cara de extrañeza que le puso William.

—Bueno, parece una idea aceptable —contestó ante la seguridad de que Carlos daba una idea a la que no podía oponerse.

Carlos tomó la nota con la dirección de Boston y el nombre de la prima de Juliette y le dijo a William:

—Voy a una agencia de viajes a reservar el pasaje. ¿Sabes de alguna?

—Cerca de mi casa hay una. Si te parece te acompaño y te presento. Me conocen bastante.

Al cabo de una hora Carlos tenía en la mano el pasaje para dos días después con dirección a Boston. El de regreso lo haría desde Nueva York. Se despidió de William y quedaron en que en unos días estaría de nuevo con la información completa. Tomó nota de sus teléfonos y dirección y se alejó por el bulevar Haussmann un día de primavera cuando el sol acaricia la piel y los árboles se visten de flores. Al fondo, se oía la canción de Edith Piaf, *La vie en rose*.

— 9 —

Carlos se despertó aquella mañana, cinco días después de despedirse de William, en la habitación de su hotel en Times Square con una llamada de teléfono. Al mismo tiempo llamaban a su puerta. El recepcionista le decía que tenía una visita. Se levantó y abrió. Eran dos hombres de media edad, buena estatura, vestidos de gris, que sin venir a cuento le enseñaban una placa de la policía y le preguntaban:

—¿Es usted Carlos Gómez, de nacionalidad española?

—Sí. ¿Qué es lo que desean?

—Queríamos hacerle unas preguntas. Vístase y acompáñenos.

A duras penas, Carlos podía entender lo que ambos decían tanto por el idioma como por su situación somnolienta. Eran cerca de la siete de la mañana.

—Tenemos una orden —le enseñaron un escrito—. Vístase rápido.

Carlos estaba nervioso. No entendía nada, aunque en su fuero interno estaba preocupado por el asesinato de Antoine. «Nadie me vio», pensaba mientras bajaba en el ascensor, «no tengo por qué preocuparme». En la puerta del hotel un coche de la policía le llevó a una comisaría de Manhattan. En el trayecto no pronunció una palabra, estaba nervioso y debía cuidar cualquier comentario, un paso en falso sería muy grave. «Seguramente me preguntarán si había estado en Boston y tengo que negarlo. No debo por ningún motivo dejar piensen que estuve en la ciudad, pero seguramente ya tendrían el dato de mi estancia en el hotel, por lo que tengo que pensar en otra coartada. Por ese lado no tengo defensa, así que en el camino en el coche pensaré en una respuesta. Sí. En efecto estuve en Boston en el hotel que le decían, pero me dediqué a conocer la ciudad. ¿Solo un día? Me preguntarán. Sí. Fue suficiente. Quería regresar a Nueva York que quería conocer mejor. Unas respuestas débiles, sin mucha fuerza, pero era lo único que se me ocurría», pensaba en el corto trayecto del hotel a comisaría.

Al llegar a la jefatura de policía le pusieron frente por frente con el comisario jefe.

—¿Qué hizo usted en Boston? —fue directo al tema—. Nada de preámbulos.

El comisario era un tipo duro, curtido en el trato con delincuentes de todo tipo. Carlos no era una excepción y le trataría como tal. Para el policía era culpable desde el primer momento. La ventaja era que hablaba bien el español ya que era hispano, de Puerto Rico, por lo que el interrogatorio fue fácil desde el punto de vista idiomático.

—Entonces, ¿se dedicó a hacer turismo en veinticuatro horas? —el comisario ponía su ironía en la pregunta.

—Lo que quería ver lo hice en un día —contestó Carlos un poco tenso.

—Es la primera persona que conozco que dedica un solo día para ver una de las ciudades más bonitas de Estados Unidos. Dejemos eso ahora. Aparte de turismo, ¿hizo alguna visita? —una pregunta directa al corazón.

—No entiendo a qué se refiere.

—Me ha entendido perfectamente. Le pregunto si ha ido a ver a alguna persona en Boston.

Carlos demudó su cara. No sabía qué contestar.

—No. No he ido a ver a nadie —contestó con voz vacilante.

—Mis noticias son distintas. Alguien dijo que tal día se le vio salir de una casa. Su andar… renqueante —buscaba una palabra que no estaba acostumbrado a pronunciar— le llamó la atención. Todos los datos físicos que nos describió coinciden con su persona.

—Ha debido confundirme —contestó con la misma voz vacilante.

—Está bien. No vamos a seguir con las preguntas. Le tomaremos las huellas digitales y las compararemos con las del puñal que estaba clavado en el cuerpo de la víctima —concluyó el comisario.

Al llegar a este punto, Carlos se derrumbó. Comenzó a sudar, temblar, pero siguió negándolo todo. Media hora más tarde entraba el especialista de huellas y le dio un informe al comisario. Después de leerlo despacio, se lo entregó a Carlos diciéndole:

—Coinciden sus huellas con las del puñal al cien por cien —y dirigiéndose al policía que aguardaba en la puerta le dijo—. Llévelo ante el juez. Para mí el caso está cerrado. Solo me queda conocer el móvil, pero eso ya se sabrá más adelante.

Carlos salió de la habitación con paso cansado, derrumbado por las fuertes pruebas contra él. Estaba todo dicho. Ya lo afirmó el comisario: no hay nada más que hablar. La lluvia golpeaba con fuerza los cristales de la comisaría. En la calle, los viandantes caminaban deprisa para refugiarse en algún portal, ya que nadie se esperaba esta tormenta. El día había amanecido soleado. El jefe de la policía se levantó de la mesa, miró por la ventana y encendió un cigarrillo. Estaba contento, había cerrado un caso en un tiempo récord. No era frecuente este hecho y él lo había conseguido. Sus superiores le llamarían esta mañana para felicitarle y quién sabe si subirle de categoría. Había un puesto que deseaba conseguir y que día tras día soñaba con él. Seguramente, hoy mismo se lo propondrían, solo tenía que esperar, tenía todo el tiempo del mundo. Expelió el humo haciendo unas volutas en el aire. «Algún día tendré que dejar este vicio», pensaba mientras apagaba el cigarrillo y encendía otro. Un día

más en su cotidiana tarea. Un trabajo recurrente y tedioso, pero estimulante. Siguió fumando como si tal cosa. No era día de filosofar. Sabía que tenía que dejarlo, pero no encontraba el momento propicio.

*****

Mientras esto ocurría, Fernando muy lejos, ignorante de cómo se habían desarrollado los asuntos, se dedicaba a pensar en sus próximos pasos. Estaba tranquilo en el Hotel Châteaudun Opera. Nadie le molestaba, tenía la curiosidad de conocer qué es lo que había pasado con la carta que envió a la policía. Miró el reloj para saber si era buena hora para llamar a Alice. Cuando tuvo la confirmación de que era una hora adecuada para hacer la llamada se puso cómodo y llamó por WhatsApp.

—¿Eres Alice?

—¿Qué me cuentas? Tenía ganas de que me llamaras y me dijeras qué estabas haciendo. Te llamaré después, ahora estoy ocupada.

Fernando entendió rápidamente lo que le quería decir y colgó. Al rato oyó que le llamaban por teléfono. Era Alice desde un teléfono público.

—Veo que lo comprendiste rápido. Ahora estoy en un teléfono en la plaza.

—Perfecto. Mete monedas pues será larga la conferencia.

—Ya tuve esa precaución y me he provisto de material.

Fernando pensaba que a Alice no se le escapaba nada. Tenía todo bajo control.

—¿Qué noticias me das? —preguntó Fernando mientras se ponía cómodo en el hotel.

—En la TV esta mañana han dicho que han detenido a un sospechoso del asesinato de Antoine en Boston. Parece que las huellas del puñal le incriminaban completamente. Le han puesto en manos del juez.

—Eso era lo que perseguíamos. ¿Sabes si habló o dijo algo?

—No han dado nada más que la noticia escueta. Trataré de averiguar algo más. Tengo un amigo en la policía y me informará. Tendré que pensar en algo para justificar mi interés en el asunto.

—Hacer la pregunta sin ninguna explicación puede ser contraproducente —señaló Fernando al otro lado del hilo telefónico.

—Por eso te digo que tengo que pensar en algo. Algo se me ocurrirá, mañana te llamo a esta misma hora. Estate alerta —Alice colgó abruptamente.

Fernando quedó pensativo por lo que había oído. Era una gran cosa que le hubieran detenido. Lo importante es que en las pesquisas y el interrogatorio no saliera el nombre de Alice como contacto y, a partir

de ahí, el suyo. Si la policía quería saber si Carlos había actuado solo o con un cómplice con toda seguridad trataría de aclarar sus movimientos en la ciudad de Nueva York. Y lo primero que saldría a la luz sería el nombre de Alice. La investigarían primero y si veían que no había nada en particular la dejarían tranquila. El siguiente eslabón, algo más débil, sería él por su encuentro en el River Café.

*****

A William lo único que le diferenciaba del resto de sus compinches era su afición a la lectura, de aquí que se pasara horas en la librería y fue allí donde conoció a Fernando. Su interés por un diario le puso en guardia y le recordó sus primeros años en Madrid y su relación con la editorial. A partir de este momento decidió hacerse su amigo y conocer qué es lo que sabía sobre el documento. Sabía por las correrías con Carlos que había un secreto encerrado en un diario, que había unos capítulos de un libro donde se hablaba del mismo, pero nada en concreto, todo muy sutil. Además, él era un joven y no tenía capacidad y madurez para interpretar todo el contenido de la historia.

La comida con Fernando le llevó a la idea de que algo se cocía y que este algo era muy fuerte. Tenía que averiguarlo y la ocasión le había venido al pelo. Allí estaba sentado, junto a él, la persona que tenía la respuesta a su pregunta. Por eso, en la conversación trató, con esa sonrisa taimada, escurridiza, de entrar en su confianza, hacerse con ella y llevarle a su terreno, que no era nada más que el del conocimiento del diario. Sabía que él lo tenía. En la librería se le escaparon varios detalles que le señalaban como el propietario del diario. Pero poco después reculó en sus afirmaciones, pues se había dado cuenta de que había traspasado la línea roja de la información.

Fernando pensaba que William no se había enterado, pero no era así. Estaba ojo avizor, esperando un renuncio, una equivocación para saltar sobre él y apoderarse de su libro. Sin embargo, un detalle insignificante, nimio, le hizo comprender que no estaba ante un historiador, sino ante un tipo que trataba de engañarle. El detalle fue el comentario sobre la pérdida del diario en un tranvía. Estaba seguro de que él no había pronunciado esa palabra en toda la conversación. William se dio cuenta de que se había deslizado por la pendiente y que ya no podía dar marcha atrás. Se había equivocado. Terminó el almuerzo, se despidió y quedaron en verse al día siguiente. No estaba seguro de que acudiese a la cita por lo que se apostaría a las diez de la mañana para ver si salía del hotel con las maletas o sin ellas. En el primer caso, la contestación era que cambiaba de hotel.

Al día siguiente a las diez en punto estaba William apostado en la esquina de la calle con una visibilidad completa de la salida del hotel.

Si Fernando salía, le podría ver perfectamente sin que él se percatara. Pasó una hora y Fernando no salía del hotel. Eran las once de la mañana y tenía que salir de un momento a otro, ya que la cita era a las doce. Impacientado a las once treinta entró en el hotel para preguntar por él. No estaba. Lo había dejado a las ocho de la mañana.

—¿Dejó alguna nota o dirección? —se atrevió a interpelar.

—Nada. Pagó la cuenta y salió por la puerta con la maleta —dijo el recepcionista—, pero déjeme ver ya que estuvo hablando con el botones. Le voy a preguntar.

Salió del mostrador y se dirigió al piso superior. Al cabo de unos minutos bajó y le dijo:

—Parece que le preguntó dónde podía coger un taxi. Nada más. Se fue rápido, tenía prisa —terminó la explicación—. No puedo darle más información.

William salió del hotel apesadumbrado. Le había dado el esquinazo, como vulgarmente se decía. «Y ¿ahora qué? —se preguntaba—. No lo sabía». Se sentó en una de las mesas exteriores que había en el hotel y pidió un café. Por su cabeza pasaban multitud de ideas, imágenes, especulaciones que quería canalizar y no podía. Con seguridad, Fernando sospechaba algo y en previsión de cualquier acontecimiento negativo cambió de alojamiento. Su única posibilidad era frecuentar la librería por si se le ocurría volver por ahí.

*****

Alice dejó su casa paseando lentamente y al llegar al 14 West 10th Street oyó algo extraño. La casa estaba a solo dos manzanas de Washington Square Park. Desde pequeña la habían contado que era la casa de la muerte. Vivía en Greenwich Village y estaba acostumbrada a pasar por delante de la fachada muchas veces camino de la plaza, donde le gustaba sentarse para ver a los paseantes. En esta ocasión oyó algo que le llamó la atención. Unos pasos que subían y bajaban las escaleras. Conocía las historias de este edificio, de niña le dijeron que por ella vagaban muchos fantasmas entre los que se encontraba uno de sus escritores favoritos, Mark Twain, que vivió allí en el año 1900. Muchas veces cuando pasaba por delante de la casa veía a los turistas tomando fotos. Era uno de los atractivos de la ciudad. Pocas personas sabían la historia, pero Alice había vivido con esa cultura.

Parece que en los últimos años vivió el abogado Joel Steinberg con su mujer Hedda y su hija Lisa. Una familia bien educada y de un estrato social muy alto. Una pareja formada por un abogado criminalista y una editora de libros infantiles. Esta es la razón por la que Alice estaba atraída por la casa, se identificaba con la profesión de la mujer.

La pareja había adoptado a un joven llamado Mitchell. Eran una familia perfecta hasta que un buen día fueron arrestados por abuso infantil. Parece que la niña murió por un golpe seco con un martillo, en el año 1987. La policía halló al niño encadenado. Encontraron grandes cantidades de cocaína. Hedda fue enviada a un hospital psiquiátrico, ya que fue evaluada y se dictaminó que era una débil mental que estaba manejada por su marido, que también había abusado de ella. Steinberg pasó la mayor parte de su sentencia en la cárcel de Southport Correctional Facility. *La tumba de Lisa Launders se encuentra en el cementerio Gate of Heaven. Parece que desde que vivió Twain en la casa los incidentes sobrenaturales se repetían frecuentemente, algo que contrasta con la tranquilidad del barrio. Cuentan las leyendas y las habladurías que frecuentemente se han visto vagando fantasmas por la escalera y los pasillos de la casa.* Hace pocos años Steinberg salió de la prisión, por lo que los mentideros hablaban de que era él subiendo y bajando las escaleras.

Alice se quedó parada en la puerta al oír los pasos. No sabía qué hacer. A su cabeza vinieron las múltiples historias que le habían contado. Con el temor en su cuerpo, subió las pocas escaleras que separaban el portal de la calle. Muchas veces había visto a jóvenes sentados en ellas conversando plácidamente y sin manifestar ningún miedo, pero nunca se había quedado a conversar con ellos. Siempre tenía una cierta prevención a estar en la cercanía de la casa.

Con cierta precaución subió las escaleras; observó que la puerta de la calle estaba entornada, semiabierta. Empujó ligeramente para ver su interior. La poca luz que entraba del exterior la reveló que desde el fondo salía una escalera desvencijada, de escalones de madera, mitad rotos, mitad cuarteados, las paredes desconchadas, los tablones desparramados por el suelo, cajas de cartón, unas vacías y otras llenas de desechos. Un aspecto tétrico; un espectáculo que solo mirarlo daba un pavor intenso, propio de una película de miedo. Todo el contexto era estragado. Alice tragó saliva, miró en derredor y no oyó ningún ruido. Lo que antes había oído, se había trocado ahora en una quietud, en un mutismo inquietante.

Después de unos breves segundos pensándolo, se decidió a subir las escaleras. Iba con cuidado apoyándose, para no caer, en la balaustrada desencajada. De cuando en cuando, pisaba un tablón desvencijado que con la presión de su cuerpo caía al suelo y la hacía perder el equilibrio. Afortunadamente, iba bien apoyada en la barandilla que, aunque muy estropeada, al menos la servía de soporte. Según iba ascendiendo y se acercaba al rellano del primer piso, la claridad iba disminuyendo. El silencio se podía masticar. Era espeso, impenetrable, compacto. Alice temblaba, pero un sentido en su interior que no podía frenar la hacía ascender poco a poco. Era como una sensación íntima

que la llevaba a conocer la respuesta a tantas preguntas que siempre se hizo. En uno de los rincones, recóndito y oscuro, vio unas cadenas, posiblemente las que utilizó el dueño de la casa para encadenar a su hijo. De este rincón partía una puerta que daba a una habitación. Empujó la puerta y al hacerlo, un chirrido de roce sobre el suelo acompañó a su movimiento. Nada más abrir saltaron del interior unos murciélagos. Alice había interrumpido su quietud; salieron en tromba provocando unos ruidos infernales entre chillidos y sonidos desagradables al oído de las personas. No se asustó; estaba acostumbrada, pues de pequeña iba a algunas casas antiguas de Long Island y allí había una gran cantidad de vampiros, como así les llamaban, que habitaban en el invierno cuando los veraneantes no iban de fin de semana. Solía entrar con un palo y varios amigos; se dedicaban a ver cuántos podían caer al suelo y quién era el que más murciélagos pegaba. El que ganaba era considerado un héroe. En esta ocasión no llevaba un palo por lo que cogió un trozo de madera que había en el suelo y se dedicó, como en su niñez, a dar palos al aire para ver los que mataba o hería. La oscuridad era tan intensa que no pudo llegar a dar a ninguno. Se escaparon por la puerta entreabierta, pero ella pudo entrar. La habitación no era grande, posiblemente sería el dormitorio de uno de los hijos. Una mesa redonda descuartizada y sin patas, unos juguetes rotos, una cama desvencijada y poco más. Todos los muebles habían sucumbido al paso de los años, pues el entorno era un cementerio. Siguió avanzando por el pasillo y encontró otra habitación. El otro dormitorio de los niños, con muebles parecidos. La tercera habitación era el dormitorio del matrimonio que habitó la casa. Todo lo que aparecía ante su vista era una ruina. El tiempo había ajado lo que en su época eran los muebles de la familia. Entró en esta última habitación. La luz se filtraba por las rendijas de las ventanas de madera. A duras penas pudo ver lo que había en su interior. Una cama de matrimonio destartalada, un armario sin puertas y una cómoda desvencijada y a punto de caer al suelo. Las ropas hechas un revoltijo sobre la cama. El tiempo había pasado destruyendo todo lo que encontraba a su paso. No había dejado nada sin destruir.

Cuando los ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, Alice se percató de que había un bulto sobre la cama. No eran mantas ni otro tipo de ropas. Era algo más sólido, como si fuera un cuerpo. Se acercó con la prudencia que acompaña el miedo y lo tocó. Era una persona que, con gran dificultad, se movía. Alice, presa del terror, no sabía si echar a correr escaleras abajo o tratar de ayudarla. Se decidió por lo segundo.

—¿Está usted bien? —preguntó con una voz apenas audible.

Como respuesta solo obtuvo un pequeño movimiento con la mano.

—¿Necesita algo? ¿Qué le pasa? —Alice preguntaba y preguntaba sin tener respuesta. Al menos, sabía que esta persona vivía—. ¿Quiere que llame a una ambulancia?

Con la mano indicó su negativa a la idea. Trató de levantarse y con un hilo de voz dijo:

—Me han dado un golpe.

—¿Quién?

—No lo sé. Estaba todo oscuro. No veía nada.

Alice le puso dos almohadas en la espalda y le reincorporó ligeramente. Era un hombre de mediana edad, delgado, de contextura débil, con el pelo gris y una nariz aquilina que le daba un aspecto ciertamente grotesco. La cara ensangrentada y sus ojos centelleantes completaban una imagen desagradable. Alice no se desanimó ante la fotografía que se le presentaba y decidió seguir con el interrogatorio.

—¿Le duele algo?

—Me duele todo el cuerpo, como si me hubiera pasado un camión por encima —señalaba su cabeza mientras contestaba.

—¿Qué hacía en esta casa? —preguntaba Alice tratando de encontrar una respuesta válida a lo que le estaba sucediendo. Una experiencia a la que nunca se enfrentó anteriormente.

—Me citaron aquí.

—Pero ¿quién?

—Es muy largo de explicar —dijo con voz frágil y mortecina.

—Bueno, de eso hablaremos luego. Ahora trate de reponerse —señaló Alice viendo que las explicaciones iban a tardar mucho en llegar—. Voy al bar de enfrente por una botella de agua. Ahora vengo —terminó abruptamente y salió de la habitación.

Salió lo más rápidamente que pudo bajando las escaleras con la prudencia que debía tener para no romperse una pierna. Cruzó la calle y una manzana más allá, encontró un pequeño bar en el que a veces había tomado un café. Cogió la botella de agua y desandando el camino, volvió a subir las escaleras con la máxima cautela, pero ya conociendo dónde estaban los escalones deteriorados. Entró en la habitación y cuál fue su sorpresa que en la cama no había nadie. La persona que atendió había desaparecido. «Tuvo escasos minutos para ello, pero los aprovechó al máximo. Debió de salir detrás de mí», pensaba mientras se hacía su composición de lugar. Buscó por todas las habitaciones, pero estaban igual de deterioradas, con sillas por el suelo, paquetes de comida putrefacta, botellas y mesas rotas.

En el piso de abajo, el comedor y una sala de estar con muebles que en otro tiempo eran de lujo y que ahora eran trastos rotos. Al fondo, un piano destrozado. No había nadie en la casa. «Seguramente los pasos que había oído eran los de la persona que dio el golpe al señor que estaba en la cama, pero por algún lado tenía que haber salido, ya

que yo entré por la puerta principal y no vi a nadie». Buscó en la parte trasera de la casa y encontró una puerta que daba a un callejón por la parte posterior. «Por aquí es por donde huyeron», fueron sus últimos pensamientos, pues una mano por detrás la agarró fuerte y la puso un pañuelo en la nariz. Cayó al suelo como un saco de patatas.

— 10 —

Fernando, después de tener noticias frescas de Nueva York, concretamente, de todo lo que le dijo Alice de la detención, llamó por el teléfono móvil a Loise. Hacía días que no había contactado con ella y con sus hijos. Su familia, ante todo, y más ahora que estaba en plena reconciliación.

—¿Va todo bien? —fue el saludo al otro lado del Atlántico—, tenía ganas de hablar contigo —por fin algunas palabras más cariñosas.

—Todo está bajo control. Encontré un apartamento en un lugar agradable muy cerca del edificio Flatiron y del Madison Square Park. Estamos en la calle 24 St. East. Por la tarde vamos los tres a dar un paseo por el parque.

—Me alegro mucho. Yo sigo en París.

—¿París?

—Sí. París, capital de Francia—en ese momento Fernando se acordó de que no le había comentado que se iba de viaje.

—¿Qué haces allí?

—Es muy largo de explicar y más por teléfono. Ya te contaré. Ahora dime, ¿cómo están los niños? ¿Van al colegio? Es muy importante que, aunque hayan cambiado de domicilio sigan con las rutinas de siempre —Fernando estaba ansioso de noticias.

—No te preocupes de nada. Todo está bajo control —Loise, al otro lado del hilo telefónico, trataba de calmar sus angustias—. ¿Cuándo regresas?

—Creo que en unos días. Estoy estudiando los diarios y las informaciones que tengo. Ya te diré algo la semana próxima. Que se pongan los niños, quiero hablar con ellos. Un beso —terminó la conversación de una manera abrupta. Estaba preocupado.

Fernando acabó hablando con los hijos de cosas intrascendentes. Les dijo que se esforzaran en los estudios y demás consejos típicos de los padres. Al cabo de unos minutos cerró la comunicación. Se quedó pensativo en la cama, no sabía qué camino seguir. Se había quedado atorado en un punto.

Afuera, en el exterior, la primavera avanzada extendía su manto y cubría todo con la belleza de las flores, del renacer de la vida, de los árboles vestidos de fiesta. La gente caminaba sin prisa, tratando de inhalar este efluvio de brisa cálida, de suave deleite de un entorno apacible y sereno. Un escenario al que Fernando no estaba acostumbrado. Venía de una ciudad con grandes cambios de clima. O

hacía mucho frío o mucho calor. Cerró los ojos y se transportó a su lugar preferido. Allí sí que podía disfrutar de estas sensaciones. Para experimentar la primavera había que ir a Central Park, allí podía apreciarla.

Muchas mañanas, antes de ir a su trabajo, cruzaba la puerta de entrada en la Quinta Avenida y paseaba durante una hora entre el despertar de los cerezos, el *cherry blossom*, el fin del invierno, los árboles vestidos de gala que hacían contraste con los colores del otoño, distintos matices y diferentes sensaciones; el sendero por el que paseaba ribeteado de florecillas y ardillas que cruzaban sin orden ni concierto. Las hojas estallaban en un incendio de tonalidades, rojas y amarillas entreveradas. Se sentaba en un banco para llenarse de esa primavera plena, voluptuosa, repleta de sensaciones sinestésicas que daban una nota de belleza íntima y de sosiego interior. Le gustaba abismarse en esas imágenes, unas emociones que transportaban la mente a paraísos lejanos, plenos de estremecimiento y sentimiento. Aquel cuadro lo disfrutaba en la primavera y en el otoño. Cada uno tenía sus distintas evocaciones, diferentes marcos, pero el intimismo era el mismo. Fernando gustaba de él y sabía disfrutarlo casi a diario. Después regresaba al apartamento, desayunaba con la familia y se iba al trabajo con las pilas cargadas.

En los meses que estuvo separado le gustaba pasear por West Village, una zona repleta de flores de todos los colores. Había flores en todos los rincones, en la vía pública, en los árboles, en las ventanas e incluso en las bicicletas que estaban aparcadas en la acera. Era un barrio precioso que tenía, además, el aliciente de que allí vivía Alice, con la que compartió esos meses de soledad. Le había ayudado mucho. Saber que encontró una mano amiga, alguien que era capaz de escucharle, comprenderle y aconsejarle, en un tiempo ayuno de consuelo y amistad, era un tesoro inestimable. La acompañaba a cada momento, le enseñaba sus rincones preferidos en Greenwich Village, en Washington Square. A veces, se sentaban en uno de los bancos de la plaza y se dedicaban a ver a la gente cómo disfrutaba del tiempo, algo que él nunca, hasta ahora, supo hacerlo. Ella le enseñó lo que era el tiempo, la importancia que tenía saber disfrutarlo en cada momento. Conocer el amanecer y el ocaso del día, ambos fenómenos que pasaban desapercibidos por estar enfrascado en su trabajo. Fernando solo lo hacía en ese paseo que daba por Central Park en los meses de primavera, verano y otoño. A veces, también, en invierno, aunque con menos frecuencia. Después, durante todo el día, se olvidaba y se imbuía en sus ocupaciones sin otra consideración que le distrajera.

Abrió los ojos. Regresó abruptamente a la realidad del momento, tenía que dejar sus evocaciones y tomar una decisión de lo que había

que hacer. Después de meditarlo mucho decidió que su próxima etapa sería Madrid. Podía pasar antes por el pueblo de Oradour, pero pensó que esta visita no le iba a aportar nada en su proyecto y que lo que le interesaba era seguir las huellas marcadas por sus padres.

Al día siguiente tomaría el tren en la *gare* de Lyon que le llevaría en unas horas a la estación de Atocha. La tableta que llevaba consigo era muy útil para ver horarios y reservas. Lo hizo vía internet y pagó con la tarjeta de crédito. Con el pasaje en el bolsillo decidió dar un paseo.

*****

William después de perder el contacto con Fernando decidió que lo mejor era viajar a Nueva York tratando de encontrarse con Carlos. Sabía en el hotel donde se encontraba y habló por teléfono con él, justo unas horas antes de la detención. Le contó sus movimientos en la ciudad, soslayando su visita a Boston. Le dijo que había conocido a Alice, una mujer que cuando era becaria trabajó en la editorial que publicaron la novela al padre de Fernando. «Podemos ir a verla cuando estés por aquí. Creo que nos puede explicar muchas cosas. Hay que sonsacarla toda la información que tenga», le dijo antes de colgar la comunicación telefónica.

Quedaron en verse poco tiempo después, ya que William encontró un pasaje para esa misma mañana. Con el cambio de hora, Carlos tenía las dos de la madrugada cuando en internet adquiría el tique para un vuelo a Kennedy por Air France. Saldría a primera hora y estaría en su hotel después del mediodía.

No tenía mucho tiempo ya que el vuelo salía en pocas horas. Trató de dormir un poco. Pidió un taxi para primera hora de la mañana. Le gustaba ir con tiempo al aeropuerto y realizar tranquilamente los trámites de aduana. Al tener pasaporte norteamericano no tenía que proveerse de ningún tipo de Visa. Además, iba todos los años a ver a los amigos que tenía en Nueva York, por lo que conocía perfectamente todos los pasos que tenía que hacer. Era una ciudad que conocía muy bien. Con el despuntar del día ya cruzaba la sala de entrada del aeropuerto Charles de Gaulle. Los trámites fueron rápidos y en menos de quince minutos ya estaba sentado en la sala de embarque. Salía puntualmente, esto le agradó, ya que los últimos viajes que había realizado fueron con retraso. Quería llegar con toda puntualidad al hotel donde se hospedaba Carlos. Intentaría intercambiar información con él y una pérdida de horas era fundamental en el momento en el que estaban.

—Abróchense los cinturones. Vamos a despegar —la voz del piloto sonaba con fuerza.

William, con esta orden, cerró los ojos y no se despertó hasta que

seis horas después la misma voz decía:

—En quince minutos aterrizaremos. La temperatura en Nueva York son 18 grados, hay nubes y no amenaza lluvia.

«Buena temperatura, podré dar algún paseo», pensaba mientras cerraba el libro que tenía y que no había abierto.

Una hora después preguntaba en la recepción del hotel:

—¿Me pone con la habitación de Carlos Gómez?

El recepcionista arqueó las cejas ante la pregunta.

—¿Se refiere a don Carlos, el señor español que se hospedaba en este hotel?

—Sí. En efecto. Eso tengo entendido —contestó William con un punto de impaciencia no exento de preocupación.

—Pues tengo que darle una mala noticia —el recepcionista trataba de buscar sus mejores palabras—. Se lo llevaron esta mañana detenido.

—¿Detenido? —William trataba de mantener la calma, pero martilleaba con sus dedos de una manera nerviosa.

—No le puedo decir nada más. ¿Es usted su amigo? —le preguntaba insistentemente.

—Acabo de venir de Europa; había quedado en reunirme con él —trataba de convencerle del nexo de unión que tenía con Carlos.

—Espere un momento. Hablaré con el director.

El recepcionista salió y se dirigió al fondo del vestíbulo y entró en un despacho. Al cabo de dos minutos, regresó acompañado de otra persona de mediana edad, bien vestido, facciones fuertes y frente despejada. Sin ningún saludo, le dijo:

—¿Quiere acompañarme al despacho? Hablaremos mejor allí, aquí hay mucha gente y no hay intimidad.

William entró en silencio en la habitación del fondo, que era el despacho de dirección, y ante la indicación de su interlocutor se sentó en el sillón delante de la mesa de trabajo. Sentado frente a frente tuvo la oportunidad de poder forjarse una opinión de la situación. El gerente del hotel parecía ser una persona acostumbrada a mandar, a gestionar. Sus preguntas iban al grano, nada de circunloquios. Una persona de edad media, ni viejo ni joven, pero con todo el mando en sus manos. Iba vestido como las circunstancias aconsejan en un director de hotel. Traje oscuro, corbata azul y camisa blanca. Nada del otro mundo, pero elegante sin estridencias ni alharacas. El hecho de que hubiera preferido hablar con él en su despacho significaba que el escenario no era normal. Algo había en el trasfondo que llevaba a pensar en una situación grave. Por mucho que daba vueltas en su cabeza no podía imaginar qué es lo que estaba pasando. Primeramente, pensó en algún accidente de tráfico o multa, pero se lo hubieran dicho en recepción. Después, pensó en una pelea callejera y

sí, quizás, para esta información necesitaba el despacho, pero era todo muy exagerado, por lo que desechó también esta posibilidad. No se le ocurrían más posibilidades, ya que llevaba en ese país cuatro días y no había tenido tiempo de hacer nada grave. La razón del tráfico era la que aleteaba con más fuerza, aunque sin ser definitiva.

—¿Qué amistad tiene usted con Carlos? —fue directo a la pregunta.

—Le conocía hace tiempo. De pequeños vivíamos en España y éramos muy amigos. Luego, le volví a ver en París hace unos días —contestó con aplomo no exento de contrariedad.

—¿Tenía algún negocio con él? —segunda pregunta en toda la línea de flotación.

—Esta pregunta es muy personal y usted no tiene derecho a hacerla —arrastró sus palabras al decirlo.

—Tiene razón, pero si no me contesta a mí lo tendrá que hacer a la policía. Tengo carta blanca para llamarles —afirmó con cierta molestia por lo que entendía como una falta de colaboración.

—No llevábamos ningún negocio a medias si es eso a lo que se refiere.

—Entonces, ¿por qué se había citado en este hotel? —la paciencia del director estaba llegando a su fin.

—Ya le dije que éramos amigos y que estuvimos juntos en París. Habíamos quedado en vernos aquí y hacer turismo. Puede comprobarlo si lo desea. Le doy la dirección donde estuve en París, donde vivía normalmente.

—Quiero informarle de algo. La policía me dio carta blanca para llamarles en caso de que encontrara algo raro en relación con este caso. ¿En qué hotel va a estar? —el director incidía en la misión que tenía asignada.

—Ya le dije que acabo de llegar. No tengo reservado nada. Si hay alguna habitación en este hotel, aquí me quedo —contestó William con aplomo, aunque se rebulló inquieto.

El director llamó por teléfono a recepción y dijo:

—Prepare una habitación a William. Ahora le envío para que rellene los impresos y —dirigiéndose a él— no salga de la ciudad. Tiene que estar localizado para cualquier trámite.

William, después de rellenar los papeles, se dirigió a su habitación. Lo primero que hizo fue disfrutar de su libertad. Abajo se encontraba constreñido. No sabía qué es lo que había pasado, pero debía de ser algo grave para que se lo llevaran detenido. En la habitación contigua sonaban los acordes de *Blowin' in the Wind* de Bob Dylan. William, recostado en la cama, se acordaba de que en su juventud había cantado muchas veces esta canción. Cerró los ojos y escuchó la melodía.

«*¿Cuántas veces debe un hombre mejorar antes de que pueda ver el*

cielo? / ¿Cuántos años debe un hombre tener antes de que pueda escuchar a la gente llorar? / ¿Cuántas muertes cometerá hasta que sepa que mucha gente ha muerto? / *La respuesta, amigo mío, está en el viento, la respuesta está soplando en el viento*».

Se quedó dormido. El *jet lag* le estaba afectando.

Se despertó a media tarde, con tiempo para salir a Times Square, tomar algo y estirar las piernas. Era una tarde agradable, una temperatura cálida. El barullo de la gente acabó despertándole totalmente. Era un trasiego de personas que iban de un lado a otro. En esa época del año las tardes eran un poco más largas. Compró el periódico para leerlo más tarde en el hotel. Quería estar tranquilo. Cuando lo abrió, arrellanado en el sillón de la habitación, pasó rápidamente las noticias políticas y se fue a las locales. Aparecía la detención de un español con las siglas C. G., obviamente no querían dar el nombre completo hasta que se celebrase el juicio, acusado de un crimen en Boston. «Sin duda es este», pensaba mientras se rebullía en la butaca. Estaba enredado en sus pensamientos de cuando se despidió de él, que no entendió cómo decidió salir tan rápido. Recordaba que tenía la dirección, se la había dado Adrien. Estaba claro, era en Boston. Siguió leyendo. El muerto era un hijo de un matrimonio que luchó en la resistencia francesa. «Ya no había lugar a dudas», murmuró mientras entornaba los ojos. Las pruebas eran definitivas, pues el asesino había dejado las huellas en el puñal. Terminaba la noticia diciendo que el juicio sería en un par de semanas y que, con toda probabilidad, sería condenado a cadena perpetua, lo que equivaldría a que no saldría de la cárcel al menos en los próximos años y dada la edad de Carlos, sería un anciano cuando pusiera sus pies en la calle. William trémulo dejo caer el periódico en el suelo y se derrengó totalmente desconsolado en el sillón. «Ahora, lo importante es que no me involucre a mí, claro que cuando era el asesinato en Boston, yo estaba en París. Lo puedo demostrar». Guardó los billetes de avión.

Cerró los ojos y se quedó dormido. Dos horas después, cuando se despertó abrió la maleta con la finalidad de colocar la ropa en el armario. Al abrirla se dio cuenta de que había otra maleta. Era de alguien que había ocupado su misma habitación. Al revolver su contenido vio que era la de Carlos, que la policía no se la había llevado. Miró su interior. Tenía un cuaderno con distintas notas. En una de ellas estaba descrito el encuentro con Alice en un restaurante y la visita posterior al River Café. Decía que esta mujer trabajó en la editorial donde el padre de Fernando publicó su novela y que había que investigarla pues creía que sabía más que lo que contaba. Terminaba la nota con una referencia a una casa en 14 West 10th Street, muy cerca de Washington Square, en la zona de Greenwich

Village. El dato no informaba de la razón por la que esta dirección era importante, solo hacía una referencia a ella. Era necesario profundizar en esta visita. Terminaba la nota.

La zona era conocida por William, ya que era su barrio en una época en la que vivió en Nueva York. «Tendré que hacer una inspección a esta casa», pensaba mientras cerraba el cuaderno. No había nada más escrito. Al lado del nombre de Alice, su dirección y su teléfono. Eso era todo. «Poca cosa para empezar, pero algo es algo. Ya es tarde para hacer el examen a la casa, su único eslabón. Mañana con el nuevo día será el momento. Ahora debo descansar. Ha sido una jornada dura».

Cuando aún no había despuntado el nuevo día, William se asomó a la ventana. Veía a la gente apresurada ir al trabajo, entrar y salir de las cafeterías, algunos con el café en la mano camino de la oficina. Todo deprisa. Nadie se paraba a hablar. Era un mundo complicado donde cada uno miraba por sí mismo y nadie pensaba en el otro. Enfrente del hotel encontró un bar, de los miles que hay en Nueva York, para tomar un café y un buen croissant. Un lugar en que todo sucede de una manera rápida. Después del café, era una mañana agradable, cálida, de temperatura templada que incitaba al paseo, se dirigió lentamente hasta la Quinta Avenida. Se paró en los escaparates, se fijó en los edificios, miró a las personas con las que se cruzaba. Cuando se cansó de este espectáculo, paró un taxi y le dio la dirección de Greenwich Village que había tomado del cuaderno de Carlos. No se acordaba, pero había tenido la precaución de anotarla en un papel que le entregó directamente al taxista. Cuando llegó al 14 West 10th Street se bajó del taxi y durante unos minutos se quedó observando la fachada.

La puerta estaba abierta; entró con mucha prudencia. Oyó unos pasos en el interior. Se quedó agazapado en un rincón y vio la sombra de una mujer de mediana edad que caminaba despacio, con miedo, hacia la parte trasera de la casa. Parecía que buscaba algo. Se acercó por atrás, la sujetó la cabeza, le puso una mano en la nariz impidiendo su respiración. Al cabo de unos segundos cayó al suelo. «Debe ser la tal Alice», pensó mientras la colocaba en el zaguán.

Subió las escaleras y se encontró con un auténtico espectáculo de suciedad, polvo y trastos desvencijados repartidos por todos lados. En la escalera tuvo que agarrarse a la barandilla, pues trastabilló en uno de los escalones que estaba roto. Con cierto esfuerzo, llegó al rellano del primer piso y entró en las habitaciones. No había nada de particular. Una calamidad completa, daba la impresión de que la Guerra Mundial había pasado por la casa y devastado todo lo que había encontrado a su paso. En un rincón encontró un cuaderno con unas notas. La letra le pareció de Carlos. La reconoció al instante.

Había pasado por la casa antes de que le detuvieran. Hablaba de una persona que sabía más de la cuenta. Era el hijo del escritor de la novela que tanto éxito tuvo hace muchos años. «Sin duda, está hablando de Fernando, que le perdí la pista en París. Ya me di cuenta de que no me daba toda la información y que ocultaba cosas».

Para William todo era muy confuso. No tenía nada en claro. No conocía a la mujer que atacó en el piso inferior. Bajó y vio junto al cuerpo desmayado un bolso. Lo abrió. Su nombre era Alice, justo el que Carlos comentaba en sus notas. Tenía que descubrir quién era esta persona y qué ocultaba, pues las sospechas de Carlos era que tenía más datos de lo que parecía.

Se quedó pensativo. Encendió un cigarrillo y exhaló el humo. Las volutas en el aire le distrajeron unos segundos, hasta que nuevamente cayó en la realidad. Tenía un cuerpo junto a él.

— 11 —

La estación de Atocha recibió a Fernando con todo el ímpetu de un enorme gentío que se cruzaba a cada paso y le entorpecía su caminar, que no era diferente al de la Grand Central Terminal de la calle 42 en su ciudad. Cerró los ojos y por un momento vio los edificios de la Madison Avenue, Lexington Avenue y el clásico edificio Chrysler. Allí se habían celebrado importantes películas de la filmografía típicamente americana como *Con la muerte en los talones* de Hitchcock y *los intocables de Eliot Ness.* Brian de Palma, con su magistral buen hacer, presentó una escena que Fernando recordaba con precisión por haberla visto tantas veces. Era cuando Andy García detenía en el último momento el carrito de un bebé que se precipitaba escaleras abajo en pleno tiroteo entre los agentes del orden y la mafia. No era igual, pero se lo recordó mientras avanzaba lentamente buscando la salida para tomar un taxi. Esperando en la cola, no tenía idea del hotel al que iba a ir, por lo que decidió ponerse en manos del taxista.

Fernando hablaba bien español. Sus padres tuvieron buen cuidado en que lo aprendiera y en su casa siempre lo hablaban. Ya tenía el colegio para el inglés.

—Llévame a un hotel que esté bien comunicado y que sea de cuatro estrellas —le dijo nada más rellenarse en el asiento.

—¿Le parece bien un hotel de la cadena NH?

—No tengo ni idea. Que sea céntrico. Nada más —contestó sin dar más posibilidades a la conversación.

—Creo que le llevaré a la Gran Vía 21, hay un hotel NH Collection que estoy seguro de que le va a gustar —replicó el taxista.

—Está bien, vamos para allá.

—Está muy céntrico. A dos pasos de la Puerta del Sol, al lado de uno de los edificios más emblemáticos de Madrid, el de la Telefónica —como si a Fernando esto le interesara.

—¿De dónde viene usted?

—De Nueva York.

—Entonces, los edificios no creo que le llamen mucho la atención, pero la Gran Vía es muy típica —el taxista no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Insistía en la bondad del lugar al que quería llevar a su cliente.

—Trataré de hacerle caso y pasearé por esta calle.

—Es tan característica que Agustín Lara sin haberla pisado, desde México la hizo una canción: *Cuando llegues a Madrid, chulona mía / voy*

a hacerte emperatriz de Lavapiés / y alfombrarte con claveles la Gran Vía, / y a bañarte con vinillo de Jerez / En Chicote, un agasajo postinero / con la crema de la intelectualidad / y la gracia de un piropo retrechero / más —castizo que la calle de Alcalá.

—La he oído alguna vez —contestó Fernando.

—La Gran Vía es una de las arterias más conocidas de la ciudad. Se hizo en tres fases desde el año 1860 hasta el 1910 en que se inauguró. Es una avenida quebrada, ya que son tres calles diferentes unidas en una sola, pero da una visión cosmopolita monumental de un Madrid moderno. En ella están múltiples cines, teatros, comercios y, últimamente, hoteles. Han inaugurado muchos aprovechando la monumentalidad existente. Para su diseño definitivo hubo que expropiar muchos edificios y urbanizar las calles colaterales.

La voz del taxista era potente, tenía ritmo y sabía cantar un chotis. A Fernando esto le divirtió y le hizo ameno el paseo. «Un tipo simpático», pensaba mientras el taxi recorría zigzagueando entre el tráfico.

—Veo que canta bien. Me gusta —se atrevió a comentar Fernando que estaba disfrutando del viaje—. En Nueva York suelo ir a la ópera, el Metropolitan Opera House, en el Lincoln Center. Es uno de los auditorios más grandes del mundo —señaló con un punto de orgullo.

—No deje de visitar Chicote para tomar una copa. Es una de las mejores coctelerías de la ciudad. En otros tiempos iban allí celebridades como Rainiero de Mónaco, la princesa Soraya, Hemingway, Ortega y Gasset, Sofía Loren, Gregory Peck, Frank Sinatra, Ava Gardner y muchos más, cuyos nombres no recuerdo. Por allí pasaba la intelectualidad internacional y la movida madrileña. Un lugar con mucho tipismo y encanto que no puede dejar de visitar —el conductor estaba encantado de informar a su viajero. No lo hacía por la propina, sino por el orgullo de su ciudad. Esto se transmitía desde la distancia.

—Me están sirviendo mucho sus explicaciones. Deme su teléfono por si le necesito —no quería perder la oportunidad de tenerle a mano para sus investigaciones, pues, aunque no sabía por dónde empezar, le sería muy útil tener a una persona que conocía Madrid y, sobre todo, que la amaba. Su ayuda sería imprescindible.

Con la conversación, el trayecto se había hecho corto. Casi sin darse cuenta ya estaba parado enfrente del hotel y el taxista bajando las maletas. Fernando agarraba con fuerza una pequeña cartera donde llevaba la documentación del viaje y la historia de la familia. En unos segundos un botones se acercaba para recoger el equipaje. Entre tanto, el taxista deslizaba una tarjeta con sus datos.

—Aquí tiene mis datos por si me necesita —dijo rápidamente recogiendo el dinero que le daba Fernando.

—Quédese con la vuelta.

—Muchas gracias. Encantado de haberle sido útil.

—Una pregunta antes de que se vaya. En su canción decía un piropo retrechero. ¿Qué significa? Es la primera vez que oigo este término —dijo Fernando con un punto de curiosidad

—Un piropo retrechero es un piropo atractivo. Algo que se dice para agradar a una mujer generalmente. También se puede entender como pícaro.

Mientras el taxista se alejaba, Fernando miraba la imponente fachada del hotel. Era de una majestuosa arquitectura de los años 1900. Un lugar que, estaba seguro, iba a ser de su agrado. Ya se lo dijo el chófer cuando le conducía por las calles de Madrid y sorteaba con habilidad los coches.

En la recepción lo primero que vio fue a una señorita muy amable que le daba la bienvenida y le pedía muy cortésmente su documentación.

—¿Es la primera vez que se aloja en nuestro hotel?

—En este sí. En la cadena NH he estado varias veces.

No acababa de terminar la frase cuando la señorita decía:

—Sí, en efecto, aquí está su nombre—. Se alojó el año pasado en un NH de Nueva York.

Fernando ya casi no recordaba cuando, en plena separación de su mujer, invitó a Alice a pasar un fin de semana en uno de los hoteles de Manhattan. Querían descansar sin las obligaciones del día a día y sentirse totalmente liberados como si fueran unos novios primerizos. «La experiencia fue bonita», pensaba mientras escuchaba las recomendaciones de la recepcionista sobre horarios y demás aspectos del hotel.

El botones le acompañó a la habitación dándole toda suerte de explicaciones sobre la bondad del hotel, su ubicación y cercanía con el centro de la capital. «De aquí al kilómetro cero no habrá más de diez minutos caminando». Ya en el cuarto dedicó un tiempo para explicarle el teléfono, la nevera y la caja de caudales que estaba en el armario. Cuando se quedó solo se echó en la cama para descansar, no sin antes poner la TV para ver algunas noticias. Con el sonido se quedó dormido y cuando se despertó ya eran más de las dos de la tarde. Bajó a la cafetería para tomar algo. Después, subió para pensar en sus próximos pasos. Era muy pronto y tenía toda la tarde por delante. Apuntó en una cuartilla palacio de Anglona. Allí es donde el rico hacendado Alonso de Alvarado y su amigo Alejandro de Tazones enterraron un documento que daba información sobre el lugar donde enterraron el tesoro en el norte de España.

Se puso ropa cómoda, era una tarde primaveral bien entrada con una brisa especial que animaba al paseo. Con un plano en la mano,

típico turista, se encaminó hacia la plaza de Callao y por la calle Preciados llegó en unos minutos a la Puerta del Sol. Aquí comprobó lo que le había dicho el botones sobre el kilómetro cero y después se dirigió hacia la plaza Mayor. Llevaba una guía donde había leído que anteriormente, en la Edad Media, se llamaba plaza del Arrabal, ya que estaba fuera de las murallas árabe y cristiana, ubicada en la zona de extramuros de la incipiente villa que comenzaba a desarrollarse. Era una representación inconfundible del Madrid de los Austrias con la estatua ecuestre de Felipe III, aunque el primer rey que hizo una reforma importante fue Felipe II y el último, Carlos II. Esta plaza era donde se congregaba el mercado. En la lonja y casas porticadas se vendían productos artesanos, agrícolas, vino y aceite principalmente. También se hacían operaciones y transacciones comerciales. El suelo empedrado era de una belleza que le llamó la atención, ya que en su país no se veía. «Un poco incómodo para pasear, pero bonito», pensaba mientras cruzaba la plaza.

Por el arco de Cuchilleros y siguiendo la parte superior de la Cava Baja llegó a la plaza de la Paja y bajando por la calle de Segovia hasta la costanilla de San Andrés entró en su objetivo: el palacio de Anglona y su jardín. Se sentó unos minutos en la pérgola. El diseño tenía algo que ver con la Ilustración pues, aunque era anterior, sin embargo, remodelaciones posteriores le dieron ese acento de influencia de Versalles. En el centro, una fuente, el lugar donde enterraron el mapa. Sus bisabuelos por línea materna y paterna lo sabían. Allí se fraguó una etapa que se transmitió a sus padres a través de los diarios. Recordaba haber oído a su padre antes de que fallecieran el nombre de este jardín y lo que escondía. Su madre años más tarde corroboró la misma información. Imaginaba que ambos se habían sentado en ese banco donde él estaba ahora. Le rodeaba un entorno sereno, quieto, lánguido. El mismo que hace muchos años envolvió a sus padres. Había pasado el tiempo, pasaron muchas vivencias históricas, pero el escenario era el mismo: sosiego, calma, placidez. Todos estos términos describían perfectamente lo que Fernando ahora sentía y lo que sus padres sintieron en el ayer. Estaba disfrutando del momento, de ese instante que queda atrapado en el hueco de la mano y que, si se abre, se deja escapar. Necesitaba cerrar con fuerza esa mano, intentando que todo se parara y que el recuerdo de sus padres perdurara en ese regreso del pasado.

Abrió la guía que llevaba a mano. En ella decía: «El jardín fue rehabilitado a principios del siglo XIX, en 1802, aunque en el siglo anterior, 1761, también hubo obras para dar un característico toque de jardín hispano-árabe». Al llegar a este punto pensó: «Ya me había parecido a mí que tenía influencia árabe». Siguió con la lectura.

En el siglo XIX fue Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Alfonso-

Pimentel, nuevo príncipe de Anglona y marqués de Jabalquinto, quien lo habitó además del conde de Benavente. Más tarde, ya en el siglo XX, fue abandonado y olvidado a los estragos del tiempo. Y, ahora, sentado en una tarde desmayada de una bella primavera sentía el efluvio de la historia, se estaba empapando de los hitos históricos de sus antepasados y estaba comprendiendo todo el devenir y también los eslabones de su familia.

Su pensamiento revoloteaba por callejones angostos, estrechos y plazuelas olvidadas, donde las espadas hablaban y donde las mozas al socaire de la noche se entregaban a los soldados, que prestos a tomar cualquier cosa que se pusiera por delante, no dejaban doncella virgen ni joven abandonada de amor. Eran tiempos bizarros, donde la pasión entre escaramuza y contienda ponía a prueba la valentía en las armas y en el cariño a las buenas hembras. Los altercados, las grescas, las reyertas estaban a la orden y no había noche o día que, en una esquina de una plaza nocturna, al tenue reflejo de la luz de un farol, una trifulca no terminase con sangre y con la presencia de alguaciles. Esa era la vida de aquel Madrid que vivieron sus antepasados. El ardor corría por las venas de sus habitantes, aunque las circunstancias del pueblo podían ser en algún caso heteróclitas.

Fernando dejaba vagar sus reflexiones entre los parterres y pérgolas que en pequeña escala daban al ambiente un aire de jardín versallesco de porte bucólico. Los caminos se entrecruzaban en un entorno cálido al tiempo que el misterio se escondía en cada seto, en cada rincón, con una suave fragancia de exquisito sabor legendario. La quimera le envolvía y él se dejaba llevar por su influencia. Quería empaparse de esta sólida experiencia romántica, en la que sus padres marcaron una etapa difícil, pero al mismo tiempo deliciosa. Así transcurrió un tiempo, hechicero, donde la introspección revoloteaba a su alrededor. Hubiera seguido de esta manera de no ser por una pareja que vino a sentarse junto a él. Se interrumpieron de golpe sus cavilaciones y vino la realidad a tomar cuerpo de naturaleza en su persona. No tuvo más remedio que levantarse. El efluvio evanescente que le rodeaba había desaparecido, pero antes de huir dejó su huella.

Siguió caminando por las calles aledañas, recorriendo las plazas y esquinas donde anidaba el incógnito de sus antepasados, de su historia vivencial. Poco a poco se iba imbuyendo de este magma de ensueño; sin lugar de dudas, el Fernando que entró en este escenario era muy distinto del que salió. Lentamente, su recorrido se centró en la plaza de la Paja, plaza de los Carros, plaza de san Andrés y plaza del Humilladero. Esta última llamada así, leía en la guía, porque según unos cronistas era el lugar donde se humillaba a los condenados como castigo a sus delitos, aunque otros explican su nombre con un carácter religioso. Esta plaza era un lugar devoto, en las afueras de la ciudad,

en un cruce de caminos, donde había una cruz que indicaba que se salía o entraba en un asentamiento cristiano. Los antiguos doblaban la rodilla o inclinaban la cabeza en señal de respeto. Su primer nombre fue Humilladero de san Francisco, ya que fue creado por san Francisco de Asís. Una de las características típicas de esta calle fue ser una de las últimas en las que desaparecieron los raíles del tranvía, el número 24 que iba desde la plaza de la Cebada hasta Carabanchel. Terminaba la nota de la guía con la información de que en esta calle se rodó la película de la postguerra de *Las bicicletas son para el verano* de Jaime Chávarri.

Caminando por la Cava Baja, pasó por delante de casa Lucio y de la Posada del León, donde tomó una cerveza y pudo contemplar parte de la muralla cristiana. Lentamente, sin prisa, llegó a la plaza de Puerta Cerrada, una de las entradas del Madrid antiguo. De aquí, dejando a su derecha el restaurante más antiguo del mundo, casa Botín, eso decía la guía, subió por el arco de Cuchilleros accediendo a la plaza Mayor. Había dado la vuelta completa siguiendo el trayecto que le marcaba el plano de la guía. Un paseo donde se comunicó con sus antepasados y más concretamente con sus padres. Eran las mismas piedras que pisaron, los mismos caminos que recorrieron y los idénticos influjos que recibieron. Estaba seguro de que lo que sentía ahora lo habían sentido sus padres cincuenta años atrás. Heráclito decía que nadie se baña en un río con la misma agua, pero Fernando pensaba que se podía imbuir y sentir la historia de igual manera.

En la plaza Mayor tomó otra cerveza y una ración de pulpo. Lo recomendaba la guía; estaba dispuesto a seguir a pie juntillas sus indicaciones. Era un turista, presumía de ello y no quería disimularlo. Cuando ya la tarde desfallecía en un lánguido atardecer decidió retirarse al hotel. Había sido un día duro. Necesitaba descansar algo. «Mañana llamaré al taxista, a ver qué me ofrece», fueron sus últimos pensamientos antes de quedarse dormido.

— 12 —

Habían pasado unos minutos y Alice empezó lentamente a abrir los ojos. Lo primero que se encontró fue la sombra de un hombre que la miraba fijamente y le preguntaba:

—¿Se encuentra bien?

—No sé lo que me ha pasado. Iba caminando por este pasillo hacia la parte trasera de la casa y unos brazos me agarraron; una mano me tapó la nariz y me desmayé —contestó con voz entrecortada.

—Cuando entré y la vi en el suelo, no había nadie más. ¿Cómo está?

—Me duele la cabeza, como si me hubiera pasado un camión por encima.

—Esté tranquila. No se reincorpore —William trataba de ganar tiempo para ver qué se le ocurría en esas circunstancias.

—Parece que se me va pasando —decía Alice, ya más tranquila.

—Vamos a la cafetería a que tome un agua mineral. La vendrá bien —su intención era congraciarse con ella y sonsacar la mayor parte de la información de acuerdo a las notas que había dejado Carlos.

Salieron de la casa. Alice iba tambaleándose ligeramente y apoyándose ligeramente en el brazo de William. Cruzaron la calle y entraron en el bar. Se sentaron en una mesa del rincón. «Allí estarían seguros de oídos curiosos», pensaba William, mientras acercaba una silla a la mesa y pedía en el mostrador dos botellas de agua mineral.

—Cuénteme lo que pasó —dijo William de una manera un tanto perentoria.

—Algo extraño —comenzó ella—, iba paseando y vi que estaba la puerta abierta. Este lugar lo conozco pues vivo cerca —aclaró—; sentí curiosidad y entré.

—¿Qué más?

—Accedí a la casa. Subí las escaleras con cuidado, pues están destrozadas, y en una de las habitaciones encontré el cuerpo de un hombre que estaba desmayado. Le dije que iba a por un vaso de agua, vine aquí, regresé en dos minutos, y ya no estaba.

—¿Dijo algo?

—Le pregunté y solo me dijo que era muy largo de explicar.

—¿Eso es todo? —William estaba impaciente.

—Sí. No tuve tiempo de nada. Eché acorrer. Mi primera idea era ayudarle y pensaba que un vaso de agua le iba a venir muy bien.

—Hizo usted lo correcto —William solía perfilar mucho sus

respuestas.

—Deduje que había salido por la puerta trasera, ya que por la delantera le hubiera visto. Me acerqué a esa puerta, cuando alguien me atacó por detrás.

William al llegar a la altura de esta explicación bebió un amplio trago de agua, tratando de ver cómo salía de la situación.

—¿Sería esa persona que vio desmayada la que le atacó?

—Es posible, pero no le vi.

—Quizás se escondió en una de las habitaciones y, cuando la vio a usted dirigirse a la parte posterior de la casa, la abordó.

—Es una posibilidad —señaló Alice dubitativamente.

—¿Qué razones podía tener para asaltarla de esta manera?

—No tengo ni idea. Solo se me ocurre que fuera un ladrón y que alguien le atacó también.

—Es una idea —recalcó William a quien la respuesta le dejó casi convencido.

—¿Usted cree que es el mismo que me dio el golpe a mí? —tenía ganas de encontrar una explicación convincente.

—No cabe otra interpretación. No había nadie más en la casa. Es un lugar que se presta a que duerman vagabundos y otros tipos relacionados con la droga; uno de ellos podía ser.

—Creo que me iré a casa para descansar —dijo Alice levantándose de la silla.

—La acompañaré —William no quería dejarla escapar y sobre todo quería saber dónde vivía.

Salieron del bar y caminaron lentamente unas manzanas. Cuando llegaron a la casa, Alice rompió el silencio con el que habían caminado desde la cafetería.

—Este es mi domicilio. Aquí me quedo.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que me quede un rato? —hacía todo lo posible por conocer más datos de la vida de ella. Se acordaba de lo que ponía la nota de Carlos y no quería que escapase.

—Estoy perfectamente. Dormiré un rato y me encontraré perfectamente. No sé si después iré a la policía para la denuncia —terminó su explicación.

—No merece la pena. La van a complicar y no van a llegar a nada concreto. Ha sido un vagabundo que no volverá por ese lugar.

William no quería por nada del mundo que el tema saliera de ambos. Pensaba que tenía que haber una explicación que no quería desempolvar y necesitaba a la policía lo más lejos posible. «Esperaría a que ella entrara en su casa para volver a este sitio e investigar si había algún dato más» —así eran sus pensamientos mientras la veía subir las escaleras de su casa.

Cuando la vio llegar a la puerta de entrada le dijo desde la calle:

—Cuídese y descanse. La llamaré más tarde para ver cómo se encuentra.

Alice pensaba que William no sabía su teléfono ni el nombre por lo que no se hacía una idea de cómo iba a llamar. Solo conocía la casa.

Nada más entrar en su domicilio, abrió el bolso donde había escondido la cartera de la persona que se encontró en el piso superior. Estaba junto al camastro. Se le debió de caer en la pelea. Tuvo esa idea genial antes de ir por el agua mineral. La curiosidad por saber de qué persona se trataba, la que encontró, pronto quedo despejada.

William esperó a que cerrara la puerta y se dirigió de nuevo a la casa. Quería investigar despacio. Se adentró con cierta prudencia y subió con cuidado las escaleras. Entró en todas las habitaciones. El espectáculo era deprimente, pero no se asustó, ya que sabía lo que se iba a encontrar. Trataba de conocer si había alguna aclaración a lo que Alice le contó de que había una persona en el piso superior. Quería saber quién podía ser, pues la idea que expuso de que podía ser un vagabundo no se tenía en pie. Debía de ser una persona que había entrado por alguna razón y la quería conocer. En la habitación que le dijo Alice encontró junto al camastro un papel en el que estaba escrita la dirección y una nota que rezaba así: «Cita con C.». Esta C tenía que por fuerza ser un nombre y el primero que le vino a la cabeza fue el de Carlos. Había también una fecha, la del día anterior de la detención a las ocho de la tarde. Es decir que, si a Carlos le detuvieron al día siguiente en el hotel, se había visto la víspera con esta persona que estaba en el camastro y que atendió Alice. No cabía otra explicación. ¿Qué razones tan poderosas tenía Carlos para esta cita y en un lugar tan extraño? No podía saber las causas y lo único que se le ocurrió es tratar de ver a Carlos en la comisaría. Una visita sí que le dejarían; tenía derecho a su abogado y a que alguien le visitase. En esa cita trataría de aclarar algo más.

Se dirigió al lugar donde pensaba que estaba detenido y preguntó por él. Tomaron nota de sus datos y le pasaron a una habitación desde donde podía hablar con el detenido sin miedo a ser escuchado. La legislación prohibía cualquier interferencia, por lo que estaba tranquilo de tener la necesaria intimidad. Aunque Carlos no fue lo bastante explícito que William deseaba, sin embargo, se alegró de verle y le comentó, sin profundizar, que alguien le estaba haciendo chantaje. La conversación no podía durar más que unos minutos, los suficientes para que William se hiciera una idea de lo que estaba pasando.

Cuando salió, tenía algo más claro lo que había pasado. Alguien que vio a Carlos en Boston salir de la casa y limpiarse las manos de sangre, el periódico daba buena cuenta de estos detalles, le había seguido hasta el hotel de Nueva York. Allí le abordó por teléfono y le

citó en esa casa a esa hora. Carlos acudió un rato antes y tuvo una discusión que acabó en un golpe al chantajista que se desmayó. Asustado, una vez más, desapareció de la escena. Fue al hotel y al día siguiente a primera hora de la mañana le detuvieron. Esa era la única explicación lógica del asunto.

— 13 —

Fernando nada más despertarse llamó a recepción para que le subieran el desayuno a la habitación. Quería una cierta intimidad y no tenía intención de encontrarse con nadie. Después de desayunar, llamó al taxista.

—¿Me recuerda? —fueron sus primeras palabras.

—Por supuesto, cómo se me va a olvidar una persona tan amable como usted.

—Muchas gracias. Necesitaría que me dedicara algún tiempo en el día de hoy —solicitó con cierto reparo temiendo una respuesta negativa.

—Perfectamente. Estoy a su disposición. ¿A qué hora quiere que le recoja?

—Estoy terminando el desayuno —contestó sin dilación—. ¿Le parece a las diez?

—Una hora perfecta para salir por Madrid.

—Estaré en el *lobby* a esa hora —Fernando estaba contento con la respuesta.

—Hasta entonces.

Fernando terminó el desayuno y se vistió. Tomó de su cartera de documentos la dirección del primo de su madre. No sabía si vivía y de hacerlo tendría unos noventa años. La última vez que supo de él fue una postal que por Navidad le envió a su madre. Sus padres se fueron sin contar la historia completa y esperaba que el primo se la completara. Recordaba como en nebulosa que su madre regresó a Madrid hacía muchos años para la venta de los pisos en los que su primo Luis participó. Sin su ayuda nunca hubiera sido posible. Los libros se trasladaron poco tiempo después a su casa en Manhattan. Al cabo de un tiempo les visitó en Brooklyn. Fernando estaba empezando la universidad. Se quedó unas dos semanas haciendo turismo y recordando los aspectos históricos de la familia. Regresó a España y solo alguna carta aislada y la postal de Navidad daba señales de su vida.

Enredado en estos pensamientos no se dio cuenta de que el taxista entraba por la puerta principal del hotel. En cuanto le vio se acercó a saludarle y ponerse a su disposición.

—¿Qué tal se está haciendo a la ciudad? —le preguntó como saludo.

—Francamente, muy bien. Estoy como si fuera mi segunda

vivienda.

—Madrid es muy acogedor. Todos los que vienen a visitarla se encuentran como si fuera su casa.

—Tengo una dirección a la que me gustaría que me llevase —contestó Fernando ante el comentario.

—Le llevo donde usted quiera —el taxista era muy solícito.

—Antes de nada, dígame cómo se llama —Fernando quería poner un punto de amistad.

—Mi nombre es Adolfo, aunque todo el mundo me llama Fito.

—Pues vamos para allá. No hagamos esperar a la ciudad que nos recibe con los brazos abiertos.

—El conductor se apresuró a abrirle la puerta.

Cuando se hubo arrellanado en el asiento, sacó un papel del bolsillo y leyó: Luis García, calle Martínez Campos —lléveme a esta dirección—, el número está borrado, pero tengo una foto que me envió en la puerta de su casa con mi madre cuando ella le visitó para la venta de unos pisos. Cuando estemos en la calle aparca y vamos recorriéndola a pie. No creo que tengamos mucha dificultad —comentó una vez que estaba cerca del Museo Sorolla.

—No tendremos dificultad. Es una calle corta —la certidumbre con que hablaba Adolfo era una tranquilidad para Fernando.

—Nos vendrá bien un paseo —Fernando tenía ganas de estirar las piernas.

Se bajaron del taxi y fueron andando con la foto en la mano. Al llegar a un portal que parecía el de la foto, Fernando se paró y dijo:

—Aquí es. No hay duda —afirmaba al tiempo que con su vista iba de la foto al portal—. Subiré yo. Si le parece me espera en esa cafetería. No sé el tiempo que tardaré, pero aquí estará cómodo.

El conserje le preguntó amablemente que a dónde iba y Fernando le preguntó por el piso donde vivía Luis García.

—Es en el segundo B —contestó sin inmutarse.

Este hecho hizo que Fernando se tranquilizara sobre el estado de salud de Luis, ya que de haber algún problema se lo hubiera indicado. No obstante, quiso asegurarse y le preguntó:

—¿Cómo se encuentra? Hace años que no le veo. Es un primo de mi madre y yo vivo en Nueva York, he venido a verle.

—Está bien de salud. Un poco mayor. Se ayuda con un bastón, pero se mueve aceptablemente bien y pasea por el barrio —el conserje estaba orgulloso de entablar conversación con una persona tan importante, según se imaginaba, pues había venido de tan lejos—. Quizás le encuentre un poco sordo, pero es lo mínimo que le pasa —aclaró atentamente, mientras se liaba un cigarrillo.

«En mi país no se fuma tanto y menos en el trabajo», pensaba Fernando al tiempo que entraba en el ascensor.

La puerta de madera era de un porte elegante. Se veía que la casa era de las antiguas con techos altos y estructuras sólidas. Llamó al timbre y una señora, que debía ser la que le ayudaba, le abrió la puerta.

—¿Qué desea? —le preguntó con la mejor de sus sonrisas.

—Quiero ver a don Luis… Vamos, si es posible —añadió con cierta precaución.

—No hay inconveniente. ¿A quién tengo el gusto de anunciar?

—Dígale que soy Fernando, el hijo de su prima de Nueva York. Me conoció hace muchos años cuando empezaba la universidad.

—Está bien. Se alegrará de verle.

La señora se ausentó unos instantes y al poco vino, de nuevo, con la mayor de sus sonrisas.

—Puede pasar. Sígame, se encuentra en el salón.

Fernando avanzó por un pasillo con poca luz, iluminado al final por una lámpara tenue, de suave luminosidad, que emitía un resplandor sobre las paredes despintadas, propias de una casa que ha perdido la vitalidad de otros tiempos. Al entrar en el salón, lo primero que vio al fondo fue un sillón donde había una persona sentada, cubierta con un batín a cuadros y bajo una lámpara que le alumbraba, embebido en la lectura de un libro que se le cayó al suelo al hacer el movimiento de levantarse para saludar a la visita. La penumbra bajo la que se movía la figura presentaba un entorno a caballo entre lo tétrico y lo fúnebre. No era un escenario alegre con el que se movía su primo, de figura enjuta que hacía juego con la sombra que se proyectaba sobre la pared. Nada más verle, a Fernando, se le antojó que tendría unos noventa años, aunque se movía con cierta agilidad, remedo de sus años de juventud en los que se dedicaba al deporte. Un comisario de policía bien conformado, de anchas espaldas y cara surcada de arrugas no muy marcadas. El pelo blanco y una suave barba del mismo color le daba un aspecto serio, de hombre de recios valores y certidumbres enérgicas. Era la imagen de la persona que fue y que ahora solo le quedaban algunos trozos de sueños rotos.

—Me alegro de verte. Ya pensaba que me iba a ir de este mundo sin volver a contemplar en tu persona los rasgos de mi familia emigrante.

—Tenía mucho interés en venir. La distancia siempre es un obstáculo para este objetivo.

—Tomas posesión de tu casa —dijo con la voz más amable que podía.

—Mi madre siempre me repetía que debía venir a verte, pero un año con otro lo vas dejando. Tengo que decirte que hace unos días falleció y es por lo que he decidido venir a recorrer su historia. La historia de mis padres —dijo con un profundo suspiro.

Luis se quedó pensativo. Sabía que su prima estaba en una

residencia y que no estaba bien de salud, pero saber que había fallecido fue un golpe impensado.

—Lo siento mucho, dijo con voz temblorosa. Era el último eslabón que me quedaba. No tenía más familia. Aún recuerdo cuando fui a Brooklyn a verlos. Tú estabas comenzando la universidad. Fueron dos semanas maravillosas las que pasé en tu casa —acompañó su lamento con un ligero sollozo.

—Lo recuerdo perfectamente —se atrevió a decir, con ánimo de no interrumpir el dolor de sus palabras.

—Me enseñaron toda la ciudad, paseamos por Central Park y por la Quinta Avenida —Luis no quería soltarse de sus recuerdos y se atenazaba a ellos—, la zona cero y el barco que nos llevó a Brooklyn. Allí me llevaron al River Café. Solo tomamos unas cervezas. Era muy caro —terminaron sus recuerdos.

—Yo me acuerdo cuando regresaba de mis clases de medicina y tomábamos una cerveza a la caída de la tarde, comentando todo lo que habías conocido y tus impresiones sobre una ciudad totalmente diferente a la que vivías —Fernando se sumó a los recuerdos.

—Bueno, dime, te apetece tomar un café. Celebraremos la bonita sorpresa que me has dado, aunque el dolor haya acompañado tu visita.

—Gracias, Luis. Tomaré un café. Ya sabes que nosotros no tenemos en Estados Unidos café. Lo nuestro es *coffee* —contestó con un cierto aire de sorna.

—Nunca me acostumbré. Siempre tomaba el que hacía tu madre —corroboró mientras llamaba a la mujer que le cuidaba y le ordenaba que preparara dos cafés—; el mío sin cafeína, ya sabes —le dijo y mirando a Fernando añadió—, el médico me lo tiene prohibido.

—Bueno y ¿qué te parece esta ciudad? —preguntó de sopetón.

—Llevo solo dos días, pero me atrae mucho. Hay rincones encantadores. Ayer pasé por el centro de Madrid y visité el jardín de Anglona.

Al llegar a este punto fue interrumpido bruscamente por Luis, a quien los recuerdos se le agolpaban en el cerebro tratando de salir.

—Lo recuerdo muy bien. Tus padres me llamaron en un momento en que se sentían perseguidos para que investigara quiénes eran y lo que querían. Fue una historia interesante que dio pie, después de un tiempo, a publicar la novela en tu país y con mucho éxito, según me dijeron.

—La verdad es que se hicieron varias ediciones y mi padre, a partir de este momento, fue reconocido como escritor. Estuvo varios años dando conferencias en diferentes foros y universidades. Gracias a esto pudimos subsistir y pude ir a la universidad. Ya sabes que allí es muy cara.

—Todo esto me lo contaron en mi visita. Antes había estado tu madre aquí, ya que se vendieron los dos pisos que tenían, el de ella y el de tu padre. Yo preparé los papeles en la notaría y ella solo vino a firmar y estar unos días. Supongo que la biblioteca con los libros que os envié la tienes a buen recaudo.

—Está en mi piso de Manhattan —Fernando obvió comentar el tiempo que estuvo separado de su mujer, no era un tema para comentar en ese momento.

—Era una gran librería, con obras de mucho valor. Supongo que guardarás los diarios.

—Sí. Son de un gran valor y no solo por el económico, sino, también, por el sentimental.

Al llegar a este punto, Fernando abrió la cartera de la que nunca se desprendía y se los enseñó —este tercer diario no lo conoces.

—En efecto, estos son —se atrevió a decir—. Viví aquella época en primera persona, les aconsejaba en todo y cuando decidieron salir de manera tan rápida me ocupé de dejar ordenadas sus cosas. Déjame ver este que me dices que no conozco.

—Es un diario del siglo XVIII que apareció en una librería de París y que una partisana de la resistencia francesa se lo llevó a Boston, cuando su marido murió en una celada en Oradour. Parece que lo encontró tirado en un rincón. Investigaciones posteriores me aclararon que el diario se quedó olvidado por el bisabuelo en un tranvía. No sé exactamente si de mi padre o de mi madre, aunque creo que era el de mi madre.

—Esta historia no la conocía —dijo Luis arqueando las cejas.

—Unos días antes de que falleciera mi madre, una persona que vivía en Boston y era hijo de esta pareja de la resistencia francesa me lo entregó. Parece que me encontraron a partir de la novela que mi padre escribió. Se lo entregué a mi madre sin siquiera leerlo. Cuando ella murió, estaba en la maleta con sus cosas —al llegar a este punto, Fernando tuvo que esconder una lágrima que se escapaba.

Luis, al darse cuenta, miró a otro lado. Se levantó y fue a la librería para enseñarle unas fotos que conservaba de sus padres.

—Tenía la esperanza de dártelas algún día en persona y este día ha llegado. Es hoy.

Las fotos eran distintas épocas de la vida de sus padres en Madrid, de la relación con su primo y de la visita que últimamente hizo Isabel para vender los pisos. En una de ellas aparecían sus padres con un joven que Luis no sabía quién era. La foto estaba hecha en el portal de una casa.

—¿Quién podía ser? —se preguntaba Fernando en voz alta.

—No tengo ni idea. Por aquella época tu padre iba mucho a la editorial y se llevaba muy bien con el hijo de Damián —comentó Luis

buscando una explicación a aquella foto—. No se me ocurre pensar que no sea otro que Carlos. No tenía más hijos.

—Eso, ya me acuerdo. Este era su nombre —afirmó Luis con vehemencia no exenta de aplomo.

«Qué cosas tiene la vida», pensaba Fernando mientras apuraba su taza de café. «Y ahora estaba detenido acusado de asesinato». Para no preocupar a Luis, trató de olvidar y soslayar este aspecto, ya que no iba a ser positivo ni agradable. Nada más lejos de su idea que hacer una vista desagradable. Solo quería impregnarla de recuerdos. Nada más.

—Parece que tenía cierta familiaridad con mis padres.

—Hubo una época que venía frecuentemente a su casa—añadió Luis, que sí conocía la relación del director de la editorial, Damián, con sus primos.

Hubo un silencio. Estaban abismados en sus pensamientos, en sus recuerdos. Al cabo de unos segundos, Fernando rompió el mutismo:

—Creo que me voy a ir. Estaré algunos días por aquí y te visitaré de nuevo. Tengo un taxista que me acompaña por Madrid y está esperando en la cafetería de abajo.

—Podías haberle dicho que subiera.

—Quería que el encuentro fuera íntimo —contestó Fernando haciendo un amago para levantarse.

—Vuelve cuando quieras. Siento no acompañarte a dar un paseo. Mis piernas no me lo permiten. A lo sumo doy una vuelta alrededor de la manzana, pero nada más.

—Así lo haré. Quiero recorrer los ambientes por los que transitaron mis padres. Ayer, cómo te dije, estuve en el Madrid histórico, plaza de la Paja, Puerta Cerrada y demás. Quiero ir también a un lugar, Ojo Guareña, en el norte de España donde está enterrado el tesoro. Pasaré también por Espinosa de los Monteros. En fin, quiero recorrer sus pasos.

—Estás en busca de tu historia por lo que veo —señaló Luis con buen juicio.

—Algo así. Me siento mucho mejor con ello. Ese es mi objetivo en este viaje —concluyó Fernando.

—Pues no dejes de hacerlo. Espero tu visita. Ya sabes que he disfrutado mucho con los recuerdos.

Fernando se despidió prometiendo volver lo antes posible. Adolfo le esperaba en la cafetería en la que habían quedado.

Era una mañana muy amable. La primavera estaba vistiendo con sus mejores galas los árboles de la calle. La gente ya estaba empezando a ir con ropa más fresca. Habían dejado los abrigos en el fondo de los armarios.

—Madrid tiene mucho arbolado —comentó al taxista nada más

verle.

—Estuve con mi primo. Está ya mayor, pero con una memoria envidiable. Estaba encantado con que haya ido a verle. Regresaré en los próximos días. Ahora vamos a almorzar. Lléveme a un buen lugar.

—Podemos ir a Casa Botín, ¿le parece? Es un lugar muy antiguo y el cochinillo que hacen es de lo mejor que se puede encontrar.

—Pues vamos allá. No le hagamos esperar.

— 14 —

Cuando salió William de comisaría, ya tenía una idea bien formada de lo que había ocurrido. Ahora tenía por delante descubrir quién era el chantajista y saber qué era lo que se traía entre manos. Debió ser algo muy importante cuando hizo que Carlos se desplazara a ese lugar a las ocho de la tarde. Lo que no sabía era que Alice se había apoderado de la cartera de ese hombre antes de que William la atacara por detrás. No tenía otro eslabón para desenrollar el ovillo, así que se le ocurrió ponerse en contacto con Alice. En la guía telefónica estaba su teléfono. Era un buen momento para llamarla.

—¿Alice?

—Sí. ¿Quién llama?

—Soy William. ¿Me recuerda?

—Sí. Perfectamente.

—¿Cómo se encuentra?

—Ya muy bien. Enseguida se me pasó el dolor de cabeza. En cuanto dormí unas horas.

—Me gustaría verla… Tengo algunas dudas de lo que me comentó del hombre que estaba en esa casa —no sabía qué decir para justificar su llamada.

—¿A qué se refiere concretamente?

—Pues…, es que me parece extraño este sujeto y querría comentar con usted algunos… aspectos —buscaba la palabra correcta para no caer en contradicciones.

—Podemos tomar un café si lo desea. ¿Le parece el bar donde tomamos el agua el otro día?

—Es un lugar perfecto. ¿A qué hora? —William no quería dar la impresión de tener prisa.

—¿Puede ser en un par de horas?

—Por mí, perfecto. Allí estaré.

—Si llego un poco más tarde me espera. Tengo una reunión en media hora y no sé si llegaré puntual.

—No se preocupe. La espero. Hasta luego.

William colgó el teléfono contento de haber podido tener la cita sin más obstáculos. Parecía que ella estaba entregada.

Alice, por el contrario, no las tenía todas consigo. Le extrañó tanta celeridad en llamarla. Suponía que lo iba a hacer, pero no tan rápido. En su bolsillo estaba la cartera que había encontrado en el suelo. La abrió. La documentación decía que esta persona vivía en Boston.

Encontró también una tarjeta de embarque del vuelo Boston-Nueva York de hacía unos días. Por lo tanto, según sus cálculos, debió venir a esta ciudad en el mismo vuelo que Carlos. Debía estar siguiéndole. Algo extraño que no se explicaba, por lo que debía seguir este eslabón.

Era una hora temprana para llamar a Fernando. «Seguro que lo encontraré durmiendo, pero es necesario llamarle antes de salir para mi entrevista».

—Buenos días, Fernando, ¿te desperté?

—No. Estaba bailando, ¿tú qué crees? —una respuesta a caballo entre la sorna y la contrariedad.

—Veo que sigues con la ironía de siempre. Lo siento, pero tenía que hablar contigo antes de salir para una entrevista —contestó Alice ligeramente dolorida por haberle despertado tan temprano.

—No te preocupes. ¿Dime qué quieres?

Alice le contó con pelos y señales la visita a la casa, el descubrimiento de una persona en el piso superior y la ayuda que le ofreció alguien que entró en ese momento. A Fernando nada de esto le parecía normal, en particular la persona que decía Alice que la había ayudado y después acompañado a tomar un vaso de agua.

—¿Cómo dices que se llama esta persona? —su pregunta indicaba cierta inquietud.

—No te lo dije. Su nombre es William.

Al oír esto Fernando dio un salto en la cama.

—Pero ¿qué me dices? ¿He escuchado bien? —se puso muy nervioso.

—Sí, eso me dijo —contestó extrañada por la reacción de Fernando.

—Descríbemelo, a ver si es el mismo que sospecho —su voz era taxativa, determinante.

Alice lo describió pormenorizadamente, haciendo hincapié en su especial sonrisa y en su modo particular de mover las manos. Esto fue definitivo para Fernando, que no dudó un segundo en afirmar que sabía quién era.

—Sé quién es.

—¿Que sabes quién es? —preguntó una atónita Alice desde el otro lado del teléfono.

—Estuve con él hace unos días en París. ¿Recuerdas que te dije que conocí en la librería Shakespeare a un tipo que tenía buen conocimiento de la historia y que me estuvo explicando muchas cosas? Pues, ese es. No te fíes nada de él. Es un vividor, un tarambana; no sé qué es lo que se trae entre manos, pero sea lo que sea no me gusta nada —terminó su disertación con un ruego—. Toma todas las precauciones posibles y trata de saber qué es lo que quiere.

—Así lo haré. Me dejas preocupada.

—No tienes nada que temer mientras no sepa lo que tú sabes. No le

des más información que la que quieras darle. Ninguna pista… —trataba de tranquilizarla.

—Y ¿qué me dices del tipo que estaba desmayado cuando entré en la casa? —preguntó ella.

—Pues yo creo que quería chantajear. ¿Me dijiste que vivía en Boston?

—Sí.

—Debía de ser la persona que vio salir a Carlos de la casa después de cometer el asesinato. Por lo tanto, un chantajista.

Alice estaba contenta de que Fernando hubiera llegado a la misma conclusión que ella.

—Lo que está claro es que le siguió a Nueva York, ya que tenía una tarjeta de embarque y se hospedó en el mismo hotel que Carlos.

Pues blanco y en botella, leche —constató Fernando después de valorar todos los datos que ella le iba dando.

—Hemos llegado los dos al mismo resultado. Estamos ante un chantajista —dijo ella.

—Ándate con pies de plomo. Por un lado, tienes a un chantajista y, por otro, a un sablista que es capaz de llegar a cualquier cosa con tal de conseguir su propósito. Ya ves que cuando me dejó a mí tomó un avión para ir a Nueva York.

Alice a esta altura de la conversación ya tenía claro la situación, pero estaba con mucho miedo ante lo que pudiera suceder. Debería ir con mucho cuidado para manejar todo con la debida prudencia. El chantajista seguro que estaba en el mismo hotel que Carlos y aún no se había enterado de que le detuvieron. Por eso se le ocurrió la idea de que Fernando desde España le llamara al hotel y con cualquier excusa le citara para el día siguiente en esa casa. Le podía decir que era un amigo de Carlos y quería proponerle un negocio.

—¿Qué te parece si llamas a este chantajista y le citas en la casa con el pretexto de que conoces a Carlos y quieres proponerle algo que le va a interesar?

—Me parece una buena idea. Dentro de unas horas le llamo. Procuraré que sean las siete de la mañana, antes de que pueda salir de la habitación. Ya se me ocurrirá algo. Después te llamo.

Fernando estaba pletórico con la conjetura. Alice le había dado el teléfono de esta persona, por lo que le sería fácil llamarle. Le parecía muy apropiada para saber qué es lo que de verdad sabía y quería este sujeto. Si era dinero, no tenía interés ni preocupación para ellos. Le dejarían marchar.

—¿Quieres que acuda yo a la cita? —preguntó Alice.

—Puedes ir tú, ganamos tiempo, te enteras de quién es y qué quiere y le dices que yo estoy en Europa y que le veré la semana próxima. ¿Qué te parece?

—Es buena idea. Al menos para empezar. Después, ya veremos.

—Te dejo que tengo una cita en la editorial y después me veo con William.

—Ten cuidado. No te fíes. Es mala persona y aunque tenga esa sonrisa, es más falso que un Judas.

Se oyó un clic al otro lado de la línea telefónica y Alice aprovechó para tomarse un café y salir a su cita. No pensaba que le llevara más de una hora. Tenía tiempo para llegar puntual a la otra, la que le preocupaba más. William, mientras tanto, desconociendo que Alice estaba ya sobre su pista, decidió que lo más importante era ganar su confianza. En su cabeza retumbaba el mensaje que había leído en la maleta de Carlos, que encontró en el armario de la habitación del hotel. Decía textualmente, lo recordaba como si la tuviera ahora delante, que esta mujer trabajó en la editorial donde el padre de Fernando publicó su novela y que había que investigarla, pues creía que sabía más que lo que contaba. Por todo ello, en la cita tenía que transmitir la certidumbre de que podía ayudarla para encontrar a la persona que la atacó. Quizás, de esta manera, se hiciera con su ánimo y pudiera embaucarla para que le diera información. Era difícil y arriesgado lo que se proponía, pero no tenía otra solución. El secreto era engatusarla para que ella hablara del asunto. Dejarla hablar y contar acerca de su trabajo, de lo que hacía, de la editorial. Posiblemente, entre medias, se deslizase algún comentario que le pudiera venir bien.

— 15 —

La comida de Fernando y el taxista resultó muy agradable. Una vez que terminaron dieron un paseo al palacio Real. Adolfo le fue explicando las diferentes historias de los Austrias y de los Borbones. Después, fueron a ver la catedral de la Almudena y, más tarde, hicieron un pequeño recorrido por las murallas árabe y cristiana. Terminaron en la plaza de la Ópera donde se encuentra la puerta de Valnadú, en la confluencia de la calle de la Unión y Vergara.

—Si le parece, nos vamos a sentar en el café de Oriente y le voy contando la historia de las murallas que es muy interesante —dijo Adolfo con aire profesoral.

—Me interesa la propuesta —contestó Fernando ávido de conocer la ciudad de sus padres y antepasados. Se estaba imbuyendo de su espíritu.

—La muralla cristiana se conoce también como muralla medieval y se construyó entre los siglos XI y XII —exponía con cierto énfasis no exento de orgullo—, cuando la ciudad, entonces villa, pasó a la corona de Castilla, pero para construirla se basaron en los restos del primitivo recinto amurallado del siglo IX, de origen musulmán. En esta área se confinaron los barrios que nacieron después de la Reconquista. En nuestro paseo hemos recorrido algunas piezas que a veces pasan desapercibidas por estar integradas en los edificios. Tenemos varios ejemplos en la calle de don Pedro, del Almendro, de la Escalinata, junto a la plaza de la Ópera, llamada también de Isabel II, de los Mancebos y en la Cava Baja, donde usted me dijo que ayer entró en la posada del León y tomó una cerveza. Todo es un buen espejo de estas murallas —el taxista seguía con sus explicaciones.

—Sí, me acuerdo. Muy interesante —Fernando estaba siguiendo con gran atención las ilustraciones históricas.

—Pues todo esto pertenece al Madrid de los Austrias. Quiero resaltar que la construcción en su mayor parte se debe al rey Alfonso VII de Castilla, aunque ya se iniciaron, años antes, con Alfonso VI. Con la designación de Madrid como capital de España, aparecieron nuevos barrios y arrabales. Por ejemplo, la plaza Mayor que usted vio ayer, se llamaba plaza del Arrabal por estar fuera de las murallas. Allí se celebraban los mercados y las transacciones comerciales de la época.

—Por lo que veo, la muralla cristiana circunda la árabe —señaló Fernando que asistía con mucha fascinación a las explicaciones.

—En efecto, la cristiana rodeaba una extensión de unas treinta

hectáreas aproximadamente y la árabe, solo unas cuatro. Un detalle curioso es que la muralla cristiana se edificó con pedernal que al ser golpeada provocaba chispas. De aquí el lema histórico que se suscitó: *«Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son»* —para esta última frase el taxista utilizó una voz impostada.

—Una pregunta que me viene a la cabeza: ¿la muralla era continua o tenía diferentes accesos en su recorrido?

—Es una cuestión interesante pues abre la idea del control de entrada en la villa. Había distintas puertas de ingreso. Muchos años después se utilizaron estas puertas de acceso para el pago de impuestos. Se llamaban puertas fiscales. La de Guadalajara era la principal por su importancia en el tránsito comercial. Está, más o menos, en la calle Mayor y es donde se inicia el camino de Alcalá. En el lado opuesto, tenemos la Puerta de Toledo que abre el acceso a este camino. Es decir que entre las ciudades de Alcalá y Toledo se conforma la estructura de las murallas. En el siglo XVI, Carlos I sustituyó la Puerta de Guadalajara con un arco y la transformó en otra puerta con tres arcos. Posteriormente, en el siglo XVI, un incendio la hizo desaparecer —Adolfo seguía con su aire profesoral.

—¿Hay más puertas?

—Sí. Está la de Valnadú, donde antes acabamos el paseo, muy cerca del teatro Real; la Puerta de Moros cerca de la Cava baja; la Puerta Cerrada en la plaza de este nombre por la que paseó usted ayer. Tenemos además la Puerta de la Vega, la de la Sagra y la del Arco de Santa María, que eran las primitivas de la muralla musulmana. Junto a estas se levantaron distintas atalayas y torres albarranas por razones defensivas y de vigilancia. La de Santa María se construyó sobre una mezquita, de ahí el nombre en esa época de Puerta de la Mezquita o Puerta de la Almudena. En todo el recorrido que hemos hecho y en el que hizo ayer hay muchos vestigios de estas murallas. Un dato interesante es que en la calle don Pedro está la Real Academia de Ingeniería y en la de Arrieta, junto a la plaza de la Ópera, está la Real Academia Nacional de Medicina de España —el taxista seguía con su clase.

—Cada vez me alegro más haberle conocido. Es usted un libro andante. La historia, ayer en el taxi y la de hoy en este paseo, merece ser enmarcada en el conocimiento turístico. Debía dedicarse a esto.

La temperatura en la plaza de Oriente era muy cálida. Las personas paseaban al socaire de la primavera. Una brisa acogedora, afectuosa que invitaba a la conversación amable, sentados en las diversas cafeterías del entorno. Fernando y Adolfo apuraban su segundo café, mientras veían el paseo de la gente. Después de la clase que había recibido uno y expuesto el otro, el silencio se apoderó de ambos. Las mesas estaban todas ocupadas y cuando una se quedaba libre, varios

que oteaban la presa se lanzaban en tromba para ver quién llegaba el primero y se hacía con el trofeo. Sentarse a esas horas era un auténtico lujo propio de algunos elegidos. Los que no obtenían la mesa, se alejaban pesarosos esperando una nueva oportunidad. Era un espectáculo curioso; Fernando se estaba divirtiendo con ello. Una pareja de norteamericanos se sentó al lado de ellos, lo que le dio la posibilidad de hablar algunas frases aisladas sobre la bondad del momento y la belleza del escenario en el que estaban. Eran de Nueva Jersey y estaban de vacaciones recorriendo algunos países de Europa. La conversación se alargó dado que ambos eran médicos, lo que dio la posibilidad a Fernando de explayarse sobre la ciudad.

—Yo soy de Nueva York—les dijo—, aunque tenía ganas de venir a Madrid ya que mis padres eran de aquí. Se trasladaron hace muchos años a Brooklyn. Allí nací yo —añadió completando la información.

—¿Y qué le parece? —preguntaron al unísono.

—Una ciudad con mucha personalidad e historia. Por cualquier lugar por el que se va hay siglos enterrados. ¿Conocen las murallas? Vamos, quizás se debe decir mejor los vestigios de las murallas árabe y cristiana —preguntaba Fernando.

—Hemos contratado un *tour* para mañana. Nos han hablado que no debemos dejar de visitar el Madrid histórico. En nuestro país no estudiamos la historia de Europa y menos la de España —decía el americano.

—Tienen razón. Afortunadamente, a mí me la explicaron mis padres y, ahora, lo que estoy haciendo es recorrer los lugares donde ellos vivieron. Quería impregnarme de las piedras que pisaron, de los monumentos que conocieron y de los lugares con los que se relacionaron. Es una promesa que les debía.

Adolfo asistía impávido a la conversación. No conocía el idioma, salvo algunas palabras sueltas, por lo que lo más que hacía era observar y señalar la plaza.

—Encantado de hablar con usted; le deseamos que regrese felizmente a Nueva York.

—Muchas gracias. Disfruten de su estancia en Madrid. Verán que es una ciudad muy… acogedora —tardó unos segundos en encontrar la palabra exacta, la que mejor definiera la ciudad.

—Adolfo, creo que nos vamos ya —y dirigiéndose a los americanos les dijo —, vayan a cenar a Casa Botín. Es un lugar que les gustará. De los más antiguos del mundo. Cualquier taxi lo conoce, pero pueden ir andando.

—Muy agradecido. Adiós.

Fernando y Adolfo fueron caminando en dirección a la plaza de Ramales.

—¿Sabe que aquí dicen los historiadores que está enterrado

Velázquez?, pintor de cámara del rey Felipe IV. Los archivos del palacio Real lo confirman. Aquí debajo están los restos de la iglesia de san Juan, donde se le enterró en 1660. Esta iglesia fue derribada en el año 1800. En un principio se llamó plaza de san Juan.

Fernando estaba maravillado del conocimiento de Adolfo. Era una verdadera delicia pasear por la ciudad de su mano.

—Creo que podíamos acabar el día tomando una copa en Chicote. Está muy cerca de su hotel —señaló el taxista.

—Me parece muy buena idea.

—Vamos dando un paseo. No tardaremos más de quince minutos.

Al cabo de ese tiempo, con precisión exacta, llegaron al número 12 de la Gran Vía.

—Fue inaugurado en 1931. Tenía ya diez mil botellas de licor que forman parte de lo que se conoce como museo Chicote —señaló Adolfo, que no dejaba la docencia ni para tomar una bebida.

—Tiene una decoración art decó —comentó Fernando traspasando el umbral del local.

Tomaron no una, sino dos copas. El *gin tonic* lo preparan muy bien; en Nueva York, Fernando se había aficionado a esta bebida en los últimos años, concretamente en el tiempo que duró su separación. Generalmente, al acabar la tarde, cuando ya casi no quedaban pacientes en la clínica, cogía un taxi e iba a algún local de moda y se tomaba un par de *gin tonics*. Cuando conoció a Alice, que también frecuentaba estos locales, lo hacía en su compañía.

—Creo que es una buena hora para retirarse —dijo Adolfo—, mi mujer me espera en casa para cenar. Ha sido muy agradable pasar el día con usted.

—Para mí no solo agradable, sino también instructivo. Me quedo con una idea muy buena de la historia de la ciudad en la que mis padres vivieron. Mañana visitaré algún museo. Antes de regresar le llamaré. Me tendrá que llevar al aeropuerto —concluyó Fernando en la puerta del hotel.

—Hasta que usted me llame. Le estaré esperando. Buenas noches — el taxista se retiró lentamente.

Adolfo bajó por la Gran Vía a recoger su coche que tenía aparcado unas manzanas más allá.

Nada más entrar en la habitación, Fernando recordó que tenía que llamar al hombre que se presumía que era el chantajista y citarle en la casa. Después, tendría que llamar a Alice para darle la información pertinente.

No quería posponer durante más tiempo la llamada por lo que optó por buscar el teléfono que llevaba en la cartera y llamarle. Sabía su nombre pues estaba en la documentación que tenía Alice y que se lo dio en su última conversación telefónica.

—Buenos días, John. Escúcheme despacio. Estuvo ayer en una casa de la calle 14 West 10th Street y alguien le dio un golpe. Esa persona es culpable y usted lo sabe. Yo necesito hablar despacio y que me cuente qué es lo que sabe. Le pagaré bien la información —Fernando dijo estas frases sin mucha convicción de que dieran resultado.

Hasta este momento, John había estado callado, pero pasado el momento de estupor se atrevió a decir:

—¿Quién es usted?

—No me conoce, pero debe saber que conozco el porqué estaba usted en esa casa. Además, se le perdió la cartera, no debe olvidarlo.

Si Fernando hubiera estado en conversación directa, le hubiera visto lo demacrado que se le puso la cara. Estaba lívido.

—¿Qué quiere?

—Solo hablar. No debe temer nada. La persona que le dio el golpe está ya detenida.

John tuvo un suspiro de alivio. Se había puesto en lo peor y vio que tenía que estar tranquilo.

—¿Cuándo nos vemos?

—Mañana a las seis de la tarde. ¿Le parece?

—Perfecto. Supongo que, en el mismo lugar, ¿verdad?

—Lo adivinó —Fernando colgó rápido.

Llamó a Alice, que esperaba la llamada desde hacía unas horas.

—Ya he contactado con John. Me parece una persona de poco nivel y nada peligrosa. Un pobre hombre. Estaba asustado cuando le llamé. Acudirá mañana por la tarde a las seis a esa casa. Le tiras de la lengua, que te cuente todo lo que sepa y le dices que la cartera se la darás cuando yo regrese de España, que será en unos días. Que esté tranquilo, no le vamos a hacer ningún daño y tendrá la cartera si colabora.

—Perfecto, así lo haré —la voz de Alice se escuchaba bien desde la distancia.

—Tengo que decirte una cosa por precaución. Llegas más bien pronto, sobre las cinco de la tarde, y te quedas en la cafetería para ver cómo entra en la casa y si va solo. No sea que llame a algún conocido y tengamos un disgusto. Si va solo, entras y te presentas como mi contacto en Nueva York, ya que yo le llamé desde España. Tienes la conversación con él, no más de quince minutos, y te despides. La semana que viene le daremos la cartera tú y yo. O mejor se la enviaremos. Así no le volvemos a ver —terminó la conversación.

Fernando se acostó tranquilo después de un día intenso. Había recorrido la historia, su historia, la de sus padres. Había cumplido también con Alice y con la misión que tenía de citar a John. Ese tema había que cerrarlo. Lo más importante era conocer lo que John sabía y debía ser algo fundamental para citar a Carlos y que este pretendiera

eliminarle.

El cansancio cerró sus ojos. Durmió tranquilo con el recuerdo de sus padres.

— 16 —

Muy lejos, en Nueva York, William se disponía a salir del hotel. Había quedado con Alice. Iba con la idea fija que leyó en el cuaderno que encontró de Carlos: «Esta mujer trabajó en la editorial donde el padre de Fernando publicó su novela. Hay que investigarla». Cogió un taxi y le dio la dirección deseada, era el bar donde había estado el día anterior con Alice. Llegaron los dos casi al mismo tiempo.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy bien. Enseguida me recuperé. Un par de horas durmiendo y ya está.

—Me alegro —y al decirlo mostró esa sonrisa suya que le identificaba tan claramente.

—Pues usted dirá, ¿qué es lo que desea?

—Quería conocerte algo mejor —al hacer esta afirmación entró en una fase de mayor confianza.

Una intimidad que a Alice no se le escapó y que la hizo ponerse algo más a la defensiva.

—Y ¿eso? —Alice cuando hacía algunas preguntas tenía el tic de arquear las cejas en demasía, lo que la daba una sensualidad especial.

—Buena pregunta —trataba de ganar tiempo—. El caso es que cuando se atiende a una mujer tan guapa en una situación tan delicada siempre… siempre le queda a uno la duda de si es el destino el que ha hecho que se cruzara en mi camino.

—La respuesta le quedó muy bien —contestó ella con ironía—. Estaba tratando de llevarle a su campo.

—¿Podría decirme alguna otra razón? —le ofreció un cigarrillo.

—No, gracias. No fumo.

—¿Le importa entonces que lo haga yo?

—En absoluto, tengo amigos que fuman, pero creo que eso no es bueno y por ello no quiero entrar en el vicio.

—Yo tendría que dejarlo. Me lo dicen los médicos que debo dejarlo, pero es muy difícil.

—Bien. Creo que estábamos en que me tenía que decir la razón que le impulsó para llamarme —Alice no se daba por vencida.

—¿No le ha parecido buena respuesta o es que desea otra?

—Admitamos que esta es la respuesta correcta, que es el destino lo que ha hecho que nos conozcamos.

—En ese caso tendremos que hacer caso a la providencia y seguir su designio —señaló William satisfecho por tener el balón en su

terreno.

—Yo sí que creo en la predestinación y en la fatalidad —contestó ella con un punto de sorna.

—¿Fatalidad? No lo creo. Es la estrella la que nos puso en los caminos y que hizo que se cruzaran —contestó William cada vez más convencido de que estaba jugando en su campo.

—Creo que pediré un café bien cargado. A ver si me lo hacen expreso —pidió Alice con un gesto al camarero.

—Yo tomaré lo mismo —dijo él, que no quería perder los puntos que llevaba de ventaja.

En este momento un silencio hizo que William la ofreciera un cigarrillo y ella le dijera, de nuevo, que no fumaba.

—Ya se me había olvidado que me dijo que no tenía este vicio —dijo, sabiendo que esa era la respuesta, pero que el cigarrillo le serviría para romper el silencio—. Es instintivo ofrecer un pitillo cuando se está con alguien.

Así fue. Con la disculpa del tabaco volvió la conversación a su cauce, el agua remansada se agitó y la turbulencia vino de nuevo a inundar el encuentro.

—Entonces, ¿cuál es el siguiente paso que quiere dar o que demos? —dijo Alice con total soltura y tratando de llevarle de nuevo a su terreno. Sabía con qué armas jugar y las iba a utilizar sin compasión.

Desde pequeña siempre había sabido que era una mujer atractiva, que gustaba a los hombres; esa carta estaba dispuesta a jugarla, más en este caso que Fernando y ella tenían intereses comunes. Intervenía con las manos cuando daba una explicación, entornaba los ojos cuando era necesario y dibujaba una sonrisa en el momento que las circunstancias lo pedían y, ahora, eran frecuentes las ocasiones que se la presentaban. Eran sus armas, las que la naturaleza la había dado y siempre había sabido utilizarlas. En ocasiones de manera sincera, era el caso de Fernando, y en otros, como ese momento, de una forma ficticia y convencional. Por lo tanto, en su fuero interno, decidió seguir el juego hasta el punto de no retorno. Ese sería el momento de saber alejar la proa del viento, ciar la marcha.

William daba sendas caladas al cigarrillo, más que nada con la finalidad de ganar tiempo para el siguiente ataque.

—El paso dependerá de usted. Yo tengo claro cuál es el mío —contestó con un desparpajo fuera de dudas.

—Mi paso deberá ser lento y cuidadoso. Apropiado a la situación —señaló Alice de una manera sensata.

—No es un momento de sensatez, sino de largar amarras y dejar que sea el viento el que nos lleve. El dios Eolo nos conducirá.

—¿A dónde?

—A donde sea. Al paraíso donde viviremos la eternidad.

Estaba claro que el desenfado que estaba mostrando en la conversación era propio de una persona que sabía lo que quería y que estaba dispuesta a pasar por todos los obstáculos para conseguirlo. La prosopografía que le hizo Fernando era correcta. Un tipo sin ataduras, con un importante menoscabo de honradez. Su insolencia era alta a la par que su sonrisa taimada acompañada del movimiento de sus manos. Movía todas sus piezas de artillería tratando de vencer el asedio del contrincante. No podía dejar nada al albur de la casualidad. Todo lo tenía planificado y a cada momento correspondía un movimiento de peón, alfil o castillo, dependiendo de la necesidad del ataque. Lo principal era hundir al adversario, rendirle sin contemplaciones. Alice se estaba dando cuenta de todo y trataba de anteponerse a la jugada del otro, como en el juego de ajedrez. Sin embargo, también tenía que mostrar su flanco débil para tratar de estimular un ataque por ahí. Lo que estaba ocurriendo en esa mesa de un bar perdido de una calle del Nueva York bohemio, el Greenwich Village, era una verdadera partida de ajedrez. Sin observadores, sin público que comentase la jugada, pero el juego era peligroso y ella lo sabía.

William, por el contrario, estaba entusiasmado con su fuego de artillería; había destrozado parte de las defensas del castillo a conseguir. Tenía que poner su bandera lo más alto posible y eso debería ser en el menor tiempo. En una hora, que comentaron que tenían de tiempo, era muy difícil, por lo que el siguiente ataque debería ser con el objetivo de que ella anulase la cita que tenía. Si lo conseguía, el resto de la contienda estaría a su favor.

—Tomaré otro café —dijo ella.

William pensó que ahora era la oportunidad de iniciar su siguiente ataque. Movería las fichas por el flanco que Alice había mostrado, en ese momento, más débil. Pidió otro café. No quería terminar la cita tan rápidamente como en un principio le dijo.

—¿Qué te parece si anulas la cita que tienes ahora en la editorial? —lanzó no solo la artillería pesada, sino la caballería.

Alice se dio cuenta enseguida de que él había caído en la celada. Le puso el queso y picó, como en la fábula de *El cuervo y la zorra* de La Fontaine. Lo había estudiado en el colegio y utilizado muchas veces en sus devaneos con los hombres.

—Lo voy a intentar. Salgo a la calle que tengo más cobertura y le llamo. A ver si hay suerte.

William estaba pletórico. Su orgullo de macho por las nubes. Había rendido el castillo, una fortaleza inexpugnable al inicio de la cita, convertida ahora en una puerta expedita para la entrada. Le tocaba seguir moviendo las piezas correctamente. Un movimiento en falso y la partida se iría al traste. Casi era la hora de la finalización de la cita

y ella estaba en la puerta del bar, llamando a una persona para cancelar lo que tenía entre manos y ponerse a la disposición completa de él. Era un motivo para estar henchido y cargado de energía.

Mientras William se recreaba en estos pensamientos y su ego surcaba las aguas procelosas de un torrente en efervescencia, Alice seguía con su conversación ficticia con el cliente y que no era otra cosa que una llamada a Fernando exponiéndole sus adelantos y éxitos en la cita con William. «Ahora iré a almorzar con él. Le daré cuerda y tensaré cuando sea necesario. El sedal con el que le tengo cogido es fuerte», le decía. «Esta tarde tengo la cita con John a las seis».

—Estoy con *overbooking* —dijo riendo.

Cuando regresó de la llamada telefónica se encontró de nuevo con esa sonrisa artera que le acompañaba a todas horas.

—¿Has podido cancelar la cita? —preguntó nada más sentarse Alice.

—Anular no. La he retrasado hasta esta tarde a las seis —mintió.

—Es suficiente.

—¿Para qué es suficiente?

—Para conocernos más —cortó cualquier otra explicación.

—¿Hasta dónde quieres que nos conozcamos?

—Hasta donde sea posible y tú me dejes.

Las cartas ya estaban echadas. Cada jugador lo hacía con las que le habían tocado en suerte.

—¿Qué me sugieres ahora? —Alice echaba las redes a ver si picaban los peces, en este caso, un tiburón en ciernes.

—Podíamos buscar un lugar para almorzar. ¿Qué te parece?

—Es una idea brillante —contestó Alice como si fuera una sorpresa cuando ya hacía tiempo que se esperaba esta oferta.

—Te voy a llevar a Rafele, un italiano muy bueno que está en la Séptima Avenida con Morton. Creo que te gustará.

—Si es contigo, estoy segura —un disparo a toda la línea de flotación.

William ya daba por rendido al enemigo y solo se planteaba cuándo entrar a recoger sus despojos. Su artillería había acabado con las defensas que, por otro lado, no se mostraron muy firmes. Ahora tenía que seguir lentamente recogiendo las armas que el enemigo había dejado en su huida en el campo de batalla y ya rendido y humillado, someterlo a su voluntad.

Alice, por el contrario, pensaba totalmente diferente, más en la realidad de la batalla que se estaba librando. Había dado la sensación de una rendición sin condiciones. Esto era lo que ella quería demostrar, que estaba rendida ante el orgullo del atacante, ante su porte y su ingenio, ante su destreza con las armas. Y lo había conseguido en poco tiempo, sin pérdida de sus defensas y de su

armamento. Todo lo tenía incólume.

—Lo vamos a pasar muy bien. Será una experiencia que el destino nos pone y que deberemos aprovechar en toda su amplitud —William estaba pletórico como macho alfa, su sonrisa amplia y sus manos así lo atestiguaban.

—Pues si el destino lo quiere, no le contrariemos. Es su voluntad —Alice mostraba todo su esplendor y belleza ante su guerrero. Ella estaba humillada y tenía que demostrarlo en cada hecho, en cada palabra.

Fueron caminando un rato. Quizás una media hora en un día precioso en el que el sol hacía su aparición lentamente. Se cruzaron con muchas personas, pero ninguna de ellas iba cavilando lo que Alice y William, cada uno por su parte pensaban.

—¿Qué te parece el día? —preguntó William al tiempo que la daba la mano como en un signo afectuoso sin otra finalidad ni pasión.

«Disimula bien el tipo», pensaba Alice, quien por otra parte no quería poner trabas a esta primera incursión. Su estrategia estaba clara: ver hasta dónde podía llegar y saber qué es lo que tenía entre manos, aparte del ardor pasional que difundía con una claridad meridiana.

—Un día precioso, hecho para el amor —segundo tiro por toda la escuadra.

William ya tenía las defensas débiles mientras que Alice, al contrario de lo que pensaba él, las tenía fuertes y solo disparaba de cuando en cuando alguna andanada para batir al enemigo. La situación era curiosa, ya que cada uno estaba sumido en sus juicios, equivocados los de él, certeros los de ella.

Llegaron al restaurante. Había pocas personas, era una hora temprana.

—Una mesa tranquila —pidió William casi sin saludar a la entrada —, un rincón. No queremos que nos molesten.

—Con mucho gusto señor. Tenemos el lugar adecuado. Han venido pronto y podemos elegir sin complicaciones.

—El año pasado que estuve en la ciudad vine un par de veces. Espero que no hayan cambiado la calidad —el orgullo de sus palabras iba de la mano con la altanería con la que entró y pidió mesa.

—Seguimos dando lo mejor —respondió el camarero de una manera un tanto adusta, al tiempo que acercaba la silla para que se sentase Alice.

—¿Desean antes un aperitivo?

—¿Qué tomas? —preguntó William, al tiempo que se contestaba— yo tomaré una cerveza.

—Pues yo también.

—Ya lo ha oído—dijo con displicencia al empleado.

—Yo no tengo mucha hambre. Tomaré un *roast beef* —dijo Alice.

—Entonces ¿a qué te dedicas? —preguntó de sopetón William.

—Tengo una editorial que me deja mucho tiempo libre para mis cosas. Las relaciones sociales son importantes pues un escritor te lleva a otro y a otro; entras en contacto con este mundo, curioso y original.

—¿Llevas mucho tiempo en este negocio? —preguntó para conocer lo que sabía sobre el padre de Fernando que es a donde quería ir.

—Entré como becaria en una editorial más grande y cuando ya sabía lo suficiente monté mi propio negocio

—Eso está muy bien. ¿Conoces un libro que se titula *Ayer*? Llevo bastante tiempo buscándolo. En París, donde vivo, no se encuentra.

—Por supuesto. Se editó en la época en la que trabajaba en esta editorial. Tuvo mucho éxito y se reeditó varias veces —Alice ya sabía que en algún momento iba a llegar a este punto.

—¿Sabes si murió el autor?

—Sí. Hace unos años. Su hijo vive y es un médico de prestigio, muy conocido —quería darle el dato lo antes posible. Ya lo tenía pactado con Fernando.

—Qué interesante es tu trabajo —se atrevió a comentar William tratando de seguir con el hilo conductor que le interesaba.

—Ahora estoy involucrada en la edición de una novela que se titula *El sueño del escultor* de Manuel Díaz Rubio, un médico español de prestigio, que está publicando mucho y bien. Le veré más tarde. Estará unos días en Nueva York y quiere cerrar el contrato.

—¿Se llama por casualidad Fernando? —En algún momento tenía que descubrir sus cartas —insistía en su tema manejando la oportunidad que tenía entre sus manos. No quería que su conversación se apagase.

—Sí. ¿Le conoces? —preguntó Alice sorprendida, sabiendo cuál era la respuesta.

—Le conocí hace unos días en París. Entraba en la librería Shakespeare y como éramos norteamericanos hicimos amistad y luego fuimos a comer. Quedamos en vernos al día siguiente, pero desapareció del hotel. Posiblemente algo urgente requirió su presencia en otro lugar.

—No tengo ni idea. Yo le conocí hace muchos años y no le volví a ver. Coincidí en una presentación de la novela de su padre —mintió—. ¿Qué hacía en París?

—Buscaba información sobre unos datos de un diario del siglo XVIII y unos datos de su familia sobre un tesoro enterrado.

Alice se dio cuenta de que estaba mintiendo, pues Fernando nunca le dijo nada de la conversación de un tesoro enterrado. William estaba tratando de tirarla de la lengua de una manera un tanto burda, pero ella no iba a caer en la trampa.

—Ya te digo que no tengo ni idea de este señor. Si le veo ahora no le conocería. A lo mejor le ha dado por seguir los pasos de su padre —sabía que este comentario, dicho con el aplomo que ella lo hacía, sería importante.

William había llegado a un callejón sin salida. Ella no le conocía y si no era así no había manera de ponerla contra las cuerdas. El camarero vino con el servicio y le abstrajo unos segundos de sus pensamientos.

—Me gustaría volver a verle aquí en Nueva York. Si no acudió a mi cita estoy seguro de que tendría una poderosa razón para ello. Buscaré su dirección en la guía telefónica y le llamaré.

—Bueno ahora coméntame tú —creo que debemos conocernos algo mejor dijo Alice con un mohíno.

—Vivo en París, pero vengo un par de veces al año a Nueva York. Nací en Marquette, un pequeño pueblo de Michigan.

—Lo conozco, estuve allí hace un par de años con una familia —Alice se tiró a la piscina sin pensarlo bien. Trataba de saber si él la mentía.

—Yo salí muy de pequeño y no he vuelto. No recuerdo nada —William se escapó como pudo de la encerrona. Vine a esta ciudad y hace unos veinte años decidí irme a Europa. París me gustó por la bohemia y allí me quedé.

—¿Eso es todo?

—Sí. Poca cosa. Tenía dinero, que me habían dejado mis padres, y no necesitaba trabajar por lo que me dediqué a la historia y a visitar frecuentemente la librería donde conocí a Fernando —mentira tras mentira, pensaba Alice mientras le escuchaba.

Mientras William desgranaba parte de su vida, al menos la que quería que escuchara Alice, que pensaba que había llegado a un punto de no retorno. William sabía más de lo que contaba, pero no quería abrirse. «Tendría que pasar al plan B, que era el de ponerse cariñosa y sacarle información, igual que las espías de la segunda guerra mundial».

En su juventud había leído la historia de la vida de Mata Hari, cuyo nombre era Margaretha Zelle, una bailarina holandesa que se casó con un capitán y fue a vivir a Indonesia donde aprendió bailes exóticos. Separada, se dedicó a entablar relaciones con distintos militares siendo amante de varios al mismo tiempo. Parecía que los uniformes la excitaban. Más tarde la ofrecieron ser espía, primero a favor de los alemanes y después de los franceses, por lo que fue agente doble. Por este motivo fue fusilada en Vincennes, Francia.

Otra biografía que leyó, en su juventud, con suma avidez fue la de Josephine Bake, nacida en Estados Unidos; se dedicó al cine, aunque más tarde se trasladó a Francia inspirando a artistas como Picasso y

Hemingway. Casada en este país, cuando comenzó la segunda guerra mundial, fue reclutada para trabajar como agente encubierto, colaborando con los aliados. La condecoraron con la Cruz de Guerra y la Medalla de la Resistencia.

Estas dos personalidades influyeron en su decisión de hacer este trabajo para su amigo Fernando. Tenía realizado una gran parte de la faena y solo la quedaba rematar algunos flecos.

—¿En París solo conociste a Fernando? —pregunta directa, sin ambages, ni disimulos.

—Hice amistad con un español que también me habló de un diario. Tantas personas hablándome de ello excitaron mi curiosidad —William estaba dispuesto a contar más cosas con la idea de conocer hasta donde estaba implicada Alice.

—Qué curioso —señaló ella—, hace un par de días me visitó en la editorial un señor que estaba intentando escribir un reportaje o algo parecido, según me dijo, y que el tema era sobre un diario del siglo XVIII. Parece que este tema es renuente hoy día —terminó con un punto de sonrisa en sus labios.

William no sabía cómo seguir. Estaban jugando al perro y al gato y ninguno quería enseñar sus cartas, pero llegaban a un punto en que era necesario descubrirlas. Estaba decidido a enseñar su juego.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó de sopetón y sin dar lugar a la duda.

—Carlos. Eso me dijo, que era español y había oído hablar del autor de la novela.

—Entonces debe ser el que conocí yo en la librería de París —el juego ya estaba descubierto

—Paree que todos se citaron en París —señaló Alice con ironía.

—Y en esa librería —remató William.

—No sé qué interés tiene este diario para que todo el mundo lo busque.

—Muy sencillo —expuso William—. En él se señala un lugar donde está enterrado un tesoro.

—¿Un tesoro? Creía que ya no existían estas cosas en el siglo XXI —Alice trataba de acompañar sus palabras con su cara de incredulidad.

—Yo también lo creía, pero así son las cosas.

—¿Y dónde está enterrado? Te lo pregunto para apuntarme yo también —Alice sabía jugar sus cartas y seguir la trama.

—Parece que es en España, pero ignoro el lugar. Sé, por lo que me comentó Carlos, que está en el norte.

—Pues si te parece nos vamos los dos a buscarlo. Puede ser que este sea nuestro destino —remarcó Alice, poniendo su mano en la de él.

William estaba totalmente entregado, había encontrado al socio perfecto. El otro estaba encarcelado y no podía contar con él. Si

conseguía que ella se abriera totalmente podrían llevar este negocio adelante. Ahora tenía que rematar la faena en su casa. Una copa después del almuerzo cerraría cualquier contrato.

—¿Qué te parece si antes de ir a buscarlo cerramos esta transacción en tu casa con una copa? —William estaba descubriendo todas sus cartas y atacando por diferentes flancos, pensando que en ellos estaba la debilidad del contrario.

Estaba equivocado, pues el enemigo tenía pensada las diferentes jugadas que iban cambiando en función de sus movimientos.

—¿No vas muy deprisa? —Alice quería conocer hasta dónde iba a ser el ataque.

—Es el destino el que nos marca la velocidad —dijo sin inmutarse.

—Pues sea, entonces —Alice abrió la puerta de entrada hasta un punto. Trataría de cerrarla en el momento decisivo.

Terminado el almuerzo fueron caminando hasta la casa de Alice. Era temprano y hacía buena tarde. Todo invitaba al lento paseo. La cita que tenía era a las seis de la tarde.

En su casa le ofreció un *gin tonic*. Se pusieron cómodos. Unos rayos de sol inundaban la sala.

— 17 —

A las cinco y media, Alice salió de su casa. Había quedado citada con John en el lugar en que ella le atendió. Dejó la cartera en su mesilla de noche. Comentó con Fernando que se la enviaría él personalmente la semana próxima. Otra cosa que le insistió, también Fernando, fue que se apostase un rato antes en el bar de enfrente para ver si llegaba solo o acompañado. Pasados unos minutos, en los que Alice vigilaba, una persona entró en la casa cuya puerta siempre estaba abierta. Dejó pasar un tiempo prudencial y entró en ella. Lo primero que vio fue la misma escalera y el idéntico destrozo interior. John la esperaba sentado en una silla desvencijada del salón.

—¿Es usted John? —preguntó al entrar sin atreverse a hacerlo del todo.

—Esperaba a un hombre —fue su respuesta.

—Pues ya ve que no. Soy yo la que viene.

—Hablé con un hombre —insistió él.

—En efecto. Eso fue así, pero él no podrá venir. Está fuera del país.

—No me dijo nada. Mi cita fue con él. Me dijo que se llamaba…

—Fernando —cortó ella de improviso.

Este detalle le tranquilizó. Vio que había alguna relación.

—¿Por qué viene usted?

—Ya le dije que él está fuera y me envió a mí. ¿No recuerda que fui yo quien le atendió? Fui a por un vaso de agua y desapareció. Le habían dado un golpe. Al menos eso es lo que usted me contó.

John ya estaba más tranquilo. Vio que esta mujer no era peligrosa.

—¿Por qué me citó?

—Varias cosas: ¿qué hacía en esta casa? ¿Por qué desapareció cuando le atendí? ¿Con quién estaba citado? Son preguntas que necesitan contestación.

—¿Fue usted quién me quitó la cartera?

—Sí. Yo la tengo y se la dará Fernando la próxima semana si usted colabora y me cuenta lo que queremos saber. Y le aclaro que no se la quité. Estaba en el suelo.

—Tenía mi documentación y tarjetas de crédito. Son cosas importantes —reclamó.

—Puede estar tranquilo que no hemos hecho uso de nada. Solo que nos la quedamos hasta comprobar que nos dice la verdad. Si es así, la semana próxima se la enviaremos a la dirección que nos diga. Por supuesto, por una empresa de seguridad para que no se pierda.

—¿Me tengo que fiar?

—No tiene otra opción. Nosotros tenemos el timón del barco —Alice gustaba de terminar sus frases con comentarios náuticos. Así que desembuche, no tengo toda la tarde para estar aquí.

John se vio perdido, pero no tenía otra salida si quería recuperar su documentación. Era muy importante, por lo que se agarró a un clavo ardiendo.

—Me citaron en esta casa. Tenía un negocio con una persona que se llama Carlos.

Alice ya estaba cerrando el círculo de las preguntas y confirmando sus sospechas.

—Continúe. ¿Qué tipo de negocio?

—Eso es personal.

—¿Quiere la cartera o no? —una respuesta taxativa acabó con las reticencias de John.

—Bueno, no tengo otra opción. Tengo que confiar en ustedes.

—En eso estamos de acuerdo, así que dígame toda la verdad y se la devolveremos. Se lo prometo.

—Carlos me cito aquí… pues yo tenía que darle una información importante y a cambio él me daría un dinero.

—¿Qué tipo de información?

—Le vi en Boston salir de una casa con las manos ensangrentadas y al día siguiente leí que había habido un asesinato en ese lugar. Mi testimonio era importante y definitivo, pues esta persona cojeaba. A cambio de silenciar esta declaración me daría un buen dinero. Le seguí hasta su hotel en Nueva York y también me hospedé ahí.

—Vamos, un chantaje en toda regla —saltó Alice.

—Llámelo como quiera, pero me viene muy bien el dinero y el muerto ya lo está; yo no voy a arreglar las cosas.

—Bien. Siga con el cuento —cortó cualquier atisbo de excusa.

—Al entrar en la casa me encontré con un tipo que era español y se llamaba Carlos. Discutimos, nos peleamos y me dio un golpe. Pensó que me había matado y salió huyendo. Después, llegó usted; el resto ya lo sabe. Eso es todo. La cartera se me debió de caer en la pelea —finalizó con un suspiro.

—Espero que no me oculte nada —dijo Alice mientras daba vueltas a la habitación. Había otra silla desvencijada, pero que se podía mantener en pie, por lo que decidió sentarse en ella.

—Sé que no está bien lo que hice. No tenía otro remedio, ya que el dinero siempre viene bien.

—Sí, tenía otra posibilidad. Ir a la policía y declarar. Debe saber que el tal Carlos fue detenido a las pocas horas de estar con usted y que ahora estará sentado frente al juez. El comisario —decía el periódico— no tenía ninguna duda, ya que en el puñal estaban sus

huellas dactilares.

—Lo leí en el periódico. Por eso vine. Quería saber en qué acababa esta historia. Y ahora lo veo claro.

—Pues ya que está todo claro, regrese a Boston. Olvídese de todo y dentro de unos días recibirá la cartera con toda la documentación. Para usted y para nosotros, todo habrá acabado.

—Yo he perdido el negocio, así que regreso mal.

—No estoy de acuerdo. Perdió el negocio, pero no la vida, y todo quedará en el rincón de los recuerdos, en los pliegues del cerebro —Alice quería dejar que la herida cicatrizara bien y que el tal John no volviera a aparecer. Una mala cicatrización volvería a abrir la erosión.

—Espero no volver a vernos. Para mí esto se acabó —John estaba convencido de que el tren había llegado al final del viaje y que no había vuelta atrás.

—Para nosotros también. Buena suerte. Deje que salga yo antes y después, a los cinco minutos, lo hace usted.

—Entonces adiós. Espero me envíen la cartera.

—Eso es seguro. No lo dude —concluyó.

Alice regresó a su casa y nada más entrar llamó a Fernando.

—Ha salido todo a pedir de boca.

—¿Qué hiciste? —preguntó con un punto de curiosidad.

—Primero la cita con William. Casi me lleva al huerto —en su voz se notaba la sorna que no había descargado en todo el día.

—¿Qué quieres decir? —preguntó asustado.

—Pues eso, que casi, pero no pasó del casi. Defendí el castillo con armas y fuego.

—¿Podías explicarme sin tantos rodeos ni eufemismos? —Fernando, al otro lado del hilo telefónico, estaba perdiendo la paciencia. El teléfono móvil le había sonado en la calle y no era el lugar apropiado para tener una conversación de este tenor.

—Mira, te llamo después y te cuento. Veo que ahora no estás en el sitio apropiado. ¿Cuándo llegas al hotel?

—En unas horas estaré cómodamente sentado en la habitación preparado para escuchar tus explicaciones. Hoy visitaré los museos. Prefiero llamarte yo cuando esté en el hotel por la tarde.

—Hasta luego, entonces.

Se despertó pronto. El ruido de la calle y el ligero murmullo que se oía en el pasillo de personas que salían de la habitación contigua le desvelaron. Eran cerca de las siete; se había dormido temprano. El día anterior fue duro por todo el paseo que hizo con Adolfo, las murallas, Chicote, las conversaciones con Alice y John le cansaron sobremanera. Estaba, sin embargo, contento de haberlo coordinado desde la distancia. «Esta tarde hablaré con Alice y me contará todo», pensaba, mientras se afeitaba.

El plan de hoy era pasarlo solo. Tenía intención de ir primero al Museo de Prado, después, al Sorolla. En el primero quería ver la sala de Velázquez y los pintores del Siglo de Oro español, en especial dos cuadros, *las Meninas y la Rendición de Breda.* Fernando había leído que el primer cuadro estaba en el Alcázar de Madrid y que se salvó de las llamas porque lo sacaron a través de la ventana. En la escuela había estudiado con especial detalle la pintura española. Del Sorolla quería ver la obra que había desarrollado en España este gran pintor de la luz y el color. Sus trabajos en Estados Unidos ya los conocía, pues los había visto en la Hispanic Society of America. Era frecuente que a lo largo de los estudios en la escuela visitaran un par de veces este gran museo fundado por Archer Milton Huntington en 1904. Está situado en una zona de Nueva York fuera del itinerario turístico, ya que se encuentra entre las calles 155 y 156 en la zona conocida con el nombre de Harlem. Los profesores de manera regular los llevaban a la sala Sorolla, donde se presenta el gran tesoro de la colección de las regiones de España que se conoce como «Visión de España» o «Regiones de España». Retenía minutos de vida, luz y paisaje en su retina y los transportaba a su lienzo. En este museo hay numerosas obras. Salpicadas por las distintas salas se pueden ver cuadros de Goya, Tiziano y Velázquez entre otros de gran nivel.

Cerca de su casa en Nueva York iba frecuentemente con sus hijos a ver la Frick Collection en la calle 70, entre Madison y la Quinta Avenida. Unas manzanas le separaban de su casa, por lo que algunos sábados los llevaba y explicaba las maravillas de arte que encerraban sus paredes. Un edificio que fue residencia de Henry Clay Frick, coleccionista de arte, que merced a su patronazgo construyó su mansión en 1913, cerca ya de su muerte que acaeció en 1919. La familia de Fernando se recreó muchos días con los cuadros de El Greco, Rembrandt, Goya y Vermeer entre otros. Después, se sentaban

en el Garden Court a conversar sobre lo que habían visto. Eran días felices cuando la familia estaba unida, pero ahora estaba decidido a que de nuevo volviera la situación. Nada más regresar se ocuparía de ello.

Para el almuerzo, le aconsejaron en el hotel ir a Zalacaín. Un lugar muy elegante para paladares exquisitos según la expresión del jefe de recepción. Ellos mismos le hicieron la reserva. Desde el Museo Sorolla en la calle Martínez Campos, con un corto paseo de quince minutos, se presentaría en la puerta del restaurante en la calle Álvarez de Baena, según le explicaban minuciosamente.

—A ese lugar va gente de negocios y políticos. Debe acudir con corbata y chaqueta —le dijo el jefe de recepción.

Fernando, que ya iba de *sport* dado el magnífico día que se presentaba, regresó a la habitación a ponerse un traje de acuerdo a las normas protocolarias que le habían indicado. Le explicaron que debía pedir el menú degustación de la casa, que era una exquisitez. Fernando estaba dispuesto a seguir las indicaciones del hotel. «A donde fueres, haz lo que vieres», le enseñaron sus padres.

Todo salió como estaba previsto. La atención del lugar y su decoración le llamó la atención. No era un restaurante normal. Se salía del montón.

Salió despacio, queriendo abstraerse en su proyecto, el que le había traído a España. Estaba recorriendo los pasos de sus antepasados, de sus padres, lo que le daba una sensación de placidez, de calma, ante las sensaciones que estaba disfrutando. Paseaba en una tarde sencilla, afable, cálida, que le mostraba unas emociones que nunca había acariciado anteriormente. Cuando deambulaba sin orientación ni propuesta en Nueva York no saboreaba esta percepción. Era algo más atemporal, más liviano. El sentimiento se quedaba más en la epidermis, en lo superficial. Aquí, en cambio, en Madrid todo era más profundo, más penetrante. Los sabores que paladeaba, las miradas que proyectaba, tenían un color diferente, una tonalidad distinta, un matiz diverso. Madrid era la ciudad que tenía impregnada en sus genes. Se lo habían trasladado sus padres, cuando en una huida vertiginosa dejaron la huella en sus calles y plazas. Había tardado en conocerla, pero desde siempre su ácido desoxirribonucleico le había transmitido un mensaje íntimo de afecto por el entorno. Ahora, en su paseo, trataba de profundizar en el mensaje que le transmitieron a través de sus manifestaciones y emociones que le encomendaron antes de fallecer.

Regresó al hotel. Quería hablar con Alice y que le contara la reunión con John y con William.

—Alice, ¿puedes hablar ahora? —preguntó nada más oír su voz al otro lado del teléfono

—Por supuesto. Estoy libre —contestó rápida.

—Pues cuéntame lo que hiciste con las dos reuniones que tenías.

—Bien, con John estuve apostada, como me aconsejaste, un rato antes; entró solo, así que, poco después, fui detrás de él. Como me comentaste, es un pobre hombre asustado que no tiene nada que ver con el asunto y que vio en esta situación una oportunidad de ganarse unos dólares con el chantaje —explicaba Alice con toda clase de detalles.

—¿Entonces es el vecino?

—Sí. Es el que le vio salir de la casa con las manos ensangrentadas y cojeando —asintió Alice.

—Lo que sospechábamos —corroboró Fernando que se estaba sirviendo una copa mientras hablaba por teléfono.

—Exacto. Por eso te digo que no tenía experiencia de lo que hacía. Estaba preocupado por lo que sucedía. En un momento de la entrevista me dio pena, ya que vi a una persona aterrorizada y alarmada en donde se estaba metiendo sin saber cómo salir del pozo.

—¿Le diste la oportunidad de hacerlo? —Fernando entre pregunta y pregunta daba un trago al güisqui.

—Por supuesto y se agarró a un clavo ardiendo. Me explicó todo, se explayó en el esclarecimiento de sus movimientos y mostró su arrepentimiento. Manifestó su completa disposición a retirarse del negocio, aún a costa de perder tiempo y dinero.

—¿Te dijo algo de la cartera?

—Me preguntó si la había encontrado y le dije que la tenía y que, si colaboraba con nosotros, tú se la mandarías a Boston por una empresa de seguridad. Le dije que sabíamos su dirección pues estaba en la documentación.

—¿Lo entendió?

—Sí. Se quedó muy conforme. Dijo que se fiaba de nosotros. Se despidió y se marchó. Eso es todo.

—Muy bien, asunto terminado. Yo creo que la semana próxima estaré en Nueva York, así que esperamos hasta entonces y si nada ocurre le devolvemos la cartera —Fernando se sirvió otro güisqui.

—Me parece bien. No es mala persona, solo que vio la posibilidad de hacerse con unos dólares —señaló Alice.

—Podía haber ido a la policía y, mientras tanto, prefirió mantenerse al margen y sacar dinero. ¿Y qué pasó con William?

—Este es un asunto más peliagudo —Alice no sabía por dónde empezar.

—Acudió a la cita puntualmente. Y nada más verme empezó con sus preguntas sobre mi trabajo. Entre pregunta y pregunta, salpicaba sus picardías tratando de debilitar mi entereza con piropos sobre si el destino y no sé qué más tonterías —Alice explicaba la entrevista desde

la ironía y la sorna que utilizaba cuando quería.

—Espero que no derribara las murallas del castillo —Fernando daba de vez en cuando un sorbo a su copa.

—No te digo que no lo intentara por activa y por pasiva. Pero te aclaro que no lo consiguió —Alice acabó su comentario con una carcajada.

—¿En qué consistió la reunión?

—Primero, me preguntó en qué trabajaba, poniendo especial atención en la editorial en la época en que se editó la novela de tu padre. Después, pasamos a que me contara su vida y, en ese momento, es cuando me habló de que te conoció en París.

—Tuvimos una larga charla en la librería Shakespeare y luego fuimos a mi hotel a almorzar —dijo Fernando—. Es cuando me di cuenta de que algo tramaba, ya que me comentó que el diario se perdió en un tranvía y eso nunca lo afirmé. Por ello decidí, al día siguiente, cambiar de hotel y después venir a España.

—Él —continuó Alice con la explicación— estaba muy despistado en este punto. Mostró su extrañeza en que desaparecieras, así como así sin darle ninguna explicación. Según me dijo, te estuvo esperando en el restaurante Loulou. También me explicó que estabas escribiendo un reportaje sobre la Segunda Guerra Mundial.

—Pues no te dio demasiada información que digamos.

—La suficiente para saber que esconde mucho más de lo que presenta. En un momento dado le dije que tú eras el hijo del autor de la novela por la que tenía tanto interés en conocer. Era reincidente en la pregunta. Le manifesté que no te traté nada más que en una ocasión y solo unos minutos en la presentación de la novela. Es cuando él me dijo que te conoció en París y que fuisteis a comer.

—Y, ¿después de comer?

—Ahí vino el asunto —cortó Alice—. Intentó atacar directamente. Se veía que lo que quería era llevarme al huerto. Le di carrete y soltó todo lo que pudo y mucho más con la esperanza de tener el premio al final.

—¿Qué te dijo?

—Pues que después de que le diste plantón en París se encontró con un amigo de la infancia que resulta que era el hijo de Damián, la persona por la que tus padres salieron huyendo de Madrid.

—¿Te dijo el nombre?

—Te vas a caer de espaldas. Se llama Carlos.

—Vamos a ver si lo entiendo —dijo Fernando—, resulta que Carlos tiene un encuentro con William en París, que además es el hijo del dueño de la editorial y, por si fuera poco, el asesino de Antoine en Boston.

—Y para acabar de arreglarlo todo, el que atacó en la casa a John

—remarcó Alice.

—Todo un sainete de tragicomedia.

Quedaron en silencio. No se oía nada a ninguno de los lados de la línea de teléfono

—¿Estás ahí? —preguntó Alice.

—Es que me quedé atónito con lo que tenemos delante. Ya te dije que William era un tipo para no fiarse de él —Fernando apuraba el güisqui—. ¿Te dijo más cosas? —su pregunta era importante.

—Me contó que fueron Carlos y él a ver al librero que trabajaba en esa época. Era una persona mayor, pero se acordaba de todo —según me dijo William.

—¿Qué les manifestó este señor?

—Les habló de una pareja que vivía allí en la Segunda Guerra Mundial, cuando los alemanes ocuparon París. Parece que el joven murió en una emboscada y ella decidió acabar su guerra y marchar a Boston con una prima. En el bolso llevaba el diario y cuando el librero se despidió de ellos les dio un papel con la dirección Boston.

—¿Eso te dijo? —Fernando mostraba su extrañeza ante la verborrea de William.

—Sí. Como te dije, se explayó. No es que confiara en mí, sino que quería otra cosa y la única forma que vio de conseguirla era dándome información. No pensaría que fuera interesante.

—Pues nos aclaró muchas cosas.

—Y después de contar su historia, trató de cobrarse el precio. Le paré los pies, aunque no le cerré la puerta. Le dije que tenía la cita y que era ya muy tarde para empezar los devaneos amorosos. Parece que lo entendió, porque le di una segunda oportunidad para dentro de unos días. Le dije que le prepararía una comida a su gusto, con buena música y *champagne*. Para entonces tengo intención de cambiar de casa y de oficina y ya no me localizará. Tenía esta idea desde hace varios meses y ahora aceleraré los preparativos. Hace días firmé el contrato de otro apartamento a varias manzanas de aquí. Pensaba cambiarme a finales de mes, pero lo haré pasado mañana. Estaba encendido —terminó diciendo Alice con una amplia sonrisa.

—Se quedará compuesto y sin novia —echó una carcajada.

Acabaron los dos riendo del esquinazo de Alice.

—Bueno ya hemos hablado suficiente y te he contado todo. ¿Qué haces mañana?

—Llamaré al taxista para que me lleve al norte de España. Estaré dos días allí.

—Muy bien. Ya me contarás. Un beso —Alice cortó la comunicación.

— 19 —

Fernando, nada más cortar la conversación, buscó la tarjeta de Adolfo y lo llamó.

—Buenas tardes, ¿sabe quién soy?

—Su voz es imborrable. Dígame, qué se le ofrece —Adolfo estaba en el taxi sin ningún cliente, por lo que podía hablar tranquilo.

—Necesito sus servicios para mañana y pasado. Estaremos tres días fuera.

—No hay problema —contestó lo más amable que supo—. ¿A qué hora salimos?, ¿y a dónde vamos?

Dos preguntas que parecían importantes. Tendría que preparar una ligera maleta y cargar el depósito de gasolina.

—Saldremos a las nueve. Iremos al norte de España. Ya le diré.

—Pues dicho y hecho. Allí estaré.

—Gracias y hasta mañana —contestó Fernando.

El día amaneció con un cielo azul, sin nubes y una temperatura agradable, una máxima alrededor de los veinte grados, aunque a esa hora marcaba unos doce. En el norte, algo más nuboso y en ciertas zonas amenazando una lluvia ligera propia de la zona, según decía la televisión. Fernando bajó a desayunar e informar en recepción que iba a un viaje por dos días. Dejaba la maleta en la habitación. Subió después de tomar un refrigerio para lavarse los dientes, algo que solía hacer con cierta frecuencia, y recoger una pequeña bolsa de viaje con la cartera donde llevaba los documentos. Iría repasándolos en el viaje. El coche de Adolfo era muy cómodo; estaba preparado para poder estar en el asiento trasero trabajando. Nada más entrar se sentó y colocó su cartera y la tableta para poder entrar en internet a lo largo de la jornada.

Adolfo enfiló la carretera de Burgos atestada de coches que poco a poco, conforme iban avanzando, disminuían en número.

—Si le parece pararemos en el hotel Landa para tomar un café —dijo Adolfo nada más salir por la autovía.

—No lo conozco. Me parece bien su propuesta. ¿A qué distancia de kilómetros se encuentra? —preguntó con un total desconocimiento.

—Está un poco antes de entrar en Burgos. Tenemos que dar la vuelta, pues está en el otro lado de la carretera.

—Lo que usted disponga me parecerá bien —contestó amablemente — y se imbuyó en la lectura de sus documentos.

Cuando llegaron al puerto de Somosierra ya había repasado el

material de los diarios y de las notas que había tomado en Nueva York. El lugar de llegada iba a ser Espinosa de los Monteros, un pueblo de las Merindades de donde partieron sus padres al lugar donde estaba el tesoro. Volvió a releer el capítulo de la novela donde su padre describía el pueblo, sus casonas legendarias, sus conquistadores y su historia. Dormirían en el mismo sitio: la posada real Torre Berrueza, un bonito edificio de piedra del siglo XII, con una restauración tanto arquitectónica como gastronómica envidiable. Esa tarde se dedicó a pasear por sus calles, a empaparse de su ambiente, de un escenario en el que sus padres disfrutaron de su entorno y de su medio. Para Fernando era una situación a caballo entre la realidad y la ficción.

Por un lado, veía a la gente pasear, ir de un lado a otro, y, por otra, estaba recomponiendo sus sueños rotos, cerrando sus costuras y tratando de que sus heridas cicatrizaran adecuadamente. Había perdido su vida sin hablar con ellos de estas escenas, de estas páginas escritas con letra pequeña, arrebujada, precisa y concisa. Unas hojas del libro de su vida que estaban en blanco. Tenía muchas sensaciones de su quehacer vital en Brooklyn y en la universidad, pero le faltaba esa parte de su herencia, la relacionada con los años de sus padres en España. Concretamente, poco sabía del paso por esa ciudad en la que estaba ahora paseando por su empedrado, recorriendo sus rincones, sus plazas y sus palacios. De allí salieron un buen número de conquistadores. Algunos regresaron y construyeron sus casonas, de cuya muestra se estaba contagiando ahora, lo mismo que sus padres lo hicieron muchos años antes. Esto es lo que estaba entrando por sus ojos.

Al llegar a Torre Berrueza leyó el capítulo de la novela dedicado a esta ciudad. Buscó la posada en la que contaba qué habían cenado. No la encontró. En su lugar había una gran cafetería. Preguntó a unos y otros. Nadie conocía lo que estaba inquiriendo a excepción de un hombre anciano que recogía sus huesos en un rincón de la plaza. Con cara surcada de arrugas, mirada perdida en el tiempo y cigarrillo en la boca, trataba de aislarse de un mundo que ya no entendía, en un entorno contrapuesto a su modo de entender la vida. Un entorno vacío de sus valores, los que había practicado toda la vida.

A sus preguntas respondió entornando los ojos y tratando de que el recuerdo regresara a su memoria que hacía años, en efecto, había una posada que recreaba el siglo XVIII, pero que los nietos de los dueños la transformaron en esa cafetería moderna y adaptada a los tiempos actuales. Acompañó este comentario con un largo suspiro y una calada al cigarrillo que ardía entre sus dedos. Hoy los nuevos tiempos ya no respetan la historia, decía, moviendo la colilla en sus labios y mirando en derredor. Ya no entendía nada.

Fernando vio que no iba a sacar más información de este viejo pensante, reliquia del tiempo pasado. Posiblemente, sus padres, cuando pasearon por esa plaza, se encontraron con él, un joven médico que iba de un lado a otro con agilidad felina. Posiblemente, les habló y les contó detalles sobre los conquistadores, sobre la vida de los tiempos pasados y sobre los grandes palacios que salpicaban el pueblo. Posiblemente, seguiría con el cigarrillo entre los labios, con esa mirada perdida, pero con la ilusión del trabajo. Posiblemente, se quedaron extasiados ante el paseo por la plaza de Sancho García, fundador de la ciudad, o ante la contemplación del magnífico palacio de Chiloeches, construido por el marqués de la Gándara en 1600, de estilo renacentista y columnas toscanas con un bello escudo familiar en su fachada principal. Posiblemente, sus padres en su paseo por esta villa, invadida por escudos heráldicos y nobiliarios, en la que sus calles, plazas y rincones fueron testigos mudos de otros tiempos, sintieron lo mismo que él ahora. Fernando tenía el mismo sentimiento y congoja. Estaba recorriendo las huellas de sus padres y la contemplación de la Torre de Velasco, medieval, seguro de que les impactó lo mismo que a él, en estos momentos de recuerdos. El siglo XIII les contempló al igual que lo estaba haciendo en este momento con él. Más tarde la Torre de los Monteros, la de Pumarejo, la de Cantimplor, la de las Herradoras y el palacio de Fernández Villa y el de Cuevas Velasco, terminaron de cerrar sus recuerdos. Posiblemente, posiblemente… Todo cabía en el paso de los años.

Después de un largo paseo en solitario, fue a la posada a encontrarse con Adolfo e invitarle a cenar. En el hotel en que se hospedaban la gastronomía era excelente, para paladares exquisitos que lo supieran reconocer. Su conductor no sabía si era uno de ellos, pero en todo caso era una buena sugerencia que sabría agradecer.

—Si les parece les hago el menú que creo les va a encantar —decía con su mejor sonrisa el chef Juan ante la atenta mirada de su esposa Olga, que trataba de hacer que la comida de sus huéspedes fuera encantadora además de sabrosa.

—Me parece una idea genial —se adelantó Fernando a contestar pensando que Adolfo sería de la misma opinión.

—Pues entonces para empezar, unas anchoas del Cantábrico y un carpacho de hongos. Después, les aconsejaría una de las especialidades de la casa, el solomillo al foie con una ensalada de lechuga y tomate de nuestra huerta. Para terminar, un surtido de helados artesanales, y para beber un buen rioja de la viña alavesa. ¿Qué les parece? —acabó con su amplia sonrisa, uno de sus rasgos característicos que al igual que a su mujer acompañaba alegremente la cena.

—Creo que no he comido mejor en mi vida —decía un Fernando pletórico pensando que sus padres habrían estado en la misma

posición que él ahora, pero con actores diferentes. Serían los padres de los actuales.

—¿De dónde es usted? Tiene un acento ligeramente extraño —comentó Olga cuando le servía el postre.

—Soy de Nueva York, aunque mis padres eran españoles. Emigraron relativamente jóvenes. No habían cumplido los treinta años cuando se instalaban en Brooklyn. Por cierto —añadió—, hicieron el mismo recorrido que estoy haciendo yo. Quizás pienso hasta que estuvieron en esta posada.

—Posiblemente, pero no éramos nosotros. Eran nuestros padres los que la regentaban.

—Sí, claro estamos hablando de hace más de cincuenta años. Mi padre murió hace unos siete años y mi madre, hace tan solo diez días.

—Nada de esto es lo mismo y, sin embargo, es igual. El mismo sabor histórico, las mismas piedras que les contemplaron son las que ha visto en su paseo. Nada ha cambiado en su esencia, aunque sí en sus costumbres. Ahora todo es más interesado. Las personas están más seducidas por lo material. Atrae más la ostentación y el lujo que los valores.

—Es una época distinta —terció Adolfo que hasta este momento había estado callado.

—En efecto. Un ropaje diferente —señaló Olga, que observaba con atención todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. No había muchas mesas, por lo que podía entrar en conversación.

—Creo que iremos a dormir. Ha sido un día largo y para mí, pleno de emociones. Solo pensar que mis padres estuvieron aquí y vivieron estos mismos momentos es algo inenarrable que necesito madurar en mi cuarto. Mañana nos veremos en el desayuno.

Y diciendo buenas noches, se retiró. Adolfo quería dar un paseo por la plaza y echar un cigarrillo, después de esta magnífica cena le vendría como un premio.

La noche mostró sus estrellas a un pueblo silencioso. Dormía en esos momentos. Adolfo paseaba y daba sendas caladas a su cigarrillo. Encendió uno con otro durante media hora en la que pudo contemplar los reflejos de los faroles sobre los grandes muros y las bellas fachadas de los palacios. Pensaba en su suerte, en la serendipia de encontrar un turista bien agradecido que le estaba enseñando una región que no conocía. El sueño le invadió y con paso lento se dirigió a la posada. Al día siguiente conocería nuevos ambientes.

— 20 —

Alice decidió que tenía que organizar el traslado cuanto antes. Nada más terminar la conversación con Fernando se puso a ordenar los papeles en cajas y hablar con la empresa de transporte. Quedó citada al día siguiente a las siete de la mañana. No tenía muchos muebles, por lo que calculaba que en cuatro horas estaría todo terminado. La semana anterior ya había trasladado la oficina con los documentos de la editorial. Solo le quedaba por trasladar el salón, el dormitorio, la vajilla y la ropa personal.

El nuevo apartamento era más grande y tenía dos áreas perfectamente diferenciadas, por lo que la parte dedicada a oficina no tenía ninguna relación con la parte privada. Podían coexistir las dos sin ninguna interferencia. Lo que tenía claro es que William, cuando acudiera a su antigua casa, no debería encontrar ningún mueble ni datos de la persona que habitaba allí. El único problema que se le planteaba era el teléfono. Decidió ponerse en contacto con la compañía telefónica para bloquear el número de William así, cada vez que llamara, aparecería una voz que diría qué ese teléfono no existía.

Al medio día ya tenía el nuevo apartamento prácticamente ordenado. Llamó al arrendatario y le comunicó que había dejado libre la casa, de acuerdo a la conversación de la semana pasada, y las llaves debajo del felpudo. Estaba contenta. Lo había preparado todo en poco tiempo. Decidió tomar un *gin tonic*. La decisión fue un sufrimiento pues tardó más de quince minutos en encontrar una copa, y otros tantos en encontrar las botellas. Se acordó que puso dos botellas de tónica en la nevera y eso la salvó. Tenía ganas de contárselo a Fernando y le llamó al móvil. Le encontró en el taxi camino del norte de España.

—¿Qué haces? —preguntó con la voz mohína que tenía cuando hablaba con él.

—Voy en el taxi. ¿Cómo estás?

—Ya me he cambiado de casa. Empecé esta mañana a las siete y a las once ya lo tenía todo más o menos colocado.

—Muy poco tiempo.

—Ya te dije que en días pasados había trasladado la editorial y algunos muebles. Tenía el trabajo bastante avanzado. En esta fase trasladé los muebles del salón y dormitorio principalmente.

—¿Qué pasos crees que dará William cuando no te encuentre en la casa?

—No tengo ni idea. Tratará de llamarme a todas horas. El teléfono no contestará por lo que se pondrá muy nervioso. El único contacto que tiene con este asunto era tú y yo. Carlos está en la cárcel; tú, en París, y yo me cambié de domicilio.

—Nada le sale bien —concluyó riendo desde el taxi—. Voy al lugar que recorrieron mis padres cuando vinieron en busca del tesoro.

—¿Dónde es?

—Es un sitio cerca de una ciudad emblemática que se llama Espinosa de los Monteros. Es un conjunto kárstico conocido con el nombre de Ojo Guareña. Allí parece que está el final del trayecto. Corresponde a la Merindad de Sotoscueva.

—¿Qué es lo que hay allí?

—Un conjunto de galerías, simas y ríos subterráneos que tienen su origen en el paleolítico y que actualmente son monumento natural. Es una de las cuevas más grandes del mundo, ya que la parte que se visita es pequeña en relación con toda la extensión del conjunto. Junto a la Cueva de Palomera está una preciosa ermita que se conoce como de san Tirso y san Bernabé. El recorrido es de 2,5 kilómetros, pero como te digo es una pequeña parte del total. Un detalle curioso son las pinturas murales de gran belleza que se remontan al año 1705. Narran la vida y los milagros de san Tirso y san Bernabé. Cuenta la leyenda que en la época de los celtas un príncipe se introdujo en la cueva persiguiendo a una hermosa pastora y al no encontrar la salida murió dentro de ella.

—Muy emocionante. Veo que te has informado convenientemente.

—Voy leyendo en el taxi. Además, en el libro que escribió mi padre hay suficiente explicación sobre esta parte de la novela.

—Ya me acuerdo de cuando lo leí. Lo voy a volver a leer, si lo encuentro entre todas las cajas que tengo sin abrir —expuso Alice—. No sabes la pereza que me da empezar con esta organización. Tengo para toda la semana. Así que trataré de no salir, lo cual es una ventaja para que no tenga la oportunidad de ver a William.

—Pasar una semana encerrado es una delicia de la que nunca pude disfrutar.

—Pues te lo aconsejo. Yo lo hice en alguna ocasión, cuando me llegaban dos o tres manuscritos para publicar, y tenía que dar una respuesta a los autores en un tiempo prudencial.

—Hay algo que le estoy dando muchas vueltas aquí en el taxi. Me refiero al detalle de la encina sagrada. Mi madre en sus últimos días me hablaba de este árbol y de la relación que tenía con el tesoro enterrado.

—¿A qué te refieres?

—Los celtas pensaban que de acuerdo al día de nuestro nacimiento estábamos ligados a un árbol específico que nos iba a dotar de

virtudes y espiritualidad. Según sus creencias, las deidades menores habitan en el interior de los árboles. Cuenta la leyenda que Zeus meditaba debajo de ellos —Fernando seguía con su idea sobre el lugar que visitaron sus padres.

—Qué curioso es todo lo que me cuentas.

—Pues te voy a decir algo. Mañana haré esta visita a Ojo Guareña y es 11 de junio.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Pues que ese día se celebra la romería de san Bernabé. Pero también es el día que posiblemente nació Alonso de Alvarado, esto lo tengo que investigar, pero lo que sí tengo claro es que es el día que nació mi padre.

—Muchas casualidades —dijo Alice.

—El destino me trae a mí aquí por algo, y eso es lo que tengo que ver. Alonso, según la novela de mi padre, tenía la preocupación de lo efímera que es la vida y deseaba perdurar lo más posible. En este contexto es cuando decidió enterrar su fortuna y no un día cualquiera, sino el de su nacimiento. Eligió la encina, pues sabía que los druidas la adoraban y que sobre ella crecía el muérdago, que era su piedra filosofal. La utilizaban para sus dolencias y ritos mágicos alrededor de ella. Por todo esto es por lo que sospecho que es aquí donde está el secreto. El culto a los árboles son mitos de muchas culturas —sentenció con aire profesoral—. Los druidas eran los sacerdotes celtas que vivían en Britania y en la Galia y que gozaban de conocimientos relacionados con la medicina, astronomía y predicciones futuras. A veces dirimían situaciones de confrontación entre las personas que componían la tribu. Tenían un gran poder y sabían ejercerlo —su verborrea no tenía límites.

—Yo he leído que las montañas, los ríos y los valles eran sagrados y se relacionaban con la simbología de la encina. La cultura celta sintetiza los saberes más ancestrales que derivan de tracios, etruscos, cananeos, hebreos y fenicios, es muy completo su saber —comentó Alice—, es una sociedad basada en la observación de las estaciones y plantas, así como en los cambios astrológicos. Es una cosmovisión de la naturaleza, una metafísica basada en los árboles.

—En este caso, de la encina —sentenció Fernando.

—Pues ese será tu primer trabajo: encontrarlo —añadió Alice.

—Puede que tengas razón; estoy de acuerdo en que lo importante será ver lo del árbol sagrado y, casi con seguridad, al ser una romería la ceremonia alrededor del árbol se hace desde tiempos inmemoriales. Esto es lo que quiero ver mañana —Fernando había leído mucho, desde que tuvo los documentos en su mano, y quería exponerlo todo en poco tiempo.

La «druida» viene de la palabra *der*, que quiere decir encina o roble,

ya que este árbol canaliza la energía necesaria para transformarse —avanzó Alice que había leído algo en algún manuscrito y no quería quedarse atrás.

—Mi madre me habló de la encina sagrada. Insistía mucho sobre este particular.

—Los dos puntos esenciales de esta película son los de la encina y la fecha del 11 de junio. Tiene que haber alguna relación —Alice no quería cortar la conversación.

—Ya te contaré lo del 11 de junio. Tiene que tener una explicación que aún no he llegado a comprender. El destino me ha traído aquí este día y eso debe ser por algo. Te llamaré después. Vamos a parar a tomar un café.

—Estudia la vida de Alonso de Alvarado, algo tiene que haber relacionado con esa fecha —terminó de hablar Alice—. Luego hablamos.

*****

William no paraba de dar vueltas a la razón por la que no había nadie ni ningún mueble en la casa. Se encontró con el arrendador que estaba colocando unas luces. Era media mañana. Un tipo ligeramente encorvado con una barba rala, con una mirada heteróclita, zaína, hipócrita, le recibió en el descansillo de la puerta de entrada.

—¿No está Alice? —preguntó extrañado y totalmente confundido por encontrarse una casa totalmente vacía.

—Ya no vive aquí —contestó lacónicamente.

—Estuve hace unos días aquí y ahora veo que no hay nada ni nadie, ni siquiera los muebles de la casa.

—Ya le dije que no vive aquí —insistió un punto molesto por tanta insistencia—. Se marchó hace unos días.

—¿Puedo saber qué día?

—Exactamente, cinco.

Se quedó pensativo. Pensaba que justo hacía seis días estuvo en esa casa a punto de pasarse por la piedra a Alice y ahora había volado. Insistió de nuevo.

—¿Sabe dónde ha ido?

—No lo sé. No me dio ninguna dirección. Acabó su contrato, pagó y ya está terminado el negocio.

—¿Pero no dejó una carta, una dirección a dónde mandar las cartas que pudiera recibir?

—Nada de nada. Se esfumó.

—Está bien. Si vuelve, ¿quiere darle esta tarjeta?

—Por supuesto, aunque no creo que la vea. Llevaba alquilada aquí unos años y terminó su contrato y se fue. Eso es todo.

El hombre se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Y, ahora, si no se le ofrece nada más, debo continuar con mi faena. Tengo muy poco tiempo.

—Muchas gracias. Hasta otro día.

William se dio la vuelta y cruzó la calle para tomar un café en el bar donde se encontró con ella. Allí permaneció un buen rato, pensando en qué es lo que había ocurrido. No podía comprender que ella hubiera desaparecido y se la hubiera tragado la tierra. Hace un día parecía que estaba entregada y ahora no sabía dónde estaba ni tenía posibilidades de saberlo.

El camarero le sirvió dos cafés en el tiempo en el que estuvo sentado mirando por el cristal. Desde el lugar donde estaba se podía entrever la entrada de la casa. Al cabo de un rato salió la persona con la que estuvo hablando. Dejó la puerta abierta. «Iba a volver, seguro», pensaba mientras pagaba la consumición. Decidió entrar rápidamente y echar un vistazo por si veía algo que le aclarara la situación. Subió las escaleras con miedo, pero como vio salir al casero estaba seguro de que no había nadie. Entró en el salón que estaba limpio de muebles. En el suelo, una bombilla que era la que había cambiado el dueño y unos papeles de periódico. Los cogió. Hablaban del asesinato de Boston; la noticia estaba enmarcada con lápiz. Cosa curiosa. Parecía que era algo que le interesaba. En la conversación no dijo nada acerca de este hecho. El cuarto contiguo debía de ser el que utilizaba de despacho. Cuando estuvo, no tuvo oportunidad de entrar en él. Solo se quedó en el salón, donde le sirvió la copa y estuvieron hablando. En un rincón había más periódicos y todos con la noticia de Boston. En ellos aparecían las iniciales C. G., que claramente correspondían a Carlos Gómez. Todas las crónicas estaban subrayadas y con notas en el margen. Uno de ellos era más explícito y se atrevía a aventurar que era español, que había entrado en el país hacía dos días y que el puñal que había clavado en el pecho tenía algunas huellas que le incriminaban. Después, pasaba a explicar los datos del muerto. El hijo de un matrimonio que luchó en la resistencia francesa. El padre murió en el ataque a un pueblo francés, Oradour, y la madre en esas circunstancias vino a este país a encauzar su vida.

«Decididamente, este tema llamaba su atención primordial», pensaba mientras daba alguna vuelta más por la casa. En el piso superior, en lo que bien podía ser el dormitorio, encontró un cuaderno con datos sobre Carlos, quién era, de dónde venía y demás referencias sobre su vida. Terminaba con la nota de que era el hijo de un tal Damián que tenía una editorial en España y que conocía mucho al padre de Fernando. Concluía la reseña con el comentario de que los padres de Fernando huyeron rápidamente y vinieron a este país. William ya lo tenía todo claro. Le faltaba la última respuesta: ¿por qué

estaba en la casa cuando él la atacó por detrás? ¿Qué buscaba? ¿Había quedado con el tipo que se encontró desmayado? ¿Tenía alguna relación con el asunto? Si esto era así, no era un vagabundo cualquiera, aunque la explicación que dio nunca le convenció. Debía de haber algún hilo conductor entre ambos, pero no podía imaginarse cuál. Lo que estaba meridianamente claro era la relación entre las reseñas periodísticas y su entrada en la casa.

Ya no tenía nada que hacer. Cogió los papeles que encontró, los introdujo en su cartera de mano y salió antes de que el casero pudiera regresar a terminar su trabajo y cerrara la puerta. Fue caminando por la acera sin volver la vista atrás. Durante el camino pensaba lo que tenía que hacer, debía tomar alguna decisión, pues Alice le había dado el esquinazo.

La llegada a Ojo Guareña fue impresionante. Adolfo se quedó abajo y solo Fernando subió a la entrada del santuario de san Tirso y san Bernabé. Entró en la cueva Palomeras y después en la ermita, pudiendo ver las escenas de los santos pintadas en la pared. Allí estaba plasmada la pasión y el martirio de san Tirso, así como su vida y milagros a lo largo de todo el perímetro de la ermita. Escenas que datan de 1705 y que dada su calidad y años de antigüedad no dejan fotografiar para no estropear las pinturas. Pasó buena parte de la mañana deambulando por el entorno. Era el día 11 de junio, el día de la romería, y poco a poco se acercaban los habitantes de los pueblos cercanos a celebrar su día. La romería de san Bernabé se realizaba en la puerta de la ermita y había sido declarada de interés turístico de Castilla y León en el año 2000. Antiguamente, los concejos de la Merindad se celebraban al aire libre, en torno a la encina sagrada, pero en 1616 se trasladaron a la Ermita de san Tirso y san Bernabé. Desde siempre ha habido una relación con los ayuntamientos. Hoy día, la sede del ayuntamiento de Sotoscueva se encuentra en el salón plenario junto a la entrada de la Cueva.

Fernando vio que la romería arrancaba de la encina sagrada donde nombraron el Carbonero Mayor, lógico en una tierra de encinas y robles. Después, la población se dirigió hasta la campa de la Ermita donde se iban a celebrar los festejos. La danza y la música eran la base de la alegría que derrochaban estas personas. «Mis padres estuvieron aquí», pensaba Fernando mientras miraba con una amplia sonrisa el espectáculo que tenía ante sí. Era un 11 de junio. Un día de calor en el que se adelantaba el verano, que se acercaba a pasos agigantados y mostraba toda su fuerza.

Ya tenía una idea del porqué Alonso de Alvarado eligió esta fecha para su proyecto. Ese día en el año 1700 había fallecido su hijo y un año después, su mujer. Para él eran fechas muy señaladas, pero la serendipia tenía sus secretos ya que ese día nació él en un pueblo de Extremadura.

Fernando llegó a esta conclusión el día anterior en la habitación de Torre Berrueza. Estudió con detalle la vida de Alonso. Sus padres conocían estos detalles, ya que la visita la programaron para este día. Él tendría que esperar a que acabase la romería para investigar la zona. Se acercó a la encina sagrada y la abrazó. Cuenta la leyenda que quien abraza un árbol de esta categoría recibirá su espíritu y su

influjo. Fernando no quería quedarse fuera de este sortilegio. Creía mucho en ello por lo que se abrazó con fuerza durante unos segundos. Al tiempo que lo hacía pensaba en su mujer Loise y sus hijos, en sus padres que con toda seguridad hicieron lo mismo. Ellos vivieron un mundo donde todo era posible y ahora Fernando recorría los pasos que dieron más de medio siglo antes. Ese era su proyecto, su idea, cuando semanas atrás, en un día triste en el que las paletadas de tierra sonaban con una cadencia desconsolada, se prometió que algún día trataría de conocer lo que sus padres vivieron y lo que realizaron en otro país, y en otro mundo. Se había dado cuenta tarde. Necesitó que ambos hubieran desaparecido para decidir que, aunque tarde, intentaría conocer esta parte de su historia que le explicaron en pequeños trazos. Nunca fue un capítulo completo lo que le contaron sino, más bien, escasas imágenes, pinceladas aisladas, comentarios limitados que hacían imposible conocer una historia sólida y completa.

Fernando pensaba, pues lo había hablado alguna vez con sus amigos, que muchas veces, por no decir siempre, los hijos no conocen la historiografía de sus padres, lo que ellos vivieron y sintieron. De pronto, ven cómo ellos han desaparecido y no han podido conocer ciertos años de su vida. Generalmente, esto sucede cuando se cumple la cuarentena y tus padres han desaparecido. Ahora, ya era tarde para entrar en estos capítulos desconocidos, pero al menos trataría de conocer parte. No sería el libro completo, sino algunos apartados; su conocimiento le haría comprender la biografía con más profundidad. Serían pequeños esbozos aislados, bosquejos de una vida que marca a los hijos dotándoles de la energía que desarrollarán en un futuro para realizar sus planes. Ahora, estaba en esta fase de su vida, recorrer el camino andado por ellos.

Esperó a que la tarde desmayara, a que los últimos vestigios de la romería desaparecieran y, en definitiva, a que no hubiera nadie en la campa. Parecía que esto no lo iba a conseguir, pues estaban preparando danzas y música por lo que decidió regresar a Espinosa y volver al día siguiente a primera hora. Bajó y se encontró a Adolfo dormido dentro del taxi. La verdad es que era lo normal, habían pasado cinco horas desde que le dejó. Le despertó suavemente y le dijo:

—Regresemos al pueblo; mañana volveremos para ultimar algunos detalles.

En su mente deambulaban pensamientos sobre la decisión de si iba a desenterrar el tesoro o no. Su madre, en el lecho de muerte, le informó de ello, pero le dejó a su libre albedrío la resolución de extraer la fortuna. Esta noche en la soledad de su habitación tomaría la determinación. Tenía que ir paso a paso. Ahora lo que procedía era

ir a comer algo, pues llevaba varias horas en ayunas.

En el pueblo estaba todo cerrado. Era muy tarde, por lo que decidieron ir al restaurante de Torre Berrueza. Habían cerrado también, pero su amabilidad les hizo abrir de nuevo antes de la cena y prepararles algo. Por la tarde dieron un largo paseo entre palacios y casonas de indianos. Un bello espectáculo al que Fernando no estaba acostumbrado. Después, se sentaron en uno de los bancos de la plaza junto a un viejo del lugar que, con cigarrillo en boca, les saludaba alegremente.

El anciano estaba aburrido y tenía ganas de conversación. Fernando no desaprovechó la oportunidad que se le presentaba. Sabía que estos individuos tenían un ingenio y una gran experiencia acrisolada en los años; una tertulia con él le sacaría de su letargo intelectual; una persona en la que el tiempo había marcado surcos en la cara y en los pliegues del cerebro. El cigarrillo se movía acompasadamente con su palabra, pero con la característica que no se caía por mucho y rápido que hablara. Era de cuerpo enteco, nariz afilada, aquilina, mirada lejana, como evanescente y abstracta y palabra asertiva. Hablaba con la sabiduría de los años y de vez en cuando se limpiaba las manos en su pantalón de pana. Más que limpiaba, las restregaba en un movimiento armonizado con su tabaco, ya que los cigarrillos los liaba con una facilidad pasmosa. Sacaba un papelillo de un pequeño estuche, depositaba una cantidad medida de picadura y con una habilidad a prueba manejaba el pitillo depositando con la lengua una consumida saliva que en parte quedaba en su comisura y en parte en el papelillo blanco.

—Como ve usted, aún no me ha salido la hoja roja —dijo a Fernando con una amplia sonrisa—. Miguel Delibes tendrá que esperar.

—¿Quién es Delibes?

—No me diga que no lo sabe. Uno de nuestros grandes escritores.

—¿Y qué tenía que ver con lo de la hoja roja?

—Muy sencillo, cuando nosotros, los viejos, liamos los pitillos con estas hojas blancas y sacamos una de color rojo quiere decir que ya estamos llegando al final. Yo todavía no la he sacado.

—Me alegro mucho.

—Lo que hago es que cuando veo que se acerca el final del estuche, lo tiro y compro uno nuevo. Así no me sale nunca —la sabiduría del viejo en todo su esplendor.

—Es un buen truco —afirmó Fernando riendo.

—Usted debería hacer lo mismo.

—Yo no fumo.

—Pues entonces utilice otro símil.

—¿Por ejemplo?

—Los pasos que da al cabo del día. Cuando estos bajen un 20% y se canse, es que le está apareciendo la hoja roja —indicó con una ligera sonrisa.

Fernando se quedó pensativo. No solía andar. En distancias largas era su chófer quién le llevaba.

Era una persona con sorna, con sentido del humor que sabía administrarlo a lo largo de una conversación. Cuando lo hacía, miraba al horizonte con una visual perdida en el tiempo, como sin dar importancia a lo que decía y hacía. Si era pertinente, después de un comentario de este tenor, liaba otro cigarrillo.

—¿Cuántos pitillos fuma al cabo del día?

—Los que se tercien. Depende del acompañamiento. Si este es bueno, fumo más. Una buena compaña es fundamental para ello.

—¿Entonces puedo concluir que nuestra presencia es oportuna?

—Pues usted verá. Ya sabe que los momentos de felicidad aumentan más la liberación de endorfinas.

—¿Qué es eso?

—Las endorfinas representan lo que es bueno para la salud, el bienestar y la armonía, y también para el mantenimiento de la especie: el amor, el sexo, la lactancia, comer. Son proteínas responsables de la creación de vínculos, ya sean amorosos, amistosos, familiares o sociales —dijo con aire profesoral.

Fernando estaba entusiasmado con las enseñanzas de esta persona. Sabía, como médico, lo que eran las endorfinas, pero necesitaba conocer si el viejo conocía lo que estaba diciendo. Ante su respuesta se quedó asombrado. Primero, Delibes y, ahora, endorfinas. Un auténtico descubrimiento de la cultura popular.

—Estoy asombrado. ¿Cómo sabe esto? —se atrevió a preguntar.

—¿Es qué no lo debía saber? —se atrevió a contestar en plan gallego.

Adolfo, mientras tanto, asistía impávido a este juego de palabras, a este malabarismo intelectual. El viejo hizo como si no hubiera escuchado la pregunta y lanzó su mirada al vacío de la plaza.

—¿De dónde son ustedes? —preguntó a manera de respuesta.

—Yo soy de Estados Unidos; mi amigo, de España —contestó Fernando al tiempo que hacía por sentarse junto al lugareño.

—¿Y qué hace tan lejos? —pregunta obligada, ya que su mundo se extiende de un lado a otro de la plaza. Su confín era pequeño, aunque su corazón era grande.

—Mis padres eran de esta tierra. Bueno, de Madrid —corrigió Fernando—, aunque se fueron bastante jóvenes a Estados Unidos. Allí se casaron y rehicieron su vida.

—¿Y qué le trae por estos andurriales tan apartados?

—Recorriendo parte del camino que hicieron mis padres.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace mucho tiempo. A lo mejor usted estuvo con ellos.

—Recuerdo una pareja de madrileños que vino por aquí con la idea de ir a Ojo Guareña —el viejo entornaba los ojos para dar más fuerza a su memoria—; con ellos tuve oportunidad de almorzar.

—¿Es verdad lo que me está contando? —Fernando arqueaba las cejas en un movimiento nervioso.

—¿Cómo cree que lo estoy comentando si no? Era una pareja joven, bien agraciada que hacían muchas preguntas. De eso me acuerdo bien.

Fernando no daba crédito. «¿Las imágenes eran reales o eran una proyección de mis propios pensamientos?», pensaba. Estaba hablando con la memoria viva del pueblo. No era un viejo normal. Tenía un nivel cultural alto. Sabía de lo que hablaba; lo hacía con un conocimiento profundo de lo que decía. Ese banco donde se sentaba todas las tardes era su universidad su contacto con el mundo exterior. Allí aprendía cada día las enseñanzas de la vida. Su experiencia, acrisolada con los años, pivotaba a diario en ese banco. Encendió otro cigarrillo.

—Fuma mucho —se atrevió a afirmar Fernando—. ¿Qué preguntaban? —continuó su afirmación con una pregunta.

—De todo. Estaban interesados en conocer la tradición de este pueblo, los conquistadores, la historia de Ojo Guareña. Este punto es el que más les importaba.

—¿Cuánto tiempo estuvieron con usted? —estaba interesado en todo lo concerniente al encuentro con el viejo del lugar.

—No mucho. Me hubiera gustado más, pero tenían prisa. Yo como ve no la tengo. Dejo pasar el tiempo a mi lado sin intentar atraparlo. La gente pasa por delante de mí corriendo.

—Buena reflexión —concluyó Adolfo que no hablaba y solo escuchaba.

—Me llamó la atención —lo recuerdo como si hubiera sido ayer—, los comentarios que hacían sobre la conquista y sobre un tal Alonso de Alvarado. Era un personaje sobre el que incidían reiterativamente. En especial ella. El hombre era renuente a estos comentarios y en alguna ocasión se lo dijo a ella. El interés no era compartido y enseguida me di cuenta. Había algo que querían ocultar.

—Buena memoria tiene usted —comentó Fernando—. Ya me gustaría tenerla igual —expresó con un deseo contenido.

—Si hubiera tenido que aprenderse esos grandes tratados de anatomía ¿qué cree usted? —contestó dando una gran chupada a su cigarrillo y expeliendo el humo en suaves volutas.

—Entonces, ¿es usted médico? —arqueaba las cejas al preguntar.

—Sí. El médico titular de este pueblo. No sabe lo gratificante que es. Todo el mundo te conoce, te saluda y te quiere. He visto nacer a

muchos de los que pasan por delante de mí y, también, morir a otros que ya no pasan —dijo con un gesto de pena.

—Yo también soy médico —afirmó con fuerza y con una amplia sonrisa de camaradería.

—Ya me había dado cuenta.

—¿Y eso?

—Ciertos detalles de su conversación, de sus manos al hablar. En fin, es algo innato que llevamos en la sangre. A ambos lados del charco somos iguales —dijo con ironía—, salvando la distancia de los años.—Y ¿por qué fuma tanto siendo médico?

—Llevo toda la vida haciéndolo. Si he llegado a esta edad, no creo que por cambiar de costumbres consiga mejores resultados.

La enciclopedia del viejo médico era ingente. Tenía respuestas para todo y muchas de ellas con una carga de experiencia importante.

—Me gustaría que me hablara más de mis padres, si se acuerda — comentó Fernando que estaba disfrutando de la conversación.

—Poca cosa más. Estuvimos almorzando. Yo en esa época era muy joven y comía mucho. Teníamos una edad parecida y congeniamos y, aunque fue por poco tiempo, sí que me di cuenta de que ellos tenían un secreto que querían guardar en su intimidad.

—¿Cómo se dio cuenta? —enarcó las cejas.

—Hablaban y hablaban sin freno, pero cuando llegaban a un punto, se paraban y cambiaban de tema. Esto era muy visible, incluso para un sencillo médico de pueblo. Ya sabe que las evidencias aportan certezas y esto es lo que intuí. Aunque él me comentó que era escritor y quería informarse, algo había detrás que le delataba. Nunca lo supe a ciencia exacta, ya que desaparecieron al día siguiente.

—En efecto era escritor. Publicó un libro nada más llegar a Estados Unidos que tuvo mucho éxito. Hablaba de este pueblo y de Ojo Guareña. Por eso he querido venir pues estoy siguiendo sus huellas, el rastro que dejaron.

—Me gustaría poder leer este libro. ¿Hay alguna posibilidad de ello? —preguntó con sumo cuidado.

—Tengo un par de ellos en la habitación. Si quiere que mañana almorcemos tendré mucho gusto en obsequiarle un ejemplar.

—Le quedaré muy agradecido. El almuerzo me servirá para recrear de nuevo la cita con sus padres. El destino es reiterativo y nos pone muchas veces ante el espejo. Es necesario no olvidar la historia.

Una filosofía del hombre que ha vivido una serie de experiencias continuas en su largo periplo vital y trata de extenderla a todas las personas con las que se pone en contacto.

—Se está haciendo tarde. Creo que debemos retirarnos a dormir — comentó Fernando.

—Estaba tan bien con ustedes que el tiempo pasa rápido. Como la

vida —concluyó con un suspiro, mientras se levantaba—, mañana nos vemos en este mismo banco —comentó son sorna—. A las dos de la tarde, si les parece.

—Por supuesto. Aquí estaremos. Buenas noches.

El viejo volvió la cabeza para despedirse mientras se iba en dirección contraria.

—Vivo aquí cerca, en la esquina, aunque en este pueblo todo está muy próximo —fueron sus últimas palabras antes de retirarse.

Fernando se quedó mirando cómo, con paso renqueante y ligeramente claudicante, se perdía por los rincones de las callejas que rodeaban la plaza. Era el pasado olvidado entre la niebla del tiempo.

— 22 —

Fernando al día siguiente madrugó. Llamó a Adolfo a su habitación y le citó en el desayuno. Quería visitar temprano la encina sagrada, ya que había quedado con el anciano médico para almorzar. Era un libro abierto. Su conversación clara, limpia, cristalina, rememoraba el agua de un manantial que fluye serena y cálida. Así le supo la conversación de la noche anterior. Aún continuaba el regusto de la misma, un paladeo suave al espíritu que desempolvó unos sentimientos abrigados en el pasado.

El hecho de que muchos años atrás hubiera coincidido con sus padres era de una especial significación que sonaba en sus oídos como una endecha tocada en la noche estrellada de una plaza amiga. Había perdido la esperanza de obtener manifestaciones vivas de la presencia de sus padres en este lugar y, de pronto, aparece sentado en un banco la figura inconmensurable de un paisano que, aparte de ser una enciclopedia viviente, es protagonista de unos acontecimientos que Fernando tenía abismados en su cerebro y en las páginas de un libro. Todo de repente, como una tromba, sin dar posibilidad para encauzar y reflexionar tanta información, tantas sensibilidades desbocadas, simplemente, por unas frases aisladas, sobrevenidas al albur de casualidades.

Pasó una noche pensante. No podía dormir. Se levantó varias veces. Era ya de madrugada cuando decidió que no volvería a la cama y tomó el libro de su padre. Llevaba dos ejemplares. Uno se lo había prometido al viejo de la plaza. No sabía su nombre, no sabía su vida, solo sabía que era médico y que muchos años antes tuvo una larga conversación con sus padres, de la misma manera que la tuvo con él.

Tomó una pluma y escribió su pequeña dedicatoria, su aportación al sentimiento de una noche de verano en una plaza perdida de un pueblo extraño, muchos años después: «En recuerdo a un tiempo pasado en el que se cruzaron mis padres con la figura viviente de una historia. Con afecto desde el ayer y el hoy». Así de sencillo y así de real. Con ello quiso dejar testimonio efectivo de una espléndida noche donde los sentimientos, a ambos lados de Atlántico, navegaron hasta que se encontraron.

Después del desayuno, Adolfo, al mando del volante del taxi, tomó la dirección de Ojo Guareña. Fernando vio el entorno de manera distinta. Esta vez lo vio con los ojos de sus padres. El viejo de la plaza le enseñó a hacerlo de esta manera y él aprendió pronto. No era el día

once de junio. Era el doce y la campa estaba regada de papeles y botellas de la noche anterior. Una romería con toda su fuerza, con toda la magnitud que el pueblo sabe desarrollar. Paseó en un prado estragado, sucio, maloliente. Se necesitarían varios días para limpiarlo y tener de nuevo su vestido verde que tanto gustaba a las visitas. Pero eso no le importaba, solo quería llegar a la encina sagrada, abrazarla y recibir su espíritu, su mensaje, el influjo que emanaba de su contacto.

La zona alrededor de la encina estaba limpia. Daba la impresión de que nadie se atrevió a ensuciar el entorno alrededor de ella. La respetaban como si fuera algo mágico. Fernando la rodeó con sus brazos, apoyó su cara al tronco como en un abrazo al padre o la madre. Ellos estaban allí abrazándole, respondiendo a su cariño, dándole su apoyo a través de los años, a través de su influencia biológica. Nunca le abandonaron. Ahora comprendía cuántos silencios, cuántas amarguras llevaron en sus maletas desde España a Estados Unidos.

Allí, en Brooklyn, callaron, solo recordaron y él no supo entresacar de ellos esta pena, este dolor y aflorarlo a la superficie. Todos lo enterraron, ellos por desengaño y él, por inconsciencia. Sus años de juventud estuvieron marcados por la desilusión y el amargor de sus padres por haber tenido que dejar la tierra en la que nacieron, el país que los vio crecer. Pero lo llevaron con resignación ante la visión incrédula de su hijo que no sabía explicar ciertas miradas y evidentes ausencias de palabras. Durante toda su vida llevaron la mochila con las piedras que trajeron de España.

Fernando en un movimiento dulce depositó unas flores que arrancó en el sendero de subida a la campa. Cuando las dejó junto a la encina, volvió a abrazarla y notó un mensaje diferente. Era más cálido, más espiritual. Pensó que era la señal que sus padres imprimieron a la encina y que ahora entraba en su cuerpo, en su mente. Lo estaba recibiendo. Lo necesitaba para comprender muchas cosas que durante su juventud y madurez no había comprendido en su plenitud.

Su padre murió un día nublado, en un triste invierno. Se fue rápido, en silencio, con la mano cogida a su madre. Ahora sí que lo entendía, era la encina la que los guiaba, la que los mantenía unidos en esa hora final. Se encomendó a Dios y cerró los ojos. La encina los unió y los llevo a un lugar eterno donde viven los santos. Fernando pidió a la encina que algún día recibiese también ese influjo, ese misterio. El arcano aparecía de nuevo para apoderarse de él. Había comprendido su mensaje, sabía que tenía que volver a Nueva York, reiniciar una vida nueva con su familia, entregar a sus hijos esta señal, este mensaje que expelía el troco. Algún día vendrían a este lugar, abrazarían la encina como había hecho él y, a través de ella, recibirían el influjo y comprensión como le había ocurrido. Lo transmitirían a sus hijos de

generación en generación. El fuego místico no se acabaría nunca. Perviviría a través de los siglos. El arcano no se interrumpe, se transforma de persona en persona, de tiempo en tiempo, de lugar en lugar, pero siempre es el mismo. Su misterio invade el entorno, te rodea y te atrapa. Esto es lo que le sucedía.

Se sentó junto al árbol, con la espalda apoyada en su tronco, necesitaba momentos de reflexión. Había ido en busca de un tesoro. Sabía con seguridad que estaba sentado encima de él y no discernía qué decisión tomar. Para encontrarlo se había provisto de una pala. El lugar exacto estaba en las notas de su padre. No sería muy complicado encontrarlo. Era una hora temprana y la maniobra no le llevaría mucho tiempo. Aún no sabía lo que haría.

Cavó sin parar durante media hora. Al cabo de ese tiempo notó algo duro, metálico. Era el baúl enterrado. Nervioso, excitado, cavó cada vez más deprisa hasta que puso el cofre en la superficie. Lo abrió. Estaba lleno de monedas de oro de siglos pasados y de joyas de gran belleza. Se levantó tambaleando por lo que había encontrado y se acercó a la encina. La abrazó de nuevo y recibió su mensaje. No debía aprovecharse de ese dinero. Lo entendió perfectamente. Tomó varias bolsas de monedas de oro y un collar de esmeraldas y cerró el baúl. El resto para quien, dentro de muchos años, recibiera el mensaje de la encina. Quizás sus hijos. La parte que tomaba la emplearía en caridad. Había unas instituciones en Nueva York que necesitaban ayuda económica. El dinero obtenido con la venta de las monedas y de las joyas serviría de gran ayuda para este lugar regentado por unas monjas. Volvió a enterrar el baúl. Lo cubrió de tierra. Nadie pensaría que se había removido el suelo.

Casi ya dispuesto a marcharse, abrazó de nuevo la encina y absorbió el nuevo mensaje: había actuado correctamente. Sus padres hubieran hecho lo mismo. Emplear parte de la riqueza en ayudar a los necesitados, a las personas de caras invisibles que caminan por la calle, y a esa fundación de monjas que servían cientos de comidas cada día. Dejar el cofre para quien dentro de muchos años recibiera la llamada de la encina era cosa obligada. Se cumplió la voluntad de Alonso de Alvarado. A través de la encina y del tesoro, la especie perviviría muchos años.

Después de un tiempo apoyado en el tronco y dedicado a la reflexión Fernando había cumplido con su proyecto: recorrer los pasos de sus padres y encontrar la encina sagrada. Ambas cosas estaban concluidas por lo que nada le ataba ya y debía cumplir con el regreso. Era más allá del mediodía. El sol empezaba a calentar. Estaba citado con el viejo del lugar. No lo había olvidado. En la cartera que dejó en el coche estaba la novela. Era el último nexo que le quedaba por hacer: pasear por las páginas de la vida de sus padres con esta

persona.

Eran las dos de la tarde, según marcaba el reloj de la plaza, cuando Fernando llegó hasta el viejo del lugar. No sabía su nombre, ¿para qué? Solo le interesaba su mensaje. Adolfo se fue al hotel a descansar. No quería almorzar con ellos. Prefirió dejarles en la intimidad de la despedida.

—¿Cumplió ya con su deseo? No debe salir de este pueblo sin haberlo cumplido —sentenció con sus sabias palabras.

—Todo está hecho. Nada quedó sin hacer —insistió al tiempo que sacaba de la cartera la novela—. Mi padre me dio esto para usted.

—Siempre supe que vendrían. Que algo les quedaba por terminar y esto era que usted recibiera el mensaje de la encina y yo el libro.

—¿Cómo sabe lo del mensaje?

—No es difícil. Viene con otra cara.

—¿Qué cara?

—La del deber cumplido, la de la historia ejecutada.

—Y el libro, cómo sabe ¿que lo recibiría? —preguntó extrañado.

—Algo quedaba por hacer. Esa fue mi impresión y sabiendo que estaba escribiendo una novela, es fácil colegir que este era el mensaje que quedaba por concluir. En cuanto a la encina supuse que, si estaba siguiendo las huellas de sus padres, lo normal es que se acercara a la encina y que ella le dijera lo que tenía que hacer. ¿Se lo dijo?

—Sí. Claramente me lo dijo. No me queda ninguna duda.

—Pues entonces debe estar contento. Se cumplió el arcano, el misterio que rodea la encina sagrada —señaló mientras liaba un cigarrillo—. Como ve, aún no me ha salido la hoja roja —dijo enmarcando una ligera sonrisa.

—Sí, ya lo veo y aún tiene posibilidades de utilizarlo antes de que vea que le va a salir —contestó Fernando con fina ironía.

—Debo tener cuidado y no equivocarme. Cuando vea que va a aparecer, tengo que cambiar el librillo. Tengo de repuesto varios en casa, no quiero que me pille la improvisación —señaló devolviendo a su interlocutor la sorna.

—Veo que esta mañana está en plena forma.

—Creo que aún le falta algo para terminar su proyecto —dijo sin rodeos el viejo.

—¿A qué se refiere?

—¿No tiene algo en el bolsillo que daba darme?

A Fernando ya se le había olvidado que la encina le dijo que tenía que darle una moneda de oro al anciano médico de la plaza del pueblo.

—¿Cómo sabe que le tengo que dar algo? —preguntó un extrañado Fernando que no salía de su asombro.

—No es nada concreto. Es que yo también recibí la llamada de la

encina desde la distancia.

—¿Me está diciendo que usted sabe lo mismo que yo sin moverse de este banco?

—Hombre, moverme, lo que se dice moverme, sí que me he movido. Acabo de venir de mi casa.

—Entonces, ¿cómo sabe que le debo dar algo?

—Muy sencillo. Leo su cara, miro sus ojos, veo sus manos, oigo sus palabras. Ya sabe, los médicos con la mirada, la palabra y las manos lo hacemos todo. Es el triángulo de la relación interpersonal.

A Fernando esta persona cada vez le parecía más misteriosa. Descifrar sus mensajes, sus designios eran inescrutables. Todo le manifestaba un origen misterioso, enigmático, con sabor antiguo, de un arcano sobrevenido de siglos. Y cada comentario iba acompañado por un pitillo que liaba con una habilidad a prueba de bombas.

—¿Sigue sin salir la hoja roja? —dijo Fernando para cortar el hielo que se había interpuesto entre lo inexplicable y lo real.

—Ya me ocupo yo de que no salga. Esta oportunidad no se la daré al destino —contestó desde lo más recóndito de su pensamiento.

—¿Cree que lloverá? —Fernando quería ganar tiempo antes de tomar una decisión.

—La lluvia no es una razón para retrasar el destino —dijo el viejo adoptando una figura hierática.

—Pues cumplamos con el destino —señaló Fernando, mientras sacaba una moneda de oro y se la daba.

—Sus padres no llegaron hasta el final, se quedaron a medio camino entre la encina y el enterramiento —reveló ante el asombro de Fernando que seguía sin dar crédito al encuentro.

Si el día anterior le pareció reservado y extraño, hoy le estaba pareciendo inescrutable. No entendía cómo desde la óptica de una persona que se sentaba a diario en este banco se podía llegar al conocimiento de tantas cosas.

—¿Así que lo esperaba? —arrancó con la pregunta.

—Llevo casi sesenta años esperando —contestó lacónicamente.

—¿Sabía que vendría?

—Lo sabía. Es más, según mis cálculos se ha retrasado un par de años.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Muy sencillo. Pensé que su separación le haría buscar las huellas de sus padres y que no esperaría a que su madre falleciera. Lo haría en vida de ella.

—¿Cómo sabe que estuve separado?

—Muy sencillo. Al conocernos, me dijo que había comenzado a seguir el rastro de sus padres y eso no se hace si no se está pasando por una etapa diferente, que en su caso bien podía ser la separación.

¿Me equivoqué? Claro que solo por un tiempo concreto. Fue el fallecimiento de su madre lo que desencadenó el proceso.

—En efecto. Ahí está la respuesta.

—«La respuesta, amigo mío, está flotando en el viento».

Otra vez el viejo le dejaba estupefacto con sus salidas. Invocaba a Bob Dylan con *Blowin' in the Wind*. Mientras estaba enredado con este pensamiento, un murmullo salía de la boca del viejo.

—*Cuántos caminos debe recorrer un hombre, / antes de que le llames hombre. / Cuántos mares debe surcar una blanca paloma / antes de dormir en la arena. / Cuántas veces deben volar las balas de cañón, / antes de ser prohibidas para siempre.*

Un silencio que se palpaba en el ambiente, una mirada que se perdía en el aire, un susurro que flotaba en el suspiro y un viejo que sonreía con misterio. Ese era el escenario en el que Fernando se desenvolvía antes de ir a comer.

—¿Le parece que vayamos a almorzar?

—Como usted diga. Ya lo estaba esperando contestó con una sonrisa pícara.

—¿Dónde vamos? Yo no conozco nada por aquí como no sea el hotel donde me hospedo.

—Iremos al mesón que sus padres visitaron una vez. En esa ocasión yo no los acompañé, pues tenía que pasar consulta. Ahora, cómo ve… tengo todo el tiempo del mundo… mientras no me salga la hoja roja —terminó.

—Espero que tarde en salir —concluyó Fernando dándole una palmada en la espalda.

Se levantaron del banco y a paso lento, cadencioso, se dirigieron a un mesón que estaba en una de las callejas posteriores a la plaza.

—Creo que le gustará el lugar —avanzó en su pronóstico.

—Si usted lo recomienda no me cabe la menor duda. Hasta ahora todo lo que ha dicho ha sido verdad.

—Y real —terminó la frase.

Cuando estaban llegando al lugar, Fernando se atrevió a hacer una pregunta:

—¿Su nombre es Fernando, como el mío?

—Ha tardado mucho tiempo en adivinarlo.

—Es que aparece en la novela.

—En efecto, yo fui quien los guio a sus padres hasta Ojo Guareña, quién les explicó el misterio de la encina sagrada y quién los dijo dónde deberían buscar si querían encontrar lo que estaban buscando.

—¿Cómo sabía que estaban buscando algo?

—Por su cara, por sus miradas, por sus silencios. Hay que saber leer entre las tinieblas. Ya sabe amigo mío que la respuesta está flotando en el viento. Simplemente hay que saber cogerla a tiempo.

—¿Y usted lo hizo?

—Sí, lo hice y dio resultado. La prueba es que usted está aquí después de tantos años —terminó con un comentario apodíctico.

—¿Me esperaba?

—Le esperaba. Entremos.

La posada era a la antigua. Grandes mesas de madera salpicadas de taburetes y jarras de vino. Los parroquianos estaban alrededor de ellas y comentaban alegres las anécdotas del día.

—Una mesa para dos y qué esté apartada. Si hay una en un rincón mucho mejor —querían hablar sin ser perturbados por las risas y los comentarios de los vecinos.

El mesero tomó nota de la petición y les dispuso en un lugar cercano a un amplio ventanal. Al mismo tiempo que lo hacía, y sin preguntar, les alcanzó una jarra de vino del lugar.

—Aquí estaremos cómodos —señaló Fernando ante la aquiescencia del viejo que tomaba asiento de una forma torpe.

—No suelo beber, pero en esta ocasión haré una excepción.

En la mesa contigua se sentaron dos personajes de mirar zaíno, torvo y comentarios soeces y prosaicos. Su sonido les llegaba de vez en cuando y les martilleaba los oídos de una manera contundente.

—No hagamos caso a lo que dicen nuestros vecinos —señaló Fernando mientras escanciaba el vino en los vasos y con una sonrisa en los labios añadía—, por nuestro encuentro, que, aunque tarde, ha sido positivo.

—Sea así —añadió el viejo.

La comida se desarrolló en una perfecta armonía salpicada de recuerdos de sus padres e historias que contaba Fernando sobre la vida en Brooklyn, la publicación de la novela, las conferencias y la muerte repentina de su padre. Terminó con el relato de la estancia de su madre en la residencia y su fallecimiento pocos días antes. La conversación puso los sentimientos a flor de piel. El viejo se dio cuenta y cortó el discurso con una pregunta:

—¿Qué le parece el cochinillo asado? En la región es de lo mejor. Al menos eso es lo que dicen los entendidos.

—Está en su punto. En Nueva York no se encuentra con esta preparación.

—Pues aproveche ahora y sírvase otra ración. Yo lo tengo todos los días, aunque el médico no me deja que frecuente estos lugares —una sonrisa acompañó el comentario.

—A los médicos nos trata mejor la gastronomía —dijo Fernando.

—Sí, eso es verdad. Ya me he dado cuenta. Además, es amigo y no le hago mucho caso. Es el que me ha sustituido en el pueblo.

—Entonces será un buen médico.

El viejo asintió. Con movimientos lentos se dispuso a liarse un

cigarrillo.

—Tiene mucha habilidad en este menester —señaló Fernando sirviéndose un buen vaso de vino. Estaba disfrutando del momento sabiendo que pronto acabaría.

—Llevo muchos años haciéndolo. Imagínese que cuando sus padres estuvieron por estos andurriales ya fumaba una cajetilla diaria.

—¿Y nunca ha tenido nada en los bronquios?

—Nunca. Mi salud es como un roble o como una encina —dijo riéndose.

—En Estados Unidos ya casi nadie fuma. Desde luego en los lugares públicos nunca. El mejor lugar es tu casa y siempre que no tengas vecinos cerca.

—Debe ser muy incómodo irte a fumar a un lugar apartado, casi secreto, cuando te apetece.

—Así es, pero es la cultura que impera y yo estoy de acuerdo con ella.

—Con lo agradable que es fumarse un pitillo y tomar un vaso de vino con un amigo en una amable tertulia. Se pierden las buenas costumbres —dijo entre calada y calada—. Ya sabe lo que dijo Bacon: «*Vieja madera para arder, viejo vino para beber, viejos amigos en quien confiar y viejos autores para leer*».

—Sí, lo he oído alguna vez. Sin embargo, es mejor cuidarse y adoptar otras costumbres.

—Y dígame, ¿cuándo piensa regresar a su país? —hizo como que no le oyó.

—Pues dentro de tres o cuatro días. Tengo que despedirme de una persona en Madrid. Es lo único que me queda de familia, un primo de mi madre.

—Hay que cuidar a la parentela —ilustró su comentario enseñando una foto. Son mis nietos, tengo tres.

—¿Están aquí?

—Uno de ellos, sí. Los otros salieron del pueblo en busca de mejores oportunidades. El médico trabaja en Burgos, tengo otro en París, que es escritor, y el que vive aquí, es al que veo más, trabaja en el ayuntamiento.

—Yo todavía no tengo nietos, solo dos hijos.

—Cuídelos. Nunca se sabe qué pasará con ellos y hay que darles una instrucción y unos buenos valores.

El viejo suspiraba a cada comentario cargando sus palabras de sentimientos encontrados. El hecho de estar separado de sus nietos era algo que difícilmente llevaba bien.

—La vida nunca se sabe por dónde te lleva; hay que estar preparado para lo más complejo que suceda —señaló Fernando pensando en la familia que había dejado atrás y con los que en pocos

días volvería a reunirse.

—Yo solo he tenido un hijo que tiene un despacho de abogado en el pueblo. No es que haya mucho trabajo, pero afortunadamente no le falta. Tiene un buen nombre en el campo de la abogacía. Vive muy cerca de mí por lo que nos vemos muy a menudo.

—Y ¿qué hace usted todo el día? Porque imagino que el banco no será su lugar obligatorio —inquirió con una cierta sorna.

—Procuro leer varias horas al día, aunque la vista cada vez se cansa más. También escribo.

—¿Qué escribe?

—Mis memorias. Algo que siempre deseé hacer y este año comencé con la idea. No quiero marcharme de este mundo sin finalizar el proyecto.

—Será muy interesante leerlas. Es usted una caja de experiencias y conocimientos

—Yo diría más bien una maleta —respondió con una carcajada y añadió—. Si me deja su dirección le enviaré el manuscrito.

—Tengo mucha amistad con una editorial de Nueva York, a lo mejor se puede llegar a un convenio de publicación en ese país. Vamos, no sé si le interesa —añadió Fernando a quién la idea le pareció buena.

—Me haría ilusión. Se titularía *Memorias de un médico rural de la España olvidada*.

—Es un buen título.

—Querría hablar de los conquistadores que salieron de aquí, de los que volvieron, de lo que hicieron en esos países de la corona. También, de mi experiencia en contacto con este pueblo. Llevo aquí… muchos años y como médico más de cincuenta, por lo que creo que puedo aportar cosas —dijo con orgullo no exento de vanidad.

—Simplemente con exponer los comentarios que me ha hecho es suficiente para rellenar varios capítulos —aconsejó Fernando para quien la idea de publicarlo le pareció extraordinaria.

—¿Se lo enviaría en español? —preguntó con la ilusión de un niño con zapatos nuevos.

—Se publicaría en ambos idiomas. Allí hay muchos hispanohablantes. Nosotros —y al utilizar esta palabra lo hizo con todo el sentido—, nos encargaríamos de todo.

—Pues esta tarde me pongo manos a la obra. Ya tengo bastante avanzado, pero quiero hacer un buen libro. Que la gente conozca lo que hizo España, concretamente este pueblo, todo bajo la mirada de un médico rural.

—Su visión es especialmente válida para el libro. No se puede escribir una guía de datos sin aportar una mirada crítica, sin perspectiva —manifestó Fernando que cada vez estaba más contento

con su idea.

—En eso estoy especialmente de acuerdo —insinuó el viejo que no cabía en sí de gozo.

—¿Hablará de la encina sagrada? —se atrevió a preguntar Fernando.

—Por supuesto. En la parte que he escrito ya lo hice. Solo tengo que añadir su visita. La de sus padres ya quedó anotada.

—Veo que ya lleva trabajando tiempo con la idea.

—Bastante. Al menos un año escribiendo, aunque recogiendo notas y detalles toda la vida. Desde que comencé como médico en este pueblo, después de venir de la universidad y hacer mis oposiciones, empecé a tomar apuntes de conversaciones, narraciones, fragmentos de tertulias y datos que pudieran ser interesantes registrar. Todo lo iba anotando concienzudamente. Tengo varios cuadernos llenos de anécdotas, unas válidas y otras que, por fuerza, desecharé.

—No me imaginaba que tuviera esta idea hace tanto tiempo. Se requiere una gran voluntad para ir anotando día tras día todo lo que nos impresiona y puede ser interesante para, algún día, volcarlo en unas páginas.

—Pues esto es lo que hice. Cuando llegaba a casa, cada día, antes de acostarme escribía aquello que me había llamado la atención, desde un comentario hasta una conversación, como… en el caso de sus padres —añadió—, cuya plática fue muy interesante.

—No imaginaba que ocupara unas líneas la entrevista con ellos —cortó Fernando más que satisfecho por el cariz que estaba tomando la conversación.

—Más que unas líneas, un capítulo entero —sentenció.

—Le dejaré mi dirección y mi correo electrónico. Me puede mandar el manuscrito y nosotros —volvía a considerarse protagonista de la edición—lo maquetaremos y corregiremos. También haremos la traducción al inglés. Aquí puedo aportar mi granito de arena con los idiomas. Los técnicos, a veces, no tienen en cuenta detalles idiomáticos y expresiones coloquiales necesarias para la comprensión correcta del texto —pronunció estas palabras con la suficiencia del que sabe lo que dice.

—Aumentaré el ritmo de trabajo para que pueda recibir el texto en unos meses.

—Me parece bien. Me encantaría que estuviera en los escaparates la próxima primavera —añadió Fernando mientras servía una copa más de vino.

—A mí no me ponga más. Creo que he abusado demasiado en el día de hoy.

—Un día es un día —y añadió—. Yo creo que está todo hablado.

—Queda un punto que sí que quiero decirle.

—¿Cuál?

—La moneda de oro que me dio.

—Era para usted.

—Sí. Lo entiendo. Pero yo quiero enterrarla con una copia del manuscrito, cuando lo finalice, para copiar el deseo de Alonso de Alvarado y perpetuarme en los siglos venideros.

—Buena idea. ¿Y dónde?

—Junto a la encina. Está claro. Dejaré un escrito al nieto mayor con la obligación de que se lo dé a su hijo primogénito y así se vaya transmitiendo, de generación en generación, y solo al cabo de doscientos años se pueda abrir por el descendiente que le corresponda.

—Extraordinaria idea —saltó Fernando lleno de júbilo.

—Espero tenerlo todo finalizado para finales de año.

—Si es así, creo que para la próxima primavera tendremos la versión en español y para el verano, la de inglés —Fernando hablaba como editor, dueño de firma, maquetador, impresor y traductor.

—Pues con este apretón de manos firmamos el contrato. Yo no paso por el notario o abogado nada más que para lo imprescindible.

—Y eso que tiene un hijo abogado.

—En efecto y tampoco paso por el médico y también lo tengo —contestó el viejo con una carcajada.

—Creo que es hora de retirarnos —avanzó Fernando—. Tengo que preparar la maleta pues mañana quiero salir temprano.

—Buena idea. Me gusta echarme la siesta un rato. Después me pongo a escribir hasta que languidece la tarde. Entonces, salgo a dar un corto paseo y me siento en el banco donde usted me ha visto.

Salieron de la posada despacio, al ritmo del viejo médico que renqueaba más de la cuenta. «¿Sería efecto del vino?», pensaba Fernando mientras llegaban al banco donde le conoció. Se despidieron en la plaza; cada uno se fue en una dirección. La despedida tuvo una gran carga emocional pues, dada la edad del octogenario y la distancia a la que vivían, era probable que ya no se vieran. Se fundieron en un abrazo y el anciano al hacerlo con un suave murmullo se atrevió a decir: «Hasta siempre querido amigo. Te esperé cincuenta años y la espera no fue en vano. Trajiste el olor de tu padre y la fragancia de tu madre». Nadie se percató de que unas lágrimas resbalaron por las mejillas de Fernando. Se quedó mirando cómo se retiraba con ese andar cansino, perezoso y distante. Le contempló hasta que dobló el recodo. «¿Era el recodo de la vida?», musitaba Fernando con pena. En ese momento inició su camino hacia el hotel. Allí le esperaba Adolfo.

La tarde ya desmayaba. La comida había sido larga y estrecha. Conversaron de todo; llegaron a una conclusión importante. Publicaría la novela del anciano médico. Toda una vida dedicada a los demás. Un pueblo perdido en la leyenda y un arcano que aparecía de nuevo para

poner a los protagonistas ante la historia. Fernando estaba contento, había cumplido con la señal que sus padres le enviaron a través del tiempo.

Al día siguiente, bien temprano, cuando el sol no había salido, un coche enfilaba la dirección a su retorno. Iniciaba el camino hacia su origen. El designio estaba cumplido y él tenía que regresar. Su proyecto estaba acabado.

Al mediodía hacía su entrada en Madrid. Adolfo y él se despidieron en el vestíbulo del hotel. Intercambiaron sendas tarjetas.

—Espero verle algún día por Nueva York. En mi casa tiene habitación. Ya lo sabe —le dijo al tiempo que le daba un abrazo.

Recogió la llave en recepción y se dirigió a su cuarto. Estaba cansado. Había sido un día muy intenso. Lo que quería hacer en España estaba acabado. Solo le quedaba despedirse de Luis. Se recostó en la cama y le llamó.

—Buenas tardes, Luis, ¿cómo estás?

—Bien. Estaba tomando un vaso de tinto. A estas horas todos los días me tomo un vasito.

—Eso es salud —contestó Fernando—¿Te viene bien que vaya a verte? Es para despedirme, pues me voy pasado mañana.

—Por supuesto. No tienes que pedirme audiencia. Somos familia. Ya me contarás qué tal te fue por esos parajes donde has estado.

—Estoy contento. Mañana te digo. ¿Las once te parece bien?

—No tengo nada que hacer. A esa hora te espero. Hasta mañana —cortó la comunicación sin esperar a que hubiera un cambio de planes.

Cuando colgó, buscó en su agenda del móvil el teléfono de Alice y la llamó. Era buena hora para hablar con ella.

—¿Alice?

—Sí, ¿quién llama?

—Soy yo, Fernando. ¿Cómo estás?

—Bien. Sigo ordenando libros y dosieres. Esto parece que nunca acaba.

—Lo sé por experiencia propia. ¿Sabes algo de William?

—Nada. Bueno, sí. Esta mañana me pasé por la casa antigua y vi al casero. Me dijo que un tipo vino ayer a preguntar por mí y que estaba muy enfadado por entender que le había engañado —respondió Alice.

—En eso tenía razón—respondió Fernando con una risa a destiempo.

—Lo que me preocupa es que me lo encuentre en algún restaurante o lugar de copas.

—Sería mucha casualidad, pero tengo confianza en tus armas. Ya sabrás cómo salir del atolladero. De situaciones peores has salido.

Ahora era Alice la que echaba una carcajada. Recordaba muchas situaciones en que las relaciones sociales la habían puesto en algún

apuro y ella supo salir vencedora.

—¿Te refieres a ese día en que coincidimos en un restaurante con unos pacientes tuyos que conocían a Loise?

—Esta fue una de las circunstancias en la que demostraste tu fino olfato y capacidad de reacción y respuesta. Saliste del atolladero con un gran estilo.

—Pues espero que, si estos escenarios se repiten, tenga los mismos reflejos —señaló Alice al otro lado de la línea telefónica.

—No me cabe duda.

—Y a ti, ¿cómo te ha ido? —preguntó de sopetón.

—Muy bien. Ya te comentaré en persona, pero todo el proyecto que me marqué lo he cumplido.

—Me alegro mucho. ¿Cuándo vienes?

—Mañana voy a despedirme de Luis, a hacer la reserva del pasaje y sacar tarjeta de embarque y pasado mañana saldré por Iberia.

—¿Quieres que te recoja?

—No te preocupes. Tomaré un taxi. Prepara una mesa para cenar.

—Así lo haré. Adiós.

Cuando Fernando terminó la conferencia con Alice, llamó a Loise.

—Buenas noches. ¿Cómo te va? —preguntó de golpe.

—Me coges a punto de irme a dormir. Ya es tarde.

—Lo siento. Tenía que hablar contigo. ¿Cómo están los niños?

—Estamos todos muy bien. Y a ti, ¿cómo te va?

—He cumplido con el objetivo. Es muy largo de contar.

—¿Cuándo regresas?

—En un par de días. Ya te llamaré. Solo quería que supieras que estaba bien. Un beso y adiós.

Fernando había terminado con las tres llamadas que tenía pendientes. Durmió varias horas. Esa noche no cenó, no tenía hambre, había comido en demasía en el viaje a Espinosa. No pasaría nada porque hiciera un poco de ayuno.

— 23 —

Mientras tanto, muy lejos, William trataba de encontrar a Alice. Se sentía engañado y eso no se lo perdonaba. Ya era la segunda vez que le daban el esquinazo. Unos días antes en París, Fernando le dio un plantón y desapareció de repente y ahora Alice, de nuevo, repetía la situación. Su orgullo estaba herido, pero no sabía cómo dar solución al problema, aunque estaba determinado a hacer todo lo posible por vengarse. La desaparición de ambos era un misterio, pero sin duda tenía un nexo, una conexión que estaba dispuesto a investigar y, en todo caso, obtener un desagravio, una compensación económica y moral. A él nunca le habían engañado. Estaba enredado con estos pensamientos, recluido en su habitación del hotel, la misma que ocupó días antes Carlos. Se encontraba en un galimatías, una confusión de datos y de hechos que le estaban volviendo loco. No sabía cómo salir de este laberinto en que estaba dando movimientos como los cangilones para sacar agua originando, una y otra vez, vueltas y más vueltas en un sinfín eterno. Trató de conocer en qué situación estaba Carlos. Fue a verle donde estaba en prisión, en espera del juicio rápido al que estaba obligado. Afortunadamente pudo hablar con él.

—¿Cómo están las cosas? —fue la primera pregunta de William nada más entrar en el locutorio habilitado para estos casos.

—Mal —contestó desde la depresión total.

—¿Cuándo será el juicio?

—En pocos días, según me dijeron.

—Estuve hablando con Alice —sabía que no le grababan pues estaba totalmente prohibido—, y que no saqué nada en claro.

—Pues te digo que ella es un eslabón importante en esta historia.

—Estuvo engañándome todo el tiempo y, finalmente, desapareció. No tengo forma de encontrarla.

—Suele ir a Serendipity 3 en la calle 60 esquina con la Tercera Avenida. Ahí la conocí y, según me dijo, solía acudir de vez en cuando. Si tienes suerte la puedes encontrar en este local. Lo que sí te digo es que ella sabe mucho y, lo segundo, es que el tesoro está enterrado en un lugar del norte de España. Lo descubrí en un documento que estaba en una maleta de la casa de los padres de Fernando en Brooklyn —terminó su alegato—; ya no quiero hablar más de este asunto, lo que me importa es mi defensa. Si encuentras el tesoro debes pagarme el mejor abogado de este país.

William obvió comentar que estaba en el mismo hotel y en la

misma habitación que había ocupado días antes. Rebuscaría entre sus papeles, pues estaba seguro de que esa carta de la que hablaba debía encontrarse en la maleta que dejó. Se atrevió a preguntar:

—¿Qué pasó con ese documento que comentas?

—Lo dejé en una maleta en el hotel. Ahora la tendrá la policía —decía desde la ignorancia de que William ocupaba su habitación.

—Si encuentro el tesoro, gastaré todo el dinero necesario en conseguirte un buen abogado. El mejor de Estados Unidos. Te sacaremos de aquí.

La conversación tocó a su fin. Un policía entró en el reservado para decir que el tiempo había acabado. William se despidió dando ánimo al preso. Al salir se fue rápido al hotel. Intentaría ver despacio la maleta, pues el documento tenía que estar ahí. Nada más llegar, abrió el armario y la encontró. Entre la ropa dispersa vio la novela *Ayer*. Se acordó de la frase de Marcel Prévost de «*que el hallazgo afortunado de un libro puede cambiar el destino de un alma*». ¿Sucedería ahora esto?

El autor era el padre de Fernando y parece que Carlos la compró, aunque no tuvo tiempo de leerla. La policía llegó antes. Entre sus páginas estaba el documento del que hablaba Carlos. Estaba claro. Se especificaba meridianamente que el lugar clave era en el norte de España. Un sitio llamado Ojo Guareña. William era la primera vez que lo oía y echó mano de internet para ver dónde estaba. «En efecto, estaba en el norte, como todos los datos indicaban. Necesitaba acotar con más detalle el lugar exacto. Para eso tenía que leer la novela». Se puso manos a la obra. Tenía mucho tiempo.

Estuvo toda la tarde leyendo. Cuando ya tenía los ojos irritados con la lectura decidió conocer el local que le dijo Carlos: Serendipity. Era un restaurante y quería cenar ahí por ver si la casualidad que le indicaba el nombre le llevaba a que Alice acudiera allí.

No tuvo suerte, a pesar de que esperó un buen rato después de la cena. No se desanimó y decidió que volvería el fin de semana. Era el único dato que tenía entre manos y a él se agarraba con fuerza. Volvió pronto al hotel para continuar con la lectura de la novela. Según iba avanzando, se daba cuenta de que tenía muchas claves en sus páginas. Encontraría respuestas a sus preguntas, no tenía duda de ello. Estuvo leyendo hasta altas horas de la madrugada. Había leído muchas revelaciones de datos indicativos de que estaba en el buen camino. Esperaba poder llegar al final del texto y tener la certidumbre a las cuestiones que flotaban en su cabeza.

Carlos no llegó a comprender el problema en su totalidad. No tuvo tiempo de leer el libro y allí se encerraban muchas explicaciones necesarias para interpretar el misterio en su totalidad. Cuando apagó la luz, ya en la madrugada avanzada, sabía lo que tenía entre manos y sabía que Alice, que había leído la novela cuando era becaria en la

editorial, calló muchas respuestas. Las tenía en la cabeza, pero las guardaba para sí. Quizás esperaba completar sus datos para lanzarse en busca de la fortuna enterrada. Claro que podía ser que con la amistad de Fernando estuvieran ambos estudiando el tema. A él le dijo que casi no le conocía, que le vio en la presentación del libro hacía muchos años, pero por lo que estaba viendo esa no era la verdad del asunto. Se conocían bastante, tenían amistad. No sabía hasta qué punto, pero habían llegado a tener cierta intimidad. Se le escapó en las conversaciones que estaba en París, al menos no se extrañó cuando él comentó su encuentro. No se asombró. Le pareció todo normal. Después, pequeños detalles, datos y apuntes, que se escaparon de su boca, le hicieron pensar que había más fondo que el que parecía. La conversación derivó a otros temas, ya que no quería incidir excesivamente en la novela, pero estaba seguro de que ella conocía si no toda la verdad sí, al menos, lo más importante. Alice era muy cabal y se defendía mucho de hacer comentarios alegres. Por eso, todo lo que la rodeaba era una incógnita.

Se durmió con estos pensamientos; soñó que iba por el campo; se encontró un monasterio o algo parecido, y allí cerca estaba el tesoro. Un gran baúl lleno de monedas de oro y joyas. Tenía dinero para toda su vida. Se despertó sudando. Tomó un vaso de agua de la nevera de la habitación. Ya no se pudo dormir. Puso la televisión, entre las noticias aparecía la figura de Carlos esposado que entraba en una sala de juicio. A su derecha, el abogado y, en uno de los lados, el jurado popular. Hablaban todos a la vez. Un auténtico galimatías, pero el cariz de la situación no pintaba bien para su amigo. Lo más importante, lo único que le interesaba, es que no le involucrara. Tenía coartada, ya que cuando ocurrió el asesinato él estaba en París, no obstante, podía plantearle algún problema por la relación que tenían.

— 24 —

Fernando se levantó temprano. Era su último día en Madrid. Al día siguiente tomaría un taxi al aeropuerto. El trabajo que tenía para este día era despedirse de Luis, el único familiar que le quedaba; se había portado tan bien con sus padres que le estaba agradecido. Recordaba también, con afecto, la visita que les hizo hace años. Fueron dos semanas muy agradables en las que pudo conocer de fuente directa los parajes que pasearon sus padres, las experiencias que tuvieron y las amables tertulias al acabar el día comentando los pormenores y las impresiones.

—Buenos días. ¿Te molesto?

—Nunca me molestas. Llevo ya despierto un par de horas. Suelo madrugar.

Luis desde siempre tenía costumbre de madrugar. Como detective que fue antes de jubilarse, dedicaba las primeras horas del día a hacer los trabajos más complicados.

—Entonces, si te parece, desayuno y voy a verte.

—Cuando quieras, aquí estoy.

Fernando bajó al restaurante a desayunar y subió a la habitación. Escondió en la caja fuerte lo que se había traído de Ojo Guareña y colocó en la maleta una hoja grande a modo de recuerdo que decía: «No olvidar». Con este aviso ya entendería que tenía que recoger lo que había introducido en la caja. Era una costumbre que siempre tenía, pues ya en alguna ocasión se dejó olvidado el pasaporte y el dinero en la caja de caudales y tuvo que regresar a recogerlo. Afortunadamente, no habían hecho todavía la habitación.

Salió del hotel, paró al primer taxi que pasó por delante y le dio la dirección a la que iba.

—Buenas, ¿está el señor? —dijo a la señora que abrió la puerta.

—Un momento, que le aviso.

—A los pocos segundos regresó con su mejor sonrisa.

—Puede pasar. Está en el salón. ¿Le sirvo un café?

—Sí, muchas gracias. Con sacarina, por favor.

Fernando recorrió un pasillo en penumbra. «Las personas mayores tienen la costumbre de poner poca luz». Iba pensando mientras lo recorría prácticamente a tientas.

—Hola, Luis, ¿puedo entrar?

—Has tomado posesión de tu casa.

—Quería hacerte una visita antes de regresar.

—¿Cuándo viajas?

—Mañana sobre el mediodía. Ya he reservado un taxi para que me recoja a las nueve. Me gusta ir con tiempo al aeropuerto y realizar los trámites despacio.

—Haces bien. En esta época hay muchos viajeros, unos que van y otros que vienen. Madrid es una ciudad muy turística.

—Ya me ha dado cuenta. A cada lugar que he ido he encontrado mucha gente. Es una ciudad muy dinámica.

—Bien, ¿y qué me cuentas de tu visita a Ojo Guareña?

—Muy interesante. Cumplí con todo lo propuesto.

—Dime.

—Dos aspectos que quiero incidir y que son la base de mi visita. El primero es que me encontré con un médico mayor con el que tuve mucho contacto, que era muy amable y lo que te voy a decir te va a extrañar.

—¿A qué te refieres?

—Conoció a mis padres, estuvo con ellos y me planteó una serie de cosas enigmáticas que entraban en el campo de lo fantástico. En aquella época estuvieron comiendo y charlaron mucho. Es una persona mayor, pero con una memoria extraordinaria —continuó con el encuentro—. Estaba escribiendo sus memorias y, finalmente, decidimos que las iba a publicar en español y en inglés.

—¿Entiendes del tema?

—Tengo buenos contactos con el sector y creo que puede ser *best seller*.

—Me parece una idea fabulosa —contestó Luis lleno de asombro.

—Es que me hizo unas declaraciones, unos comentarios inexplicables y secretos.

—Me dijiste que había dos cosas que me querías comentar.

—Ah, sí. La segunda es que subí a la ermita. Era el día de san Bernabé, 11 de junio, y había una gran romería. No era el momento adecuado para investigar nada. Al día siguiente regresé y me apoyé en el tronco de la encina sagrada. Recibí su influjo y actué en consecuencia. Encontré la fortuna enterrada en un baúl. Saqué unas bolsas de monedas de oro que utilizaré para ayudar a una institución de caridad de mi ciudad. Al médico le di una como recuerdo. Me dijo que la iba a enterrar como hizo Alonso de Alvarado —terminó su explicación.

—Salvando las distancias —dijo Luis comparando el gran tesoro con la moneda.

—Ha sido un viaje muy completo y me ha salido redondo. He regresado a las huellas de mis padres. Las he recorrido y experimentado y me voy contento.

—Debes estarlo. Era tu asignatura pendiente —sonreía Luis al

pronunciar la frase.

—Ahora solo me queda regresar y guardar el recuerdo de mis padres. Dentro de unos meses recibiré el manuscrito para publicarlo. Será su mejor herencia.

Fernando y Luis se fundieron en un abrazo. Ambos sabían que era el último. Ya nada volvería atrás. La distancia que les separaba era mucha y volver a tener un encuentro, algo irreal. La certidumbre que les envolvía era tanta que ninguno se atrevió a interrumpir los pensamientos que les embargaban. Se habían encontrado en un momento crucial, pero eso no se iba a repetir. Luis le acompañó a la puerta del piso y, de nuevo, se unieron en un abrazo eterno que ninguno quería interrumpir. Finalmente, Luis con unas lágrimas que le resbalaban por las mejillas se atrevió a decir:

—Vamos, que se te hace tarde. Tienes que preparar la maleta.

—Tienes razón. Debo irme.

Cuando Fernando se disponía a bajar las escaleras, Luis le dijo:

—Espera que tengo que darte algo. Ya se me olvidaba y lo tengo preparado desde que viniste el otro día.

Luis se volvió a introducir en su casa y entró en su cuarto.

—Esto era para tu madre —dijo al tiempo que le alcanzaba un paquete.

Fernando se quedó traspuesto. Estaba en el descansillo de la escalera y no se atrevía a entrar nuevamente

—Entra. No te quedes ahí —dijo Luis con una mirada amable.

Fernando abrió el envoltorio. Era un pequeño librito antiguo. Hablaba del siglo XVIII y de las Academias, en particular la de la Lengua y del marqués de Villena, su primer director.

—Lo encontré escondido en una pequeña arqueta de la biblioteca del bisabuelo de tu madre. Detrás de unos anaqueles había una gaveta y allí estaba. Ya sabes que era coleccionista y, con seguridad, lo compró en una de sus visitas a lugares de antigüedades. Lo escondió a prueba de ladrones y allí se quedó olvidado.

Fernando estaba muy agradecido por el regalo. Era una joya.

—Es un obsequio precioso.

—No me correspondía. Ya te dije que lo encontré en casa de tu madre. Le pertenecía a ella y, ahora, en su ausencia te lo doy yo.

De nuevo se fundieron en otro abrazo y Fernando inició la bajada de la escalera bajo la atenta mirada de Luis, que no quería cerrar la puerta hasta que su sombra no hubiera desaparecido.

Ya en la calle se enjugó las lágrimas que le brotaban sin cesar. Estaba seguro de que ya no le volvería a ver. Era muy mayor y casi ni salía de casa. Le llamaría de vez en cuando. Era lo mínimo que podía hacer. Tomó un taxi y regresó al hotel. En la habitación colocó la pequeña arqueta en la caja de caudales y bajó para almorzar. Era una

hora temprana y aún podría dar una vuelta. Decidió ir dando un paseo a almorzar a algún restaurante de la calle de la Cava Baja. Cuando el otro día paseaba por allí vio varios que le llamaron la atención y que le hubiera apetecido entrar. Desde la plaza Mayor entró por el arco de Cuchilleros y pasó por delante de Casa Botín, donde ya estuvo comiendo. En esta ocasión siguió hasta enfilar Puerta Cerrada y tomar la calle en la que quería encontrar un lugar. Le habían hablado de Casa Lucio y allí se fue.

El mesón era un lugar antiguo, uno de los más señeros de la ciudad, lugar de partida y de llegada de arrieros y carreteros de las diligencias que transportaban el correo desde el siglo XVI. El camarero que le recibió a la entrada del restaurante le explicó que antes se encontraba en ese lugar el mesón del Segoviano, nombre que se daba a la posada de san Pedro. Hasta el siglo XX llegaba cada viernes un carromato conocido con el nombre de Ordinario de Illescas que estaba tirado por mulas.

—Le aconsejo que pida los huevos estrellados, que son rotos. Es una de las especialidades de la casa que le ha dado fama durante años. Don Lucio está muy orgulloso de esta presentación —terminó el camarero de hacer la tarjeta de visita del lugar.

—Muchas gracias. Así lo haré. Ahora, lléveme a una mesa tranquila —le dijo con su mejor sonrisa.

—¿Le parece buena esta? —un camarero joven trataba de enseñarle un lugar apartado donde podía disfrutar de nuestra cocina —dijo mientras se retiraba.

Al cabo de dos minutos otro con más experiencia se acercó para ver qué es lo que deseaba.

—Tráigame un buen Rioja, una ración de jamón de bellota y, luego, me han dicho que pida los huevos estrellados.

—Una buena elección. No se equivoca. Si luego desea algo más lo pide, pero es mejor no quedarse lleno.

Fernando disfrutaba con lo que le habían servido y con la entrada de los clientes. Trataba de estudiar su aspecto, sus reacciones y la relación que tenían entre ellos.

Al acabar el almuerzo regresó al hotel andando. Era un paseo corto, pero le permitiría bajar la comida. Ya en el hotel, durmió la siesta. En Nueva York no tenía costumbre. A lo más se echaba en un sillón en la clínica durante unos quince minutos, pero esta vez en España tenía intención de meterse en la cama con toda la parafernalia que eso conllevaba.

Cuando se despertó eran casi la seis de la tarde. Quería dar un paseo y regresar pronto, ya que tenía que hacer la maleta y al día siguiente hacer un viaje de siete horas a Nueva York. Afortunadamente, ya tenía la tarjeta de embarque. Un buen asiento en

clase *business* le haría el viaje mucho más cómodo.

Le habían quedado muchos lugares sin conocer de esta ciudad. Se propuso volver al año próximo con su familia y pasar en España dos semanas. La primera sería completa en Madrid. Llevaría a Loise y a sus hijos a todos los sitios que él había conocido. En la segunda semana, alquilaría un coche y volvería a Ojo Guareña y a Espinosa de los Monteros. Tenía ganas de volver a saludar al viejo médico. ¿Le encontraría sentado en el mismo banco? Esperaba que sí. También llevaría a su familia a que conociera a Luis. Esperaba que viviera en ese tiempo.

Estaba enfrascado en estos pensamientos mientras bajaba lentamente por la Gran Vía hasta la plaza de España. Allí se sentó en uno de los bancos cercanos al monumento del Quijote a ver pasear a la gente. «Decididamente esta es una ciudad para pasear», repasaba en su cabeza, tratando de hacer comparaciones con otras ciudades de Estados Unidos. Se fijó con detalle en el monumento que representa a Cervantes sentado bajo un pedestal con las estatuas, en bronce, de don Quijote y Sancho Panza cabalgando en una posición anterior al escritor. Le llamó la atención el Rocinante y el jumento de Sancho Panza. Corona el conjunto la bola del mundo, queriendo señalar como alegoría la difusión del idioma español. Completa el monumento otras diversas ficciones, como la de Rinconete y Cortadillo, la Gitanilla, la alegoría de la literatura, del misticismo y del valor militar. Todo ello engrandece al conjunto artístico.

—Fue inaugurado en 1929 —una voz junto a él lo comentaba—. Todo el grupo artístico es un símbolo de lo verdaderamente español.

Volvió la cabeza y se encontró con una persona que conocía. Su sorpresa fue mayúscula. Allí, junto a él, estaba sentado Adolfo.

—¿Cómo que estás aquí? —dijo Fernando mostrando su cara de extrañeza.

—Fui al hotel a saludarle y ofrecerme para llevarle mañana al aeropuerto y le vi salir. Decidí seguirle y darle una sorpresa.

—Pues, en efecto, me la has dado. No esperaba verte más y debo decir que es agradable.

—No tuve tiempo de enseñarle esta bonita plaza. El monumento es un símbolo extraordinario de todo lo español.

Fernando hasta ahora no se había fijado en el taxista. Era una persona gruesa, con un gran bigote que le surcaba el labio superior de lado a lado. Sus manos encallecidas señalaban que antes del volante habían sujetado aperos del campo. La labranza era su oficio y, seguramente, vino del campo a la ciudad. No eran normales para un conductor. Su sonrisa amplia dejaba entrever alguna ausencia de dientes fruto del descuido. No obstante, su boca tenía una expresión agradable que te atraía desde el primer momento. Su falta de estética

se remediaba con su gran simpatía y buena conversación. Derrochaba bonhomía a raudales.

—Me alegra tener una persona para charlar en mi último día en esta bonita ciudad. Ayer hablé con mi mujer y quedamos que las vacaciones del año que viene venimos dos semanas a España. La primera semana estaremos en Madrid y la segunda quiero llevarlos a Ojo Guareña.

—No tiene nada más que llamarme y decirme hora y día que llegan y allí me tendrá como una estatua para ir a donde quieran.

—Necesitaremos un coche algo más grande.

—Por eso no se preocupen. Ese es mi trabajo. Dispondré de las dos semanas para ustedes. Les enseñaré la ciudad de Madrid y muchas cosas que no ha podido ver en este viaje. También iremos a Toledo y Segovia. Son visitas obligadas.

—Pues ya sabe, el mes de mayo será la visita. Nada más regresar me pondré a preparar el viaje. Espero llegar a tiempo de poder presentar a mi familia a dos amigos que tengo en este país: Luis y el médico de Espinosa —dijo con tristeza—. Ambos han marcado una huella profunda en mí.

—Hay personas que pasan sin dejar impronta y otras, que nos marcan intensamente. La vida es un viaje en tren, hay muchos que se sientan a tu lado y no te dicen nada; en cambio, otros que te impresionan o que se sientan algo alejados y que tienes tristeza, porque no lo hayan hecho a tu lado. Así es la vida—. Con un suspiro finalizó el comentario.

—Buena reflexión, pero podía añadirte que en este viaje nunca se sabe cuándo, al comenzarlo, las personas queridas se van a bajar del vagón. Unas lo hacen al principio del trayecto y otras al final, pero siempre te entristece cuando lo hacen. Mi madre falleció hace poco, cuando ya el trayecto llevaba mucho tiempo y aún no lo he podido superar—. Fernando acompañaba su comentario con una mueca de tristeza.

—Todos hemos pasado por este trance —sentenció Adolfo.

La tarde iba avanzando; era tan agradable estar sentado en esa bonita plaza que ninguno quería levantarse. Las parejas entregadas al calor de la tarde; los niños jugando con la pelota y los patines; las madres hablando entre ellas bajo la atenta mirada de los padres que, entre cigarrillo y cigarrillo, pegaban una patada a la pelota. La vida explotaba en todo su esplendor. Se acercaba el verano, prácticamente a la siguiente semana sería su comienzo.

—Hace un día precioso. En tres días empezamos la canícula en todo su apogeo —señaló Adolfo que recordaba sus tiempos de siega en el pueblo.

—Estos días comienza también el buen tiempo en Nueva York. Mi

familia seguro que ha ido a Central Park. Es un lugar que siempre frecuentamos cuando llega el buen tiempo.

—Al año que viene disfrutarán cuando estén por aquí —anticipó Adolfo.

—Seguro que sí. Creo que voy a ir al hotel. Debo recoger todo. Mañana quiero madrugar. ¿Puedes estar a las ocho en el hotel?

—A la hora que me diga. No tengo otra cosa mejor que hacer —dijo sonriendo.

—Pues entonces vayamos hacia el hotel —señaló Fernando al tiempo que se levantaba.

—Le acompaño a la puerta. Después, me iré en metro. Lo tengo cerca de casa.

Cuando llegó Fernando al hotel, lo primero que hizo fue decir en recepción que le despertaran a las siete de la mañana y que le prepararan la factura para entonces. Ya en la habitación, abrió la caja de caudales y recogió lo que había introducido allí. Las monedas de oro y las joyas las puso en el fondo de la maleta. Si las llevaba en mano le pondrían problemas en la aduana. Esperaba que no se perdiera en el trayecto y las llevaran a otro aeropuerto como alguna vez ocurría. El resto del material lo puso en su cartera de mano. Se acostó temprano. No tenía hambre. Tomó unas patatas fritas y unos *snacks* del frigorífico con una cerveza.

Al día siguiente, cuando el despertador de la recepción llamó a levantarse, Fernando ya estaba en la ducha. Se había despertado pronto. Los nervios del viaje le pusieron alerta. Bajó a desayunar y cancelar la factura de la habitación y, justo cinco minutos antes de las ocho, estaba en el *hall* del hotel. No tuvo que esperar. Adolfo estaba allí como una estatua.

Lentamente, el coche enfiló la dirección del aeropuerto. Allí se despidieron con un fuerte abrazo. Ninguno quería demostrar sus sentimientos.

—Volveré —dijo Fernando sin volver la cabeza.

—Aquí estaré esperándole —contestó con una mirada triste.

El avión despegó en hora. Atrás quedaban muchos recuerdos y sentimientos. Había hecho en pocos días un largo recorrido, las huellas de sus padres le señalaron el camino. Su asignatura pendiente estaba cumplida. Se ajustó el cinturón y cerró los ojos. Sus pensamientos le acompañaron todo el camino.

Llegó a tiempo a Nueva York. Un taxi le llevó a su clínica, allí colocó las monedas de oro y las joyas en su caja de caudales. Después, se sirvió un güisqui y llamó a su mujer.

—¿Loise? Soy yo. Ya estoy en la clínica. Te veré pronto y te contaré todo. ¿Cómo están los chicos?

—Bien. Se han portado muy bien en tu ausencia.

—El fin de semana nos vamos a almorzar y comentamos.
A continuación, llamó a Alice.
—¿Alice? Ya estoy en Nueva York. ¿Quieres cenar?
—Estupendo, ¿dónde?
—A las ocho en Serendipity 25. ¿De acuerdo?
—De acuerdo. Hasta luego.

— 25 —

Alice estaba nerviosa. Esperaba la llamada de Fernando. Tenía que contarle tantas cosas que no sabría por dónde empezar. No sabía qué había pasado con William desde la última vez que le dio el esquinazo. El casero de su antigua casa le dijo que ese hombre volvió por allí a preguntar por ella y que un día, también, se lo encontró deambulando para ver si ella pasaba por esa calle. Se había quedado con una fijación. De Carlos sí que le podría informar que había terminado el juicio. En estos casos son rápidos y en un par de días tendrían el veredicto y la sentencia que iba a ser con toda probabilidad de cadena perpetua. Con buen comportamiento seguramente saldría en cuarenta años, ya viejo y sin ganas de hacer nada y sin saber dónde ir.

Se arregló como si fuera una cita especial y en la puerta de su casa tomó un taxi. Aunque habían acabado la relación tenía ganas de verle y comentar de manera directa los últimos acontecimientos que se habían precipitado desde el momento en el que se despidieron.

Después de descansar un par de horas, Fernando se vistió y salió de su clínica, no sin antes dejar la cartera de John encima de la mesa de su despacho. Al día siguiente iría a correos a enviársela, tal y como habían quedado, siempre y cuando Alice no le dijera que había cambios en el proyecto. En la puerta de su casa tomó un taxi. Le dio la dirección: 225 E 60th St., New York. Nada más terminar la conversación con Alice reservó una mesa. Ir sin reserva era un riesgo, ya que el local no era grande, estaba de moda y todos los neoyorquinos querían ir a ese lugar.

Entraron prácticamente a la vez. Los dos se bajaron de sus respectivos taxis al mismo tiempo. Se saludaron con una amplia sonrisa y un beso; entraron juntos. En el restaurante ya había gente, no tanta como para estar agobiado, pero se llenaría con el tiempo. Fueron hasta la mesa del fondo y cuando se iban a sentar Alice reparó en alguien que estaba sentado en la mesa contigua a tan solo unos centímetros de distancia. Se quedó lívida, estupefacta. Era la persona a la que menos quería encontrarse en ese lugar. Pero si la cara de Alice fue marmórea, la de Fernando era de auténtico pavor. Los dos conocían a esta persona y cada uno de ellos en un entorno distinto. La persona era William que, haciendo caso a Carlos, repitió varias noches el restaurante con la esperanza de encontrarla, pero lo que nunca se podía imaginar es que iba a matar dos pájaros de un tiro. Sospechar que se iban a dar de bruces con ambos, al mismo tiempo, era una

cuestión, si no imposible, muy poco probable.

—Qué agradable casualidad —saludó William con una cara a medio camino entre la sorna y la ironía—. Nunca imaginé que podía ocurrir esto.

—Por eso el local se llama Serendipity —cortó ella que rápidamente volvió a dominar la situación.

Fernando tardó más tiempo en apaciguar los nervios. Esta circunstancia no le había pasado nunca. Después de desaparecer de París y darle el plantón, los únicos movimientos que conocía de William eran a través de Alice.

—Es curioso, me encuentro con dos personas que me han dado el esquinazo, una en París y otra aquí, en Nueva York, y resulta que se conocen y vienen juntos a cenar. ¿No os parece extraño? —dijo acompañándose de una carcajada.

Alice y Fernando no se atrevían a articular palabra. Desde que habían cruzado la vista con William lo único que había hecho era sentarse en la mesa. Los cuerpos estaban separados por distancias muy pequeñas, de tal manera que se diría que había venido todo el grupo junto.

—Vamos a tener un encuentro civilizado —se atrevió a decir Fernando.

—Supongo que eso es lo que se os ocurre decir después de haberme engañado los dos, cada uno por su lado —dijo moviendo las manos como solía hacerlo.

—No teníamos otro remedio. Tú también te serviste del engaño para tratar de sonsacarnos información. Te estabas viendo con Carlos para hacernos una encerrona —ya estaban las cartas sobre la mesa. No había marcha atrás.

—Fuera caretas, entonces —se atrevió a decir William—. Juguemos al descubierto.

—Por nuestra parte, no hay inconveniente —contestó Alice que hasta este momento estuvo callada presa de los nervios.

—Cuando estuvimos almorzando en París se te escapó que el diario se perdió en un tranvía. Yo nunca hablé de eso. Estuviste todo el tiempo tratando de sondearme —dijo Fernando— y hasta donde quisiste, y pudiste, lo hiciste.

—Hablaste demasiado sobre un diario y al principio no sabía que es lo que había, pero intuía que era algo gordo. Por eso quise profundizar.

—Viste la posibilidad de encontrar un filón —Fernando no estaba dispuesto a dejar las cosas, así como así.

—Días después me encontré con Carlos al que conocía de pequeño. Fuimos a hablar con la persona que estaba en la librería cuando Antoine y Juliette lucharon en la defensa de Francia —dijo con

altanería—; nos dio toda suerte de detalles y la dirección de Boston que guardaba en un libro.

—Aprovechaste el tiempo —respondió tajante.

—Carlos viajó al día siguiente a esta ciudad. Ignoro lo que pasó allí. Solo sé que cuando vine a este país y al hotel, en el que había quedado con Carlos, me interrogó el director. Por él me enteré de que apareció muerto Antoine en su casa. Los periódicos me informaron de la detención y de los detalles y circunstancias.

—Entonces, ¿Carlos sabía más de la cuenta?

—Por supuesto. Me dieron la misma habitación que él en el hotel. Se habían olvidado de registrarla después de la detención y allí estaba su maleta. En ella aparecían diversas notas muy explicativas.

—Imagino que estaría al cabo de la calle, ya que era hijo de Damián, la persona que dirigía la editorial en la época que mis padres estaban en Madrid. Por lo que veo, todos sabíamos más de la cuenta y lo callamos.

—¿Por qué acudiste a la casa? Creo que fuiste tú el que me atacó por detrás y luego te hiciste mi salvador —señaló Alice que estaba atenta a todo.

—Encontré esta dirección en el cuaderno de Carlos que estaba en su maleta. Al llegar a la casa te vi y es por eso que te inmovilicé. Me asusté. Abrí tu bolso y vi que tu nombre era Alice, el mismo que Carlos ponía en su cuaderno, que había que investigar pues sabías mucho. Cuando te despertaste me presenté como tu salvador y el resto ya lo conoces —explicó William, para quién ocultar sus cartas no tenía ya sentido, ya que pensaba llegar a algún acuerdo económico con ellos.

—Recuerdo que echaste la culpa a la persona que te dije que estaba en el piso superior. Era un chantajista que vio a Carlos salir de la casa de Boston limpiándose las manos de sangre. Le identificó por su cojera y ante la posibilidad de ganar unos dólares le siguió a esta ciudad; le citó en esta casa para amenazarle. Debieron pelearse, le dio un golpe y, pensando que le había matado, se quitó de en medio de la escena —aclaró Alice.

El camarero no sabía si acercarse, ya que los vio en una discusión muy acalorada. Además, no sabía si tenía que servir a una mesa o a dos. Por fin se decidió:

—¿Qué les sirvo? —preguntó con un murmullo de voz.

—Nosotros tomaremos dos hamburguesas de la casa y dos copas de vino tinto. El señor va por su cuenta —el tono despectivo en las palabras de Fernando estaba más que claro.

—Yo tomaré lo mismo —por no desentonar dijo con un timbre de voz altivo—. En efecto, así es —continuó—. Luego, traté de enamorarte y tú me distes largas. Desapareciste al día siguiente, según

me confesó tu casero que no me quiso dar la dirección.

—Tenía orden muy precisa sobre este extremo: no dar mis señas a nadie, fuera quien fuera.

—Pues cumplió bien el cometido —contestó con un tono de desprecio.

La conversación estaba llegando a puntos muy conflictivos. Tomaba un cariz de enfrentamiento dialéctico.

—Desde el principio trataste de engañarnos —dijo Fernando.

—¿Y dónde fuiste cuando me diste el esquinazo en París? —William quería tener toda la película vista antes de entrar a hacer una propuesta que ya rondaba en su cabeza.

—Fui a España. Quería conocer el lugar de mis padres. Siempre lo quise, pero esta vez me decidí a hacerlo.

—Lo sospechaba. Allí, imagino, te informaste de todo. Recorriste el terreno de manera directa y ya tienes una idea clara de la situación.

—Pues visto así, tienes razón —Fernando también estaba adoptando una postura petulante.

—Ya voy teniendo todo más claro. Cada uno de vosotros trató de hacerme la envolvente con artimañas. Caí como un tonto —terminó con cara cariacontecida y presa de un ridículo que nunca había experimentado.

—Pues así es —dijo Alice con cara de sorna.

—Estando Carlos en la cárcel condenado a cadena perpetua, somos solo los tres implicados en este negocio.

—¿Qué quieres decir que estamos los tres implicados? —Fernando le miraba con extrañeza.

—Muy sencillo, que considero que el negocio lo tenemos que llevar a cabo los tres.

—Aquí no hay negocio. Esto pertenece a mi familia y yo tomaré la decisión que convenga.

—Entonces yo puedo llevar el trato a otro plano —William estaba visiblemente alterado.

—¿Qué plano?

Fernando sabía que iba de farol y que no tenía nada entre manos, pero no obstante no quería traspasar la línea roja del enfrentamiento.

—¿Y qué negociación propones?

—Una división en tres partes. Una para cada uno. Es lo justo ya que somos los tres los que estamos en el *business*.

Alice y Fernando se miraron con una cara a caballo entre lo incrédulo y lo desafiante. La desfachatez no tenía límites y ellos estaban escuchando toda suerte de majaderías sobre un tesoro que William no tenía ni idea de que existiera por mucho que lo sospechara.

—Tengo que aclararte que no hay dinero por medio, así que será

difícil partirlo en tres.

—No tratéis de engañarme. Sé que hay una fortuna enterrada en un lugar del norte de España. Me lo dijo Carlos en París.

—Aun cuando fuera esto verdad, es imposible saber dónde está. El documento habla de un lugar llamado Ojo Guareña y esa zona es inmensa. Sería necesario escarbar miles de metros cuadrados. No hay empresa que pueda acometer este proyecto.

—Carlos me dijo que sabe el lugar—insistía William que no quería dar su brazo a torcer.

—Sabe el lugar, como lo sé yo también, pero no el sitio y esta es la respuesta que nunca sabremos. Nos quedaremos con el dato de que en la montaña está enterrado algo, que tampoco sabemos a cuánto asciende y qué es lo que es. Los documentos que tengo —aquí mintió Fernando— no indican nada.

La cara de William era un poema de decepción y desánimo. Había puesto grandes esperanzas en este negocio y en segundos se fue por la cloaca. No acertaba a articular palabra. Se quedó en silencio unos segundos y al fin rompió a hablar:

—¿Estáis seguros de lo que me decís? —su soberbia había desaparecido. Ahora era otra persona que trataba de entender lo que pasaba y buscar todo tipo de colaboración.

—Tan claro como que estamos aquí en Serendipity —concluyó Alice.

William se derrengó en la butaca. No daba crédito a lo que estaba pasando. Se había hecho otra composición y de pronto, como un edificio que se cae en segundos, su ilusión desapareció.

—Está claro que ya no hago nada aquí —dijo levantándose y dejando un billete de veinte dólares en la mesa—, sigamos nuestro camino cada uno por su lado. Hasta otra.

Desapareció por la puerta con paso lento, cansado, fatigado y, lo que es peor, totalmente derrotado. A los dos días tomaría un avión a París «de donde no debí de salir», pensaba mientras se abrochaba el cinturón. Aquella aventura fue un fracaso. Todas las coordenadas estuvieron en contra. No había nada que hacer.

— 26 —

Cuando William salió del restaurante, Alice y Fernando respiraron tranquilos. Tenían la convicción de que se lo habían quitado de encima y que regresaría a París. Ya relajados, entraron en la conversación que les había reunido, para eso habían quedado a cenar. Fernando desgranó con todo lujo de detalles su visita a España relatando con cierta particularidad su encuentro con el viejo médico del pueblo de Espinosa. Es lo que más le llamó la atención de todo su periplo. Fue algo que definió a Alice como mágico, parecía que lo estaba esperando. Esa es la impresión que tuvo cuando se despidió de él. Insistió a Alice en el interés que tenía de que publicase su libro, primero, en español y, después, traducirlo al inglés. La idea fue muy bien acogida. Fernando expuso su deseo de volver a viajar a España con toda la familia, era un deseo que le penetraba hasta su más recóndito interior, lo quería con toda intensidad. En el avión de regreso estuvo dando vueltas a la idea y pensó que la mejor fecha sería cuando los hijos acabaran el curso escolar. Un par de semanas les vendría a todos muy bien y serviría para conseguir una mayor solidez en la familia.

La cena transcurrió en una perfecta armonía aderezada por la no presencia de William y la íntima convicción de que no volvería por sus fueros.

—Enemigo que huye, puente de plata —señaló Fernando al tiempo que escanciaba el rioja sobre los vasos.

—No creo que vuelva. El negocio le ha salido mal, pensaba que iba a sacar una buena cantidad de dólares para llevar una vida de lujo y se ha ido con el rabo entre las piernas —concluyó Alice con una carcajada.

—Mañana veré a Loise y cancelaremos el alquiler del apartamento donde está ahora. Iniciaremos la nueva etapa, todos en casa de nuevo.

—No se te olvide enviar la cartera con su documentación a John —señaló Alice, que siempre estaba en todo.

—Lo tengo previsto. La dejé encima de la mesa del despacho para ir a correos y enviarla —dijo Fernando.

—Solo te queda ir a la Institución de caridad que hemos comentado a darle el dinero —aseveró Alice.

—Antes tengo que vender las monedas de oro y cambiar por dólares, así como las joyas. Son muy buenas y me las comprarán —dijo—, esto me llevará unos días, pero lo tengo anotado en la agenda

como temas a realizar. Conozco personas que están en este tipo de negocios.

La cena terminó cerca de las doce. Después, fueron a un local de moda a tomar una copa. Quedarían como amigos. Habían pasado un tiempo juntos, pero eso había acabado. También fueron cómplices de una historia que se remontaba a muchos años y estaba prácticamente cerrada. Sin embargo, tenían pendiente la publicación del libro del médico.

Al día siguiente, Fernando llamaría a Loise, quedaría con ella y los niños a almorzar. Antes se pasaría por correos para enviar a Boston la cartera de John.

El día amaneció nublado, pero conforme iba avanzando el sol, que estaba escondido entre las nubes, salió y empezó a mandar sus rayos. Era la segunda quincena de junio y en esta época Nueva York ya empezaba a ser una ciudad calurosa. Pasear por el central Park era una delicia, en especial a primeras horas de la mañana y al atardecer, cuando el sol desmayaba con sus rayos. Fernando, mientras, iba dando un paseo; el taxi lo dejó a tres manzanas de su clínica. Pensaba en que al día siguiente almorzarían en un restaurante que Séptima. Era un lugar agradable que su familia no conocía, pues él siempre acudió por comidas de negocio. Después, les daría una sorpresa, a tan solo tres manzanas, irían al Central Park Horse and Carriage Tours para alquilar un carruaje y dar un largo paseo por el parque.

Cuando la tarde ya se desmadeja y se oyen los trinos de los ruiseñores y los cantos de los petirrojos, es cuando escuchas el viento de una manera diferente. Las caminatas en solitario, los gansos en el estanque y los mapaches que se cruzan a tu paso hacen de este lugar un paraje emblemático, un punto mágico. Sentarte en un banco y observar el escenario que te rodea es uno de los lujos más accesibles para el visitante y, también, menos frecuentes. Es el entorno ideal para encontrarte contigo mismo. Fernando quería que su familia disfrutara de esta sensación tan particular, indescriptible y de una belleza interior elevada.

Pasaron un gran día. Todos juntos volvieron a evocar los principales acontecimientos familiares; resucitaron los recuerdos de otros tiempos y volvieron a iniciar un camino que habían interrumpido. Un trayecto reiniciado gracias a la huella de sus padres, a su ejemplo tanto en la vida como en su muerte. No podía perder todo eso que se remontaba a años, a sacrificios, a negaciones, a renuncias. Todo un pasado puesto en el hueco de la mano. Fernando cerraba los ojos y recapitulaba su vida junto a ellos, cuando se casó y las circunstancias que hicieron que hubiera una cierta separación, una distancia. La muerte recuperó toda su trayectoria vital y, aunque tarde, al menos le serviría para enfocar con dignidad sus próximos

años.

Volvieron a casa todos juntos, habían pasado un día muy feliz. Sería el comienzo de la segunda etapa: la más importante.

—Mañana cancelas el alquiler. Dejas pagada esta semana, pero ya viviremos todos juntos a partir de esta noche —señaló Fernando, que no quería que el día se escapase.

Loise no respondió. Se arrebujó contra su hombro mientras el carruaje enfilaba el paseo hasta la plaza donde lo iniciaron. Allí se bajaron todos y con una caminata de veinte minutos llegaron a su casa, la de siempre, la que nunca debió de abandonar. Ese día quedaría clavado en la retina y en el cerebro de Fernando. Un día sin par. La magia de la encina sagrada, del médico en el banco, de la ermita, hicieron su trabajo.

Ya en la casa, Fernando se reencontró con el dormitorio, con su despacho, con su biblioteca y con todo el entorno que le había acompañado muchos años. Fue una sensación agradable, algo innato que le permitió saborear de nuevo un hogar con todo el calor humano. Durante unos minutos, se dedicó a pasear por el apartamento paladeando cada rincón, cada mueble, cada pequeña esquina, donde había salpicados muchos recuerdos. Allí se encontraban las huellas del mucho cariño que se había esparcido en este lugar. Tocaba los muebles y se recreaba en la sensación táctil. Era una experiencia que nunca había experimentado y disfrutaba con ella.

Después de este cálido itinerario por todas las habitaciones, Fernando recabó en el salón. Allí estaba Loise esperándole. Ella no necesitaba este recuerdo, ya que nunca había dejado de vivir en esa vivienda, para ella este día era como otro cualquiera, no había tenido un corte en sus evocaciones. Nunca había dejado de vivir en su domicilio a excepción de las cortas vacaciones que alguna vez había tenido.

—¿Quieres tomar algo? ¿Te sirvo algo? —dijo Loise mostrando su cara más amable y su mejor sonrisa.

—Tomaré un güisqui —contestó rápidamente.

—¿Cómo siempre? —se acordaba de cuáles debían de ser las condiciones de esta bebida. Las que le gustaba a él.

—¿Te acuerdas? —preguntó con un deje de ironía.

—Nunca se me olvidó.

Fernando se arrebujó en el sofá dispuesto a recibir su bebida preferida. Loise se la ofreció al tiempo que se sentó a su lado. Era ya una tarde que declinaba. Habían regresado de Central Park después de un día muy agradable. A través de los grandes ventanales se podían ver los edificios de enfrente y un crepúsculo que comenzaba a nacer, dando paso a una noche calurosa. Loise abrió las cristaleras para que la noche entrara en su salón. La claridad iba desapareciendo,

transformándose poco a poco en una tenue oscuridad. Entre los edificios se dibujaba un ocaso rojizo, un cielo teñido de un rojo entreverado con grises.

—Hace muy buena noche. ¿Quieres que salgamos a la terraza? Allí me cuentas tu viaje a París y a España.

Bajo la luz de la luna que aparecía lentamente, la figura de Fernando se perfilaba en la terraza. Con la bebida en la mano contó con todo lujo de detalles su estancia en la capital de Francia y en Madrid, sin olvidar sus grandes paseos y su visita a Luis. Después, pasó a relatar su viaje al norte de España y su encuentro con el viejo médico. Le explicó todo lo relacionado con la encina sagrada e hizo especial hincapié en los aspectos enigmáticos que le acompañaban en su tertulia sostenida en el banco de la plaza.

—¿Quieres ver lo que traje de la fortuna enterrada? Lo venderé en la joyería y los dólares que me den se los daré a la institución de caridad que regenta las monjas. Tú las conoces. Hemos ido a verlas varias veces.

Fernando se levantó y abrió la maleta. Allí, en el fondo, estaban varias bolsas pequeñas con las monedas de los siglos XVI y XVII, junto al collar de esmeraldas y varias joyas aisladas que Fernando cogió de manera fortuita.

Loise ponía cara de asombro, pues nunca había tenido la oportunidad de ver este tipo de joyas.

—Esto vale mucho dinero. El valor de las monedas no es solo por el oro, sino por la tasación numismática. Un técnico debe aconsejarte lo mejor.

—Ya lo había pensado. Lo haremos poco a poco y sin precipitación. Hablaré con un amigo coleccionista. Seguro que me puede hacer una valoración provisional.

Pasaron varias semanas en las que Fernando reinició su trabajo en la clínica. En su ausencia todo marchó perfectamente. Desde el principio se puso como obligación no caer en los mismos errores que en otros tiempos y decidió que estaría en casa a las cinco de la tarde, con tiempo a que pudieran salir los cuatro a dar un paseo y a cenar a algún restaurante. En ese tiempo también consultó con su amigo sobre las monedas y, ya con un precio de salida más adaptado al valor real, se puso en contacto con un negocio de numismática que le compró parte de las monedas. No quería hacerlo todo de golpe. Con varios miles de dólares en el bolsillo, más de cien mil, un sábado por la mañana se acercó al centro regentado por las monjas y le dio su importe a la directora.

—Con esto daremos de comer varios meses a nuestros necesitados —dijeron con una cara de alegría difícil de explicar—. Y a lo mejor nos sobra algo para pintar la pequeña capilla que se está cayendo a

trozos —señaló una novicia que asistía impávida a la reunión. Sus ojos de picardía lo decían todo.

—No se preocupen, dentro de unos meses nos volveremos a acercar por aquí con una nueva ayuda. Es de una herencia de una tía mía que ha fallecido en España —mintió Fernando—. Ya saben que mis padres eran de allí. Estamos vendiendo algunas fincas que tenía.

Las monjas se lo creyeron todo y, además, ¿por qué iban a sospechar nada? Como era casi el mediodía, la comunidad les ofreció una bebida dulce y unas pastas. La más joven insistió que se llevaran varias cajas de dulces que vendían a las pastelerías para ayudarse en la economía de la institución. No sabían qué hacer para agradecerles su donación.

Salieron del centro y recogieron a los hijos para ir a almorzar. Esta vez eligieron Pastis en 52 Gansevoort St. Al entrar, saludó a Mario que como siempre estaba al pie del cañón. Tuvo la delicadeza de no comentar nada, ya que lo normal es que Fernando fuera con Alice. Él sabía que estuvo un tiempo separado, pero eran temas personales y no iba a meterse en ese huerto. Así que le saludó como si tal cosa y le ofreció una mesa que no era la del rincón. El mensaje fue entendido perfectamente. Los cuatro tomaron posición en una de las mesas centrales. No hubo referencias por parte de Fernando a la familia de Mario. Todo muy protocolario y aséptico. La comida sembró las delicias de los niños que estaban encantados del nuevo escenario familiar y del cariño que salpicaba la mesa.

—¿Quieres que te diga algo? —preguntó Fernando al acabar el almuerzo.

—Dime.

—Estoy muy feliz con esta nueva fase en la que hemos entrado. Nunca debimos separarnos. El otro día leí una frase que me impactó: «Cuando una puerta se cierra, otra se abre. Sin embargo, nos fijamos tanto en la puerta cerrada que no nos percatamos de la que se ha abierto». Es una frase de la escritora Helen Keller que era sorda y ciega.

—Para nosotros se acaba de abrir una puerta —dijo Loise mostrando su plácida sonrisa.

—Vamos a hacer todo lo posible para que nunca se vuelva a cerrar.

—Nunca más —sentenció ella.

Un beso selló sus últimas palabras.

Regresaron a casa e iniciaron su segunda etapa en el matrimonio. El agua volvió a su cauce. Un remanso de paz inundó el apartamento. Fernando regresaba del trabajo no más tarde de las seis y si hacía buen tiempo daban un paseo y finalizaban cenando en un restaurante, unas veces solos y otras con los hijos. Fue una época de armonía en la que Fernando y Loise visitaban frecuentemente a las monjas y las

daban un buen puñado de dólares. Las ventas de las monedas se hacían poco a poco con el fin de conseguir un mejor precio por unidad. Pudieron ver de manera directa cómo cada día la fila de indigentes, que aguardaban a la puerta de la institución, entraba y salían. Todo un verdadero proceso de ayuda y apoyo a las personas más necesitadas. Cuando se despedían de las monjas siempre era con el comentario: «Volveremos dentro de un par de meses», el tiempo que calculaban que necesitarían, de nuevo, más gasolina para seguir con la ayuda.

Así pasaron varios meses. Fernando iba todos los días a la clínica. El negocio iba muy boyante. Loise asistía un día a la semana a la parroquia para ayudar en tareas de la misma. El resto de los días iba al gimnasio o con amigas. Una vida muy tranquila y serena. Los hijos tenían una buena aplicación en el colegio.

Llegó el otoño y con él, la caída de las hojas. Central Park estaba admirable. La gente paseaba a todas horas. Los que no trabajaban, lo hacían a media mañana. Los que tenían un horario, paseaban o hacían ejercicio a primera hora, al salir el sol, o a última hora, en el ocaso.

Muchas tardes, Loise recogía a Fernando en la clínica y paseaban una hora por el parque. Los días aún tenían luz cuando regresaban a casa. Era muy estimulante pasear por los caminos repletos de hojas amarillas, el color de los árboles era una estampa de tonalidades diversas que enviaban un sutil reflejo al lento deambular. Era algo a horcajadas entre la evanescencia y la etérea delicadeza del entorno. Esta sensación les dotaba de una espiritualidad y les invadía un adormecimiento cálido y atractivo. Regresaban con las pilas cargadas. En el invierno, con los días más cortos, este paseo lo daban al mediodía, en el horario del almuerzo que hacían juntos y de una manera rápida. Fernando regresaba a las tres para continuar con la clínica. Cuando terminaba no era para ir al parque, por lo que muchos días iban a cenar o bien se recogían en casa y tenían una cena familiar.

Toda esta paz interior se había conseguido con la magia de las huellas de sus padres, que le llevaron a un lugar donde un viejo médico, sentado en un banco de una plaza lejana y solitaria, le indicó cuál debía ser el camino que tenía que recorrer a partir de ahora. La encina sagrada completó el mensaje.

Pasaron los meses en los que Fernando demostró que habían cambiado sus valores. Ahora le importaban otras cosas.

— 27 —

Un día del mes de marzo, ya habían pasado varios meses desde que Fernando había regresado de España, encontró un paquete en su buzón de correos. Su corazón le dio un vuelco y empezó a latir con celeridad. Su cerebro rápidamente empezó a vislumbrar qué es lo que había en su interior. Subió con la rapidez que le dieron sus piernas al despacho de su clínica. Esa fue la dirección que le dio a su amigo de Espinosa. No podía ser otra cosa que el manuscrito. Una vez en el despacho de su planta privada dejó el paquete encima de la mesa y se quedó por unos segundos pensativo. Se decidió a abrirlo. No tenía por qué estar más tiempo cerrado. En efecto, era la novela prometida y ansiada. Un texto de letra menuda y apretada. Nada de ordenador, hecho a mano como los buenos artesanos. Iba desgranando letra a letra, palabra a palabra, toda una serie de impresiones. De cuando en cuando alguna tachadura. Su letra era fácil de entender. El texto ordenado, bien escrito, limpio. Denotaba una especial costumbre de pulcritud, de orden. Eran unas trescientas páginas que en un libro al uso se convertirían en unas trescientas veinticinco. Comenzaba con una frase a la que seguía una dedicatoria. Fernando se sentó y se sirvió medio güisqui. Rezaba así: «*Hubo un tiempo que, cincuenta años después, volví a vivir. El misterio de la encina sagrada se me apareció de nuevo. Para aquellos que lo hicieron posible*». Era un buen comienzo.

Se iniciaba en aquel banco de aquella plaza en aquel pueblo con estas palabras: «Había una vez un viejo sentado en un lugar cualquiera, un recóndito pueblo, una plaza menguada por las casonas que la circunvalaban…». Fernando no leyó más. Lo dejaría para la tarde, en su domicilio, junto a los grandes ventanales por los que entraba la primeriza primavera con su hálito de esperanza a la nueva etapa.

Ya en su sillón favorito, abrió de nuevo el libro y comenzó la lectura. Loise no había llegado aún, había salido de compras con sus amigas y este día era uno que se retrasaba más de lo normal. Los otros días estaba en casa cuando él regresaba de la clínica. Podría leer el libro con toda tranquilidad. Los chicos se quedaban alguna vez en el colegio con tareas extraescolares o haciendo deporte. Los primeros capítulos fueron cayendo, uno detrás de otro, de una forma febril. La trama le había enlazado, atraído, conquistado. No solo exponía sus experiencias en el pueblo, prácticamente no había salido de él, sino que, también, las matizaba con opiniones personales, todas salpicadas

de ingenio e inspiración. Tenía una prosa ágil, dinámica, que no se enredaba en recovecos intransitables. Se veía que su cerebro destilaba inteligencia, armonía, serenidad e imaginación. La parte que leyó antes de que llegara Loise le atrajo tanto que cuando ella entró en el salón no se dio cuenta hasta que estuvo sentada a su lado y le preguntaba:

—¿Qué lees con tanto interés?

—¿Te acuerdas que te dije que íbamos a publicar el libro que me enviaría el médico que conocí en Espinosa cuando estuve en España? Pues este es —terminó su arenga con una sonrisa.

—Qué rápido te lo ha mandado.

—Es lo que me dijo. Antes de un año le tendrá en su casa. Y así ha sido.

—¿Y de qué va? —la curiosidad femenina se antepuso a la pregunta de si le gustaba.

—Es la historia de su vida, pero expuesta de una forma original. Cuenta experiencias y hace una interpretación curiosa de ellas. Es lo verdaderamente atrayente del libro.

—¿Quieres publicarlo aquí?

—En español primero, y en inglés después.

—Hablaré con… Alice —se atrevió a pronunciar su nombre— que tiene una editorial y seguro que le gustará la idea.

—Espero que no hagas nada más que hablar con Alice —dijo con cara entre irónica e incómoda.

—Ya sabes que eso terminó hace mucho tiempo. Mucho antes de que asistieras al entierro de mi madre —dijo con un punto de tristeza al recordarla.

—Primero haremos la edición en español y mientras tanto buscaremos un buen traductor. Yo le ayudaré pues, aunque no tenga experiencia en la traducción conozco términos complicados y expresiones coloquiales que no pueda transmitir adecuadamente en sus páginas.

—¿Cuándo crees que estará la edición en español?

—Pasarla a ordenador, corrector de pruebas, maquetación e impresión, unos tres meses.

—Te lo decía porque se me ocurre una idea.

—¿Cuál? Es que te temo.

—Muy sencillo. Aprovechar que tenemos el primer ejemplar, hacemos ese viaje que nos dijiste que querías hacer y le damos una sorpresa ¿Qué te parece?

—Una idea extraordinaria propia de mí —dijo riendo.

A Fernando no le extrañó pues se lo iba a proponer, pero le gustó más la idea de que fuera ella la que lo propusiera. Hacerla protagonista del proyecto era muy sugestivo, ahora que estaba

comenzando a andar.

—¿Te sirvo algo? —una pregunta obligada a esa hora antes de la cena.

—Ponme medio güisqui. Ya me tomé esta mañana en la clínica otro medio y no quiero abusar.

Mientras Loise se lo preparaba y se iba a la cocina, Fernando avanzó en la lectura. Conforme iba leyendo, cada vez estaba más maravillado de la rica prosa, de los análisis tan certeros que hacía y de lo ágil que era la redacción. En suma, un libro fresco y cálido de una persona que, cuando llega al recodo del camino, mira hacia atrás y ve el mundo que ha dejado, una amplia llanura. Por delante solo le queda un sendero estrecho, rectilíneo a veces, tortuoso otras y siempre con recovecos, rincones y sinuosidades. Esa era la verdadera riqueza del libro que, a lo largo de sus páginas, salpicaba con comentarios acerca del mensaje de la encina sagrada, del misterio que encerraba y de la incógnita del tiempo. La noche le envolvió con su manto durante muchas horas y, ya de madrugada, cuando terminó el libro, pudo conciliar el sueño. Durante su lectura se había apoderado de él, no podía dejarlo, cada página le llevaba a la siguiente y así, una detrás de otra, acabó el manuscrito.

Al día siguiente, por la mañana bien temprano, solo tres horas después de finalizar el libro, llamó a Alice.

—Buenos días. ¿Te he despertado?

—Estaba preparándome una taza de café. Ya me iba a ver a un cliente.

—Pues te tengo otro nuevo que ni imaginas.

—El viejo médico de España —saltó como un resorte.

—Tú lo has dicho. Bingo.

—¿Quieres que nos veamos hoy?

—Al mediodía tengo libre un par de horas. Si te parece te acercas al restaurante que tengo en la esquina. Ya has estado alguna vez.

—Estupendo. A la una del mediodía estaré como un clavo allí.

Fernando, después de tomar un desayuno frugal con Loise y los niños, metió el texto en la cartera y se fue a la clínica. Estaba nervioso por el tesoro que tenía entre manos. Estaba seguro de que iba a ser un éxito en español y en inglés. Las dos ediciones deberían separarse por un mes para atraer la atención de los periódicos especializados y el público en general. Después del éxito de la versión en español, estaba seguro de que la otra iba a ser un camino de rosas.

Nada más acabar la sesión de la mañana con los pacientes, bajó al restaurante a esperar a Loise. Llevaba bajo el brazo el volumen para editar. Con su experiencia lo valoraría, pero, con toda seguridad, su voto sería afirmativo.

—Aquí tienes el manuscrito —dijo Fernando nada más verla entrar

por la puerta y casi antes de sentarse.

—Bueno, déjame que por lo menos te salude y me siente.

—Perdona. Es tan grande mi nerviosismo que no sé guardar las compostura de la educación.

—No te preocupes. A mí me pasa lo mismo cuando me entregan un texto para publicar y sé que es de un escritor afamado. Me pongo muy agitada.

—Lo recibí ayer por la mañana y ya me lo he leído. Es extraordinario. Va a ser un *best seller*. El negocio mejor de tu editorial. Ya verás como no me equivoco.

—Así lo espero. El negocio es el negocio —dijo con acento fenicio acompañado de una sonrisa—. Déjame ver.

Loise echó un rápido vistazo al documento y enseguida se percató de que iba a llevar más esfuerzo de la cuenta, ya que había que pasar el texto a ordenador. La letra podía ser en algún momento un obstáculo que enlenteciera el trabajo.

—Pondré a dos secretarias que hablen español para pasar el texto al *laptop*. Necesitarán una semana, por lo menos, pero la corrección de pruebas será más rápida. Eso te corresponderá a ti. Creo que en unos diez días tendremos el texto definitivo. La maquetación será muy rápida y la impresión también. Si todo sale, como pienso, en tres semanas estará todo listo. Mientras tanto diseñaremos la portada. ¿Qué idea te parece mejor? —Alice ya estaba en la editorial dando órdenes.

—Yo pondría una plaza, un banco y un viejo de espaldas. A su lado, un bastón y todo rodeado de casonas y palacios. Es muy sugestivo este enfoque de diseño. ¿Estás de acuerdo?

—Una idea genial. Como conoces el ambiente, te es más fácil llegar a una idea sencilla y atractiva. Redactaré la contraportada de una manera llamativa. Debe ser atrayente y cautivadora, al mismo tiempo que enigmática. De tal manera que el que la lea se sienta con el deseo de comprar el libro. Esta es la base de un buen *marketing* —Alice ya estaba diseñando la fase comercial en la que era un lince. Siempre había tenido éxito en la presentación.

—A propósito, ¿qué vamos a hacer para la presentación? El autor no creo que venga. Ya lo hablaremos, pero no me parece que esté por la labor —preguntó Fernando.

—Esto ya lo hablaremos. No debemos adelantar acontecimientos.

—Y de la edición en inglés, ¿qué hacemos? —preguntó Fernando, que estaba como un chaval con zapatos nuevos.

—En cuanto esté terminada la corrección de pruebas nos metemos con la traducción. Tengo una especialista que lo hace muy bien y que va rápido. En un mes tenemos el libro en su edición inglesa. Además, no conviene que se solapen, ya que desde el punto de vista de las

ventas es mejor espaciarlas con uno o dos meses. Ten en cuenta que hay personas que leen en español e inglés al mismo tiempo y compran en primer lugar la edición en español y después se animan y compran la del inglés. Esto es negocio doble —dijo Alice con una voz encantadora.

—Eres genial, no se te escapa nada. Ya sabía que tú eras la persona indicada para llevar este proyecto a cabo.

—Bueno vamos a almorzar que tenemos trabajo esta tarde. A las tres ya tengo cita con dos secretarias para pasar a limpio el material.

—¿Cómo podías saber qué te iba a gustar?

—Me lo imaginé. Si a ti te gusta, a mí también —dijo con su mejor sonrisa —. El libro estará editado para mediados de junio.

El camarero se acercaba a anotar el pedido.

—¿Lo de siempre?

—Sí. Lo de siempre —apuntó Fernando con su natural simpatía.

Después de haber oído de boca de Alice que para mediados de junio estaría el libro en la calle, Fernando pensó en la posibilidad de hacer su visita familiar a España en esa fecha y aprovechar para darle el libro.

—Creo que iremos a España en esa fecha —avanzó la idea que hacía días le rondaba en la cabeza.

—Será una buena oportunidad para entregarle la novela. Una sorpresa que, seguramente, le encantará.

—No me cabe la menor duda.

—Este tipo de cosas le harán muy feliz —concluyó Alice.

—¿Estás segura de que me puedo comprometer a un viaje el 15 de junio?

—Con el 100% de seguridad no hay nada, pero es casi seguro. Ten en cuenta que esta tarde a las cuatro comienzan dos secretarias con el manuscrito. Dedicarán a este menester diez horas diarias, por lo que estaremos en plazos —señaló Alice, que conocía el negocio muy bien.

Cuando Fernando tuvo un rato libre en la clínica entre paciente y paciente, llamó a la agencia de viajes para reservar vuelos del 15 de junio a Madrid y regreso el 30 de ese mismo mes. Estarían en Madrid una semana y después con el taxi irían a Espinosa de los Monteros y a Ojo Guareña. El hotel sería el mismo que ya conocía, para qué iba a cambiar si este le gustó y estaba muy céntrico.

Cuando llegó a su casa, lo primero que le dijo a la familia, reunida en el salón, fue que el día 15 de junio volarían a Madrid y que estarían por España dos semanas. Estaba contento, pues había cumplido con el deseo de sus padres y de su viejo amigo de la plaza.

— 28 —

Pasaron varias semanas en las que la edición del libro iba avanzando. De cuando en cuando, la editorial se ponía en contacto con Fernando para alguna pregunta puntual, en especial cuando entraron en la fase de traducción al inglés. En estos momentos las consultas eran frecuentes; la traductora no era extraño que le llamase un par de veces al día para consultarle ciertas expresiones coloquiales y vocablos populares, cuyo significado no había llegado a comprender en su totalidad. Conforme se iba acercando la fecha, Fernando y Alice tenían una reunión rápida para comentar diferentes aspectos de la impresión, edición y, en especial, de la portada. Cuando a mediados de mayo un sábado a primera hora, tomaron café para ver las pruebas de la portada, es cuando se dio cuenta de la magnitud de lo que tenía entre manos. La maqueta era atrayente, nada más verla te estimulaba el apetito de poseer la obra.

—Me gusta mucho —se atrevió a decir Fernando—, es muy llamativa. Te dan ganas de comprar el libro.

—Pues si lees la contraportada, mucho más —dijo ella.

Fernando leyó despacio lo que Alice le indicaba. Verdaderamente, la editorial captó el mensaje del libro y supo exponerlo con toda claridad y belleza en unos párrafos. La idea es que, con cuatro o cinco ideas bien expuestas, apareciera toda la trama. Decir poco e informar mucho para abrir el apetito.

—Está muy bien expuesto.

—Lo que se pretende es que el posible comprador, atraído por la portada y el resumen del libro, se vea tentado, obligado diría, a comprarlo —señaló Alice, que conocía bien el negocio de la editorial.

—Yo no tengo duda de que después de ver esto y leer la contraportada compraría el libro. No lo dejaría pasar —avanzó Fernando cautivado por la presentación. Se sentía coprotagonista del libro, no en vano fue su artífice.

—Y además, si esto se hace con una presentación editorial adecuada, el éxito está asegurado —dijo ella.

—Veo que para el 15 de junio ya está en la calle —avanzó.

—Es posible que una semana antes —contestó ufana de su trabajo.

—Me voy a la agencia de viajes a confirmar todo. Estaba en reserva y, ahora, lo confirmaré para no tener problemas de pasajes y de hotel.

Días después, a primeros del mes de junio, Fernando recibió una llamada. Era viernes y se disponía a iniciar su fin de semana, algo que

le prometió a Loise hacer sin falta.

—¿Nos vemos hoy al mediodía? Te tengo una sorpresa —dijo Alice.

Fernando ya se imaginaba qué tipo de sorpresa era. Faltaban unos días para la fecha indicada, por lo que no podía ser otra cosa.

Quedaron en verse a las trece horas en el restaurante de la esquina. Alice se presentó con un envoltorio que, nada más sentarse, abrió. Eran tres libros. Fernando se quedó extasiado. No lo había podido imaginar mejor. Cumplía todos los parámetros de la belleza, del estilo, en una palabra, de la perfección. Habían salido trescientas veinticinco páginas. Un número perfecto. Los libros demasiado gruesos cansan y, a veces, no se terminan y cuando lo hacen se queda uno totalmente relajado. Lo ideal es quedarse con hambre, como cuando se asiste a una comida agradable. No es bueno atiborrase, quedarse ahíto, lo mejor es levantarse de la mesa con hambre, queriendo comer más. Es el ideal del *gourmet*, por eso el deseo del escritor es el mismo. No en vano una buena cocina se asemeja a un buen libro. La elaboración es la misma, pues se trata de estimular los sentidos. Cada uno por distinto camino, pero el final es el mismo. Alice siempre decía que un buen escritor era como un chef con estrellas Michelin, había que valorarlo de la misma manera. Por eso siempre aconsejaba a sus escritores que no pasaran en sus libros de un máximo de cuatrocientas páginas. Debían cerrar el libro con ganas de más, tener hambre de continuar.

—Y la edición en inglés, ¿cómo va?

—Estamos iniciando la maquetación. Ya te dije que llevarían algo más de un mes. Yo prepararé la presentación para finales de junio. Una fecha perfecta. ¿Crees que vendrá?

—No lo sé. Te lo digo en unos días. Prefiero contactarle directamente, pues si está renuente le puedo convencer mejor.

—Sería estupendo. La editorial se encargará de todos los gastos durante una semana. En esos días podemos hacer una presentación en dos o tres lugares de este país.

—Me parece una idea extraordinaria.

—Lo ideal es tener el libro en español e inglés en las distintas presentaciones. Muchas personas lo comprarán al tener las dos versiones. No ha habido muchos actos de este tipo con libros en ambos idiomas. Es muy original. Además, contamos con tu ayuda para el acto. El que seas perfecto bilingüe es una ventaja —señaló Alice que ya tenía en la cabeza el diseño de toda la ceremonia.

—Una pregunta antes de que se me olvide. ¿Cuántos ejemplares vas a editar en cada versión?

—Muy buena pregunta. Inicialmente haremos una tirada de unos diez mil en cada idioma. Ten en cuenta que unos cien, por lo menos, hay que regalarlos a los periodistas y a distintas firmas relacionadas

con la edición —y añadió—, pero tenemos las máquinas preparadas para una segunda edición en cuarenta y ocho horas. Es muy posible que se necesite hacerlo al cabo de la primera semana de la presentación.

—No tenía idea de todo esto.

—En el caso de tu padre, yo era una becaria, pero sí que recuerdo que la edición fue en español y tuvimos que hacer una segunda edición a los diez días. Posteriormente, se hicieron varias ediciones más y, luego, se presentó también en inglés. Las dos presentaciones se distanciaron unos diez meses.

—Qué curioso es todo esto.

—Así es. Te dejo, que tengo que trabajar y recuperar este tiempo perdido —dijo con la sonrisa coqueta de siempre. Llámame y dime si va a venir. Yo me quedo preparando todo para la primera semana de julio. Si viene puede hacerlo contigo. Sería más cómodo para él. No olvides que «lo que se concibe bien, se enuncia claramente», decía Boileau.

El día señalado, muy temprano, Fernando, Loise y los dos hijos estaban preparados en el portal esperando la llegada de un Uber que les recogería y los llevaría al aeropuerto Kennedy, terminal de Iberia. Era una mañana calurosa. Ya empezaba a calentar en la ciudad de Nueva York, aunque no era nada si se compara con el mes de agosto. El avión salía en la tarde y, con el cambio de horario, llegaba en la madrugada del día siguiente. Era cómodo, pues se viajaba de noche.

Fernando había tenido la precaución de avisar a Adolfo que les estaba esperando, tal y como habían hablado, en el lugar adecuado. Se fundieron en un abrazo y le presentó a su familia.

—No hablan español, aunque pueden entender si les hablas despacio —dijo Fernando mientras ayudaba a meter las maletas en el taxi.

—Eso va a ser difícil conmigo —contestó con sorna.

Recorrieron un trayecto de unos veinte minutos.

—El aeropuerto de Madrid no es como el de Nueva York —se aventuró a comentar Fernando—; hay que calcular por lo menos una hora y media y, a veces, con el tráfico y si hay lluvia, más de dos horas.

—El nuestro es muy cómodo.

En el tiempo prefijado estaban en el hotel de la Gran Vía. Fernando iba recordando todo y señalando los edificios por los que había pasado. Cuando pasó por delante de Chicote, comentó:

—Allí estuvimos tomando una copa, ¿te acuerdas?

—Cómo se me iba a olvidar.

—Fueron días cortos pero intensos —dijo Fernando mientras se disponía a bajar del taxi.

—¿Me van a necesitar hoy? —preguntó.

—El día de hoy lo haremos andando. Les enseñaré lo que paseamos el año pasado del Madrid histórico. Luego, diré a recepción que me reserven en Casa Botín para las dos de la tarde. Después, descansaremos un poco. La semana próxima quiero hacer un viaje por el norte. Primero, a Espinosa de los Monteros y, después, quiero conocer Santander, Bilbao y San Sebastián. Esta tarde iré a una agencia a que me reserve hotel en estas ciudades. Reservaré también una habitación para ti —una larga explicación por parte de Fernando que quería tener todo bien atado.

—Si me necesita, ya sabe cómo encontrarme. He reservado estas dos semanas completas para su familia.

—Te llamaremos, especialmente en la noche cuando tengamos el plan del día siguiente. Hoy te dejo libre. Mañana por la mañana iré a ver al primo de mi madre y, luego, iré a comer a Zalacaín. Por la tarde, aceptaré sugerencias.

—Yo les llevaría al parque del Retiro. Es muy bonito y atractivo, seguro que a su familia le gustará.

—Me parece perfecto. Nos recogerías en ese restaurante a las cuatro de la tarde. Como tenemos los teléfonos celulares, bueno aquí les llamáis móviles, estaremos en contacto.

Perfecto, pues hasta mañana en el restaurante.

Fernando y la familia subieron a las dos habitaciones, una para ellos y otra para los chicos; estaban contiguas. Ya hicieron la reserva de esta manera antes de salir de viaje.

—Ahora descansáis una hora y os llamamos cuando estemos preparados para dar una vuelta por esta encantadora ciudad.

No habían pasado los sesenta minutos cuando recibieron la llamada de los hijos que ya estaban preparados.

—En unos minutos, estamos abajo —dijeron con ganas de conocer.

—Nosotros bajamos también —contestaron los padres.

Hicieron el mismo recorrido que había realizado Fernando un año antes. Los recuerdos se agolpaban y trataban de salir incoercibles, a borbotones, como la sangre después de una cornada inguinal. Caminaron lentamente hasta la Puerta del Sol; de allí, a la plaza Mayor y, posteriormente, por el arco de Cuchilleros y por la plaza de Puerta Cerrada llegaron a la calle de Segovia y al jardín de Anglona. En ese lugar descansaron un rato, mientras Fernando iba explicando con todo lujo de detalles los pasos de sus padres por esta zona antigua de Madrid y el sitio donde apareció enterrado el mapa donde se encontraba la fortuna de Alonso de Alvarado. Después, atravesaron la plaza de san Andrés, la de los Carros y la del Humilladero para llegar a la calle de la Cava Baja. En la posada del León de Oro cenaron lo típico: croquetas de espinacas con bacalao y patatas con huevo. Estos

platos no se podían encontrar en su ciudad. Pudieron disfrutar de la vista de la muralla cristiana. Era una noche templada del Madrid del mes de junio. Pasear por estas calles era un privilegio y una riqueza cultural.

Fernando quiso transmitir esta lección a su familia. No era una experiencia que pudieran tener en Nueva York. El empedrado de esas calles por la que muchos años antes habían desfilado carruajes, damas, doncellas y soldados, donde los lances y los enfrentamientos eran el pan de cada día y donde la busca de la vida, su consecuencia. Muchos autores dejaron honda huella de estos lugares. Pío Baroja, con su casticismo; Galdós, con sus episodios; Mesonero Romanos, con su descripción de la vida matritense. Fernando en el último año había leído mucho. Parecía que España había nacido para él ahora que sus padres no estaban, pero su sentimiento bebía en sus fuentes. Esto era lo que le alimentaba para seguir buscando y estudiando. Era algo que le salía de lo más profundo, del pozo de su cerebro, de los pliegues de su alma. Disfrutaba con cada sitio, con cada persona con la que se cruzaba, con cada detalle con el que se encontraba. Era una sensación especial, un deseo contenido, que le daba un toque de plenitud que jamás había encontrado en sus largos viajes y en sus continuas estancias en otros países. Su familia estaba recibiendo la explicación no de un guía turístico al uso, sino de una persona que vivió, en su imaginación, aquellos años, de alguien que fue protagonista de esas vivencias y de esos sentimientos. La emoción que transmitía al hablar no era normal, estaba como levitando, como flotando en el tiempo entre el ayer y el hoy. Era una sensación a horcajadas entre la pesadumbre de la ausencia de sus padres y la ternura de la presencia de su familia. Una pasión que corría por sus venas. «Nunca volveré a tener esta sensación por más que mil años que viva», pensaba mientras caminaba en las calles salpicadas a esa hora de gentes diversas.

El paseo resultó una delicia. La turbación de la familia iba pareja con la agitación de Fernando transmitiendo a sus hijos las huellas por las que transitaba. Sus recuerdos iban del ayer al hoy y, con el tiempo, al mañana.

Serían las once de la noche cuando hacían entrada en el hotel. Estaban cansados, pero alegres y plenos de emotividad. Habían recorrido una parte de la historia de España, lo que equivalía a la de Madrid y, con ella, la de su familia, y la del porqué estaban ellos en este mundo y, ahora, en un hotel de esta ciudad.

Despuntaba un día caluroso. Era pleno verano. Fernando quería llevar a su familia a que conocieran a Luis. La víspera había tenido la precaución de telefonearle para anunciar su visita. Luis estaba emocionado y así se lo transmitió a través de la línea telefónica. Después, los llevaría al museo Sorolla, como hizo un año antes, con el

fin de que conocieran la pintura de este ilustre pintor que también hizo sus trabajos para la Hispanic Society de Nueva York. Recordarían que la habían visitado en un par de ocasiones. Después de la visita, y dando un pequeño paseo, irían a almorzar a Zalacaín. Fernando, como ya tenía experiencia con el restaurante, sugirió a los chicos una camisa de manga larga y una americana fina con corbata. Eran normas de la casa y así tenía que ser.

La visita a Luis fue de las cosas más emocionantes del día. Los recibió preparado y algo más vestido, ya que esperaba a toda la familia y quería dar buena impresión. Les tenía preparado unos cafés y unas pastas que había mandado comprar el día anterior.

—Esta es mi familia completa. Tenían muchas ganas de conocerte pues les he hablado mucho de ti.

—Es una alegría teneros a todos juntos en mi casa —señaló Luis—. ¡Recuerdo tanto a vuestros abuelos! —dijo con un suspiro.

Fernando iba traduciendo, aunque los hijos comprendían algo debido a las enseñanzas de su padre que siempre quiso que hablaran español. Estuvieron cerca de una hora rememorando sentimientos y evocando recuerdos en España y en la visita a Brooklyn.

—Creo que ya va siendo hora de que nos vayamos. Queremos ir al museo Sorolla y después a almorzar a Zalacaín.

—Buen lugar has escogido —dijo Luis con cara de nostalgia—, yo aunque quisiera, ya no puedo ir. Mis piernas no me acompañan.

Se despidieron con mucha emotividad. Ahora sí que Fernando y él tenían la plena convicción que ya no se verían más. El tren de Luis estaba llegando a su destino y en una o dos estaciones llegaría al final. Por eso, el abrazo fue más intenso de lo normal.

El restaurante no defraudó a nadie. «Una comida excelente para paladares muy exigentes. Merecía la pena esta visita», dijeron los chicos. Loise estaba encantada con la familia. La atención de mucho nivel a la altura del restaurante.

A las cuatro en punto estaba Adolfo esperando con su coche en la puerta del restaurante, tal y como habían quedado. Los llevó al Retiro. Les dejó en la puerta de entrada de la plaza de Alcalá.

—Aquí estaré esperándoles dentro de tres horas, pero si se retrasan no hay problema. No tengo prisa.

—Perfecto. Daremos un largo paseo como si estuviéramos en Central Park.

El parque del Retiro, explicaba Fernando que se lo había leído, se conoce también como parque del Buen Retiro. Es un lugar histórico y una de las visitas obligadas de la ciudad. Yo el año pasado no tuve tiempo de venir aquí. El conjunto artístico y paisajístico es de una gran belleza y va de los siglos XVII al XXI. Al llegar a este punto, echó mano de la guía que llevaba. «Son monumentos importantes el de

Alfonso XII, el palacio de Cristal, la puerta de Felipe IV, el Real Observatorio Astronómico y la fuente de la Alcachofa. Lo más conocido es el estanque grande. Eran terrenos reales creados por el conde duque de Olivares en tiempos de Felipe IV, pero Carlos III permitió la entrada al pueblo, lo que se consagró ya en 1868 cuando quedó bajo la titularidad del ayuntamiento de la capital».

—Como veis, estamos pisando la verdadera historia del Madrid de los últimos siglos. Vamos a ver el estanque. Aquí dice que si hay buen tiempo se puede alquilar una barca. Si queréis lo hacemos, es algo curioso que no hacemos todos los días.

La familia mostró su agrado por la idea de remar. El tiempo era inmejorable. Después de una hora en el estanque, tomaron una cerveza y unas patatas fritas en uno de los bares que están alrededor del estanque. Se acercó un barquillero. Nunca lo habían visto y se animaron a comprar unos barquillos. Después, fueron al paseo de coches, conocido también como de Carruajes o de Fernán Núñez. Estos días estaba ocupado por la feria del Libro que la ponen todos los años.

—Me recuerda el paseo de Central Park donde van los coches de caballos, ¿os acordáis que hace unos meses hicimos esta excursión? —dijo Fernando.

Todos contestaron afirmativamente mientras miraban las casetas plenas de libros. A esa hora, los visitantes eran muchos y las compras de libros también. A Fernando desde su visita a la librería Shakespeare, en París, le había quedado ese regusto por los libros, por el desorden que impera en cada lugar en el que existen, por ese tacto que imprimen sus páginas cuando las pasas de una en una. Siempre que veía ese desconcierto se quedaba extasiado contemplándolo. En la Feria del Retiro le pasó continuamente mientras sorteaba, zigzagueando, a las personas que salpicaban el lugar.

Cuando habían pasado casi las tres horas se dirigieron a la puerta de Felipe IV o de Mariana de Neoburgo, frente al Casón del Buen Retiro en la calle Alfonso XII. Lentamente, buscaron la puerta de la plaza de la Independencia donde los dejó Adolfo, que estaba esperando como una estatua hierática y firme.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó solícito.

Fernando miró a Loise y a los chicos de una manera intermitente y vio en sus caras el agotamiento del día.

—Creo que iremos al hotel. Por esta jornada, ya está bien —una sonrisa acompañó a su respuesta.

—Pues sea así —contestó Adolfo—. Mañana, si le parece vamos a Toledo y, pasado, a Segovia, Ávila y al Valle de los Caídos. Es lo convencional —dijo riendo.

—Perfecto. A las nueve. ¿Está bien?

—Una buena hora. Buenas noches.

— 29 —

Durante los siguientes días visitaron Toledo, Ávila y el Valle de los Caídos, que como decía Adolfo son un clásico de los turistas que vienen a nuestra ciudad. La costumbre es hacer estas visitas en excursiones organizadas. El conductor, que conocía bien estos lugares, los llevó a lo más importante y después a buenos restaurantes donde el cochinillo hizo las delicias de los asistentes.

Al cabo de tres días de deambular por Madrid, Fernando le dijo cuando les dejó en la puerta del hotel:

—Mañana haremos la visita al triángulo del Arte. Queremos ver los tres museos, el del Prado, el de Thyssen y el Reina Sofía. Dedicaremos todo el día a estas visitas.

—Me parece muy bien. No se puede pasar por Madrid sin ver estos lugares. Por la tarde les aconsejo ir a una zarzuela.

—Muy buena idea. Diremos en recepción que nos saquen las entradas y las recogeremos antes de ir. Me hace ilusión asistir a un espectáculo de este tipo. Me han hablado mucho y nunca tuve la oportunidad de asistir a uno de ellos —dijo con gran entusiasmo.

La estancia en la ciudad de Madrid llegó a su fin, y con ello la pena de cambiar de escenario, así que una mañana, bien temprano, Adolfo les recogió en el hotel y se encaminaron al norte del país. Llegaron a la hora del almuerzo a Torre Berrueza. Como era costumbre en Fernando, la reserva se hizo unos días antes desde Nueva York. El lugar tenía pocas habitaciones y deberían ser previsores. Los dueños del hotel le recibieron si no con alharacas, sí, al menos, con alegría. Le recordaban del año anterior. Después de la comida descansaron un poco y pasearon por el pueblo. Fernando les fue explicando las distintas casonas y palacios, su historia y la importancia que tuvieron en la conquista.

—No hay muchas ciudades en España que puedan presumir de tener un número tan alto de personas que han nacido en ella y que hayan ido a la conquista.

Esa noche cenaron algo rápido pues al día siguiente quería ir a Ojo Guareña. Era una visita obligada. Fernando tenía mucho interés en que recibieran el mensaje de la encina sagrada. Primero irían a la ermita de san tirso y san Bernabé y posteriormente irían a la campa donde estaba la encina.

Madrugaron y a las ocho de la mañana ya estaba Adolfo en la puerta preparando el coche. Era un día bonito. El sol había salido

hacía un rato. En verano salía pronto y era una delicia pasear en las primeras horas de la mañana. Era un día claro, de cielo azul intenso. Prácticamente no había nubes, quizás alguna aislada perdida en el cielo sin saber a dónde ir. Les sirvieron el desayuno con las ventanas abiertas, dejando que se colara el hálito matinal. Un espectáculo tomar el desayuno con los diferentes tipos de mermeladas bajo la brisa de un precioso día de estío norteño. Fernando estaba henchido de gozo por volver al lugar donde había recibido el mejor y más íntimo mensaje de su vida. Era algo inenarrable, imposible de explicar con palabras. Era algo tan personal, tan ligado a cada mismidad que si tratara de exponerlo en una conversación, con seguridad, no sería entendible. Había que apreciarlo personalmente, de otra manera no serviría. Lo mismo que lo había recibido de sus padres, se había marcado como obligación transmitírselo a sus hijos y para ello nada mejor que este viaje. Ya desde un año antes pensaba en esta idea. La mejor riqueza, el mayor tesoro que podía darles era este mensaje. Había que subir lo antes posible al lugar.

Adolfo, como la otra vez, aparcó el coche en la ladera y se quedó a esperarles. Los cuatro iniciaron lentamente el ascenso. Era una suave pendiente que, a sol descubierto, se transformaba en un cierto esfuerzo, pero merecía la pena. La vista al llegar a la cima era espectacular. La ermita con la entrada a la gruta presentaba un escenario intenso, irresistible por la fuerza que emanaba de su entorno. Habían llegado temprano y, a esa hora, no había visitantes. Fueron los primeros en entrar y, prácticamente, la visita se hizo para ellos, lo que Fernando agradeció sobremanera tener esta oportunidad. La gruta les llamó la atención a la mujer y a los hijos, a pesar de que ella solía tener claustrofobia, pero aguantó el paseo por las distintas galerías de manera aceptable. Sin embargo, lo que más les impresionó eran las pinturas de las paredes de la ermita sobre los milagros.

«Según reza el catálogo», Fernando leía, «los dibujos datan de los años 1705 a 1877 y cuentan los martirios y milagros de san Tirso». Todos se quedaron extasiados mirándolas. Cuando salieron, lo hicieron de una manera diferente. Su padre, que no les perdía de vista tratando de analizarles en cada movimiento, se percató del cambio. Después, se encaminaron a la campa donde estaba la encina sagrada. Fernando les explicó con todo lujo de detalles la historia del árbol, la influencia que los celtas le daban y la importancia que tenía en su vida, en sus costumbres y en sus hábitos. A partir de ahora, lo que ellos sintieran sería personal. Se abrazaron al troco durante unos minutos cada uno. El mensaje iba entrando lentamente en sus vidas, en su cerebro y en su cuerpo. Fernando recordaba aquella frase que le dijo el viejo médico el año pasado que recitaba Clara Scherer de «insistir, persistir, resistir y nunca desistir». De esta manera, el

mensaje entraría por los poros de la piel, por los pliegues del cerebro, por las cicatrices del alma y por las heridas del corazón.

Durante cerca de una hora estuvieron junto a la encina. Fernando, de cuando en cuando, miraba el lugar donde había vuelto a enterrar el tesoro. Había crecido hierba. Nadie podía pensar que se hubiera removido. El secreto quedaría para las generaciones futuras. Quizás si la institución de caridad lo necesitara él vendría dentro de unos años a recoger otra parte de las monedas…, y ¿por qué no ahora que estaba tan cerca? Era una buena idea. Las monjas lo necesitaban y una oportunidad como tenía en este momento no la iba a tener en el futuro y quién sabe cuándo iba a poder regresar. Llamó por el móvil a Adolfo que estaba junto al coche y le preguntó qué había hecho con la pala que utilizó el año pasado. Le dijo que la seguía teniendo en el maletero.

—Ahora te mando un hijo por ella.

Cuando regresó con la pala se fue al lugar exacto que ya conocía y cavó una media hora. Llegó de nuevo al baúl y se encontró con la riqueza que no había menguado a pesar de lo que él había cogido. Esta vez tomó una buena parte de las monedas y alhajas, dado que tenía ayuda con los hijos y la mujer, y volvió a colocar el cofre como estaba. Puso la tierra encima y colocó unas hierbas para que crecieran.

—¿Os habéis dado cuenta de este lugar? Si alguna vez tenéis necesidad de ayudar a alguna persona que lo necesite, podéis desenterrar de nuevo y coger la parte que os sea conveniente. Siempre con el mensaje en vuestro corazón. Yo lo recibí de mis padres y os lo transmito a vosotros —les dijo con aire profesoral, no exento de paternalismo—; la fortuna siempre estará ahí. La encina la cuidará.

Todos guardaron silencio. El sol calentaba a esa hora.

—La visita ha terminado —rasgó el mutismo con esta breve sentencia.

Bajaron la cuesta lentamente. En la mochila de los chicos la ayuda que las monjas esperaban recibir de cuando en cuando. Con lo que en este momento llevaban tenían para seguir ayudando varios años.

Comieron en el restaurante de Torre Berrueza, descansaron un rato y a las cinco de la tarde Fernando dijo:

—Vamos a la plaza. Tengo que resolver el último asunto.

Fernando llevaba bajo el brazo la novela de su amigo. Perezosamente, se acercaron a la plaza y allí estaba, sentado, enjuto, apoyado el mentón en su bastón, reflexivo como cuando le conoció. Sin casi volver la vista atrás le dijo:

—Le esperaba hace horas. Pero entiendo que primero es la visita a la encina sagrada —dijo sin volverse.

—¿Me esperabas?

—Sabía que vendrías y me traerías algo.

—Vengo con la familia.

—También lo suponía. Eso, al menos, es lo que me dijiste hace un año.

Fernando, después del consabido saludo, le presentó a Loise y a sus hijos.

—Tenían ganas de conocerte. Les he… hablado tanto.

—Espero que les hayas dicho cosas positivas —acompañó el comentario con una leve sonrisa.

—Ya sabes que sí las dije. Me fui de aquí con una grata impresión y desde… entonces no he dejado de pensar en esa visita.

—Bueno, ¿me vas a dar el libro? —preguntó con un cierto grado de sorna.

—Pues aquí lo tienes. Espero que te guste.

El viejo médico acarició el libro, paseó sus dedos por la portada, entreabrió sus páginas, miró su contenido, su presentación en la contraportada y después de un largo silencio se atrevió a decir:

—Un magnífico regalo. Siempre te lo agradeceré.

—La versión en inglés saldrá en una semana. Quizás para cuando yo regrese la tenga ya en mi despacho.

—No hay muchos libros que se presenten en dos idiomas al mismo tiempo.

—Hemos hecho un gran esfuerzo. La editorial ha trabajado intensamente estas semanas —Fernando se mostraba ufano de la parte del trabajo que había realizado.

Hubo un silencio extenso. La tarde estaba algo fresca, pero no hacía frío. Caían algunas gotas de agua, pero no era nada como para ponerse a cubierto, enseguida paró. El viejo médico movía el bastón rítmicamente y, de cuando en cuando, hacía como que dibujaba unos signos en el suelo. Era algo abstracto, evanescente, pero con un sólido mensaje para los presentes. Dibujaba un árbol de grueso tronco. Había que tener una gran imaginación para darse cuenta, ya que no se quedaba grabado nada en la piedra de la plaza.

—Decididamente, hoy es uno de los días más felices de mi vida. Nunca pensé que más de cincuenta años que estuve con tus padres me llegaría este regalo de parte de ellos y a través de su hijo. Es inimaginable la felicidad que me embarga.

—Para mí era algo que sentía en lo más hondo de mi corazón, de mi pensamiento. Una voz interior que me decía que tenía que seguir por el sendero que habían recorrido ellos y que en el camino me encontraría alguien que me guiaría y aconsejaría. Ese eres tú —dijo con un hilo de voz tembloroso.

—La predicción se ha cumplido. Tu presentimiento se ha convertido en realidad.

La conversación se realizaba bajo la atenta y extraña mirada de

Loise y sus hijos. No entendían las palabras, pero sí que comprendían el trasfondo del momento y eso era lo verdaderamente importante. La tarde iba avanzando mientras ellos estaban enredados en sus propios pensamientos, en sus dudas y creencias. Era un momento sutil en el que el tiempo se transformaba en etéreo, en intangible, en abstracto. La realidad y la quimera estaban separadas por una tenue línea que los abrazaba y envolvía. Sus miradas se cruzaban, sus palabras afloraban a sus bocas sin salir. Era el lenguaje de los pensamientos que iban de uno a otro sin solución de continuidad. Un momento mágico como lo definiría Fernando, cuando a la semana siguiente le contó a Alice la entrevista y la entrega del libro.

—Tengo que preguntarte algo —se atrevió a romper la magia del momento.

—Tú dirás.

—¿Vendrías a la presentación? —Fernando casi ni se atrevía a cursar la pregunta.

Continuó un momento de silencio que pareció eterno.

—Sabía que en cualquier momento caería la cuestión. Es una propuesta interesante, pero no sé si seré capaz de cumplir con vuestras ilusiones. Quizás este proyecto le venga un poco grande a un simple médico rural.

—No lo veo así. Me parece oportuno que el autor de un libro se presente con él.

—Es una ciudad… tan lejana. Nunca sospeché que podía ir a visitarla.

—Estoy seguro de que no te arrepentirás. Te daremos apoyo en cada momento. Nunca te sentirás solo ni extraño en ese país.

—Eso ya lo sé. Me preocupa si daré la talla. El mensaje de la encina está muy bien aquí, pero ignoro si se podrá extrapolar a otro país tan lejano y tan diferente.

—No somos tan distintos. El mundo es muy parecido allá donde vayas.

—Sí, eso ya lo sé, pero, quizás aún, siendo parecidos, son diferentes en la comprensión de un enigma. Esto está ligado a las gentes de la localidad. Es necesario para comprender en su globalidad algo haber vivido con ese estigma, dicho en el aspecto bueno, mucho tiempo.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas, si no rompes ese cordón umbilical que te liga a este lugar. Si posees un mensaje que puedes transmitir, tu obligación es comunicarlo.

—Y ¿crees que seré capaz de saberlo hacer?

—Debes intentarlo y esta es tu oportunidad. Salir de tu marco de acción y expandirte a otros lugares.

El viejo médico estaba ya casi convencido. Era una oportunidad de hacer que el mensaje de los tiempos se canalizara en otros puntos. Se

quedó pensativo. Movía el bastón a derecha e izquierda, como queriendo llamar en su ayuda a la encina sagrada.

Fernando que se dio cuenta de que lo tenía casi convencido y se decidió a dar la última andanada.

—Tienes la oportunidad de regresar con nosotros dentro de tres días. Allí te instalarás en un hotel que te buscaremos o en mi casa, como gustes. Tengo una zona de invitados totalmente independiente.

—¿Dónde será la presentación?

—En un hotel de Manhattan. Ya tengo a la dueña de la editorial, Alice, buscando uno con buena capacidad de asistentes.

—Y ¿qué debo hacer yo? —preguntó ya casi entregado y sin las defensas preparadas.

—Tendrás que decir un pequeño discurso y firmar los libros. Es lo usual. Yo también hablaré y Alice enhebrará un discurso a caballo entre lo comercial y lo misterioso. Es el *marketing*. Cuanto más se venda, mucho mejor para ti.

—¿El discurso en español? —solicitó tímidamente.

—Por supuesto. Te pondremos traducción al inglés, aunque irán personas que hablan los dos idiomas. Habrá una copa. La gente en este momento habla y es cuando el núcleo de la presentación es mejor —dijo Fernando ya convencido del éxito de su gestión—. Tengo, además, que decirte que haremos tres presentaciones, una cada dos días para no cansarte. Alice lo preparará todo. Boston es una ciudad que seguramente escogerá. La tercera, no lo sé. Ya nos enteraremos.

—Me has convencido. ¿Qué debo hacer?

—La maleta. Dame el pasaporte y te saco la visa por internet desde el hotel. Estate preparado para dentro de tres días. Nosotros vamos a visitar Santander, Bilbao y San Sebastián y después regresamos a recogerte y llevarte al aeropuerto. Salimos de aquí muy pronto para estar en Barajas sobre las diez de la mañana. ¿Te parece?

—No tengo nada más que decir. Será un placer estar con vosotros. ¡Quién lo iba a decir!

—Nos retiramos. Tengo que organizar tu viaje. Te llamaremos desde San Sebastián que será lo último que veamos. Dame el teléfono celular, bueno el móvil, como decís vosotros.

Fernando y su familia fueron al hotel. Desde allí llamó a Alice para que comprara un pasaje de Madrid a Nueva York con regreso en unos diez días de acuerdo al programa de presentaciones. Le dio los datos de su vuelo para ir juntos y le envió un *scanner* del pasaporte para que le sacara la visa y que enviara todo por *email* a su dirección. De paso me sacas las tarjetas de embarque y las mandas todas.

—¿Te has creído que soy tu secretaria?

—Mañana salimos para visitar Santander y por la tarde, Bilbao, donde dormiremos. Desde allí te llamo y me cuentas cómo va lo del

pasaje y lo de la visa. Si está todo correcto, me lo envías —no contestó a la ironía y siguió exponiendo sus deseos.

—A la orden. ¿Se te ocurre algo más?

—Nada. Dormirá en mi casa. Ya lo hemos hablado. Le recojo cuando regresemos de San Sebastián y al día siguiente salimos muy temprano para ir directos a Barajas. Desde aquí son tres horas y media, por lo que quiero salir a las 6 de la mañana.

—Lo tienes todo previsto.

—Encárgate del hotel y de la presentación. ¿Ha salido la versión en inglés?

—Mañana me entregan un ejemplar y en dos días más, está impreso el resto. Cuando pongas el pie en el aeropuerto Kennedy ya estarán los libros en el hotel.

—¿Qué hotel has pensado?

—He pedido presupuesto en el Plaza y en el New York Hilton Midtown, que está en Las Américas. Los dos son buenos sitios, el que tenga mejor precio y salones será el que elija. Este es mi trabajo y lo conozco así que no te preocupes.

—Bueno te llamo y me dices como van las cosas. Lo más importante es la visa y el pasaje. Hasta mañana.

Un clic al otro lado del teléfono indicó que se había cortado la comunicación. Durmieron a pierna suelta con el mensaje dando vueltas en las cabezas de todos.

— 30 —

Durante tres días viajaron por el norte de España. Un trayecto que les unió más en su relación familiar. Fernando estaba pletórico por tenerlos a todos juntos, nunca había podido imaginar que este viaje tendría unas consecuencias tan positivas en todos los aspectos. La transmisión del mensaje recibido de sus padres había sido transferido de una manera inequívoca a sus hijos. Así mismo, ellos lo harían con sus descendientes y, de esta manera, la herencia de la señal recibida cumpliría con el deseo de Alonso de Alvarado y de sus padres habría cumplido con su objetivo: perpetuar su memoria.

Acabó el viaje y llegaron a las diez de la noche a Espinosa de los Monteros. Lo primero que hizo fue llamar al viejo médico para que estuviera preparado para el día siguiente.

—A las seis de la mañana estaremos en el banco de la plaza preparados para salir. Me dijiste que vivías cerca, así que el taxista se acercará a la puerta de tu casa a recogerte la maleta. Ya tengo preparado la visa y el pasaje. Te hemos conseguido asiento junto a nosotros —una información exhaustiva y pormenorizada como le gustaba llevar a cabo.

Al día siguiente, un sol que se desperezaba lentamente y hacía su aparición con cierta timidez les avisó de que iban a tener una jornada especialmente calurosa. Unos minutos antes de la hora prefijada se acercó por la esquina el viejo médico renqueando ligeramente y con una cara a caballo entre el miedo por lo que comenzaba y la alegría por lo que deseaba. Detrás, a solo unos pasos, Adolfo con la maleta.

—Buenos días, ¿dispuesto? —saludó Fernando.

—Dispuesto —contestó sin lugar a dudas.

—Pues vamos allá. No perdamos tiempo.

Alice y los hijos ya estaban dentro del coche. Partieron lo más rápido posible.

—Tenemos tres horas y media para estar en el aeropuerto. No vamos a parar.

—Tomé la precaución de llenar el depósito —dijo Adolfo con la prudencia que le caracterizaba.

El plan se cumplió a rajatabla. Fernando verificó el horario según iban entrando en la terminal T4 de Barajas. Adolfo se despidió uno por uno de todos, deseándoles un buen viaje y un pronto regreso. Lo que normalmente se decía en las despedidas, pero en este caso no era una obligación, sino un sincero deseo.

Los trámites de aduana fueron rápidos; el viejo profesor estaba maravillado por lo que estaba viviendo. Era la primera vez que cruzaba el Atlántico. Había viajado en avión, aunque no de manera frecuente, pero nunca había hecho un viaje tan largo. El escritor errante, viejo médico en un pueblo perdido, tomó su asiento junto a Fernando y su familia.

Su cara vestía la agitación del momento; en sus labios secos por el viaje se percibía un ligero temblor y en el hueco de sus manos, la ausencia de su patria. Estaban arriba, a diez mil metros de altura, y ni tan siquiera tenía su bastón para apoyarse. Le había acompañado muchos años; le obligaron a prescindir de él y facturarlo. Se sentía desnudo sin su amparo, era su tercer brazo, su tercera pierna, la prolongación de su cerebro. Le embargaba un punto de temor. «El viaje durará poco y después volveré a tener mi cayado», pensaba mientras cerraba los ojos en un esfuerzo por ausentarse del presente.

La llegada al aeropuerto de Kennedy, una verdadera locura, un tráfago de personas y maletas en todas las direcciones amenizado por las voces de los transportistas, taxistas, policías y agentes de aduana. El viejo médico pensaba en su banco, en su plaza, en sus cortos paseos. Se estaba arrepintiendo por instantes. Fernando que se dio cuenta de la situación se acercó y le dijo:

—Ya verás como todo sale bien. Este es el principio y nunca es agradable poner los pies por primera vez en este entorno hostil.

El viejo médico hizo un gesto de asentimiento, que no de aprobación, y en silencio tomó su maleta. Rápidamente, uno de los hijos se la cogió. Él buscaba su bastón temeroso de que se hubiera perdido en el trayecto. Pero no, salía ya. Enseguida lo vio y su cara cambió. Surcó, de lado a lado, una sonrisa amplia. Cuando lo tuvo en la mano, lo acarició como se hace a un recién nacido y lo apoyó en el suelo. Quería ver si aún cumplía sus funciones, y cuando se percató que todo iba bien decidió que era el momento de salir de aquel atolladero y galimatías humano.

Al cabo de un trayecto de cuarenta y cinco minutos llegaron a la casa. El silencio en el taxi fue el acompañante durante el viaje, salvo algunos comentarios acerca de la cantidad de coches que circulaban y de la buena temperatura que hacía. Al llegar a la casa, lo primero que hicieron después de enseñársela, fue ofrecerle su habitación para que descansara un rato y cuando estuviera preparado tendrían una reunión para hablar de la presentación.

A las dos horas de la llegada, en una bonita mañana de finales del mes de junio, salieron a dar un corto paseo y acercarse a la clínica. Eran dos manzanas, por lo que no era una caminata grande. En la puerta les esperaba Alice. Hechas las presentaciones, subieron a la planta privada y comenzaron a preparar los actos.

—Lo primero, antes de que se me olvide, aquí está la edición inglesa. Ha quedado muy bien —terminó ufana.

Fernando y el viejo médico se pasaban el libro con verdadero cariño y emoción. Alice, después de dejarles admirar su obra, les dijo:

—La presentación en Manhattan será mañana por la tarde en el New York Hilton Midtown. Al final me decidí por este hotel ya que tiene un salón con gran capacidad. Llevaremos mil ejemplares en español y mil en inglés.

—¿No son muchos libros?

—No pasa nada, ya que los que sobren se recogen —dijo Alice que siempre estaba al quite—, después tendremos un cóctel.

—¿Y la presentación en Boston?

—Al día siguiente le dejamos descansar y visitar algo de esta ciudad. Le gustará dar un paseo por Central Park. Y al otro día por la mañana viajamos a Boston donde ya tengo todo preparado. Haremos lo mismo al día siguiente, un poco de turismo, y al otro iremos a Filadelfia. También lo tengo contratado. Posteriormente, regresaremos a Nueva York.

—Un buen plan para una semana. Creo que todo saldrá bien.

El viejo médico atendía a la conversación a ratos con interés y a ratos con abstracción. En algún momento pensaría que era una maleta que la llevaban, sin preguntar, de un lado a otro, pero eso le gustaba. Se dejaba querer.

—Cuando regresemos se puede preparar alguna conferencia, no multitudinaria, en algún hotel —comentó Fernando que quería ser partícipe en la organización de los eventos.

—Me parece bien, pero no debemos cansar a nuestro invitado—dijo Alice sonriendo.

El viejo médico miraba de uno a otro con una contemplación serena, templada, despejada de cualquier atisbo de cansancio. Estaba pletórico con lo que se le avecinaba.

—Entonces nosotros estamos mañana con media hora de antelación en el Hilton Midtown, ¿te parece?

—Muy bien. Yo estaré con más de dos horas, ya que tengo que preparar la traducción, la colocación de los libros. Tengo que separar la edición en español y en inglés. Además, he mandado hacer unos carteles indicativos; me tomé la libertad de que llevaran la foto de la portada del libro y la foto del autor.

—Esto es *marketing* duro —se atrevió a decir Fernando.

—Pero muy práctico. Ya lo verás. Tengo experiencia. Asistí como becaria a la presentación de la novela de tu padre y, desde luego, no tenía toda esta parafernalia, era algo más sencillo —contestó Alice muy orgullosa de su trabajo y en cómo lo realizaba—, y fue todo un éxito.

A todo esto, el viejo médico miraba con asombro y desde lo más profundo de su corazón estaba feliz con lo que experimentaba. Mientras oía la organización de los distintos actos pensaba:

«Nunca creí tener esta oportunidad de hablar de mi pueblo, de mi mensaje, de la encina y de lo que significó para mí y para todos los que abracen el troco durante unos segundos. Estaba dispuesto a exponer, con la emoción que le caracterizaba, el desasosiego y la turbación que se tenía con este abrazo. Esperaba que sus palabras fueran entendidas y, ¿quién sabe?, a lo mejor alguno se animaba a conocer la encina y su historia, la de un conquistador que hace siglos, antes de que este país existiera, decidió poner su fortuna al servicio de la inteligencia, el afán de superación y la solidaridad con los más desfavorecidos. Una manera original de perpetuarse y la encina era mudo testigo de ello».

—Tienes que desarrollar el relato de la encina, de su mensaje y del tesoro —dijo Fernando que conocía bien todo el entorno donde se desarrollaba el libro.

—Por supuesto, pero también quiero hablar de tus padres hace más de cincuenta años y el encuentro contigo. Esta transmisión, este cordón umbilical que nos ha unido debo exponerlo. Creo que es ahí donde radicará el éxito de las presentaciones.

—Si lo dices como lo estás haciendo ahora, la gente se animará a comprar el libro —señaló Alice que tenía puesta una gran ilusión en las ventas. Era su trabajo.

El día indicado llegó. En la hora prevista, hacía su entrada en el hotel Fernando acompañado por su familia y del viejo médico. La familia ocupó la primera fila y Fernando colocó a su amigo en el estrado, en el medio de Alice y de él. La gente iba llegando desde una hora antes del acto. Todo el mundo quería tener un buen sitio en la sala y por eso se adelantaron a la hora estipulada. Alice había realizado una buena labor de *marketing*. Había contratado una empresa especializada en este tipo de actos que llevaba dos semanas anunciando el evento. A la hora fijada no cabía un alma en la sala. Dejaron unos minutos de cortesía para comenzar. Primero, habló Fernando que contó su vida, cómo sus padres huyeron de España perseguidos por un mafioso que deseaba respuestas a unos documentos del siglo XVIII y cómo su padre en este país editó una novela que tuvo mucho éxito. A partir de esta novela y de unos diarios que le dio su madre en el lecho de muerte, comenzó la historia y terminó con estas palabras: ahora estamos aquí.

La gente estaba entregada, pues había sabido captar la atención del público. No se oía una mosca en la habitación. Las miradas de los asistentes se cruzaban una y otra vez.

A continuación, Alice expuso, como editora, los pormenores de la

edición del libro, obviando aspectos relacionados con Carlos y el asesinato de Boston. No venían a cuento. Sí que incidió que ella, como becaria hacía muchos años, intervino en la edición de una novela escrita por el padre de Fernando, estando a caballo entre España y este país. Lo dejó de tal manera que los asistentes estaban entusiasmados con la presentación. La relación entre esta novela y la que se presentaba ahora quedó en el aire.

Cerró el acto el plato principal. El viejo médico se quedó absorto unos segundos, que a Fernando se le hicieron eternos, para comenzar cómo cincuenta años antes, sentado en una plaza, se encontró con los padres del que tenía a su izquierda y al decirlo le miró fijamente. A continuación, habló del mensaje de la encina sagrada, exponiendo lo que significa, de la ermita, de la gruta y de la existencia del tesoro, algo que no obvió pues deseaba transmitir la idea de la perpetuidad de las personas a través de su mensaje. Contó la historia de Alonso de Alvarado, cuando enterró su fortuna en una fecha en que este país no existía. Al decir este comentario un murmullo recorrió la sala. Terminó con la idea de que los mensajes se pueden propagar de una generación a otra, siempre que estos vayan imbuidos de la ética y del comportamiento íntegro. Él, desde un banco, en una plaza perdida de un pueblo solitario, lo supo hacer. «Y esto, señores, es el libro que narra estas vivencias», fueron sus palabras finales.

Un aplauso sonoro de varios minutos cerró el acto. Las personas, puestas de pie, aplaudían sin cesar extasiados por lo que acababan de oír. El viejo médico no sabía qué hacer y Fernando le indicó que se levantara para saludar. Pasados unos minutos, los asistentes se lanzaron en tromba a comprar el libro. Muchos lo hicieron en las dos versiones y al poco rato se formó una fila inmensa que salía de la sala. Todos querían la firma del autor. Hubo alguna persona que se llevó varios ejemplares para regalar a sus amistades, decía a quién se lo preguntaba. Mientras se desarrollaba el proceso de la firma se sirvió un coctel. Los asistentes no paraban de dar parabienes a la editora y a Fernando, que se desvivía por atender a todos. Los dos hijos se quedaron con el autor para ayudarle en el transcurso de la firma. El acto estaba previsto que durase dos horas y ya habían pasado cuatro y la fila seguía igual. Alice tuvo que acercarse al director del hotel para ampliar la estancia, ya que lo había reservado para tres horas.

Cuando acabó, el viejo médico estaba cansado, pero muy contento con la bonita experiencia que había vivido. Fernando estaba pletórico por el éxito y por haber sido el artífice de la idea del libro. Alice lo estaba por el negocio editorial que se le presentaba. Las ventas de esa tarde no significaban nada de las que tenía previstas las próximas semanas.

Esa noche, el viejo médico durmió a pierna suelta. Descansó como

nunca lo había hecho, pues su programa se había cumplido. Al día siguiente amaneció temprano. En la cocina estaban desayunando los hijos. Fernando aún no había salido. Tomó un café y esperó a que viniera.

—Hoy lo tenemos libre, ¿te apetece ir a Central Park? —preguntó nada más verle—. Podemos alquilar un carruaje para dar una vuelta y que no te canses. Es muy grande.

—Me parece muy bien.

—¿Qué te pareció el acto de ayer? —preguntó Fernando mientras se servía una taza de café—. Aquí, como ves, es *coffee,* no café.

—Estuvo todo muy bien. No sé si di la talla y lo que se esperaba de mí.

—Estuviste a la altura de las circunstancias. Todo el mundo coincidió con esto, ¿y sabes una cosa?, muchos me preguntaron acerca de este pueblo y de si se puede ir a conocerlo. Querían ver la encina y abrazarse a ella. Alice está pensando en montar una agencia de viajes para realizar estas visitas —terminó riendo.

—A lo mejor lo que querían ver era el lugar donde estaba enterrado el tesoro. Como dije que ahí sigue, pues lo están pensando —dijo con un punto de sorna el viejo médico, que era nuevo todo para él.

—Prepárate que nos vamos de paseo. Esta noche quiero que te acuestes pronto pues mañana vamos temprano a Boston.

—¿Cómo fueron las ventas?

—No te lo imaginas. Hubo quién se llevó cinco ejemplares para regalar. Creo que se vendieron todos los que se llevaron. Alice ya está pensando en preparar más ediciones.

El día pasó rápido. Las imágenes que se grababan en la retina del viejo médico se mezclaban con las de la plaza de Espinosa de los Monteros y de la solitaria plaza. El banco, su banco, se perfilaba neto en una bruma de sensaciones y pensamientos misteriosos que flotaban en el ambiente. Cerró los ojos mientras el carruaje avanzaba por el paseo principal. Le invadió un estremecimiento que le evocó recuerdos imborrables, cuando los abrió, la música del galope del caballo le provocó la reminiscencia de sus recuerdos de más de medio siglo en el que todos los días, sin faltar ni uno solo, se sentaba allí a reflexionar. Fruto de todo ello fue este libro que se acababa de presentar. Toda una vida de interiorización.

—¿Te duermes? —preguntó Fernando.

—Pensaba —una respuesta lacónica.

No quiso ahondar en sus pensamientos. Estaban circunscritos a su intimidad y no quería violarla.

— 31 —

La presentación en Boston y en Filadelfia siguió los mismos parámetros que en Nueva York. Fue una fotografía del acto. Los mismos discursos, la misma puesta en escena y parecidas ventas. Decididamente, cuando acabaron las exposiciones, Alice decidió preparar la segunda edición. Prácticamente, estaba agotada la primera. Habían preparado una conferencia del viejo médico en un hotel que decidieron que sería el mismo en el que hubo la presentación. Las perspectivas eran completar un medio aforo de la sala, pero la realidad les desbordó. Se quedaron muchas personas fuera, por lo que se anunció que la conferencia se repetiría dos días después, ya que había que dar tiempo para la edición de libros en el mismo lugar. Todo un éxito, pues iba acompañado de las ventas. En la segunda conferencia ya casi no había ejemplares. Alice estaba deseando que salieran de la imprenta los siguientes. Afortunadamente, en el momento que se acababan, en la mitad del acto, llegó la furgoneta con quinientos ejemplares más en cada idioma. La imprenta hizo un gran trabajo, ya que los imprimió en cuarenta y ocho horas.

El viejo médico acabó muy cansado. No estaba acostumbrado a este tipo de actuaciones y, aunque estaba pletórico, su fuerza física le estaba pasando factura. Se dedicó a descansar en la casa de Fernando durante dos días. Prácticamente, no salió de la casa. Mientras tanto, Fernando fue a la clínica a ver algunos pacientes que tenía y a reunirse con Alice.

—Estoy encantada con las ventas —dijo nada más entrar en la parte privada de la clínica.

—A mí no me ha extrañado. Pensaba que iba a ser más o menos así, aunque, la verdad, debo decir con honestidad que ha superado los cálculos más optimistas.

—No creo que debamos hacer más actos, ya que le veo muy cansado. Ha sido una semana exhaustiva. Le quedan varios días antes de regresar. Hay que dejarle que descanse.

—¿Cuántos se han vendido?

—Los datos de las presentaciones los tengo claros. Los de las tiendas no lo sabremos hasta dentro de un mes, pero por lo que me han comentado las principales librerías, se han vendido muchos. Hacía tiempo que no se vendían tantos en tan poco tiempo. Tenemos que mantener el ritmo el tiempo que sea posible. Ahora solo te puedo decir que la primera edición se agotó y también parte de la segunda. Si esto sigue así, prepararé la tercera para el mes próximo.

—La lástima es que no tengamos la oportunidad de contar con su presencia en los próximos dos meses, pues podíamos preparar más presentaciones en la Costa Oeste —dijo Fernando ya imbuido por el negocio editorial.

—Podemos pensar en una presentación tuya y mía y pondríamos un vídeo de los que hemos grabado. Es una buena solución al no contar con la presencia física del autor, pero sí, al menos, con su conferencia grabada.

—Me parece genial. En la Costa Oeste se tienen que vender bastantes libros, hay muchos hispanohablantes en Los Ángeles, en general, en California. El norte de México es otra buena plaza —corroboró Fernando que ya estaba viajando por todo el país—, pero esto nos corresponde a nosotros. Yo te puedo acompañar una semana a donde dispongas, siempre y cuando lo pueda alternar con la clínica —aclaró Fernando que quería combinar ambas cosas.

—No te preocupes. Procuraré espaciar las presentaciones. Todo tiene que ir acompañado de una campaña comercial de promoción. Hay que tener en cuenta que en esta segunda fase no contamos con él.

—Ese es un problema añadido que tenemos que soslayar con otro tipo de presentación —Fernando estaba preocupado por este tipo de cosas.

—Lo tengo previsto.

—Está bien. Creo que por hoy lo tenemos todo hablado y cerrado. Me voy a casa por si quiere dar un paseo. Le dejé descansando.

—Llámame para despedirnos o si te parece mejor le llevamos a cenar. Eso le gustará. Así le doy el talón de sus derechos de ventas.

—Se va dentro de cuatro días. Así que ahora aprovecharemos a hacer vida normal. Yo iré por la clínica, terminaré mi trabajo lo antes posible y le recogeré para ir a algún sitio. Si te parece, quedamos pasado mañana a cenar. Me llamas y coordinamos.

—Muy bien. Hasta entonces.

Fernando se fue a casa y se encontró al viejo médico hablando con los hijos, que sí sabían español. Estaba muy contento por estos días en que había experimentado una sensación insólita. Nunca en su vida había tenido nada parecido.

—Es inconcebible haber cruzado el Atlántico, y recorrido tantas millas, para llegar a tener emociones tan distintas a las que estaba acostumbrado —dijo con un murmullo de voz apenas audible.

—Cuando te propuse la idea lo estaba imaginando. No creas que la hice por serendipia. Y a propósito, hemos quedado a cenar con Alice en Serendipity. La voy a llamar para decírselo.

—Será un placer despedirme de ella en ese lugar. Me trae buenos recuerdos. Conocí a tus padres por casualidad. A ti también, aunque creo que el destino te dirigió hacia mí. La serendipia ha jugado un

gran papel en esta historia.
—Así es. Además, allí preparamos parte de esta presentación y cerramos un capítulo que nos traía de cabeza.
—¿William?
Fernando cambió su cara. Se puso trémulo y no podía hablar.
—¿Qué es lo que me quieres decir?
—Que si el capítulo que cerraste era el de William.
—¿Cómo lo sabes?
—Compró un libro y se puso en la cola para que se lo firmase. Me llamó la atención que comprara las dos versiones, la española y la inglesa. Cuando le firmé el libro, murmuró unas palabras, inteligibles para mí en ese instante, pero que después las fui dando forma en mi cabeza.
—¿Estás seguro de lo que me dices?
—Cómo que estamos ahora tú y yo en el salón. Sus palabras fueron meridianamente claras.
—¿Qué es lo que te dijo?
—En aquel momento con todo el lío de las firmas no entendí, pero al llegar a casa y descansar lo comprendí.
—Pero ¿qué es lo que dijo?
—«La historia no ha acabado aún». Nada más.
—¿Qué querría decir?
—Muy sencillo, que la historia no ha acabado.
El viejo médico no comentó el incidente que había tenido después en su habitación cuando había subido un rato a descansar. Al tal William se lo había llevado la policía por lo que consideraba innecesario hacer más comentarios sobre su presencia.
Fernando se quedó preocupado. No paraba de darle vueltas a la frase y de encontrarle alguna significación, pero lo que estaba más claro de comprender es que volvía a la escena. No se había quedado tranquilo después de la cena en la que se marchó con «el rabo entre las piernas».
—En una palabra, que no ha hecho mutis por el foro —señaló el viejo médico con su aforismo castellano.
Fernando se retiró a una pequeña habitación que hacía las veces de despacho personal y llamó a Alice.
—¿Qué crees que hará? —le preguntó cuando se lo explicó por teléfono.
—No tengo ni idea, pero debemos estar en guardia. A nosotros nos ha sacado ya toda la información, por lo que imagino que pondrá sus ojos en el viejo médico. Con él aún no ha ensayado.
Alice a través de la línea telefónica mostraba su inquietud y daba vueltas a las diversas opciones que William tendría. La que ganaba más enteros era la de que tratara de atacar al autor del libro al pensar

que sabía la historia completa por haber tenido contacto con los padres de Fernando. El problema que se planteaba era que ya sabía el lugar en el que vivía y eso coincidía con lo que había leído de Ojo Guareña. Por lo tanto, tenían que darle carrete hasta saber sus intenciones. Lo ideal es que se le pudiera relacionar con Carlos y que esto le implicara de alguna manera.

—Pero no se me ocurre nada para ello —Fernando hacía cábalas también.

Colgó el teléfono y volvió al salón. El viejo profesor se dio cuenta de la importancia de lo que acababa de decir. El silencio llenó la estancia. Nadie se atrevió a interrumpirlo. Solo se cruzaron miradas de inquietud.

— 32 —

Cuando salió William del Serendipity tenía la intención de regresar a París, pero en el camino, y ya antes de haber recorrido dos manzanas, cambió de opinión. No tenía por qué tirar la toalla tan rápidamente. Decidió quedarse e investigar más. Sabía que le habían engañado. Tenían la respuesta y no se la habían querido dar. Había leído la novela *Ayer* y en ella se dibujaban muchas ideas que, aún sin aclarar, daban importantes pistas y todas llevaban al mismo lugar. Todo lo que había leído en la novela, los cuadernos de Carlos, las contradicciones de Alice y las conversaciones con Fernando en París, le llevaban a la misma conclusión. En Ojo Guareña había algo que no querían descubrir y ese algo se relacionaba con el tesoro de Alonso de Alvarado.

Estando en estas disquisiciones por casualidad, serendipia diría él, llegó a sus manos un folleto donde se anunciaba la presentación de una novela que había surgido en un pueblo lejano de España y cuyo autor era un viejo médico del lugar. La presentación, qué coincidencia, sería por Fernando y la editora del libro, Alice. «Otra vez la pareja junta. Veremos en qué acaba esto», pensaba mientras se servía un güisqui en la habitación del hotel. «El acto sería para dos días después, por lo que contaría con su presencia».

Estando en estas cábalas recibió una llamada telefónica. Era el director que, si no tenía inconveniente, quería hablar con él, por lo que le rogaba que se pasase por su despacho lo antes posible.

William no lo dudó y decidió bajar. Cualquier ayuda en el galimatías que tenía ante sí le vendría muy bien.

—Le he llamado porque quería hablar directamente con usted —le dijo casi sin saludarle.

—Pues usted dirá.

—Me ha llamado la policía y me ha preguntado que si estaba aquí, pues querían hablar con usted.

—¿Sabe qué es lo que querían?

—No me lo han dicho, pero me da la impresión de que está relacionado con el anterior inquilino de su habitación. ¿Cómo se llamaba?

—¿Carlos? Se refiere usted a él.

—Sí. Ese era su nombre, al que se llevaron detenido el otro día.

—Y ¿qué es lo que yo puedo saber?, si cuando él estuvo en Boston y… tuvo ese problema allí, yo estaba en París. Llegué poco tiempo

después.

—No tengo ni idea. Lo único que me dijeron es que si seguía en el hotel querían hablar y qué cuando le localizara, les llamara.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó humildemente.

—Si no le importa, yo les llamo ahora y les digo que lo he localizado, que sigue en el hotel y qué está a su disposición.

—Me parece bien—dijo William sin voluntad de oponerse.

—No entiendo qué es lo que buscan —afirmó el director—. Deben sospechar algo —dijo intentando saber el contenido de lo que pudieran intuir.

—Mi relación con Carlos se circunscribe simplemente al hecho de que le conocí en mi juventud y después le volví a ver en París, pero ya he dicho repetidas veces que yo estaba en esa ciudad cuando ocurrió el percance.

—Yo no lo llamaría percance, sino asesinato. Estamos hablando de algo gordo y de muchas cosas que me está ocultando. Si me habla francamente le puedo ayudar. Para mí es muy fácil decirles que no lo he localizado.

William empezó a darle vueltas a la situación. No le iba a ser conveniente un interrogatorio con la policía, pero, por otro lado, el director sospechaba algo y si le daba información podría ayudarle. Olía que había dinero por medio y no quería estar fuera de la película, por lo que era muy interesante ponerle de su parte.

—Creo que tiene razón y, además, no tengo otra solución, así que le contaré todo.

Durante más de diez minutos, William desgranó toda la historia. Comenzando desde que conocía a Carlos en España cuando eran jóvenes y lo que hacían en esa época; después, el encuentro con Fernando en París, así como su desaparición y las conversaciones con Carlos en esta ciudad. Terminó la historia con las citas con Alice, para terminar, enseñando el folleto de la presentación de la novela.

—¿Entonces, según su historia, hay una fortuna enterrada en algún lugar del norte de España? —preguntó extrañado.

—El lugar está bastante detallado. Creo que puedo saberlo con bastante exactitud —William en su descripción se calló el comentario de la ermita y de la encina sagrada.

El director, después de conocer la verdadera historia, se quedó pensativo. No daba crédito a lo que había oído. Era un gran negocio que no estaba dispuesto a perder, por lo que lo primero sería ayudar a William y para eso tenía que cambiarle de hotel. Tenía amistad con el director del New York Hilton Midtown y sin dar posibilidades de opinión le llamó:

—Tengo un buen amigo que necesita habitación en tu hotel. Así que me acerco con él.

—Por supuesto. Ya sabes que lo que me pidas.

—Recoja sus cosas; le espero en recepción en quince minutos —dijo dirigiéndose a William—, lo más práctico es dejarle fuera del circuito de la policía. Mi amigo no le tomará los datos de entrada en el hotel y, de esta manera, nadie sabrá dónde está, todo será anónimo. Mientras tanto, yo llamaré a la policía para decirle que no le he localizado. Pondré como salida del hotel el día de ayer.

—Muchas gracias —se atrevió a murmurar William.

—Este es un negocio. Nada de gracias. *Win Win.*

—Está bien. Ya hablaremos.

—Hablaremos en su habitación del Hilton a resguardo de curiosos. Ahora lo que hay que hacer rápidamente es cambiar de alojamiento.

Al cabo de una media hora estaban los dos en un taxi camino del nuevo hotel. Al entrar allí se dirigieron directamente al despacho del director, el cual le había reservado una habitación en un área privada.

Ya tranquilos comenzaron la conversación que había quedado interrumpida.

—Le quiero aclarar que este es un negocio a medias. Quiero el cincuenta, por ciento —señaló el director con un sentido práctico.

—Primero, hay que coger el pescado.

—Ese es su trabajo. El mío, ponerle a buen recaudo y que nadie le siga.

—En este hotel, qué casualidad porque usted no lo sabía cuándo me trajo, presentan en dos días un libro donde están las claves de todo. Lo harán los tres protagonistas de la historia. Nunca vamos a tener una oportunidad como esta.

—¿Los conoce usted?

—Al médico y a la directora de la editorial, sí. Al español que escribió el libro, no.

—Tendremos que estar en la presentación y ver qué es lo que dicen. En Estados Unidos van a hacer otras dos, en Boston y en Filadelfia —comentó William, que necesitaba toda la ayuda posible.

Cuando el director se retiró de la habitación, no sin antes quedar en que acudirían al acto, William se quedó pensando en las distintas alternativas que se le presentaban y todas ellas pasaban por deshacerse del director. No podía tener un socio que se llevara la mitad y acababa de llegar. Tenía todo el día siguiente para tomar alguna decisión, pues al otro día era la presentación y no quería que fuera a ella. A Carlos ya le había dado como amortizado en el negocio, por lo que todo sería para él si sabía utilizar la inteligencia. «Hoy es un poco precipitado, mañana le llamaré para ir a su casa por la tarde. Tiene que ser su domicilio privado. No quiero que sea el hotel», pensaba mientras ponía la TV para ver la noticias.

La referencia que más le interesó fue la del juicio de Carlos, que ya

tuvo sentencia. Los periodistas seguían dando vueltas y haciendo suposiciones acerca del móvil. Ahora había una tertulia sobre el particular. Nadie se explicaba las razones que había tenido el asesino para cumplir tan macabro acto. No tenía ninguna explicación. Los antecedentes eran de dos personas desconocidas entre sí, por lo que no se podía entender qué es lo que pasó. El apartamento estaba revuelto. Estaba claro que el asesino buscaba algo que parece que no encontró. Los tertulianos discutían entre sí, cada uno daba su opinión y comentarios, pero el final del programa, que William siguió con atención, no quedó nada claro. Apagó el televisor. «La policía estaría encantada de saber lo que él sabía, pero no iba a ser tan tonto de ir con el cuento».

Al día siguiente se levantó temprano. Bajó al comedor a desayunar y regresó a la habitación. Desde allí llamó al teléfono privado del director del otro hotel. Quedó en verle en su casa a las cinco de la tarde.

—Vivo solo, así que podemos hablar con total tranquilidad —le dijo al contestar la llamada.

Ese día no tenía otra cosa que pasear y pensar. Hacía muy buen tiempo, pero no quería ir al Central Park ya que podía encontrarse con Fernando y si, por el contrario, iba al sur de Manhattan, tenía posibilidades de ver a Alice, así que decidió dar un paseo por Brooklyn, que era una zona en donde no creía encontrar a nadie.

El Prospect Park era una buena elección. El trayecto era un poco largo, pero merecía la pena salir del entorno donde se movían ellos. William recorrió el parque que simulaba la campiña inglesa. Paseó por los alrededores del Prospect Park Lake atravesando múltiples senderos del entorno. El verano vestía con sus mejores galas estos caminos y los árboles que lo circundaban. Visitó el carrusel, el museo histórico, el cementerio cuáquero y el pabellón de conciertos. En suma, un día completo que le dio la posibilidad de reflexionar lo que tenía entre manos. Al final estaba todo claro: no tenía por qué compartir la mitad del negocio con el director. Acababa de llegar a la operación y se iba a llevar un filón. Haría todo lo posible porque esto no sucediera.

Cuando ya la tarde huía y los rayos del sol caían desmadejados sobre el césped, William decidió que era buena hora para retirarse. Tenía un buen trecho hasta el hotel. La tarde invitaba al paseo, a la indolencia, a un dejarse llevar, pero no quería apurar el tiempo. Sus reflexiones estaban lejos del romanticismo del escenario que le envolvía.

Cerca del hotel tomó un sándwich rápido y se fue a la habitación. Cuanta menos gente le viera mucho mejor.

Al día siguiente, pasó la mañana encerrado en su cuarto. Tenía que preparar la reunión con el director. Aceptaría que en el negocio se

llevara un porcentaje pequeño. Podría llegar hasta un diez por ciento, pero de ese porcentaje no quería subir.

Cuando llegó la hora prevista, se encaminó al domicilio que, por otro lado, no estaba lejos por lo que decidió ir andando. Calculó veinte minutos en el paseo. Era un quinto piso de un edificio de treinta alturas. Le abrió la puerta y entró.

—Póngase cómodo que vamos a hablar de negocios —le espetó nada más verle.

—Mañana es la presentación del libro en el hotel —fue todo el comentario de William, que no quería ser el primero en abrir el melón.

—Según entiendo —fueron sus primeras palabras— en el norte de España hay enterrado un tesoro. Fue un conquistador español el que lo ocultó y usted tiene las claves para llegar a él.

—Así es, más o menos. Sin embargo, hay muchos datos oscuros que debemos aclarar y que solo el autor del libro tiene en su cabeza. También tiene conocimiento Fernando, ya que estuvo hace poco allí y me consta que ha entrado en contacto con el lugar exacto —explicó William.

—Entonces, lo que se me ocurre es que después de la presentación tratemos de alguna manera de presionar al escritor para que nos aporte más datos. No se me ocurre de qué manera —dijo el director.

—Muy sencillo. Secuestrarle y amenazarle. He llamado al hotel donde va a hacer la presentación y me han dicho que ha alquilado una habitación para ese día antes del acto con el fin de estar tranquilo. Es un buen momento para entrar en ella y sonsacarle la información.

William estaba tratando de dar un recorrido falso a su proyecto, ya que nunca pensaba en esta posibilidad. En su cabeza tenía otro plan, pero ahora estaba ganando tiempo para ver cómo respondía el director.

—Bueno, eso ya lo pergeñaremos después. Ahora vamos a dejar claro el porcentaje.

—La mitad me parece mucho, dado que yo soy el que tiene la llave del asunto.

—Eso depende de cómo se mire. La llamada a la policía siempre está sobre la mesa —dijo el director con ánimo altivo.

—Yo solo estoy dispuesto a darle un diez por ciento. Tenga en cuenta que yo llevo en este negocio bastantes semanas y usted acaba de llegar —contestó William visiblemente afectado.

—Si no llegamos a un acuerdo, en cuanto usted salga de mi casa, llamo a la policía —contestó de una manera desabrida.

William se puso furioso y dio un manotazo en la mesa, a lo que el director respondió cogiendo el teléfono.

—Voy a llamar a la policía.

Esta amenaza fue lo suficiente potente para que William se levantara y tomara lo primero que tenía a su alcance, un cenicero, y le diera un golpe en la cabeza con tal contundencia que el director cayó con la mala fortuna de darse con la mesa de madera. Quedó en el suelo con una mancha de sangre. No respiraba. Le tomó el pulso y no tenía. «El negocio será todo para mí», pensó mientras iba al lavabo a lavarse las manos. Había matado al director, homicidio involuntario, pero con varias agravantes, por lo que lo mejor que podía hacer era desaparecer de la escena del crimen.

Salió lo más rápidamente que pudo y se dirigió a una cafetería donde tomó una consumición. Guardó el resguardo y le preguntó al camarero varias preguntas intrascendentales con el fin de tener una coartada si se presentaba el caso. Después, se dirigió al hotel y en recepción hizo varias preguntas sobre turismo y espectáculos musicales. Le dijo al que le atendía que en esos días en que iba a estar en la ciudad le pediría que le reservase una entrada. A continuación, encendió la televisión y anotó el programa que estaba viendo por si le preguntaban. Se durmió al cabo de dos horas, tiempo más que suficiente para que su coartada fuera adecuada a la hora de la muerte del director.

Al día siguiente amaneció con la noticia de que el servicio había encontrado el cadáver de una persona conocida: el director de uno de los hoteles más importantes de Manhattan. No parecía que el móvil fuera el robo ya que todo estaba ordenado y la puerta sin violentar, por lo que las investigaciones se estaban dirigiendo a las personas que acompañaron ese día al muerto. La noticia no decía nada más.

William apagó la televisión y en la mañana se dedicó a leer la novela que se presentaba esa misma tarde. La compró al regresar de la casa del director, antes de entrar en el hotel. Le pareció muy interesante, pero lo que más le interesaba eran las claves relacionadas con el tesoro, principalmente la ermita y la encina sagrada. Dedujo claramente que estaba enterrado junto a la encina. Terminó el libro justo una hora antes de que comenzara el acto, pero al ser en su mismo hotel no tenía prisa. Bajó las escaleras tratando de que los protagonistas del acto no le vieran; se situó lo más lejos de la puerta de entrada y en el medio de un grupo de personas que ya estaban sentadas.

El acto le pareció interesante en lo que concernía a la información que deseaba tener. Lo que oyó le corroboró lo que había leído. Era el lugar, pero quería tener más concreción, ya que la encina estaría en la mitad de un terreno y en ese lugar había muchas posibilidades de sepultar algo. No estaba dispuesto a buscar por todos lados. No obstante, se proveería de un detector de metales. Sabía que había algunos de gran precisión que detectaban a varios metros de

profundidad.

La gente comenzó a ponerse en fila para lograr una firma del libro.

Alice y Fernando fueron al otro salón donde ofrecían una copa. William se puso en la cola con la edición en español y en inglés y cuando le llegó el turno, le presentó el libro y le dijo: «La historia no ha acabado aún». Rápidamente, desapareció por un pasillo lateral. Ya sabía lo que le interesaba. Se quedó esperando ya que esa noche, después del acto, subiría a la habitación a descansar. Se había enterado de cuál era, por lo que estuvo esperando cerca. Encontró un traje de camarero y se lo puso. Nadie le podía identificar de esta forma. Al cabo de bastante tiempo vio que subía lentamente, renqueando y apoyándose en su bastón.

Cuando calculó que había entrado en la habitación, llamó a la puerta y dijo:

—Servicio de camareros. Le traigo un café.

El viejo médico abrió la puerta confiado y William con un empujón entro sin ningún miramiento.

—No tiene que temer si me da la información que busco.

—¿Qué es lo que desea?

—Saber lo de la ermita y la sepultura del tesoro.

—No lo sé. Ya me oyó en la conferencia.

—Lo que oí es que no quería dar más explicaciones que las justas.

—Dije lo que sabía.

—De eso ya me di cuenta, pero usted sabe mucho más que lo que dijo.

—No le voy a decir nada.

William se aferró al cuello y le zarandeó bruscamente. Era mucho más alto y fuerte, además de la edad, por lo que el cuerpo del viejo médico parecía un títere en sus manos. Cayó al suelo. Trató sin éxito de zafarse. En un momento de la refriega buscó el bastón, pero no pudo llegar a él. William lo evitó de un puñetazo mientras gritaba desaforadamente:

—Dígame lo que quiero y le dejaré en paz.

Tal eran los gritos de la habitación y los golpes de los muebles que el encargado de la planta entró con su llave maestra y vio a William abalanzado sobre el cuerpo de una persona mayor. La fortaleza del camarero hizo lo necesario. Se lanzó sobre William y le inmovilizó. La puerta estaba abierta; con el ruido varios vecinos de habitaciones llamaron a recepción. Subieron varios camareros y la seguridad del hotel que rápidamente inmovilizó a William, ayudando al viejo médico de las contusiones y magulladuras que tenía. La policía se lo llevó detenido para interrogarle.

— 33 —

Cuando Fernando regresó al salón después de haber hablado con Alice acerca de la frase de William en la firma de los libros, notó que el viejo médico estaba muy nervioso y presentaba claros síntomas de excitabilidad. Además, se dio cuenta de un pequeño cardenal en el ojo izquierdo que antes no tenía.

—¿Qué le ha pasado en el ojo?, ¿tiene un golpe?

—Me di con el picaporte de la puerta de la habitación —no quería asustar a Fernando.

—Un poco extraño este golpe, ¿le duele?

—No, está bien. No se preocupe.

Estando en esta conversación llamaron al timbre de la puerta. Era la policía que quería hablar con el viejo médico. Dos agentes que nada más abrir enseñaron la placa.

—¿Está aquí? —preguntaron al unísono.

—Sí, en el salón.

—¿Podemos hacerle unas preguntas?

—¿Sobre qué? Está un poco cansado del acto.

—No le molestaremos más de diez minutos.

—En ese caso, pasen.

Nada más entrar al salón, donde estaba recostado en el sofá, se identificaron de nuevo y le preguntaron:

—¿Nos podía relatar qué pasó en la habitación?

Fernando, al oír la pregunta, enarcó las cejas nerviosamente y pregunto:

—¿Has tenido algún percance cuando te dejamos subir en el ascensor a descansar?

—Cuando entramos en la habitación, estaba echado en el suelo y un tipo medianamente corpulento encima dándole golpes, pero él nos lo contará mejor —dijo el policía que parecía el jefe.

—Alguien llamó a mi puerta —contó el viejo médico— y al preguntar quién era, me dijo que era el servicio de planta y que me traía un café. Nada más abrir, se abalanzó sobre mí con la pregunta tajante: ¿qué es lo que sabía sobre el tesoro? —Fernando, mientras tanto traducía la contestación—, y a cada cuestión me daba un puñetazo hasta que acabó conmigo en el suelo. En ese momento entraron ustedes. Lo demás ya lo saben. *Miré los muros de la patria mía, / Si un tiempo fuertes, ya desmoronados* —terminó con esos versos para

indicar que ya solo era un vestigio de lo que un día fue.

—William, ¿verdad? —preguntó Fernando—. Me lo suponía. No podía ser otro.

A continuación, Fernando explicó a la policía lo más importante sobre esta persona, obviando lo relacionado al tesoro. Dijo que era amigo de Carlos que estaba en la cárcel por asesinato y que sería interesante que investigaran cuáles habían sido sus pasos estos días, desde que desapareció en el Serendipity.

—Hay algo que estamos indagando y es que el director del hotel donde se hospedó hace dos días, no entendimos por qué se cambió a este otro hotel, apareció muerto en su casa con un golpe de un artefacto romo. Pensamos que pudiera ser el cenicero, pero será el forense quien lo diga. La señora del servicio lo encontró en el salón de su casa. Hay huellas que estamos estudiando y que serán incriminatorias.

—¿Creen que hay alguna relación?

—No lo sabemos, pero ya lo averiguaremos. De momento estará unos días en comisaría acusado de atentado a una persona, intento de homicidio y alguna cosa más que ya veremos.

—¿Necesitan alguna cosa más?

—Que se quede unos días aquí por si le necesitamos para la identificación. Deme su teléfono para llamarle si surge alguna cosa

—Muchas gracias y, en todo caso, espero me informen ya que el señor ha venido a presentar su libro, pero tendrá que regresar a España.

—Lo comprendemos. Le mantendremos informado de todo lo que surja y sepamos.

Cuando quedaron solos, las miradas que se cruzaron fueron de época.

—¿Así que este es el golpe del picaporte? —dijo con ironía Fernando.

—No os quería asustar —contestó con la inocencia de un niño.

—A partir de ahora tendremos que ir con más cuidado.

—No será necesario. William fue el asesino del director.

—¿Cómo lo sabes?

—Pura intuición. Ya sabes que esto se me da bien —contestó el viejo.

—Pues en ese caso, miel sobre hojuelas —un refrán que le había oído muchas veces a su padre.

Fernando tomó el teléfono y le relató a Alice los últimos acontecimientos y la visita de la policía a su casa. Sospechaba que a William le iban a caer encima muchos años.

—Creo que debes descansar. Recuerda que tenemos otras presentaciones en Boston y en Filadelfia.

—Pues como sea como esta nos vamos a divertir mucho —dijo con una gran carcajada que fue acompañada por la de Fernando.

Nada más hacer este comentario se retiró a su habitación. Fernando se sirvió un güisqui y se dedicó a reflexionar sobre el asunto. Por su cabeza pasaban los distintos fotogramas de una película que comenzó cuando cerraba los ojos a su madre en la residencia, pero que se remontaba muchos años antes, cuando sus padres eran novios y paseaban por las calles de Madrid con los sueños de una pareja que comienza su vida; sueños rotos por las amenazas del dueño de la editorial que les perseguía y amenazaba. Huyeron prácticamente con lo puesto y llegaron a este país sin saber su idioma ni sus costumbres. Aquí hicieron su vida, publicaron el libro, le dieron la posibilidad de estudiar la carrera de medicina. Se casó. Tuvo dos hijos y durante unos años se separó. El entierro de su madre marcó la línea divisoria en su segunda etapa que culminó en su viaje a España y el encuentro con el viejo médico.

Era ya la madrugada bien avanzada, cuando Fernando se fue a la cama. Loise se daba cuenta de que algo grave sucedía, pero no quería entrar en profundidades. Fernando decidió que lo mejor era no mover ficha y esperar acontecimientos. Con seguridad, William sería acusado de homicidio y quedaría fuera de circulación por mucho tiempo. Cuando saliera ya se le habría olvidado todo lo relacionado con esta aventura. Tenía que seguir con el plan inicial: las presentaciones y las firmas de libros. Estaba saliendo todo muy bien y este tipo no lo iba a estropear.

El sueño le invadió con estos pensamientos. Sus temores desaparecieron al mismo tiempo que se había efectuado la detención.

Despuntaba un día precioso de un sol intenso y una luz cegadora que presagiaba un optimismo en el escenario en el que estaban. Se juntaron todos en el desayuno. El viejo médico estaba más tranquilo. El cardenal del ojo iba en aumento, pero no era de preocupar. En unos días desaparecería con la misma celeridad de como vino.

—Hoy tenemos descanso —dijo Fernando—. Puedes dar un paseo por aquí mientras resuelvo algunas cosas de la clínica. Regresaré pronto y te llevaré a visitar la zona de Wall Street. Es allí donde se manejan la mayor parte de las finanzas del mundo.

—No te preocupes por mí. Ya sabes que estoy acostumbrado a la reflexión. La lástima es que aquí no tengo el banco de mi pueblo —dijo con una gran sonrisa —y añadió—, *vencida de la edad sentí mi espada / y no halle cosa en que poner los ojos, / que no fuese recuerdo de la muerte*.

—Puedes encontrar todos los bancos que quieras en Central Park— contestó Fernando, que no había entendido el comentario en el que, por otro lado, no quería entrar.

—Hay que ir dando un gran paseo y eso para mí es demasiado.

—Trataré de regresar lo antes posible —Fernando apuraba su taza de café y se levantaba para irse.

El viejo médico decidió dar una vuelta a la manzana. Tenía que estirar las piernas y, para eso, nada mejor que su bastón, su amigo ideal, el que le acompañaba a todas horas y el que nunca le había defraudado. Siempre juntos hasta el final.

Se acordaba de dónde estaba la clínica de Fernando por lo que decidió acercarse. Cuando llegó, estaba hablando con Alice. No se había fijado en ella hasta ahora, pero le pareció una mujer hermosa, «en sazón», pensaba mientras la iba fotografiando lentamente. Hablaba despacio, como pensando las palabras que salían de su boca, y siempre cuando terminaba una frase lo hacía con una sonrisa que dejaba ver una fina dentadura.

—Qué sorpresa que hayas venido. Ya veo que sabes orientarte perfectamente —dijo Fernando al verle entrar—. Estamos hablando del ataque de William en tu habitación.

—Es mejor olvidarlo ya.

—Alice coincide contigo. Es el asesino del director con toda seguridad.

—Estuve en un par de ocasiones con él y tuve la oportunidad de analizarle, es el tipo al que le va estas acciones —Alice quería dejar claro, desde el principio, cuál era su opinión.

—Lo que es evidente es que ya no será un problema para nosotros —concluyó Fernando.

—Estaba informando —decía Alice— de que la presentación, independiente de esta contrariedad, ha sido un completo éxito. Se han vendido prácticamente todos los libros que hemos llevado. Había muchos que se llevaban varios para regalar. Por lo tanto, antes de que regreses —miraba al viejo médico— te daré un talón por tus derechos.

—No me interesa el dinero. ¿Crees que teniendo tan cerca la encina y lo que hay allí me puede preocupar los derechos de autor?

—Es una ayuda…

—Tengo toda la riqueza que necesito. Para estar en el banco de mi plaza no necesito más. Con mi bastón y mi mensaje tengo suficiente.

Alice y Fernando se miraron y sonrieron. Lo esperaban, según dijeron después.

—Bien, mañana salimos para Boston. La segunda etapa —señaló Alice.

—Os recogeré con un taxi a las nueve de la mañana; vamos todos en tren. Es un paseo muy bonito que merece la pena —dijo Alice—. Ya sé que tú lo has hecho varias veces —miraba a Fernando—, pero incluso repetirlo es agradable. Hasta mañana.

Fernando y el viejo médico se quedaron mirando cómo Alice,

acompañada de un suave contoneo, se dirigía al ascensor para bajar a la calle. «Es una tarde muy seductora, tanto como la que se acaba de ir», pensaba Fernando, pero eso había acabado y no era ocasión para volver a empezar. «Las cosas ya están claras y no tengo ganas de romper nada de lo que se acaba de unir. Los viejos recuerdos se tienen que quedar en eso, en recuerdos».

Se fueron lentamente a casa. En el camino, se pararon varias veces para dar posibilidades al descanso entre una manzana y otra. El viejo médico no tenía como costumbre alejarse de su casa más de trescientos metros, que era lo que distaba de la plaza. La ida y la vuelta conformaban medio kilómetro que era todo lo que caminaba a diario. Sus piernas ya no le respondían como él deseaba.

En la casa de Fernando almorzaron tranquilamente y pasaron la tarde en amena conversación. De nuevo salió Ojo Guareña, el recuerdo de sus padres, la encina sagrada y su mensaje, las pinturas de la ermita y la fecha emblemática: el 11 de junio. El día que significó una carga emocional, para Alonso de Alvarado, su nacimiento; la muerte de su esposa y de su hijo. Todo ello recubierto en una pátina de misterio y de enigma. Esa era la base de su libro y por eso su éxito editorial y la necesidad de muchos americanos de ir a conocer esta región de España.

—Cuando tú llegaste a la clínica, Alice y yo estábamos hablando de montar una agencia de viajes. No te imaginas la cantidad de personas que nos han preguntado dónde estaba este lugar —Fernando estaba ilusionado con la idea de que sus compatriotas conocieran ese pueblo y el conjunto kárstico, así como la ermita y la encina.

—Por un lado, me encantaría que mi pueblo fuera conocido en este país, pero, por otro, pienso que se acabará la tranquilidad.

Todos querían abrazarse al árbol y esa idea tan simple, Alice la quería utilizar como técnica comercial para la venta de libros y para el turismo. Tenía buena visión de los negocios.

A última hora de la tarde, cuando ya el sol no calentaba tanto, salieron a la terraza a tomar un refresco, que en el caso de Fernando fue un *gin tonic*. Allí siguieron con la tertulia hasta que Loise les llamó para la cena. Deberían acostarse temprano pues al día siguiente tenían un largo viaje en tren y una nueva presentación.

El acto de Boston fue una fotografía idéntica a la de Nueva York. No había diferencias ostensibles. Las ventas algo más bajas, dado el menor número de habitantes de la ciudad, pero superó, sin embargo, las previsiones establecidas. Los asistentes estaban entusiasmados con el evento, que no se diferenció en un ápice del anterior, a excepción de que William no hizo acto de presencia.

Cuando acabó, se retiraron a descansar. Al día siguiente lo dedicaron a hacer turismo en la ciudad. Al viejo médico le pareció un

lugar elegante, con señorío y prestancia. «Es una población distinguida», decía repetidamente.

—Se sale de los parámetros clásicos de las ciudades americanas —explicó Fernando, que la conocía bastante bien.

Fueron a una calle repleta de restaurantes y eligieron un italiano. A Alice y a Fernando les gustaba este tipo de comida y pensaban que al viejo médico también, por ser muy parecida a la comida mediterránea.

Al día siguiente viajaron a Filadelfia; se repitió la presentación de la misma manera y forma. Cuando, cuatro días después, hacían su entrada en la casa de Fernando estaban contentos con el éxito que habían tenido. Allí se volvieron a repetir las ventas y los deseos de muchos bostonianos y filadelfianos, de viajar a España a conocer este lugar que tanto hablaba el escrito y que tanto les había impresionado.

Ya de vuelta del periplo de presentaciones, en la casa departieron acerca de las anécdotas más interesantes de las presentaciones, obviando claramente la presencia de William en el hotel Hilton Midtown. Para terminar solo les quedaba una conferencia que habían apalabrado sobre los celtas, sus símbolos y la conquista española. Le daría el viejo médico con traducción simultánea. El objetivo de la charla no eran los libros, pero casualmente pondrían a disposición de quien lo solicitase una cantidad suficiente en ambas versiones, en una sala aneja.

Cuando llegaron a casa, Loise le dijo a Fernando que había llamado la policía y que deseaban hablar con él. Dejaron un teléfono.

—¿Te dijeron que querían?

—No. Solo que les llamaras cuando regresaras. No era urgente.

—¿Será buena hora este momento? —preguntó Fernando, ya que eran las nueve de la noche.

—Dijeron que no había urgencia, por lo que puedes dejarlo para mañana a primera hora.

—Pues eso haré. Ahora lo que necesito es descansar. Ha sido un gran esfuerzo lo de estos días.

Al día siguiente, Fernando llamó al teléfono que le había dado Loise. Se puso directamente el policía que le visitó días pasados.

—Buenos días. Soy Fernando, ¿querían hablar conmigo?

—Sí, le hemos estado localizando para informarle de nuestros avances en la investigación. ¿Podemos ir a verle a lo largo del día?

—Prefiero esta tarde, si no les importa, ya que tengo que ir a la clínica esta mañana.

—Perfecto, sobre las seis de la tarde, ¿qué le parece?

—Muy buena hora. Aquí estaré… estaremos.

—Me parece bien. Quiero que el español esté presente.

—Perfecto. Hasta luego, entonces.

Fernando esperó a que el viejo médico se levantara para desayunar

y estuviera preparado.

—Esta mañana tengo que pasar consulta. Tengo varios pacientes y llevo varios días sin verlos. Mis ayudantes trabajan bien, pero hay muchos enfermos que quieren que sea yo el que los vea.

—Por mí no te preocupes. Ya ves que me muevo como pez en el agua. Iré a dar un paseo a Central Park. Tomaré un taxi hasta la puerta y allí caminaré un rato.

—Nos vemos a las dos en casa para almorzar, ¿te parece?

—Me parece bien.

Fernando acabó el desayuno y se despidió. Eran cerca de las nueve y los primeros pacientes tenían cita a esa hora. El viejo profesor bajó a la calle sobre las diez de la mañana y allí tomó un taxi que le llevó a la puerta de entrada del parque, justo en la desembocadura de la calle 66. Se bajó pensando en dar un paseo. El conductor era puertorriqueño; le contó una historia truculenta sobre un asesinato en el parque hace unos cinco años. La verdad es que al viejo médico no le interesaban los pormenores, pero tenía la oportunidad de hablar español con alguien que no fuera Fernando o su familia. Sin embargo, el taxista era muy amable y se ofreció a dar una caminata por el parque.

—Ya sabe que yo voy despacio. Es un ritmo que a lo mejor no le va bien para el paseo.

—No me importa. Nos sentaremos en un banco a charlar. Es un día bonito y tengo pocas oportunidades de hablar con un español. Mi padre era de Asturias. Un pueblecito de la costa. Creo que se llama algo así como Taza.

—Será Tazones —señaló el viejo médico— con una pequeña sonrisa.

—Eso. Da gusto hablar con usted. Sabe de todo.

—En este pueblo desembarcó Carlos de Habsburgo en 1517. Sería más tarde el emperador Carlos V y llegó a este pequeño puerto por las inclemencias de los vientos que llevaron la nave a ese lugar tan remoto y poco conocido hasta entonces. Era un diminuto pueblo pesquero y el rey fue confundido con un pirata. Cuando se dieron cuenta de su realeza le dieron una bienvenida acorde con su rango.

—Qué interesante lo que me cuenta.

—La cuestión —no hizo caso del comentario— es que no había acomodo para tanta gente en ese lugar por lo que se trasladaron al pueblo cercano de Villaviciosa. Hoy día se celebra la fiesta del desembarco, primero en Tazones y después en Villaviciosa. La gente se viste con trajes de la época —siguió el viejo médico con su explicación.

—Recuerdo que mi padre alguna vez mencionó al pueblo de Villaviciosa. Según me contaba, allí en mi tierra puertorriqueña, mi

madre era de ese pueblo y cuando eran novios él la visitaba frecuentemente.

—Son cosas de la vida. En esa zona hubo muchos emigrantes —señaló el viejo médico poniendo mucho énfasis en su comentario.

—Y si no es indiscreción, ¿qué hace tan lejos de su patria?

—Soy de un pueblo del norte de España y llevo aquí diez días.

—¿Vino como turista? —preguntó el taxista.

—Vine a presentar un libro.

—Ya imaginaba que usted debía ser un intelectual.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Por la forma de expresarse. Se nota que usted es muy leído.

—¿No tiene que ir a su trabajo?

—Que se vayan al carajo, hoy tiro la casa por la ventana —dijo como un auténtico boricua.

—Veo que es un borinqueño de pura cepa —dijo el viejo médico con una palmada en la espalda de su interlocutor.

—Estoy muy orgulloso de serlo —contestó hinchando el pecho—, vine a este país hace muchos años, pero sigo con mis raíces.

—Esas nunca deben perderse. La tierra que a uno le vio nacer debe estar en lo más profundo de su corazón.

—Da gusto hablar con usted. Eso siempre lo decía mi abuelita en el pueblecito donde vivíamos.

—Y ¿por qué vino a este país?

—Como todos, en busca de una nueva vida, de un futuro. Aquí me casé con una boricua, tengo dos hijos americanos y esta es mi vida. Taxi todo el día, a la tarde televisión y cerveza. Los domingos en la mañana, misa y, luego, más cerveza con los amigos. Nos juntamos todos los boricuas de por aquí.

—Pero parece que no olvidó su tierra.

—Eso nunca.

—Le voy a contar una historia.

El viejo médico describió su pueblo, su plaza, su banco. Contó un encuentro hace más de cincuenta años y otro hace un año. Eran idénticos. En el primero una pareja, en el segundo su hijo, pero en ambos hubo un influjo místico, una transmisión de sentimientos, un mensaje que como corriente eléctrica iba de unos a otros.

—Y por eso estoy aquí, concluyó.

El boricua no entendía nada. Para su inteligencia eran palabras muy profundas, una enseñanza que superaba su intelecto, pero movía la cabeza en sentido afirmativo, como si estuviera de acuerdo.

Y llegó el día que vine a este país. En la maleta solo traía un mensaje. Y lo presenté con mi libro, aquí cerca en el Hilton Midtown, después en Boston y en Filadelfia. Creo que caló entre los asistentes.

—Así que ¿usted fue el que presentó el libro hace unos días? Me lo

han comentado varios clientes que he llevado estos días en el taxi. Incluso llevé a alguno hasta la puerta del hotel ese mismo día. Mañana iré a la librería a comprar uno o mejor, ahora, cogemos el taxi compro uno y usted me lo dedica. Para mí es un gran honor haber compartido este tiempo. Platicar con una persona como usted es un lujo —terminó muy emocionado con lo que estaba diciendo—, no me perdonaría haberle dejado escapar sin una dedicatoria —una sonrisa acompañó sus últimas palabras.

Tenían el coche cerca. Era una mañana de un calor fuerte, pero así mismo apetecía pasear. El sendero por el que avanzaban estaba cubierto de hojas y en su ribazo, las florecillas daban al entorno un aspecto pastoril. En apenas quince minutos estaban en la puerta de la tienda.

—Espéreme que ahora vengo —dijo mientras salía en dirección de la entrada.

A los pocos minutos, el taxi enfilaba la calle 66 para dejar al pasajero donde le recogió. Al aparcar en la acera, desenvolvió el paquete y le dio el libro para que se lo dedicara.

—Mi nombre es Jayden —dijo con orgullo.

El viejo médico se quedó pensativo unos minutos. Al cabo de los cuales escribió: «*Para Jayden, que con la lectura de este libro tenga muchos días de paz y de calma, en una vida sencilla y ordenada, y que cuando llegue el final, lo vea como la travesía bien hecha, como el viaje bien realizado y como el mensaje que un buen día un viejo español, le entregó en Central Park. Con afecto*».

Con un abrazo se despidió. No quiso cobrarle, como lo iba a hacer si era él quien tenía que pagarle.

El viejo médico subía en el ascensor con el buen sabor de que su mensaje iba calando poco a poco.

Epílogo

Llamó al timbre. Fue Fernando el que le abrió.

—Me alegro de que estés bien. Estaba preocupado por la tardanza —fue su saludo.

—Me entretuve con un amigo.

—¿Amigo?

—Un taxista al que conocí. Estuvimos un buen rato charlando.

—¿En dónde?

—En un banco de Central Park. Me imaginaba que era un banco de la plaza de Espinosa, hacía tan buen tiempo que ninguno quería terminar la conversación.

—Me imagino que hablaba español.

—Claro. Era de Puerto Rico. Un boricua por todos los costados.

—No es un español de Cervantes, pero para entenderte te habrá servido —dijo Fernando sonriendo.

—Estaba muy interesado en lo que le contaba y ponía mucha atención, por eso le di carrete y estuvimos platicando.

—Ya hablas como ellos. Ese término es muy de esos países.

—Era un buen conversador. Le hablé de España y del libro que he presentado. Se empeñó en que le dedicara uno y me llevó a una tienda a comprarlo. Ya en el portal de tu casa es cuando se lo dediqué.

—Me alegro de que lo pasaras bien. Al menos has hecho algo distinto. Vamos a almorzar que esta tarde viene la policía, quiere hablar con nosotros. Tenemos un rato para descansar.

—Está bien. Tú mandas —indicó el viejo médico mientras iba al cuarto de baño a lavarse las manos.

Después de la comida, descansaron unos cuarenta y cinco minutos, al cabo de los cuales prepararon café. Mientras estaban tomándolo, sonó el timbre de la puerta. Eran los mismos que habían venido el otro día.

—¿Quieren un café? —ofreció Fernando que sin esperar respuesta ya estaba sirviendo dos tazas—. No es café americano. En casa, costumbre de mis padres, siempre hemos tomado el café expreso.

—Hay mucha diferencia. Yo también prefiero el expreso. Mi familia era de origen italiano y ya se puede suponer… que son amantes del buen café.

—Pues ustedes dirán —avanzó Fernando.

—Queremos informarles acerca de William.

—No nos preocupa, pero le agradecemos la información.

—Este señor antes de asaltar en el hotel al español —miraba al viejo médico que asistía a la conversación sin pestañear, pero sin enterarse de nada—, estuvo en casa del director del hotel al que atacó con un cenicero. Las huellas están por toda la casa, en especial en este objeto. No hay ninguna duda. El juez lo estimó así y le mandó a presidio. La semana próxima se celebrará el juicio —terminó sentenciosamente.

—Y ¿qué sucederá con él? —preguntó Fernando.

—Que será condenado a muchos años de cárcel. El abuso de confianza es un elemento que le complicará más la sentencia.

—Pues miel sobre hojuelas —dijo el viejo médico que algo había captado, en especial el tema de la cárcel.

—Pues si no ordenan más, nos retiramos. Ya hemos cumplido con el mandato —dijeron los policías mientras se encaminaban a la puerta.

Fernando y el viejo médico se quedaron en silencio. Se miraban a los ojos; una sonrisa florecía en sus labios. La tarde desmayada invitaba al último *gin tonic*. El viejo médico estaba plenamente satisfecho.

Al día siguiente partiría de regreso a España y se iba con el deber cumplido. Había trasladado sus reflexiones a un país en el que nunca soñó estar. Sin embargo, estaba triste por dejar a su amigo. Nunca pensó que los acontecimientos tomaran estos derroteros.

Desde el banco de una plaza solitaria hasta un apartamento de Manhattan había un gran trecho, pero lo más importante es que había un cordón umbilical que les unía, un mensaje que ensamblaba dos épocas diferentes, dos maneras distintas de vida con una única misión: la de servir a la reflexión íntima, que esta vida tenía otro significado, otro sentido que no era el que a simple vista parecía. Estaba satisfecho por ver que su mensaje había calado al otro lado del Atlántico, «del charco» como se decía en su pueblo. Es posible que en los meses próximos haya muchas visitas a su pueblo. La encina sagrada era un reclamo de vida, de valores que se habían perdido en la sociedad actual. El tronco del árbol enlazaba con los pensamientos más íntimos de las personas, con el más Allá, con una fe en la otra vida. El abrazo era como el recorrido del camino de Santiago. Él lo había hecho varias veces en su juventud y aún pervivía el rescoldo de su enseñanza, de la sabiduría que entrañaba la peregrinación al apóstol Santiago.

—Te estás durmiendo —cortó Fernando su línea de pensamiento.

—Reflexionaba. Son mis últimas horas.

—Qué rápido pasa el tiempo.

—*Avive el seso e despierte contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando, cuán presto se va el placer; cómo, después de acordado, da dolor; cómo, a nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fue mejor* —entenció el viejo médico en un alarde de su cultura.

—Las coplas de Jorge Manrique, recuerdo que mi padre me las recitaba cuando era pequeño.

—Es la verdad, todo pasa. Parece que fue ayer cuando nos vimos en la plaza de mi pueblo y hoy, después de un año, nos volvemos a despedir y esta será la definitiva.

—No pienses en eso.

—Es la auténtica verdad. Me voy contento, pues se ha cumplido lo que estaba escrito para mí.

—Y para mí —observó Fernando—. He caminado por las huellas de mis padres, he vivido su propia vida, he envejecido con su historia y he podido beber del manantial de su existencia. Eso ya me ha pagado con creces todo lo que pude hacer. Ahora debo transmitirlo a mis hijos.

—Ambos estamos satisfechos, pues el pasado regresó.

—Vamos a dormir. Mañana tienes un largo viaje. Alice vendrá a recogernos con un taxi sobre las diez de la mañana.

—De acuerdo. No vale de nada seguir con las penas. Hemos llegado hasta aquí y debemos estar orgullosos de lo que hicimos —el viejo médico con esta sentencia terminó la tertulia.

El último día despuntó con un cielo azul, velazqueño. Las nubes estaban ausentes y los rayos de sol comenzaban a mandar sus reflejos y provocaciones calurosas. El viejo médico miraba a través de los cristales de su ventana los edificios de la calle donde se abrían las ventanas para que el sol penetrase hasta lo más profundo. Los neoyorquinos estaban deseosos de luz y de calor, aunque, a veces, la humedad era molesta, pero aún era pronto para ese punto. Aparecería con más intensidad en agosto. Con la mirada puesta en la distancia pensaba en su viaje, en su libro. La moviola de su vida recorría el camino inverso hasta cuando conoció a los padres de Fernando. Allí se podía decir que había comenzado todo. En ese momento es cuando se dio cuenta de su misión y del trabajo que tenía por delante. A partir de entonces se comprometió a seguir estas directrices que le marcaba el mensaje transcendente que tenía que expandir.

La llamada de Fernando para el desayuno marcó el punto de inflexión de sus pensamientos en los que estaba enredado; una malla tejida a su alrededor que le aprisionaba y atenazaba hasta no dejarle tranquilo. Esa mañana estaba excitado. Algo en su interior se revolvía. No sabía si era el hecho de ser el último día, pero en el fondo estaba contento y no podía disimularlo.

El desayuno transcurrió con silencios y miradas que se cruzaban en el aire y que nadie quería interrumpir. Loise y los chicos estaban tristes. Se habían encariñado con el viejo médico, al que llamaban viejo profesor, porque cada una de sus frases eran lapidarias, llenas de sabiduría y enseñanza. No tenían costumbre de entrar en contacto con

personas de esta calidad moral e intelectual. Sus profesores, en la escuela, estaban formados a la nueva usanza, en la tecnología, en las últimas técnicas docentes, pero les faltaba algo y ese algo era lo que transmitía el viejo profesor: un valor moral. Ese era el maestro, el que transmite además de conocimientos, valores superiores. Ahora esa ética quedaría flotando en el ambiente de la casa y nos enseñaría que alguien de este tenor estuvo allí.

Casi eran las diez de la mañana cuando el viejo médico y Loise con sus hijos se fundían en abrazos y lágrimas. La hora de la partida había llegado y no era conveniente retrasarla más de la cuenta. Bajaron por el ascensor y en la calle se repitió la escena. Alice estaba esperando con un taxi grande. El taxista introdujo la pequeña maleta que llevaba el viejo médico y partieron. Cuando el automóvil iba a doblar la esquina, Loise y los hijos estaban allí agitando las manos. Fue una despedida que le marcó profundamente y cuando ya en el asiento del avión miraba acerca de las separaciones, pensó que nunca en su vida pudo imaginar que un adiós fuera tan difícil de decir. Fernando le abrazó con fuerza durante breves segundos y Alice se enjuagaba las lágrimas que le rodaban por la mejilla. Pasado el control de pasajeros, aún en la distancia, miraban con tristeza cómo la figura renqueante del viejo médico se perdía entre la gente.

Cerró los ojos. Su cabeza iba del banco a la plaza y de esta a la encina. Pasaron por su cerebro los fotogramas de toda su vida. Iba al lugar donde quería morir. Allí había enterrado la moneda y su recuerdo se perpetuaría con este mensaje que escribiría en una carta indicando el lugar. La dejaría al hijo mayor para que lo transmitiera, de generación en generación, al primogénito y que solo después de doscientos años se entregara al que en esa fecha naciera. Volvía a su origen. «*Y cuando llegue el día del último viaje, / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, / me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, / casi desnudo, como los hijos de la mar*».

El avión, en este momento, surcaba los cielos en busca de un destino desconocido.